

Chloé Esposito

loca
mala
peligrosa



Alvina Knightly: Indomable. Inestable. Inolvidable.

LOCA MALA PELIGROSA 2

 Planeta

MALA

**La segunda entrega de la trilogía más
adjetiva. sexi e imparable. Prepárate para
el viaje más salvaje de tu vida.**

Robó la vida que quería, ahora parece que alguien quiere recuperarla...

Puede que Alvie Knightly se despierte en el Ritz, pero su vida no es un camino de rosas: tiene la resaca de su vida, su preciosa hermana gemela Beth acaba de ser encontrada muerta en Sicilia y la policía la busca para interrogarla. Y, por si todo esto no fuera suficiente, su nuevo y flamante novio ha desaparecido con los millones que le robó a Beth. Pero está claro que no es consciente de con quién se ha metido. Alvie lo perseguirá hasta Roma en una frenética carrera en la que sólo uno puede sobrevivir...

«Hay algo sobre mí que debes saber antes de que vayamos más lejos: mi corazón está en el lugar equivocado. Ahora no digas que no te avisé...»

CHLOÉ ESPOSITO

MALA

Traducción de Maia Figueroa Evans



SERIE *Loca, Mala y Peligrosa*

LIBRO II

Título original: Bad

© Chloé J. Esposito, 2017

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19670-9

Depósito legal: B. 22.684-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Para Lisa

Mía es la venganza. Yo daré lo merecido.

ROMANOS 12,19

Aunque todo es puro delirio,
no deja de haber cierta ilación en ello.

Hamlet, William Shakespeare

El amor es mi religión. Moriría por él.

JOHN KEATS

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Hay algo que debes saber antes de continuar: la semana pasada fue una locura. Aunque, en realidad, llamarlo así es quedarse muy corto. Eché los mejores polvos de mi vida. Descubrí mi afición a las pistolas. Ahora todo el mundo cree que soy mi hermana gemela (porque se murió, y yo me quedé con su vida). Varias personas expiraron.

No creo que sea de extrañar, porque tampoco soy una puta santa. Pero hasta la semana pasada yo no era una asesina; era como tú. Claro que había cometido algún delito como robar en tiendas, provocar incendios y cometer fraudes. Pero, aparte de eso, hacía lo mismo que los demás: me aguantaba y bebía. Trabajaba en el sector de los anuncios clasificados, tenía alquilado un apartamento en el barrio de Archway de Londres, no había matado a nadie (aunque ya se me había pasado por la cabeza) y no tenía nada que ver con la mafia. La Interpol no me buscaba. Pero en tan sólo unos cuantos días pueden cambiar muchas cosas, y supongo que esta de ahora es la nueva yo.

Todavía me da vueltas la cabeza. No sé por dónde empezar. Debería hacerlo por el principio, pero lo que no logro olvidar es el final, cuando Nino me rompió el corazón.

Todo empezó la semana pasada con un accidente.

No fue culpa mía. De verdad que no. Hazme un favor y no me juzgues.

La razón por la que fui a Sicilia es mi hermana. Beth estaba tan desesperada por que la visitara que hasta me pagó el billete. Me engatusó con champán gratis y la promesa del buen tiempo. Normalmente no habría ido, pues sé mejor que nadie que, en el mejor de los casos, pasar el rato con la puta coñona de mi hermana gemela es una tortura. Pero acababan de despedirme por ver porno, y los gilipollas de mis compañeros me habían echado de casa: o iba a Sicilia, o acababa viviendo entre cartones en la calle. Así que me fie de ella por idiota y allí fui.

Mala idea.

Cuando llegué a su chalet de Taormina, resultó que el lugar era magnífico. A niveles de *Condé Nast Traveler*. Una choza para mandar al mundo a tomar por el culo. Jardines del siglo xvi, estatuas de mármol, fuentes, flores. Y la piscina... ni te la imaginas. Pues claro que me dio mucha envidia. ¿No te la daría a ti?

Aparte de eso, estaba Ernesto, el bebé de Beth. El Niño que tuvo con Ambrogio. Deberías haberlo visto: se parecía a mí. Podría haber sido mío. De hecho, debería haberlo sido. «Ma, ma, ma —me decía—. Ma, ma, ma.»

Fue más de lo que pude soportar.

Me puse verde de envidia.

Y entonces Beth me contó por qué me había invitado a su casa. No es que me echase de menos. Ja, ja, ja. Claro que no. Me pidió que nos intercambiásemos la ropa para que ella pudiera salir una noche sin que Ambrogio se enterase. Me di cuenta de que ahí pasaba algo raro y, aunque jamás debería haber accedido, me sobornó con unas sandalias doradas de Prada. ¿Qué querías que hiciese? Esperé y esperé vestida con la ropa de Beth hasta casi medianoche. Cuando por fin regresó, tuvimos una discusión horrorosa.

Estábamos al borde de la piscina y, no sé cómo (ni idea, la verdad), resbaló.

Se abrió la cabeza en las baldosas y desapareció bajo la superficie del agua.

Burbujas y luego nada.

Ya lo sé.

Sé lo que piensas.

Que debería haber saltado al agua para salvarla.

Pero no sabes cuánto he sufrido.

Así que la dejé morir y le robé la vida.

Le robé los vestidos. El hijo. Le robé el puto marido. Me quedé con sus millones y con su chalet. De todos modos, todo eso debería haber sido mío. Y Ambrogio no se enteró de nada (al menos, al principio).

Fue mejor que cuando te toca la lotería.

Mis mejores sueños se habían hecho realidad.

Sin embargo, resultó que Ambrogio pertenecía a la mafia y tenía amigos muy peculiares. Sus socios Domenico y Niño son sicarios de la Cosa Nostra. Nos ayudaron a enterrar el cadáver de mi hermana en un agujero en un bosque cercano.

Todo parecía de color de rosa.

Todo el mundo creía que el fiambre era yo.

Pero lo que mi hermana pretendía al hacerse pasar por mí era zafarse de la mafia. No quería que su querido hijito acabara con una bala en la cabeza. Quería dejar a Ambrogio y uparse con Salvatore, su amante. El par de tortolitos planeaba asesinarme y abandonar la isla para siempre, porque Beth creía que sólo si había un cadáver (el mío) podría marcharse sin que fuesen a por ella. Pues vaya. Cabrona. De mierda. Menuda víbora. Sin embargo, a última hora, Salvatore se negó a ayudarla a matarme.

Alvie uno, Beth cero.

En toda la cara.

Pero entonces me acosté con Ambrogio y, señoras y señores, tuve que fingir. Aquello fue como meter una ramita en el Eurotúnel. Decir que tenía una micropolla es tratar el tema con amabilidad. Ay, cuántos años he desperdiciado fantaseando con el hombre de mi hermana...

Enseguida se dio cuenta de que era yo.

Me persiguió por ahí a oscuras y tuve que correr como alma que lleva el diablo. Creí que me mataría, así que me adelanté: le aplasté la cabeza con una piedra.

Cuando Ambrogio murió, fui corriendo a casa de Salvatore. Le dije que había sido en defensa propia, cosa que no era del todo mentira, y Salvo, que pensaba que yo era Beth, me ayudó a deshacerme del cadáver. La última vez que lo vimos fue al borde de un acantilado. Hicimos que pareciese un suicidio.

Después me acosté con Salvatore. Cien kilos de músculo escultural: no pude evitarlo. Pero se dio cuenta de que me faltaba la cicatriz que Beth tenía en el vientre, de la cesárea.

Otra vez me habían pillado.

No me fiaba de que fuera a guardar el secreto. Había demasiadas cosas en juego. Así que fui a ver al socio de Ambrogio, Nino, y le dije que Salvatore había matado a su jefe. Nino era sexi. Y leal. Me dijo que Ambrogio era como un hermano para él.

Y funcionó.

Asesinó a Salvatore, y luego me acosté con él también. Seré sincera.

Ha sido el mejor humano con el que me he acostado (y han sido unos cuantos). De pronto, soñaba con convertirme en asesina a sueldo junto a Nino. Ser su compañera. Su futura esposa.

Creía haber encontrado a mi media naranja.

Urdimos un plan para trabajar juntos y ganar una fortuna. Decidimos vender un Caravaggio, un cuadro de valor incalculable que Ambrogio tenía en casa. El comprador era un cura muy chungo que trabajaba para la mafia siciliana, pero el cabrón nos dijo que el cuadro era falso y que no pensaba darnos el dinero.

Así que también me lo cargué.

Nos escapamos a Londres con el Lamborghini de Nino y dos millones de euros en una maleta.

Y no me alegra en absoluto tener que admitir que Nino fue un error.

Cuando llegamos al Ritz, se llevó el coche. Me robó la puta maleta.

Sé que tal vez no vuelva a verlo; pero, si lo logro, te prometo que se desatará el caos.

AYER

Domingo, 30 de agosto de 2015
Toscana, Italia

Contemplo la carretera por el parabrisas tintado de rosa. El asfalto titila con los espejismos: un río de mercurio líquido. Es como si estuviéramos navegando en lugar de ir en coche. El cielo es vasto y de un azul imposible, tan azul como los ojos de Damian Lewis o la primera equipación del equipo italiano de rugby. Jamás había visto cielos así, excepto en las películas. Los olivares, las colinas ondulantes y el despampanante paisaje toscano deslumbran como si fueran pintura al óleo recién sacada del tubo.

El cuero caliente del asiento se me pega a la piel y los pantalones cortos de Balenciaga apenas me cubren los labios. Una gota de sudor se me desliza por el pecho y serpentea entre mis pechos. Bebo un trago de prosecco caliente. Debe de hacer cuarenta grados.

— ¿Quieres? —pregunto, y le ofrezco la botella a Nino.

Pero él responde que no con la cabeza.

—*Niente*.

Agarro bien el volante y me observo las uñas desportilladas. Necesito una manicura. La laca rosa empieza a pelarse y la sangre seca de las yemas ha adquirido un color oxidado muy feo. El pedazo de diamante del carajo que pertenecía a mi hermana me brilla en el dedo como una bomba en miniatura.

Mi querida Taylor suena en la radio. Es *Out of the Woods*, que me entusiasma. Subo el volumen y la canto. La línea del bajo es como follar. Me miro en el espejo retrovisor y veo lo bien que me quedan las Gucci de sol de Beth. Su ropa me sienta genial. Igual que su vida.

Nino me pasa un cigarrillo y suelto un suspiro de humo.

Circulamos tan rápido que no es como navegar, sino como volar a más de

ciento ochenta. Me fijo en cómo tiembla la aguja del velocímetro, más deprisa, más deprisa. ESTO ES VIDA, JODER.

Hago sonar el claxon porque sí.

—Betta, basta ya, coño.

Betta, Betta. Siempre con la puta Betta.

Ya me estoy cansando de ser mi hermana, pero Nino cree que soy la esposa de su difunto jefe, y si le digo que soy la otra gemela, podría perderlo todo. Arriesgaría mi vida. Surgirían preguntas incómodas, como si yo tuve algo que ver con el asesinato de Ambrogio. Así que más me vale seguir siendo Betta, seguirle la corriente.

«Oh, qué marañas hemos de urdir cuando estamos aprendiendo a mentir.»

Soy una auténtica viuda negra.

Nos dirigimos hacia el norte de la Toscana, hacia los lagos y la frontera suiza. Atravesaremos la Provenza, Borgoña y Picardía hasta llegar, por fin, a Londres. Lejos de Taormina. Lejos de mi hermana. De la poli y de los numerosos cadáveres. De la culpa, el miedo, las noches sin dormir. Demasiados. Murrios. Estiro los brazos hacia arriba. Me encanta la sensación de distensión en los hombros y en el cuello, las diogas corriéndome por las venas, ese resplandor agradable de la cabeza. El sabor de la coca me gotea poco a poco desde la nariz hasta la garganta. Le sonrío a Nino y me lamo los labios entumecidos. Todavía tengo en la boca el sabor del último beso: lengua salada, Marlboro Red. Huelo su loción para después del afeitado, su sudor me resulta muy sexi. Huelo el dinero que tenemos guardado en la maleta de cuero viejo del cura. Sólo de pensarlo me da un subidón. Y me pone a cien...

—¿Sabes lo ricos que somos?

—Dos millones de euros —contesta Nino.

Coge la maleta desgastada de Gucci y acaricia el cuero ajado.

—*Allora*, ¿cuánto nos durará?

—Podemos ganar más. Nino, cariño, somos inmortales. Somos un equipo fabuloso, ¿no crees?

Vamos dejando atrás a policías y a mafiosos; ante nosotros, un futuro brillante y atrevido. Alvie y Nino juntos para siempre, matando y follando y viceversa.

—Oye, ¿quieres que paremos? —propongo—. Me apetece un rato de diversión en la cuneta.

Él asiente con la cabeza.

Me meto por un camino y paro el motor.

Nino se baja y me abre la puerta. Me ofrece la mano. Rodeamos el coche hasta la parte de delante, y él me desnuda.

Me golpeo la mejilla con fuerza en el metal caliente del capó y me la chamusco. Tengo los pantalones cortos por los tobillos y las manos de Nino en las tetas. Dios, cómo me gusta mi novio mafioso. Sé que sólo hace una semana que lo conozco, pero es como si lo conociera desde siempre. Estiro los brazos hacia delante y arañó la pintura brillante de color escarlata. Su cuerpo pesado hace presión sobre mi espalda desnuda y sudorosa, y noto los fuertes latidos de su corazón y el roce de su barba en el cuello. Tiene la piel ardiendo, al rojo vivo. Noto un sabor salado en la boca, un sabor sexual.

Él empuja, percute, empotra.

—Nino, Nino, Nino...

Ojalá él me llamase «Alvie».

Nos corremos a la vez. Lo veo todo rojo. Nuestros cuerpos dan sacudidas, espasmos. Durante una fracción de segundo no estamos aquí, sino en un universo diferente. No sé quién soy, pero Nino y yo somos uno. Los franceses lo llaman «*lapetite mort*», la pequeña muerte o algo así. Como si me hubiera muerto un poco por dentro. Sin embargo, nunca me había sentido tan viva. ¿Qué coño sabrán ellos?

Regresamos a la tierra de golpe. A la realidad. Pero ¿sabes qué? Eso está muy bien. Ahora mismo me mola ser yo. Nino se retira y yo me enderezo medio mareada y con la cabeza dándome vueltas. Oigo el crujido de sus botas en la gravilla, lo oigo suspirar: «Betta». Me agacho a por los pantalones y me los subo por la piel pegajosa de las piernas. Me apoyo en el Lamborghini y lo miro mientras se enciende un piti.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —me pregunta.

—Esperándote —respondo.

Me roza el labio inferior con los dedos.

Lo miro a los ojos.

Todo esto... Todo esto parece un sueño. Me siento a salvo. Por primera vez en mi vida, me siento deseada. Estar aquí y ahora con él..., jamás me había sentido así. Casi es demasiado bueno para ser verdad.

Primer día: El traidor

1

HOY

*Lunes, 31 de agosto de 2015
Hotel Ritz, Saint James, Londres*

Aún oigo la voz de Beth: «Alvie, ¿qué haces vomitando en el lavamanos?».

Es porque estoy cagando en el váter.

«¿Las dos cosas a la vez?»

Sí, a la vez. Se llama intoxicación alcohólica y es muy emocionante. Deberías probarlo. Hija de puta...

Me pesan mucho los párpados, pero consigo abrirlos. Sólo una rendija. Un blanco reluciente de anuncio de detergente me deslumbra: la taza de porcelana. Los cierro de nuevo, porque me ha dolido. Apoyo la mejilla en el borde duro y frío, y espero a que acaben las arcadas. Soy una surfera clavando barriles en Hawái, me deslizo sobre las olas y choco con la espuma. Ay, no, no... Bueno, vamos allá, vamos de nuevo. Vomito las pocas reservas que me quedan de jugos gástricos una y otra vez.

ME LAS PAGARÁS, NINO. ES TODO CULPA TUYA.

Ginebra, vino, vodka martini, zanahorias (qué raro, si no comí zanahorias...). Mi respiración hace eco en el interior de la taza; la cabeza me palpita y me da vueltas.

No pienso volver
a beber. Esta vez va

en serio. Yo qué sé.

Mi primer haiku del día.

Genial, Alvie. No has perdido el toque. ¿A quién le importa si mis poemas no le gustan a nadie? Keats no triunfó en vida. Beth siempre me decía que estaba perdiendo el tiempo, pero no escribo para los críticos.

Al final resbalo y doy de bruces en el suelo. Las baldosas me reciben con un golpazo que suena a palmada en el lado de la cabeza.

¿De verdad acabo de caerme del váter?

Se me inunda la boca de la sangre que me brota de un corte en el labio. Estoy muerta, pero al menos no es literal; no he muerto comiendo hamburguesas en el zambullo como Elvis Presley. Tiemblo sobre las baldosas de color blanco y azul. Argh, ¿qué es ese olor? Oh, soy yo. Sudor mezclado con Pato WC o lejía con olor a brisa marina. Estoy desnuda, salvo por el collar de diamantes de Beth. Me arrastro en plan comando como un soldado de infantería hasta la alfombrilla de baño, que es peluda y mullida: mi isla desierta en una zona hostil. Estoy en un cuarto de baño *en suite* de aspecto elegante, enteramente de mármol y de cristal. Todo reluce. Todo está nuevo. Hay una bañera y una ducha separada en la que caben dos personas. Me tumbo boca arriba y la contemplo. Me gustaría entrar, pero no sé si lo conseguiría...

Se oye un siseo y un ambientador eléctrico de color blanco pulveriza el baño con magnolia sintética. Me llama la atención el televisor de pantalla panorámica del techo, así que alcanzo el mando a distancia y lo enciendo. Me da la sensación de que debería mirar las noticias; es una sensación extraña en la boca del estómago que no tiene nada que ver con el alcohol. Llamémoslo una corazonada.

Una fotografía muy poco favorecedora de mí en la boda de Beth.

Subo el volumen al máximo.

«Esta mañana han descubierto el cadáver de una mujer en un bosque siciliano, cerca de Taormina. Se sospecha que podría ser Alvina Knightly, de veintiséis años de edad. Los informa nuestro corresponsal en Italia, Romeo d'Alba.»

*Joder, joder, joder, joder,
joder, joder, joder, joder, joder,
Joder. ESTO. ES. UN. PUTO. DESASTRE.*

A nivel técnico, eso sigue siendo un haiku. No es Shakespeare, pero es que tengo mucha resaca. No esperes que componga mi mejor obra en estas circunstancias.

El tabaco está junto al lavamanos, así que enciendo un Marlboro y le doy una calada. Creía que no darían con su cadáver; por lo menos no tan pronto. ¿Estoy jodida?

La cuestión es que no saben quién es.

Un hombre calvo con traje beige está rodeado de robles y castaños, y sostiene un micrófono justo por debajo de la papada. (¿Cómo narices ha conseguido trabajo en la tele? Parece una croqueta.) Agita una manita blanca y fofa para señalar el claro del bosque que tiene a su espalda. Un agujero rodeado de cinta policial, un montículo de tierra y una tonelada de ladrillos, montones de escombros, pedazos de hormigón: la tumba de mi hermana gemela.

«La propiedad carecía de permiso de obras y el edificio estaba sin acabar y mal construido, escondido en una zona apartada, en un bosque siciliano. Sin embargo, esta mañana un olor inusual ha alertado al pastor alemán de Antonia Ricci. *Signora Ricci*, por favor, cuéntenos qué ha ocurrido cuando ha sacado a *Lupo* de paseo.»

La cámara hace una panorámica que revela a una mujer al lado de Romeo. Antonia es menuda y lleva un chubasquero; su cabellera dorada forma un halo encrespado. Tiene el rostro alargado y la nariz aguileña. Diría que se parece un poco al perro. *Lupo* jadea entre sus piernas con la enorme lengua rosa colgando de un lado y goteando baba, y las orejas erguidas y apuntando hacia arriba. Romeo le pone el micrófono delante. Ella está como un puto flan.

«*Lupo*..., él huele. Ladra al edificio... enfadado. Yo intento tirarlo, llevar a otra parte, pero él *non si muove*. Es muy bueno perro.»

Lupo ladra.

«Calla, *Lupo*.»

Le da algo de comer.

«Entonces él cava y cava. Quería cazar algo debajo del edificio. Yo *pensavo* que era un *topolino*. Un...»

Arruga la nariz como si quisiera mover un bigote.

«¿Un ratón?»

«Un ratón, sí. Pero yo asustada. La casa era *strana*... Y entonces *ho* descubierto un pelo largo rubio aquí. Aquí, estaba aquí. —Señala el suelo—. He oído historias. Conozco. Conozco Cosa Nostra. Y he llamado a la policía.»

Romeo asiente y se hace de nuevo con el micrófono. Mira al perro de reojo, que le husmea la entrepierna.

«No, *basta* —ordena Antonia, y tira con fuerza de la cabeza de *Lupo*—. *Mi dispiace.*»

«La policía llegó a las siete y media de la mañana. Identificaron el lugar como típico de la infame mafia siciliana, la Cosa Nostra, y no les sorprendió encontrar un cadáver oculto en el hormigón de los cimientos.»

La cámara enfoca la zona boscosa. El perro levanta una pata trasera y hace pis en los escombros.

«¡*Lupo*, no!»

«El descubrimiento del cadáver de Alvina Knightly y de su supuesto asesinato ponen en duda el aparente suicidio de su cuñado, Ambrogio Caruso, de veintinueve años de edad, que falleció tres días antes. La policía está investigando pruebas que podrían confirmar que Ambrogio Caruso también fue asesinado. Romeo dAlba, BBC News en directo desde Taormina.»

Genial.

Apago el televisor con el mando.

Tienen mi cadáver y el de Ambrogio. Es cuestión de tiempo. Buscarán a Beth, espero que sólo para interrogarla, para ver si ella puede aclararles algo. A ver, la hermana gemela de Beth y su marido la han diñado: ¿será ella la principal sospechosa? ¿Y si piensan que lo ha hecho Beth?

Beth... Dios mío, ésa soy yo.

A menos que... A menos que pueda volver a ser Alvie. Aunque oficialmente sea un fiambre. Ay, madre mía, qué lío más grande.

Me levanto como puedo y me aparto de la alfombrilla de baño. El agua de la cisterna suena como un tsunami. Me inclino sobre el lavamanos, abro el grifo de agua fría y me la echo en la cara. Me miro en el espejo: mala idea. Parezco aquella que salió a rastras de un cementerio, Urna Thurman en *Kill Bill 2*. Tengo sangre en los labios, el rímel corrido y el pelo mojado, enmarañado, apelmazado y pegado a la cabeza. Tengo la piel gris. Soy Morticia Addams o una muerta viviente. Me recuerda al estado en el que me encontraba hace una semana en Archway.

Fenomenal.

Fabuloso, joder.

Volvemos a la casilla de salida. Sin dinero, sin trabajo, sin casa, sin novio. No hacía falta que me molestase en ir a Sicilia, porque he malgastado tiempo y fuerzas. Siete días de trabajo duro de cojones. Para empezar, ¿qué hacía yo en

Taormina? Lo único que quería eran unas vacaciones, un poco de sol para ponerme morena. Pero Beth casi me suplicó que cogiera el avión y, la verdad, no tenía elección. Había tocado fondo por completo. En Londres no me quedaba nada más que un aluvión de deudas y mi adicción a la lotería de rascar, la amenaza constante de pillar herpes o cualquier ETS. Vivía en una fosa séptica infestada de alimañas, caldo de cultivo ideal para la sarna. Mientras tanto, la perfecta de mi hermana gemela se había casado con mi hombre y se había mudado al Burj al Arab.

¿Sabes qué? Esto ni siquiera es la casilla de salida: he dado un paso adelante y dos atrás. Ahora «Alvie Knightly» es pasto de gusanos, y la policía italiana se me va a echar encima. ¿Qué quieres que haga?, ¿mirar el lado bueno de las cosas? ¡Ni siquiera existo, joder! Tengo que encontrar a Nino, recuperar la pasta y desaparecer... en Monaco. Pero ¿cómo coño voy a dar con él si estoy a dos velas?

Creía que mi vida ya era un auténtico naufragio, pero supongo que la cosa se ha puesto peor.

Me miro los ojos inyectados en sangre y suspiro. Venga, Alvie. Piensa: ¿qué haría Beyoncé? Nino está tan tranquilo por ahí con el Lamborghini y el maletín con el dinero. Sin embargo, yo soy Gloria Gaynor: soy una superviviente. Y me las pagará. Voy a vengarme, como Hamlet (pero en chica: ¿Hamleta? Uy, no, que suena a «paleta»). Daré con él y lo mataré, ya lo veréis. Ojalá no estuviera tan bueno...

Ando de puntillas por el salón como si hubiera cristales. Y la verdad es que la moqueta está llena de botellitas del minibar: Smirnoff, Glenfiddich, Jack Daniels, Pimm's. Medio vacías, destapadas, tristes. Me echo al gaznate cincuenta mililitros de Bombay Sapphire; la única superviviente que hay en el frigorífico, porque anoche dejé el minibar seco antes de desmayarme. Para equilibrar el pH, como dicen. Quema como el aguarrás.

En una bandejita que hay junto a las tazas y los platillos hay una galleta de chocolate de cortesía. Un hervidor de agua cromado. Sobrecitos de infusiones Twinings. Me meto la galleta en la boca y al masticar parece que consigo aliviar el sabor amargo de la traición y endulzar el hedor cruel de la perfidia. «*Et tu, Brute?*» Es como si me hubiera apuñalado la espalda con mi propio puñal.

*Nino, oh, Nino,
voy a por ti. Nino,*

oh, Nino gusanino.

Veo su fedora negro abandonado junto al sillón. Lo cojo y me lo pruebo. Marlboro Red, cuero, sexo; cierro los ojos y respiro su fragancia. Me acuerdo de la primera vez que lo vi en casa de Beth, la sensación de que el mundo acababa de pararse. Nino conduciendo el monovolumen con mi hermana fiambre en el maletero y Metallica atronando por los altavoces. Sus antebrazos musculosos cubiertos de tinta. Su cuerpo desnudo. Los abdominales tallados en piedra. Una polla perfecta de treinta centímetros. Entonces arrugo el ceño y, no, no añoro a Nino. Sólo su polla.

Lo veo. Bueno, le veo la nuca mientras se larga a toda velocidad por Piccadilly en el coche de Ambrogio. Los faros posteriores del Lamborghini, rojos y relucientes. Joder, cómo me gustaba el coche. Que te folien, Nino; eres un ladrón miserable. Ese coche era el amor de mi vida.

«Si no esperas nada de nadie, nunca te decepcionarán.» Debería haber hecho caso a Sylvia Plath. Debería haberme metido a monja.

Me quito el sombrero y lo tiro al sofá, y de pronto huelo la fragancia de un ramo de rosas frescas que hay en un jarrón junto a la puerta. ¿Cómo han sobrevivido a mi desmadre nocturno? La destrucción y el saqueo han sido dignos de un vikingo. Estaba como Keith Moon o Keith Richards o cualquier otra estrella del rock de las que destrozan habitaciones de hotel. Un tifón, un tornado: huracán Alvie.

Voy a tardar una semana en recuperarme. Mataría por un poco de coca. O por un gramo de paracetamol.

Bueno, ya vale. ¿Dónde narices está el iPhone de Beth? Tiene que estar en alguna parte. Busco entre las cortinas de terciopelo escarlata que hay hechas un gurrño junto a la pared. Candelabros, adornos de cristal y ejemplares de revistas de papel satinado esparcidos por todo el suelo. Al menos, no hay ningún pollo. Ni un tigre. O un bebé. Es como si estuviera en el rodaje de la cuarta de *Resacón en Las Vegas*. Madre mía, ojalá fuera una película, porque así podría darle al botón de pausa o de rebobinar. Volvería al principio y estrangularía a esa cabrona en el útero.

Al final encuentro el móvil, que asoma por debajo de una alfombra. Lo cojo y abro la aplicación que bajé, la que hace un seguimiento del teléfono de Nino. Fue una idea magistral, Alvie. Uno de mis mejores trucos. Le cogí el móvil mientras estaba duchándose; acababa de usarlo, así que aún estaba desbloqueado. Instalé el software por si acaso y menos mal que lo hice. Ya

sabía yo que no podía fiarme de él. Por algún motivo, me di cuenta de que era un mierda. Podría haber esperado toda la noche en el bar bebiendo vodka martini, pero ahora podré ver la ubicación de Nino siempre que él tenga cobertura. Lo compruebo. El último lugar en el que se registró a ese tontopolla es el aeropuerto de Heathrow. Pero de eso hace ya horas. Refresco una, dos, tres, cuatro veces. Nada. No funciona, joder. No detecta su GPS.

Pues muy bien, así está la cosa. Estoy jodida del todo. Jamás lo atraparé. La aplicación era mi única pista viable. Mando el hervidor de agua a la chimenea de una patada y lanzo la taza contra la puerta. Se agrieta y se parte en dos, como mi estúpido corazón. ¿Cómo narices voy a encontrar a Nino?

«Para que, con alas tan veloces como la fantasía o los pensamientos amorosos, vuele a la venganza.»

Le echo otro vistazo a la pantalla. A estas alturas ya podría estar volando; tal vez tenga el móvil en modo avión. Luego lo miro de nuevo. No pasa nada; relájate, nena. Que no cunda el pánico.

Hay ocho llamadas perdidas y un correo electrónico de mi madre a Beth. Abro el email y lo leo:

De: Mavis Knightly
MavisKnightly1954@yahoo.com
Para: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Fecha: 31 de agosto de 2015, 09.05
Asunto: ¿Dónde estás?

Elizabeth, cariño, ¿dónde demonios te has metido? Estoy desquiciada de tanta preocupación. Estoy en Taormina con tu hijo y con la niñera, pero nadie sabe nada. Esto está lleno de policías que preguntan por tu hermana. Al parecer, se ha liado una buena porque estuviera enterrada en un bosque. Les he contado lo que tú me dijiste por teléfono, que había sido un accidente, pero no sé si se lo han creído...

La semana pasada llamé a mi madre y le dije que Alvie había muerto. Que apenas sabía nadar y que se había caído en la piscina, borracha. No me dio la impresión de que la sorprendiese. Más bien parecía aliviada...

Pero bueno, cambiemos de tema. Siento mucho lo de Ambrogio. Qué

inesperado, pobrecita mía. No me hago a la idea de cuánto debes de estar sufriendo. Era un marido maravilloso, el yerno perfecto. Tan rico y tan guapo y apuesto. Nunca olvidaré la imagen de su trasero mientras te esperaba para caminar hasta el altar. Le he dicho a la policía que es imposible que haya sido un suicidio. Un hom

bre tan guapo y rico no se mata queriendo así como así. Les he enseñado una foto de vosotros dos en vuestra luna de miel; esa tan bonita en la que estáis los dos con un daiquiri y la puesta de sol. «Ambrogio Caruso —le he dicho al agente— estaba casado con mi hija Beth. ¿Se suicidaría usted si ella fuese su esposa?» Me ha dado la razón y ha admitido que eres muy especial. De hecho, hasta me ha dicho que has heredado la hermosura de mí. Y la verdad es que yo no se lo niego. Si hubiera visto a Alvin, tu padre, no le cabría la menor duda. Ay, qué manera de flirtear tienen los italianos, y agradezco el cambio. En Sídney, las señoras de cierta edad se vuelven invisibles. Pero yo todavía soy mujer y tengo necesidades. Agradezco que me hagan cumplidos. Me esfuerzo en cuidarme..., las exfoliaciones, la cera, las limpiezas de colon. Hay que intentar mantener un buen aspecto. Todavía me falta mucho para el arrastre.

Ven a verme, cariño. Tanto estrés me va muy mal para los nervios y ya estoy viendo que el cortisol me está fastidiando la terapia hormonal.

Con amor incondicional y muchos besos,

Mami

P. D. He intentado llamarte al móvil, pero debe de haber algún problema tecnológico. Suena y suena y al final me salta el contestador. Llámame, angelito. Por favor.

Lo borro. Niego con la cabeza. Qué mujer tan increíble. Alguien llama a la puerta. ¿La policía?

—¿Quién es? —pregunto.

Me fijo en la ventana. Supongo que si hiciera falta, podría salir por ahí. ¿En qué piso estamos? Ay, es el ático... Genial. Un plan fabuloso, Alvie. Estás en pelota picada en el centro de Londres y a plena luz del día. Nadie se dará cuenta de que hay una tipa corriendo en pelotas por el tejado.

—Disculpe, señora. La salida del hotel era a mediodía. A las doce.

—Vaya, no me diga. ¿Y qué hora es?

—La una y media.

Mierda.

—Enseguida bajo.

Tengo que desaparecer antes de que vean la suite. Nino y yo pagamos anoche (en metálico, con un buen fajo de euros), pero eso cubría la estancia, no la puta remodelación. Tendré que escaparme.

Sin embargo, no tengo nada que ponerme. El maldito Nino se largó con la maleta donde tenía la ropa. Y toda la pasta. ¿Qué piensa hacer con los vestidos de mi hermana? Gucci, Lanvin y Tom Ford. No creo que le queden bien, la verdad. Qué gracia... Quiero recuperarlos. Y el dibujo de Channing Tatum también. No me puedo creer que se lo haya llevado, no le hace falta para nada.

Cojo el vestido sucio de ayer (el Chanel negro de Beth) y entro en el baño a ducharme. Me meto bajo el chorro de agua caliente y canto *You Oughta Know* de Alanis a todo pulmón. Me pongo un turbante en la cabeza, un albornoz y salgo del baño. Enciendo un cigarrillo y doy vueltas por la habitación como un león en una jaula del zoo. Necesito pasta para ir a por Nino: billetes de avión, hoteles, vodka, etcétera. Pero mis tarjetas están al límite y no puedo usar las de Beth sin que se note. ¿Qué hago?

De pronto veo el centelleo del collar de diamantes que llevo colgando del cuello. Los pendientes de diamantes. El reloj Omega. Todavía tengo puestos los anillos de compromiso y de boda... La semana pasada, cuando estaba haciendo de mi hermana gemela, me fueron de fábula. Los engañé a casi todos. Pero supongo que ahora ya no los necesito.

Me pregunto cuánto me darían si los empeñase.

Eso es lo que voy a hacer. Ahora mismo. Me largo.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, bajar la escalera y salir corriendo a Mayfair, me detengo con la mano aún en el pomo y me quedo parada. ¿En qué coño estoy pensando? ¿Quién me he creído que soy? La pobrecita Alvie, que ni siquiera va armada, contra el monstruo feroz que es Nino. Es un veterano sicario de la mafia, lleva veinte años en el negocio. Dios sabrá a cuántos se ha cargado. Segurísimo que a muchos más que yo. Podrían ser cientos. O miles. Venga, ¿qué posibilidades tengo? Debo de haber perdido el norte.

Suelto el pomo y me derrumbo en el suelo.

Habría podido tenerlo todo.

Ha ido de muy poco. Joder, de poquísimo. El chalet, el coche, el yate, el

Nino, el cuadro renacentista de valor incalculable. La buena vida. *La dolce vita*. Los dos millones de euros no eran más que el comienzo, pero él me lo arrebató todo anoche cuando me dejó aquí. Se me llenan los ojos de lágrimas calientes que me corren por las mejillas. Parpadeo y parpadeo para enjugármelas.

¿Qué es ese olor? ¿Miss Dior Chérie? Qué raro, incluso después de ducharme huelo el perfume de mi hermana: dulce, empalagoso, pegajoso, sacarinoso. Debo de haberme puesto demasiado.

La voz de mi hermana me susurra algo al oído: «Me las pagarás».

¿Cómo? ¿Es Beth?

Abro los ojos y me incorporo. Miro a mi alrededor, pero la habitación está vacía. Aquí no hay nadie más que yo.

«Me mataste.»

—La verdad es que no: resbalaste. —¿De verdad tengo que escucharla?—. Ya no eres mi problema.

«Ja, ja. Ya verás, ya.»

—Pero ¿qué cojones...? ¿Me amenazas? Estás muerta, lo vi con mis propios ojos.

«Me vengaré.»

Me levanto y me apoyo en la pared con la cara cubierta de sudor frío y la respiración entrecortada. Enciendo todas las luces de la suite: las relucientes lámparas de araña doradas, la lámpara del escritorio, la de la mesita de café. Cojo un abrecartas de marfil.

«Me las vas a pagar —me dice—. Mataste a mi marido a sangre fría e hiciste que asesinaran a mi amante.»

Mierda, tiene razón. Todo eso es cierto. Supongo que por eso está tan enfadada.

—Vale, espera un momento —contesto, y el «puñal» me tiembla en la mano, igual que el hilillo de voz con el que he contestado.

«Sí, espero. No tengo adonde ir. Por si no te acuerdas, me has robado la vida.»

Suelta una carcajada cruel y sin humor, como el payaso de pesadilla de *It*. ¿De dónde cojones viene? Me planto en mitad de la habitación y giro trescientos sesenta grados. No está aquí, ¿verdad?

—En primer lugar, estás muerta. Más seca que un fiambre, ¿te enteras? No eres más que una estúpida voz que se me ha metido en la cabeza. En segundo lugar, ¿qué vas a hacer? ¿Hablarne? Será aterrador.

Silencio. Nada. Ni una palabra. Ni una risa ni un suspiro ni un estornudo.

—¿Beth?

¿Adonde ha ido? Me acerco despacio al espejo.

—Beth, esto no tiene gracia. ¿Sigues aquí?

Me acerco todavía más y me miro los ojos. Estoy tan cerca que mi aliento empaña el cristal.

—¿Beth? ¡Beth! ¡BETH!

«Mía es la venganza, yo daré lo merecido.»

—¡Argh! Calla ya, hija de puta zombi.

Me derrumbo de nuevo en el suelo.

«Vas a dejar que Nino te pisotee igual que hizo Ambrogio. Te folian y se largan. Nunca consigues que se queden.»

—No, de eso nada. Yo no.

«Mírate, eres patética... Nunca te aclaras.»

—Voy a encontrar a Nino, aunque sea lo último que haga.

Me enderezo un poco más y me sorbo la nariz.

Me fijo en el ramo de rosas y veo que se ríen, que se mofan de mí, se burlan. Nino nunca me ha regalado flores; bien pensado, nadie lo ha hecho. Descubro un sobrecito escondido en el jarrón. Me levanto de un salto y lo cojo.

Dios mío... Son de parte de él.

¿Qué querrá? ¿Qué dice la nota?

Carissima Elisabetta:

Si me atrapas, trabajaremos Juntos.

Y ya está. Ni un beso. Nada de «lo siento, cariño» ni de «amor mío, he cometido un error» o «quiero recuperarte» o «qué mala persona soy». ¿Si lo atrapo? ¿Cómo que «si»? Aquí no hay «si» que valga. Soy su némesis y voy a hacer mucho más que atraparlo. Ja, ja. Voy a asesinarlo en su puta cara. ¿Este tío va en serio? Qué condescendiente. Yo no necesito trabajar con él. Ese follacabras lo ha estropeado todo. ¿Cree que se lo dejaré pasar? ¿Que daré vueltas como un perrito y dejaré que me folie? ¿Que seré su felpudo? De eso nada.

Yo soy ALVINA KNIGHTLY.

Más le vale tenerme mucho miedo.

«¡Oh! ¡A partir de este instante, sean de sangre mis pensamientos, o no merezcan sino baldón!»

La venganza no debería hallar obstáculos.

Cojo las flores a puñados y las espinas de los tallos se me clavan, me arañan, me traspasan la piel, y brota la sangre. Tiro las rosas al suelo y vuelan pétalos por todas partes, se vierte agua y me sangra el pulgar. Salto una y otra vez con las sandalias de Prada de Beth, una y otra vez, hasta que las rosas ya no son más que pulpa.

Burlington Arcade, Saint James, Londres

—¿Cuánto?

—Doscientas veintiséis mil libras con noventa y ocho peniques.

El hombre tiene un acento escocés cantarín como el de Ewan McGregor en *Moulin Rouge*. Las joyas relucen sobre un trozo de terciopelo negro extendido encima de la mesa de madera de nogal.

—Otra vez, que no lo he entendido.

—Doscientas veintiséis mil libras con noventa y ocho peniques.

—Joder.

—Salud.

Creía que serían cincuenta o sesenta mil libras. Vamos a suponer setenta como mucho. Pero estoy alucinando pepinillos. Es una auténtica fortuna. Puede que hoy sí sea mi día de suerte.

—¿Quiere que se lo escriba?

Saca una pluma Montblanc del bolsillo, escribe la cifra en una tarjeta blanca y después dibuja un símbolo de libra esterlina extravagante y redondeado, mucho más grande de lo necesario y con florituras, como si quisiera decir algo con ello. Voy a presionar, a aguantar hasta que me ofrezca más. No pienso dejar que nadie más me la pegue. Lo he aprendido a las malas gracias a Nino.

—Trescientas mil.

—¿Disculpe?

—Lo dejamos en trescientas mil y cerramos el trato.

Me escupo en la palma de la mano y se la ofrezco para que me la estreche. El viejo se rasca la calva. Tiene el pelo blanco, seco y encrespado, necesita comprarse un bote de acondicionador. (Ya sé que la vida es más que el pelo,

pero no está mal empezar por ahí.) Le cae caspa en los hombros, como si fuera nieve el día de Navidad. Ojalá parase de rascarse, porque ya parece una ventisca. Podría hacer un muñeco.

—Siento decirle que esa cifra es demasiado alta, señora. En el proceso de tasación hacemos cálculos muy precisos.

Bla, bla, bla, bla, joder.

—¿Quiere los diamantes? Pues deme el dinero. De lo contrario, me voy.

¡Muy bien!

Cada vez se me da mejor negociar. Se trata de tener la ventaja y de echarle huevos.

Me mira por encima de las gafas de media luna y se inclina hacia delante.

—En ese caso, señora, que tenga usted un buen día.

Cruza los brazos y da golpecitos en el suelo de madera con sus zapatos caros de cuero calado. Ay, que creo que quiere que me marche... El cabrón quiere verme las cartas.

«Perfecto, Alvie», dice Beth.

Le echo un vistazo a la joyería. Vende antigüedades, además de relojes, broches antiguos y anillos de diamantes. En las paredes hay cuadros y fotos en color sepia. Encaje Victoriano. Una caja de marfil. Hay una calavera humana que parece muy divertida, de coronilla color crema y dientes mellados. «Ah, ¡pobre Yorick!» Pero no la quiero (sólo si fuese la de Nino). Ocupa demasiado para ir cargando con ella por ahí.

De repente, descubro un reloj de cuco antiquísimo en un estante polvoriento.

—Doscientas veintiséis mil libras con noventa y ocho peniques y ese reloj.

Señalo la balda. El hombre se vuelve a mirar. No sé por qué lo he dicho, la verdad. Si te soy sincera, ni siquiera me gusta. Está tallado y muy decorado y es demasiado recargado, con tantos números romanos y tantas hojitas ridículas pegadas. Es de madera barnizada y de él cuelgan un montón de cadenas de cobre y de péndulos. Arriba de todo hay una puertecita para que el cuco asome la cabeza. Mi abuela podría haberlo comprado en un viaje a la Selva Negra en 1928.

—Trato hecho —dice—. Le haré una transferencia a su cuenta ahora mismo.

Le entrego las joyas de Elizabeth y le doy una palmada fuerte en el hombro.

—No, lo necesito en metálico y en euros.

De la chaqueta le sale una nube de caspa, y yo me limpio la mano en el vestido.

Al cabo de un rato, el hombre regresa con una docena de rollos de billetes. Los cuento todos. La cantidad es correcta, hasta el último céntimo. Abro el reloj de cuco, meto el dinero dentro y enciendo un cigarrillo para celebrarlo. ¡Hurra! No me lo puedo creer: doscientas veintiséis mil libras con noventa y ocho peniques, todos para mí. Salgo radiante de la casa de empeños a la galería comercial Burlington Arcade. Casi voy dando saltitos de alegría. Uy, mira, me gusta esa pulsera...

Pero ahora no toca ir de compras.

No, necesito el dinero para Nino, el vodka, los billetes de avión, etcétera, etcétera.

Tengo que encontrar a Nino y el resto del dinero. Doscientos de los grandes no están mal, pero no es justicia. Sólo el principio. ¿A quién le importa una mierda la casucha de Beth? ¿Qué más da si la quemé? Ya me compraré otra. Y otro coche clásico.

Salgo de la galería hacia Piccadilly. Gases de los coches y café de un Caffé Nero cercano. El aroma de la cafeína me recuerda a Nino: le gustaba fuerte y solo. Sin leche ni azúcar. (No sé cómo se lo tomaba así.) Me vienen muchos recuerdos a la cabeza, y cierro los ojos. Casi noto su sabor, el gusto amargo y caliente del *espresso* en sus labios, el matiz terroso del tabaco, el olor a cuero gastado. El roce del bigote de herradura.

Pero no, no. Se ha ido, así que niego con la cabeza para sacudirme la imagen del cerebro. Juro por Dios que ya estoy harta de los hombres. Nunca más. Voy a ser virgen renacida. (Uy, no sé si eso existe. ¿Se me reconstruirá el himen? No me entrará ni el bigote de una gamba.) Le echo un vistazo a la aplicación del iPhone, pero la última ubicación sigue siendo el aeropuerto. Ahora que ya tengo dinero en metálico, puedo ponerme en marcha.

—¡TAAAAXIIIIII! —grito con el brazo extendido.

No. Que te jodan, Nino. Para mí has muerto. Ya noto el sabor del dinero (y de los trocitos de chocolate que tengo pegados a los dientes, de la galleta que me he comido en el Ritz).

3

Aeropuerto de Heathrow, Londres

Doy un golpe en la barra con la copa y oteo las multitudes. A estas alturas, Nino podría estar en cualquier parte: Bali, Fiji, Misisipi... O incluso peor: podría estar aquí. Podría estar escondido entre el gentío, espiándome mientras me emborracho con Bollinger. Esperando a que esté comatosa y él pueda entrar a matar. Entorno los ojos y escudriño las hordas de turistas mal vestidos. Nadie se vuelve. Nadie me hace caso.

El camarero me rellena la copa, y yo le doy un buen trago y me estremezco. Está frío y vigorizante, con el punto justo de amargor. El líquido de color dorado pálido gira dentro de la copa alta de cristal tallado, contemplo el ascenso de las burbujas. ¿Cuántas llevo? Ésta debería ser la última: necesito estar a pleno rendimiento. Tengo que estar más despierta que nunca.

Saco el iPhone de Beth del bolso y lo desbloqueo para refrescar la aplicación de rastreo una y otra vez, una y otra vez. Pero nada, dice lo mismo. Estuvo aquí, en el aeropuerto de Heathrow, en la terminal 5. Y de eso ya hace horas. Joder, ¿por qué no cambia? Esta tecnología de mierda no me quiere. Siempre ha sido así y siempre lo será. Los relojes de pared y los de pulsera se paran cuando estoy presente, como si tuviera algún tipo de campo magnético que interfiriese con sus cálculos. Apuesto a que esta birria de aplicación ni siquiera funciona. Ya está, ha desaparecido para siempre. Fin.

Suelto el móvil sobre la barra y me acabo el champán de un trago.

—¿Por qué me dejan todos los tíos? —le pregunto a nadie en concreto.

«¿Porque eres una psicópata?», aventura Beth.

—Ay, ¡gracias! Me estás ayudando mucho.

«Ya sabes que Nino no es el primero. Te han dejado Alex, Ahmed, Simón,

Richard, Michael... ¿Quieres que siga? Bradley, Jamie, Stewart, Hamish, Norman, Humphrey, George, John, Paúl, Mark, Clark, Madhav, Mohammed y Daniel y Patrick... Pero ¿sabes qué? Todo empezó con papá. Él te dejó cuando tenías un año.»

—Cállate, Beth. Cierra la boca, coño. Papá también te dejó a ti.

Sin embargo, mi hermana tiene razón. Mi padre fue el primero en marcharse. No soportaba verme y sólo aguantó doce cortos meses antes de largarse para siempre. Nino ha durado menos de una semana. Debo de estar empeorando.

Abro YouTube en el móvil y busco «Autodefensa». El primer resultado es «Cinco grandes técnicas de autodefensa». Al parecer, «fuerte» es el nuevo «delgada»; #*GirlsWho-Lift*. Me pondré en plan Hilary Swank, tan musculosa como Rich Froning. Debo prepararme para pelear. Nino podría atacarme en cualquier momento. Tendré que aprender alguna llave mortal de judo o de jiu-jitsu. El tipo de la pantalla demuestra qué hacer si te ataca un cabrón siciliano y mentiroso. Muestra cómo reaccionar a un puñetazo o a un cabezazo, a una patada o a un rodillazo en la entrepierna. Veo el vídeo varias veces para intentar memorizar los movimientos, y el tipo no deja de decir: «Hazlo fácil». «Es sencillo», dice. Y un huevo. Va demasiado deprisa para poder seguirlo. Tendré que practicar para aprender.

¡Ping!

¿Qué ha sido eso?

Hay una notificación parpadeante de la aplicación. Toco el icono y me acerco el móvil para leerlo. No veo muy bien y tengo la vista algo borrosa, pero diría que ahí pone «Bucarest, Rumania». Sí. Ya te tengo. Está allí. Si ese pedazo de mierda está en Rumania, allí es adonde debo ir. Tú puedes, Alvie, querida. Eres Wonder Woman. Una jedi.

«Tente, tente, corazón mío. ¡Y vosotros, nervios, no caduquéis de pronto, y mantenedme enhiesto!»

Esto marcha, joder.

Hum, Rumania: interesante elección. Me preguntó por qué habrá ido Nino allí.

Tengo que comprar un billete de avión.

Pago la cuenta. ¿Cuánto? Da igual, ahora soy rica y me lo puedo permitir. El champán es una de las necesidades básicas de la vida, como los pastelitos, las Pringles y la cocaína.

En cuanto embarco, me arrepiento de haber actuado con tanta rapidez. ¿Qué voy a hacer si lo encuentro? No he practicado las llaves de autodefensa. No tengo un plan.

Golpeo con la cabeza el asiento que tengo delante.

No me sirve de nada.

La estúpida mesilla plegable me cae en el regazo, pero yo la pliego de un golpe: ¡pum!

—¿Está todo bien, señora?

La azafata tiene voz de matrona: seria y estricta, sin tonterías.

—No.

¡Cucú! ¡Cucú!

—Me cago en todo.

Si no es Beth, es ese reloj de las narices.

—Oye, ya vale, ¿no? —dice una voz desde otra fila.

Es el tipo del asiento de delante.

—¿Qué pasa, nene? —pregunto—. ¿Quieres unirme al club de la milla?

Él hace una mueca y se vuelve hacia delante.

Yo giro la cabeza de golpe hacia el pasillo. La azafata parece consternada. Angustiada. Contempla mi fila de asientos con el ceño fruncido.

—¿Señora? —repite.

Mueve su moño brillante de un lado a otro sin quitarme ojo y sus labios de color mandarina se convierten en una línea naranja. Lleva un pañuelo de color azul marino atado al cuello y una camisa de algodón blanco almidonada. Cintura de abeja. Le miro la chapa con el nombre: Gertrude.

—¿Cuándo coño aterrizamos en Rumania?

Ya estoy hasta las narices de todo. Apoyo la mejilla en el asiento de delante y respiro a través de la espuma. Huele al pelo de otras personas.

—Aterrizaremos en Bucarest dentro de tres horas, señora. Acabamos de despegar.

—Tráeme más vino.

—Creo que ya ha bebido suficiente. No puedo servirle más.

Entorno los ojos y levanto la voz.

—¿Que ya he bebido suficiente? ¿En serio? Me he tomado una botellita de nada de chardonnay que parecía pis de gato y casi no se podía ni beber.

No cuento lo del aeropuerto: ha sido en otra zona horaria.

Me recuesto en el asiento y cierro los ojos. Ahora hay paz y tranquilidad,

me he quedado sola. (El pasajero de al lado se ha levantado y se ha ido a otro asiento, no sé por qué.) Yo sólo quería dormir, estoy hasta las narices de esta mierda. Si me desmayo, no tendré que pensar en nada. Soñar tiene que ser mejor que esto. Esto es una pesadilla.

Las burbujas suben a la superficie. La piscina es oscura, no tiene fondo. Su cuerpo se hunde mientras la luz de la luna la hace parecer blanca, pálida como un fantasma. Es noche cerrada; las estrellas se han escondido y la luna llena se oculta tras un árbol. Un silencio denso y opaco nos envuelve como una nube. Busco su rostro en la oscuridad.

Plop.

Plop.

Plop.

Plop.

Y entonces no hay más burbujas.

Se ha muerto.

Me asomo al borde. Miro, pero no hay nada. El cadáver de Beth se ha esfumado. Ya no está. Contemplo el abismo y, de pronto, se encienden dos luces brillantes. ¿Sus ojos?

Imposible. Pero ¿qué coño...? ¿Qué pasa? Un par de brazos salen del agua hacia mí. Son los suyos, largos y blancos e interminables, como anguilas o espaguetis cocidos. Me rodea el cuello con las manos. No puedo respirar. Me ahogo. Sus dedos se tensan aún más. Me arrastra. Resbalo en las baldosas y caigo al agua. El líquido me cubre por completo. Intento respirar por todos los medios.

No veo nada; pero entonces hay dos bombillas que parpadean y brillan. Su cara ya no es la suya, sino la de un payaso.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Soy el señor Pompas —contesta Beth.

Qué cabrona: sabe que tengo coulrofobia.

El agua me succiona como si estuviera en un remolino. Doy vueltas y vueltas. Lo único que veo es el payaso. Una nariz redonda y roja, dos ojos amarillos. Tiene los labios manchados de sangre roja.

Se ríe. La risa se convierte en un grito. Pero la que chilla soy yo.

Segundo día: El ladrón

DIEZ AÑOS ANTES

Sábado, 7 de mayo de 2005

Lower Slaughter, Gloucestershire

Beth aporrea la puerta del baño.

—¿Alvie? ¿Estás vomitando otra vez?

—No.

Tiro de la cadena.

Ella sigue aporreando la puerta.

—Déjame entrar.

—Lárgate, joder.

—Me preocupas.

Entorno los ojos con incredulidad.

—Vale, ya voy.

Hermana idiota. Mocosa metomentodo. Ahora que ella lleva ortodoncia y sujetador deportivo, se cree que es la jefa, la muy mayor.

Hago gárgaras con enjuague bucal y lo escupo: sabor a hierbabuena extrafuerte. Me pica la boca.

Me seco la cara con la toalla y me examino en el espejo. Dos granos nuevos. Ni rastro de vómito, así que abro la puerta. Comienza el espectáculo.

Beth entra dando empujones y cierra la puerta con pestillo.

—Siéntate —me ordena.

Frunzo el ceño. Lleva la preocupación grabada en la cara, como si yo le importase una mierda.

Señala el váter.

—Siéntate, por favor.

Bajo la tapa y me siento en el plástico frío y duro. Genial. Vamos allá...

—Alvie... —dice.

—Antes de que empieces: no estaba vomitando.

Cruzo los brazos y estiro la espalda. No hay pruebas, han desaparecido.

Elizabeth enarca una ceja perfecta y después coge el ambientador y pulveriza el contenido en toda la habitación con meticulosidad. Se me llena la cara de gotitas diminutas y los productos químicos me sofocan. Se pone de puntillas y abre la ventanilla del baño. Entra una ráfaga de aire frío.

—Vale, lo pillo.

—Alvie —dice con su vocecita quejumbrosa—, he visto tres tubos vacíos de Pringles y cinco paquetes de pastelitos de fresa en el cubo de basura de fuera.

—¿Y qué?

—Ayer pasó el camión a vaciar los de toda la calle.

—¿Y?

—Que todo eso te lo has comido hoy.

Maldita sea, qué buena es. Ni que fuera espía o algo así. Podría trabajar para el MI5.

—¿Y por qué tengo que haber sido yo? ¿Y si mamá ha comido patatas?

—Las de queso y cebolla sólo te gustan a ti.

Beth me mira a los ojos, y yo le leo la mente: cree que me tiene calada.

—¿Sabes que tu problema tiene nombre?

—No me digas. Lo que tú eres también tiene nombre —respondo.

—Alvie, se llama bulimia. Y no tiene gracia.

—No es tu vida. Es la mía.

—¿Qué significa eso? —Me mira y ladea la cabeza antes de morderse el labio con preocupación—. Alvie, por favor, tienes que parar. En serio, te puedes morir de eso.

Apoyo la cabeza en los azulejos blancos y frescos de la pared del baño.

Si me quedo aquí sin hacer ruido, a lo mejor se va.

—¿Por qué no te abres a mí? —pregunta—. Soy tu hermana, te quiero. Ayer hablé con la psicóloga del instituto y...

—¿Que has tenido los cojones de hacer qué?

¿Cómo se atreve? ¿Cómo ha podido hablar a mi espalda con la gilipollas cuatro ojos de Lorraine?

—He tenido que hacerlo, Alvie. Estás muy delgada. —Me mira de arriba abajo—. No sé qué hacer.

Pero ¿qué coño dice? Ella está más flaca que yo.

—¿Por qué tienes que hacer algo al respecto? Mejor métete en tus asuntos.

—La situación es ridícula. Te oigo después de cada comida y es

asqueroso.

—Lo siento mucho si te da asco. No es culpa mía que la comida de mamá me dé arcadas.

—Te he seguido en el instituto —continúa—. Allí haces lo mismo.

—La comida de la cantina es aún peor —le contesto al suelo.

Beth adopta entonces un tono más amable, más suave.

—Así no cambiarás nada, ¿sabes?

Levanto la cabeza de golpe, la miro con odio. Lleva una camiseta nueva de color rosa con purpurina y la leyenda: 90 % ÁNGEL. Tengo que buscar una para mí que diga: 90 % DEMONIO.

—¿Qué es lo que no va a cambiar? —le suelto.

—Vómitas, estás adelgazando mucho... Mamá no te querrá más por eso. Papá no va a volver.

Se me llenan las mejillas de sangre caliente. Eso ha sido muy cruel. Un golpe bajo. ¿Cómo se atreve a mentar a nuestro padre así como así? ¿Qué derecho tiene? Ese tema está prohibido, es una regla tácita: nunca jamás lo mencionamos. Me dan ganas de darle un puñetazo. O, mejor, podría coger la tapa del váter y partírsela en esa cabecita bonita.

Pienso en la foto que tengo guardada en la cartera de Primark, la única que tengo de mi padre. La robé del álbum de la boda, pero mi madre no se dio ni cuenta. Tiene las esquinas dobladas y está desgastada, pero al menos puedo verle la cara siempre que la saco. La miro y fantaseo con lo diferente que habría sido mi vida si mi padre se hubiera quedado en casa en lugar de largarse. Yo no tenía ni un año y, de repente, ¡puf! Se desvaneció como Houdini. Desapareció de la faz de la Tierra sin dejar ni rastro ni una dirección de email. La única prueba de su existencia somos yo (y mi hermana), mi nombre de mierda y esa foto descolorida.

Mi madre me dijo que se mudó a San Francisco a trabajar de contable o algo así, pero yo sé que no es cierto. Se lo inventó todo. He buscado por todo San Francisco; no en el lugar mismo, porque nunca he visitado Estados Unidos, pero sí en internet. Todo el mundo tiene presencia en internet; todos existimos en el éter. No hay ningún Alvin Knightly en San Francisco ni en toda California. Lo comprobé y lo volvía a comprobar cada par de meses, por si aparecía en un equipo de bolos o en la página de alguna compañía o en LinkedIn o en una cuenta para jugar a póquer. Pero nunca más se supo.

No me di por vencida, así que extendí la búsqueda a otros países. Me puse muy en plan Lisbeth Salander. Alvin Knightly no es un nombre muy común. Si

buscaba lo suficiente, tarde o temprano tenía que aparecer. Llamé al colegio oficial de contables, pero no habían oído hablar de él. Pensé en contratar a un detective privado, pero no podía pagarlo.

Al final, con mucha pena, llegué a la conclusión de que no había ni un Alvin Knightly de las narices en todo el mundo. La única posibilidad, aunque muy remota, era que se hubiera cambiado el nombre a Alvin Knightley. (Encontré uno en 2003, pero la verdad es que no era un candidato probable, porque el tipo de la foto era negro.) Llevo buscando desde que tenía once años, desde la primera vez que pude usar un ordenador, y nunca he encontrado ni rastro de mi padre. Tampoco soy tonta: sé qué significa. Quiere decir que está muerto, joder. O que, si está desaparecido, es adrede. Para eso hace falta astucia. Planificación. Tienes que tomártelo más en serio que todas las putas cosas. Tienes que querer desaparecer. Una vez se me pasó por la cabeza que tal vez fuese espía, como Austin Powers o como John le Carré (cosa que explicaría de dónde lo ha sacado Beth, Miss Inquisición Española), y que quizá el gobierno le hubiera cambiado el nombre por un código, como 007. Pero entonces pensé: «No seas idiota. Esto es la vida real, no una película. No es Jason Bourne, es contable».

Beth me toca el brazo e interrumpe mis pensamientos.

—¡NI TE ATREVAS A TOCARME, COÑO!

Me levanto de un brinco e intento abrir la puerta del baño, pero el pestillo se encalla. Me pellizco la piel. Lo fuerzo y, al salir, doy un portazo. Bajo los quince escalones a la carrera.

Me persigue la voz de mi hermana.

—Alvie, lo siento. Vuelve, por favor.

Sí, lo que tú digas, hija de puta.

Demasiado tarde.

4

HOY

Martes, 1 de septiembre de 2015

Aeropuerto Internacional Henri Coandá, Bucarest, Rumania

—Despierte, señora, por favor. Ya hemos aterrizado.

—No, no.

El payaso. ¿Dónde está el payaso? El asiento está mojado porque se me ha escapado un poco de baba y ha formado un pequeño charco. Noto que alguien me sacude el hombro.

—Argh, ¡quita! —protesto.

—Disculpe, pero tiene que levantarse. Todos los demás pasajeros ya han desembarcado del avión.

—¿Avión? ¿Qué avión?

Abro los ojos y veo que se trata de esa azafata exasperante: Guinevere o Geraldine o algo así. Y es evidente que estoy dentro de un avión.

—¿Dónde dices que estamos? —pregunto, e intento incorporarme.

—En el Aeropuerto Internacional Henri Coandá. Hemos aterrizado en Bucarest.

Me froto los ojos con ambas manos. Me hace mucha falta seguir durmiendo, así que me doy media vuelta y me acurruco.

—Cinco minutos más —digo.

—Señora... ¡Señora!

—No quiero salir. Déjame en paz.

—¿Quiere que le consiga un carro para pasajeros con movilidad reducida?

—No. Sí. Vale. Lo que sea.

Desaparece y de ella sólo queda una estela perfumada con olor a demasiada flor de cananga. Cierro los ojos. No se oye más que el zumbido del aire acondicionado. No hay nadie. Me arrellano en el material sintético. Vaya auténtica mierda. Estoy lejos de casa, sea cual sea mi casa, y lo único que quiero es dormir. Pero ahora que hemos aterrizado, puedo encender el móvil (sin arriesgarme a una muerte casi segura), porque tengo que ver dónde está Nino. Saco el teléfono del bolsillo del respaldo de delante y miro la pantalla. Ubicación actual: Bucarest, Rumania. Aeropuerto Internacional Henri Coandá.

Se me tensan los hombros.

Está aquí.

—Ya estamos aquí con el carrito.

Levanto la mirada y veo a la azafata acompañada de dos azafates. Llegan a mi fila y me miran. Me estudian con atención, como si yo fuera un suricata que se ha escapado del zoo de Londres; uno que saca espuma por la boca y tiene muchos números de estar enfermo de rabia.

—¿Está lista, querida? —pregunta uno de ellos—. Vamos a meterla en el carrito.

—Uno, dos, tres, arriba.

Madre mía...

Pip.

Pip.

Pip.

El carrito avanza despacio mientras la lucecita naranja de arriba parpadea. Pasamos por el control de pasaportes y salimos a la zona de llegadas. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en la barra fresca de metal; tengo el cerebro atontado de tanto champán.

¡Cucú!

¡Cucú!

¡Cucú!

Calla ya, cabeza de chorlito.

Aire fresco, eso es lo que necesito. Algo que me despierte. Avisto la señal verde de «Salida», cojo el bolso y salto del carrito.

—Ya me voy. ¡Gracias!

El viejecito que conduce el carro lleva un audífono que, al parecer, no funciona. O puede que no me haya oído por culpa del zumbido del motor eléctrico. Me dirijo a la puerta automática y ésta se abre. Salgo dando tumbos.

Es noche cerrada y hace fresco. No se ven nubes y la luna y las estrellas brillan y están bien definidas, como si alguien les hubiera hecho un borde con bolígrafo. Miro hacia ambos extremos de la calle en silencio. No hay nadie, sólo yo. Madre mía, no estoy como para enfrentarme a Nino: me abatiría en dos segundos. Y tampoco puedo esperar aquí, a la vista de todos. Sé que está cerca..., en alguna parte..., merodeando como un murciélago. Cojo una calle secundaria y acelero el paso con las luces del aeropuerto a mi espalda. Estoy en una zona residencial a las afueras de la ciudad. Me salen nubes blancas de la boca al respirar, me arropo con los brazos. Dios mío, hace un frío que pela, y yo con el vestidito de mi hermana, sin calcetines ni ropa interior. Supongo que a Beth le quedaba genial; siempre fue más delgada que yo.

Voy a buscar un taxi, una habitación de hotel. Mañana me organizaré. Sí. Sí, eso es lo que pienso hacer. Un arma. Un plan. Una estrategia. Tengo que prepararme.

Alguien me agarra el bolso.

—Oye... No. ¿Qué coño...?

Me acaban de robar.

El móvil.

El dinero.

El reloj de cuco.

Me detengo y miro a mi alrededor. ¿Qué acaba de ocurrir? ¿Quién era? La silueta oscura de un hombre dobla una esquina y el ruido de sus pasos se desvanece. Una sensación nauseabunda me nace en el estómago, una ola de la adrenalina me inunda la cabeza. Joder. ¿Ha sido Nino?

—¡Oye!

No pienso dejarlo marchar.

Echo a correr tras el ladrón.

El chirimirí tiñe el aire de un gris fantasmagórico. Las gotas diminutas me enfrían la piel. Ojalá llevase más ropa. Me sopla una fuerte brisa nocturna en los brazos y en las piernas, y un escalofrío me recorre la espalda. Me meto en un callejón lúgubre, ¿seguro que es por aquí? Un par de faros arrojan sombras alargadas, el pavimento está mojado y resbala. Por todas partes hay bolsas de basura y contenedores rebosantes, huele a podrido. Aquí hay algo muerto. ¿Un pájaro? ¿Una rata? Un gato al que le falta media cola maúlla y sale corriendo

en cuanto me ve; se zambulle en un cubo de basura.

—¿Nino, eres tú? —pregunto, pero en voz demasiado baja, casi en un susurro.

Piso un charco y el agua fría y sucia me salpica los pies y las piernas. Qué asco. Y llevo las sandalias de Prada. Este sitio me recuerda a Archway.

Entonces lo veo más adelante y me sobreviene un sudor frío. Los pasos hacen eco en las paredes.

—¡Oye, vuelve! ¡Ven aquí!

Va vestido de negro y está de espaldas a mí. Su silueta parece la de una araña gigante. Da media vuelta y contengo un grito: durante una fracción de segundo había creído que era Nino, pero es la oscuridad que me ha jugado una mala pasada. Son los horrores que pueblan mi subconsciente, mi imaginación desbordada. Le estudio la cara: blanca como una máscara, inhumana, casi demoníaca. Sus ojos parecen salidos de una pesadilla. ¿Por qué me mira tan fijamente?

—¡Dame el bolso! —voceo.

Quería hacerme la dura, pero ¿a quién quiero engañar? Tengo la voz demasiado floja y aguda y me tiembla como una hoja.

El hombre echa a correr de nuevo.

Salgo tras él a toda velocidad, y estas sandalias ridículas me rozan y me arañan la piel; me duelen los pies, me saldrán ampollas. Además, tengo los muslos al rojo vivo. Vamos, Alvie, tú puedes. Es un tío cualquiera, no es Usain Bolt. Voy ganando terreno: tres metros, dos metros, un metro de distancia. Mierda. ¿Y si va armado? ¿Qué pasa si lleva pistola? A tomar por saco, ya estoy aquí y es demasiado tarde. Me abalanzo sobre el bolso y lo agarro.

—Oye, cabrón, que es un Hermés.

Mis dedos se aferran al cuero. Sólo el bolso ya vale mil pavos. Él estira el brazo; lleva las manos sucias, las uñas mordidas. Una cicatriz junto al pulgar. Todo se mueve a cámara ultralenta. Me tira con fuerza del brazo.

—¡Quita! El vestido es de Chanel.

El bolso se estrella contra el suelo.

No me digas que acaba de cargarse el reloj de cuco...

Chocamos. Yo me agacho deprisa a por el bolso con su cuerpo hediondo pegado al mío. Topo con la pared y la superficie áspera de los ladrillos me roza el brazo y se lleva una tira de piel. Me escuece. Noto la sangre caliente deslizándose hasta la muñeca. Me las pagará. Ya lo verás. Le oigo la respiración trabajosa y jadeante, y siento su aliento en el oído. Y el ruido de

un porrazo fuerte y repentino.

No.

La cara, no.

Más allá del tipo, el mundo se ha vuelto negro.

Lo único que veo son esos ojos...

Me coge el bolso y yo recobro la conciencia. Vamos, Alvie, que estás ocupada.

—¿Tu madre no te ha dicho que no hay que pegar a las chicas?

Alcanzo una de las asas del bolso y empieza a tirarlo y afloja. Te juro por Dios que si me lo rompe...

Se vuelve y me sujeta contra la pared. Me agarra de la garganta con manos ásperas.

—*Ciao*, Elisabetta —dice.

¿Sabe quién soy? O sea, ¿sabe quién finjo ser? ¿Cómo es posible? ¿Acaso está compinchado con Nino? La aplicación decía que estaba por aquí. Miro a ambos lados del callejón y él me aprieta más el cuello. No puedo respirar. Intento gritar, pero no emito ningún sonido. Me sujeta las manos por encima de la cabeza. Forcejeo, pero él es más fuerte que yo. Me ahogo. Me quemán los pulmones. Me revuelvo, pero él me sujeta con mucha fuerza. Mierda. Joder. Estoy atrapada.

«Ja, ja, ja. Va a matarte», dice Beth.

Le clavo el tacón en el pie con todas mis fuerzas. Quince centímetros letales de Prada. Él chilla y afloja las manos. Ésta es la mía: está distraído.

Le estampo la cabeza contra la pared. Me tiemblan las manos, pero tengo buena puntería. El cráneo hace un ruido seco, como el de una maza al partir piedra. Se ha oído bien alto. El hombre se desploma y su cuerpo yace en la suciedad como una muñeca de trapo. Como un saco de patatas, pesado como un carro de estiércol. Me agacho jadeando sobre su pecho, dando bocanadas de aire, sin aliento. Me arde la garganta. Joder, ha ido de muy poco. Le miro la cara. Otro más que intenta joderme como Nino. Chúpate ésa, hijo de puta. Un charco de sangre empieza a rodearle la cabeza, pringoso y brillante como el aceite. Dios mío, no me digas... ¿Lo he matado?

¡Cucú!

Anda, el reloj aún funciona.

Le doy una bofetada. Una bofetada fuerte. Pero él no se mueve. Ni se inmuta.

—Vamos, despierta. ¡DESPIERTA! —le grito.

Esta vez no te saldrás con la tuya.

Se me acelera el pulso. Me echo a temblar. Me encuentro mal. ¿Qué he hecho? ¿Quién soy? Estiro el brazo; tiene el cuello fino y fibroso, delgado como el de un pavo. Le busco el pulso en la yugular. El débil goteo parece marchitarse aún más con la más mínima presión de mis dedos. Nada, no hay nada. Ni un solo latido, por flojo que sea. Está callado. Quieto. Está muerto.

No, no, no, no. ¿En qué me he convertido?

«Pero ¿no te gustaba matar? —pregunta Beth—. Creía que decías que era lo tuyo.»

—Sí, me gusta matar. Pero esto no estaba planeado.

«Nunca te salen las cosas bien.»

Vale, de acuerdo. Cálmate, Alvie. Es de noche y estoy en un lugar perdido. Puedo desaparecer.

Cojo el bolso gastado de Hermés de Beth y regreso por el callejón. Busco cámaras de seguridad en las paredes y en las esquinas. Me vuelvo y miro el cadáver, que se moja con la lluvia. ¿Quién narices era? ¿Y cómo coño sabía mi nombre? Me detengo, no puedo irme hasta saberlo. Tengo que regresar. Sólo un momentito, y luego me largo. Corro hacia el cadáver y me agacho a su lado. Le meto la mano por dentro de la chaqueta y encuentro la cartera.

Dentro hay una identificación rumana que dice que se llama Dragos Gabor, pero eso no significa una puta mierda. ¿Lo habrá enviado Nino para atracarme? ¿Quería conducirme a algún lugar más tranquilo? Me fijo en su feo rostro. ¿Será un mafioso?

Tiro la cartera en un cubo de basura porque, total, no lleva dinero. Busco en los otros bolsillos: dos móviles. Es raro que lleve dos teléfonos. ¿Uno para que lo llame su esposa y otro para su novia? Uno de ellos se parece al de Nino, que tenía uno de éstos, un Sony hecho polvo. Negro, con la pantalla agrietada. Podría ser una coincidencia...

Y entonces caigo.

Nino no está aquí, ¿verdad?

Sólo su mierda de teléfono.

Ese cabrón me ha tangado. Lo sabía. Debía de saber lo de la aplicación. ¿Qué te apuestas a que Nino le ha pagado para conducirme hasta aquí? ¿Qué más habrá planeado ese grano purulento?

Me siento como si me hundiera, como si me ahogase. Estoy buscando y perdida. Vuelvo a recorrer el callejón con la mirada, pero no hay nadie; al menos de momento. Tengo que salir de aquí.

Busco en los contactos del móvil de mi hermana con dedos temblorosos y resbaladizos. Las gotas de lluvia brillan en la pantalla. Al cabo de un rato encuentro a Nino Brusca. Pulso el botón de llamada y espero.

Una fracción de segundo más tarde, el Sony empieza a vibrar. Lo cojo y miro la pantalla: Elisabetta Caruso. El nombre de casada de mi hermana. La prueba que necesitaba: es el móvil de Nino. Salta el contestador y oigo su voz: «Cz'izo, sono Nino Brusca...», pero cuelgo. No puedo escucharlo, es como si estuviera aquí mismo.

Me guardo el móvil en el bolso y miro al tipo. ¿En qué estaba pensando? No puedo dejarlo aquí, tengo que actuar deprisa. No hay tiempo que perder. Lo cojo por los tobillos y lo arrastro con la lengua asomando por la comisura de la boca. Tengo que caminar de espaldas y hacer contrapeso con el cuerpo para poder con él; pero, aun así, es la hostia de difícil. ¿Por qué pesan tanto los cadáveres? Me quito los tacones. Mucho mejor. Es de estatura y constitución medias, pero pesa mucho más de lo que aparenta. Tiro de él y su cuerpo se resiste como si tuviera tuberías de plomo en lugar de huesos. Tiene una mueca fija en la cara; las mejillas de color blanco sucio y llenas de marcas de viruela. Aparto unas bolsas de basura con el consiguiente crujido de cristales rotos y lo acarreo hasta la pared. Siento fatiga en todo el cuerpo. Ácido láctico. Me quema hasta el último músculo.

Cojo una bolsa y se la coloco encima de la cara. Después le pongo otra sobre el pecho. Otro par en las piernas. Con eso basta, al menos de momento. No olerá hasta dentro de un par de días y, para entonces, yo ya me habré ido y estaré muy lejos. Y tampoco puede decirse que aquí no apeste.

Me retiro y observo la tumba improvisada. El cadáver no asoma por ninguna parte, sólo se ven montones de basura. No está mal, buen trabajo. Creo que está finiquitado; no está nada mal, teniendo en cuenta las circunstancias.

Ahora llueve con ganas, las gotas frías me besan la piel ardiente. Respiro hondo, porque ya me siento mejor. Tranquila, serena. Buen trabajo. ¿Lo ves, Alvie? Eres una profesional. No hacía falta ponerse así. Examino el bolso de Hermés: está hecho polvo y cubierto de barro. Negro mugre. Me lo echo al hombro y enciendo un piti.

Me arrastro por el aeropuerto vacío mientras bostezo con las sandalias sucias colgando del índice. Tengo que comprar otro billete de regreso a Londres. Es increíble. Vaya forma de tirar el dinero. Y acabo de llegar. Tenía la esperanza de poder irme a Monaco un día de éstos a beber negronis y

fundirme la fortuna en Dior y en Yves Saint Laurent. Pero no. Habrá que esperar. No hay paz para los malvados. Así que, de vuelta a la pÉrfida Albión. Todavía no hay mostradores abiertos, así que no puedo comprar el billete sólo de ida. Me arrellano en un asiento del vestíbulo, tendré que esperar. No puedo creer que el cabrón de Nino me haya engañado. Ahora sí que estoy muy muy enfadada. ¿A qué demonios juega? ¿Me manda flores con una nota romántica y después le paga a un chalado para que me mate? ¿Se te ocurre algo más esquizofrénico que eso?

Madre mía, es peor que Beth.

Los asientos son de plástico duro y estoy delante de una televisión de pantalla panorámica, donde el aire acondicionado me da de lleno. Están emitiendo las noticias rumanas, pero sin sonido y con subtítulos. Dudo que el atracador llegue a salir en el noticiario cuando lo encuentren, si es que lo encuentran. No era joven y rubio como Beth. No era guapo (le pongo uno o dos sobre diez). Espero haberlo tapado bien. No sé si debería salir y comprobarlo. Pero no, usa la cabeza, Alvina. Nunca hay que regresar al escenario del crimen: la lección número uno del manual. Jamás encontrarán el arma homicida (llevo las manos puestas), no hay motivo aparente ni cámaras de seguridad, que lo he mirado. En cuestión de unas horas, habré salido del país. Esto se me da cada vez mejor. Estiro los brazos por encima de la cabeza, bostezo una vez más y me relajo.

Cojo el iPhone de Beth y miro las aplicaciones.

Me pregunto si tenía Tinder.

5

Borro esa estúpida aplicación de seguimiento, ya no me sirve de nada. ¿Cómo se supone voy a encontrar a Nino? ¿Qué voy a hacer? Puedo estar aquí sentada durante horas antes de que salga el próximo avión a Londres. Miro el móvil. No hay Tinder, no era lo suyo. Seguramente Beth ni siquiera sabía que existe. Por no mencionar Happn o Hinge o Grindr o Bumble o cualquiera de éstas. Descargo Tinder, por curiosidad. Quiero ver qué pinta tienen los de aquí. A lo mejor tengo tiempo para uno rapidito en el aeropuerto. Podría ser un romance de vacaciones. Un apuesto cirujano cardiovascular rumano que me haga perder la cabeza... Instalo la aplicación, busco una foto de Beth y creo una cuenta con el nombre de Beyoncé. ¿Qué más da? ¿A quién le importa si soy una impostora? De todas formas, así es mi vida ahora.

Derecha.

Derecha.

Derecha.

Derecha.

Quiero una cita.

Se me cae la salivita.

Stefan.

Cristian.

Mihai.

Nicolai.

Chico, qué musculatura.

Sería una cita de altura.

¿Un modelo?

¿Doble de acción?

Batman.

He-Man.

Abdominales de Superman.

Boquita sexi de piñón.

Este tío está cañón.

Qué pechito.

Me lo como enterito.

Menuda trompa.

Me deja tonta.

Hum, me gustaría saber si Nino tiene cuenta de Tinder. Claro que sí. Él es una bestia de Tinder. ¿Para qué se apunta la gente?, ¿para conocer a su futuro marido o mujer? ¿Para forjar una relación larga y gratificante?

DIOS MÍO.

PUEDO USAR TINDER PARA DAR CON ÉL.

Puedo usar Swipebuster para localizarlo. Alvie, eres una puta genia. Tiene que funcionar. Esto es oro puro.

El único posible fallo, aunque es un fallo menor, es que el teléfono de Nino lo tengo yo. Sin embargo, me la juego a dos cosas:

1. Ya tiene un móvil nuevo.
2. Ha instalado Tinder.

(Con una libido como la suya, el hombre necesita sexo al menos dos o tres veces al día. Estoy segura de que está conectado ahora mismo. No hay un segundo que perder.) Vamos a ver: ¿adonde iría Nino? Me mojo y digo que a Italia. Sicilia no, porque es demasiado arriesgado. Lo busca la policía y la mafia. ¿Nápoles, pues? Creo que lo mencionó cuando planeábamos la huida.

Le digo a Swipebuster que estoy buscando a alguien que se llama Nino Brusca y que la última vez que apareció fue en Nápoles. Creo una dirección de correo electrónico falsa para recibir los resultados y enseguida se oye una alerta: hay un mensaje en la bandeja de entrada.

Pues no. Nada. No lo encuentran. En Nápoles no hay nadie que se llame así. A lo mejor ha puesto Giannino Brusca. O un pseudónimo. Ay... Ya veo que esto será frustrante. Debe de haber una forma más fácil.

Hago una búsqueda en Google: «Cómo encontrar a alguien en Tinder». Aparece Albion Services, que usa tecnología de reconocimiento facial. Sólo necesito una fotografía. A lo mejor Beth tenía una en el móvil... Echo un vistazo en la galería: miles de instantáneas de Ernie. Un puñado de selfis con vestidos nuevos. Algunas fotos artísticas del teatro de Taormina. Y, uy, ¿qué es

eso? Una fiesta de cumpleaños. Parece el de Ambrogio. Y ahí está Nino. Sí, no cabe duda de que es él. Está plantado junto a Ambrogio mientras él sopla las velas. La imagen es un poco oscura y la cara se ve pequeña, pero quizá... Quizá sirva. Recorto la foto y amplío esa cara de belleza criminal. La subo al *bot* y trato de adivinar la ciudad. De hecho, pruebo con Nápoles de nuevo, por si acaso. Introduzco la dirección de correo electrónico y espero. Venga, venga, venga.

Me llega una notificación de mensaje.

No, no está en esa ciudad.

Mierda. Joder. Maldita sea. Coño ya.

¿Y Londres? ¿Es posible que siga allí?

Lo escribo y subo la foto de su cara. Una cara que hasta los ángeles deberían envidiar. Suspiro. Qué lástima que vaya a hacer *foiegras* con él. Pulso el botón y me muerdo las uñas. Más vale que esto dé resultado.

Me llega otro mensaje a la bandeja de entrada.

Nada. Lo intentaré de nuevo.

¿Qué tal si pruebo con Roma? Roma está en Italia. DIOS MÍO, ¡ES ÉL!

Parece una fotografía reciente de Nino sin sombrero (porque lo llevo en el bolso). «Nino Brusca, 39. Roma.» Alucinante, no, lo siguiente. Siempre he querido ir a Roma, está en lo más alto de la lista de cosas que hacer antes de morir. Roma, La Habana, Las Vegas, Bangkok. He oído que allí hay clubes de sexo Hipantes. Está yendo a pedir de boca.

Por fin han abierto los mostradores. Compró un billete de ida a Roma y espero en la puerta de embarque. Viajo con el nombre de mi hermana, ya que la muerte de Alvie es oficial. Es posible que me hayan bloqueado el pasaporte y el riesgo no merece la pena. El avión despegó dentro de quince minutos y estoy ansiosa por partir. No paro de moverme mientras veo las noticias.

¿Qué coño es eso?

Miro la pantalla boquiabierto.

Esa mujer es mi madre.

¿Qué narices hace en la tele? ¿Será un programa sobre antigüedades? No, para nada. La cámara ofrece un primer plano del rostro permabronceado de mi madre: maquillaje perfecto, pelo voluminoso secado con cepillo, tres ristras de perlas. No oigo lo que dice, así que intento leerle los labios (pero fracaso). Me recuerda a una Margaret Thatcher rubia; el mismo aire diabólico. Acuna a

Ernesto, que está dormido, pero mira directa a la cámara y casi parece que me mire a mí. Yo le devuelvo la mirada sin pestañear ni respirar, más tensa que un gato a punto de saltar. No la veía desde hacía dos años, y no ha envejecido ni un solo día; es como una de esas manzanas radiactivas del supermercado. Tal vez haya estado criogenizada y la hayan descongelado hace unos días. A su espalda, los restos del chalet de Elizabeth, carbonizado y destruido por el fuego; hay brasas y humo, como si se tratara de un accidente aéreo. Las palmeras, las flores, los franchipanes, todo calcinado y convertido en polvo negro. Los destellos de la piscina asoman por encima de su hombro derecho. Me estremezco en el asiento del aeropuerto.

En la pantalla aparece una fotografía de Beth durante su luna de miel, en Kenia. Debajo dice «ELIZABETH CARUSO» en mayúsculas. Se me hace un nudo en el estómago. Mierda. Es oficial: la policía busca a mi hermana gemela. Seguro que quieren interrogarla en relación con mi presunto asesinato. Ni que decir tiene que eso significa que me buscan a mí. Mi madre está pidiendo ayuda para encontrarla, por eso parece tan desesperada. Apuesto a que la policía piensa que yo sé algo. Que soy una testigo, o algo peor. ¿No sospecharán que la he matado yo? No, no, no, eso sería muy jodido. Ahora harán un seguimiento de su móvil. ¿Por qué yo? Menudo desastre.

¡Ping!

¿Qué pasa ahora?

Un correo de mi madre. Pulso para abrirlo.

De: Mavis Knightly

MavisKnightly1954@yahoo.com

Para: Elizabeth Caruso

ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com

Fecha: 1 de septiembre de 2015, 08.56

Asunto: ¿Dónde estás?

Elizabeth, angelito, ¿has recibido mi mensaje anterior? Mi estrés va en aumento y aquí nadie tiene ni idea de adonde has ido. Tengo la ansiedad por las nubes. Casi no he pegado ojo y no es por culpa del *jet lag*, te lo aseguro. Tengo migraña, la boca seca, me pica la piel. Me ha salido un eccema detrás de la rodilla. Y una úlcera de estómago. Estoy segura de que es psicósomático. Un dolor punzante en el abdomen, cinco centímetros por

encima del ombligo. Es muy incómodo. Me duele tanto que voy doblada. No doy ni dos pasos y ya tengo que sentarme. Demasiados jugos gástricos, necesito comer tiza. Pero, claro, mi médico está en Australia y el hombre de la farmacia no habla inglés. Me agoto sólo de escribir esto. Por favor, llámame.

P. D. Te busca la policía. Quieren hacerte unas preguntas sobre tu hermana.

Entorno los ojos, borro el mensaje, apago el móvil de mi hermana y lo guardo en el bolso.

Si la policía busca a Beth, tendré que ser Alvie. En cuanto llegue a Roma, usaré mi pasaporte. Con el de Beth he pasado el control de seguridad, pero ha sido antes de que saltase la noticia. A menos que... A no ser que... Dios mío. Estoy segura de que la policía bloqueará el pasaporte de Alvie. Pero ¿cuánto tardan en hacer todo el papeleo después de que alguien la diñe?

Llaman a los pasajeros de mi vuelo y embarcamos. En la fila, rompo a sudar. ¿Qué haré cuando lleguemos a Italia? ¿Quién demonios soy, Alvie o Beth?

6

Aeropuerto Leonardo da Vinci-Fiumicino, Roma, Italia

—*Passaporto* —dice el agente con la voz amortiguada por el cristal.

Examino la palma de la mano que me ha tendido, el surco profundo de la línea del corazón, la línea de la vida, la línea de lo que coño sea.

Mis dedos topan con ambos pasaportes al fondo del bolso y los agarran. Debería dar media vuelta y embarcar de nuevo. O quedarme a vivir para siempre en el aeropuerto, como el tipo aquel en el John F. Kennedy. Pasar el resto de la vida con deficiencia de vitamina D y hacer la compra en el *duty free*. Pero no, no puedo. Sería ridículo. Nino está en Roma y allí es adonde debo ir. Pruebo con una sonrisa poco convincente y saco mi documentación. Se la entrego. El hombre conversa con su compañero en italiano. Cálmate, Alvina. Actúa con naturalidad. Aguanto la respiración y lo observo mientras hojea el librito de color granate. Sin embargo, me palpita el corazón a toda velocidad. Siento presión en el pecho. Se me agrieta la sonrisa, seguro que me brilla la frente.

Examino la foto del pasaporte y leo la información del revés:

KNIGHTLY
ALVINA
CIUDADANA BRITÁNICA
10 OCT. 89
CIRENCESTER

(Uy, eso es un pueblo romano. Le gustará.)

Me fijo en la parte trasera de la pantalla. ¿Hay alguna luz parpadeando?

¿Por qué tarda tanto?

—*Benvenuta* —dice con una sonrisa, y me devuelve el pasaporte con un guiño.

—Ah, vale, *benvenuta* —respondo.

Agarro el libro y salgo de allí echando chispas. Me cuesta creer que me haya dejado entrar. Puede que los trabajadores del aeropuerto no sepan que estoy muerta. ¿O acaso estaba demasiado ocupado charlando y bromeando como para ver luces rojas en la pantalla? En cualquier caso, me alegro la hostia. Por fin, he conseguido llegar a Italia.

Corro a los servicios más cercanos y miro a la chica del espejo. La cara de mi hermana me devuelve la mirada. Ésos son sus ojos y ésa, su boca. Ésa es nuestra nariz, salpicada de pecas y algo respingona. Me parezco a Beth, pero con una resaca de campeonato. Soy una mujer en búsqueda y captura. La cara de la televisión era la mía (bueno, era la de Beth, pero ya sabes a qué me refiero). La policía me reconocerá, ¿qué hago? Necesito operarme la nariz o algo. Un disfraz magistral. Debería cortarme el pelo, pero la verdad es que no quiero. Tardó una eternidad en crecerme (un saneamiento mal aconsejado en 2011 me costó años de media melena). Debería cambiarme el color, pero el castaño es demasiado obvio. ¿Azul, verde, amarillo, rojo, rosa? Pensarán que voy a cortármelo, así que podría ponerme extensiones. Llevar un sombrero grande que distraiga. Comprar gafas de sol con cristal de espejo. ¿Qué tal unos *piercings*? ¿Y un tatuaje? Creo que sí, que la clave es operarme la nariz. Me transformaría la cara por completo. Jennifer Grey de *Dirty Dancing* cambió para siempre. Necesito una naricita diminuta que no sea más grande que un grano. Quiero la nupia de una estrella del manga. El hocico de una princesa Disney.

Salgo del aeropuerto y paro un taxi.

Antes que nada, necesito un lugar donde alojarme. Buscaré un apartamento en Airbnb. Prefiero eso a dormir en otro hotel: no habrá camareras ni recepcionistas entrometidos. Sí ventanas por las que escapar. Reservaré un mes entero, pero ya veremos. Si me gusta vivir aquí, ¿quién sabe? Podría quedarme indefinidamente. (Si sobrevivo, claro.) De momento, debería bastar con un mes. He venido a una cosa en concreto, sólo una: exterminar a ese *stronzo*. Y para ir de compras, por supuesto. Estoy segura de que aquí hay tiendas fantásticas. Tengo doscientas mil libras y, hasta ahora, sólo he gastado en vuelos y en champán. Quiero ir a una puta tienda de Prada. Voy a comprarla entera.

Trastévere, Roma, Italia

Estoy tan emocionada por estar aquí que compongo un haiku mentalmente:

*Roma. Qué sexi, hija
de puta. ¿Dónde has estado
toda mi vida? Besos.*

Esta ciudad es la hostia de espectacular. Es mejor que en las películas. Creía que *Ángeles y demonios* estaba pasada por el Photoshop, pero no: este sitio es la repera. Oh, ciudad eterna. *Caput mundi*. Capital de todo el maldito mundo. La ciudad de Cicerón, Virgilio y Ovidio. Las calles son una elegía al amor latino; los edificios, corridas en mármol. Roma. El hogar de Fendi, Bulgari y Valentino Garavani. El Coliseo. El Foro de Roma. Frascati (ese vino espumoso). Isabella Rossellini. Pizza. Pasta. Sexo y moda. Francesco Totti (tío bueno).

Bajo la ventanilla del taxi y saco la cabeza; la corriente hace que me ondee el pelo mientras el calor del sol me quema la piel. Percibo el hedor sofocante del sexo y saboreo el calor veraniego. Desde las terrazas me llega el olor del café solo, denso y fuerte como el crack. Observo a los hombres que circulan demasiado deprisa con sus vespas avispadas y sus trajes de Ferragamo; cambian de carril sin parar, PIIP, PIIP, PIIP. Llevan gafas de sol negras, un cigarrillo colgando de los labios y un bronceado como el de David Hasselhoff. Madre mía, cómo me gustan los hombres italianos. Me acostaría con cualquiera.

—Oye, ¿tienes más música? —le pregunto al taxista, que parece comatoso. Me mira un instante por el retrovisor.

—Es Ligabue. Es bueno.

—No sé lo que dice. Bla, bla, bla, bla, bla.

El taxista suspira y pulsa unos cuantos botones de la radio digital pero retro. Al final, encuentra una canción en inglés.

—Genial. ¿Puedes subir el volumen?

Sube el volumen. Es *Wrecking Ball*. Muevo la cabeza al compás del bajo y bailo un poco en el asiento. Me encanta Miley, es una malota. Lleva un aguacate tatuado. Me haré un tatuaje mientras esté aquí: se me ocurre que

podría ser «MUÉRETE, NINO» o un simple «*FUCK YOU*». Ya lo decidiré cuando vaya, según cómo me sienta.

Tiro la ceniza del cigarrillo por la ventana. El aire es seco y hay polvo en suspensión. El tráfico se arrastra despacio por las calles abarrotadas de la ciudad. El horizonte está lleno de cúpulas y columnas, de chapiteles y pinos altísimos. Es precioso. Tío, me encanta. Es un puto poema. ¿Ésa es la basílica de San Pedro? Debemos de estar cerca del Vaticano. Dios mío, tendré que ir a visitar la tumba de John Keats. Ese fiambre sí que me cae bien; en serio, es una leyenda: «Tú no naciste para la muerte, ¡oh, pájaro inmortal!».

Hay una estatua de la Virgen María cuyo halo está iluminado con bombillas led. La pintura azul del vestido está desconchada. Siempre me recuerda a Beth.

—Es Trastévere —me dice el taxista gritando por encima del bombo.

Miley habla de declarar guerras. Creo que sé a qué se refiere.

El coche se detiene junto a la acera y pago. Estoy a punto de apearme.

—Vete ya, inglesa loca.

Tengo la mano en la manija, pero no me muevo. Contemplo la calle. Nino está por aquí cerca. Lo dice Tinder. Y Tinder no miente. Me acuerdo de la sierra mecánica. De los cadáveres. De la sangre. Me acuerdo del agujero en el bosque. «SI ME ATRAPAS, TRABAJAREMOS JUNTOS.» Y si me atrapa él a mí, ¿qué pasará? ¿Una bala entre las cejas? ¿Un tajo limpio en la garganta? Las aceras están repletas de hombres de pelo oscuro. Cualquiera de ellos podría ser él.

—*Allora?* —me espeta el taxista.

Se vuelve en el asiento y me frunce el ceño.

No puedo quedarme aquí todo el día.

Miro de nuevo a un lado y a otro.

No lo haría a plena luz del día, no delante de tantas tiendas.

Me bajo deprisa del coche y cierro la puerta de golpe.

—*Vaffanculo* —le digo.

Estoy a punto de abrir la página de Airbnb para buscar un piso cuando recuerdo que la policía busca a mi hermana: no puedo usar su móvil. Estarán vigilándolo. Todavía tengo mi Samsung viejo, pero no puedo arriesgarme a encenderlo. Sólo me queda una opción: comprarme uno de prepago. Hay una versión italiana de la cadena Carphone Warehouse al otro lado de la calle, así que sorteo corriendo el abundante tráfico y entro.

El apartamento está escondido en una callejuela sinuosa. Macetas. Hiedra. Balcones. Es un lugar tranquilo. íntimo. Apartado. No hay nadie que pueda oír los gritos.

Conozco a mi nuevo casero (dos sobre diez. Parece que no todos los italianos están buenos, así que retiro mi comentario anterior). Me da unas llaves y yo le doy dinero. Se larga.

Esto tiene que ser una broma: ¿cinco pisos? La muerte. Ni rastro de un ascensor o una escalera mecánica, y yo acalorada y sudada. Espero que valga la pena el esfuerzo, aunque supongo que la última planta es más segura y eso es un plus. Empujo la puerta y... Madre mía: es un auténtico palacio. Que le den al Ritz. Esto es todo mío y es digno de la realeza. Suelto el bolso en el vestíbulo y floto por todas las habitaciones y los interminables pasillos siguiendo la moldura del friso con el dedo. Casi no me tocan los pies el suelo. Me deslizo sobre las baldosas de mármol y hago piruetas en los dormitorios, asombrada. Las paredes de madera están decoradas con paisajes prelapsarios: exuberante hierba verde y cielos soleados, querubines, bosques y flores. Los techos son altos y están pintados de dorado. Hay arañas de cristal tallado. Es precioso, mejor que el chalet viejo de Beth. Camas con postes y armarios franceses. Huele a cera de abeja y a jazmín. Me encanta. Pienso quedarme para siempre (o hasta que me muera).

Lleno la bañera de agua muy caliente y demasiada espuma y me hundo en ella. Por fin estoy aquí. Me merezco algo bueno. Me deslizo la mano entre las piernas. Estoy mojada. Me toco...

Nino. Nino.

Pero no consigo concentrarme. Estoy distraída. Enciendo el móvil de mi hermana durante medio minuto. Dudo que sea suficiente para que me localicen. Necesito saber si hay noticias. Puede que me haya perdido algo importante.

¡Ping!

Un mensaje de texto de un número desconocido.

Chloé Esposito

loca
mala
peligrosa



Alvina Knightly: Indomable. Inestable. Inolvidable.

LOCA MALA PELIGROSA 2

 Planeta

Ja. Es Nino. Debe de haberse dado cuenta de que su amigo ha desaparecido y ha atado cabos. ¿Sabes qué? No pienso contestar. Que lo averigüe él solo. Que se preocupe.

Dejo el teléfono y lo cojo de nuevo. Lo dejo. Lo cojo.

No puedo escribirle un mensaje desde este móvil, la policía podría rastrear la señal. Tengo el de prepago al lado de la bañera. Marco el número de Nino.

SÍ, Y TÚ ERES EL SIGUIENTE.

Enviar.

Eso lo asustará.

POR CIERTO, SOY YO. TENGO
MÓVIL NUEVO.

También lo envió.

Borro su mensaje con el gesto torcido y apago el teléfono de mi hermana. Será mejor que no vuelva a encenderlo, ya lo he tenido funcionando demasiado tiempo. Apago el cigarrillo en la jabonera en forma de concha e instalo Tinder en el móvil nuevo. Me limpio la sangre de debajo de las uñas mientras los dedos de los pies asoman por la montaña de espuma. Salgo del baño envuelta en una nube de vapor, perfumada y limpia como una patena. No tengo barro ni sangre en la cara ni en las piernas. Tampoco hojas enredadas en el pelo. Me miro de arriba abajo. Divina. ¿Por qué no me ha contestado al mensaje? Nino es un imbécil.

Otro ¡ping!

Ahí está.

ME ENCANTA CUANDO DICES
COCHINADAS.

Barberini, Roma, Italia

—¿Cómo puede ser una emergencia?

—Vale, no es una emergencia tal cual. Pero es muy urgente.

—¿Urgente?

—Sí.

La recepcionista arruga la naricita y me mira de arriba abajo. Tiene rasgos

perfectos y la piel inmejorable. Me refiero a que es cien por cien perfecta, como si fuera alienígena. No es normal. Nunca he visto una piel como la suya, ni siquiera la de Beth o la del bebé Ernesto. Parece que esté hecha de algún tipo de plástico que podría estar pintado con aerosol, como un flamante coche nuevo. Es tan radiante que sufro un despiste momentáneo. ¿Qué se pone? ¿Cómo consigue ese resplandor? Tal vez tenga un suministro infinito de bótox por trabajar en la clínica. ¿Qué tratamiento era ése tan peculiar en el que te quitan la capa exterior de la piel como si fueras una serpiente? Eso: microdermabrasión. Faciales vampíricos, máscaras de lodo, láser... Me pregunto si buscan personal.

—¿Hoolaaaaa? —me dice.

Creo que me he quedado mirándola. Puede que estuviese babeando. ¿Qué estaba diciendo? Piel como la de un bebé.

—Ay, sí. Mira, tengo prisa. Tendré que marcharme en cualquier momento, pero antes debo hacerme el tratamiento.

—Bien, veamos. ¿Adonde va?

—Todavía no lo sé.

¿Dónde demonios está Nino?

—Vamos a dejar una cosa clara —dice—: ¿quiere que le pregunte a la doctora Pirandello si está disponible para realizar una rinoplastia de urgencia?

—No, ya te he dicho que quiero hacerme la nariz.

—Una rinoplastia es lo mismo que «hacerse la nariz».

—Pues ¿por qué coño no lo dices así?

Es obvio que el inglés no es su primera lengua.

Ella suspira.

—¿Esta misma tarde?

—Eso es.

Tengo prisa, no puedo perder el tiempo. Todos los segundos cuentan.

Ella se mira el reloj: es un Omega, como el de Beth. (De pronto soy muy consciente de la desnudez de mi muñeca. He vendido el reloj de mi hermana, pero no me importa. Ahora tengo el reloj de cuco y, ¿sabes qué?, cada vez me gusta más.) Es evidente que está confundida, pero es una cuestión muy sencilla.

—¿No puedes llamarla y preguntárselo?

Me mira con sus ojos de color azul intenso, cerúleo como el cielo siciliano. Son lentillas de color.

—He comprobado su agenda y no es tan fácil. Lo habitual es hacer una o dos consultas y que después los pacientes esperen al menos dos semanas para estar seguros de que no cambian de parecer. De que lo han pensado todo bien.

—Sí, sí, no pasa nada. No voy a cambiar de opinión.

—Y, además, hay que tener en cuenta el quirófano. Hay que reservarlo, traer una enfermera y un anestésista...

Tiene el aliento fresco, como de caramelos de menta. Cuando ha dicho «anestésista», ha sido como bajarse de un avión en la tundra siberiana. Como una brisa ártica. No quiero ni pensar en cómo me huele el aliento a mí. (Quiero comprarme un cepillo eléctrico; uno bueno, como los de Ambrogio y de Beth.) Espero que no me haya notado el vino. Yo aún tengo el sabor de la sangre, de cuando me caí del váter: un buen corte en el labio inferior. Tendré que hablar con la boca medio cerrada y comprarme unos chicles. Me inclino sobre el mostrador hasta estar a un palmo de ella.

La recepcionista hace una mueca. A tomar viento.

—¿Cuánto quieres?

—¿Disculpe?

—Di una cifra. ¿Cuánto necesitas?

—¿Intenta sobornarme? —me pregunta.

«Que alguien le dé un premio.»

—Santo Dios... Tengo prisa. ¿Cuánto me va a costar hacerlo hoy?

Doy golpecitos con los dedos sobre el mostrador. *Tapatapa, tap. Tapatapa, tap.* Uy, suena como la intro de *Firestarter*.

—No se trata de dinero.

Está claro que esto no va a ninguna parte.

—De acuerdo. A la mierda, me voy a otro sitio.

—Pruebe con el doctor Baldassini, al otro lado de la calle. Él me operó la nariz.

Salgo hecha una furia y bajo la escalera corriendo. Fuera me espera un sol abrasador. Ay. Esto es ridículo, ya me estoy quemando. Ojalá tuviera un paraguas o un parasol. Los paraguas siempre me recuerdan a él. No, a Nino no. A Ambrogio. A la noche que nos conocimos. Escuchamos *Umbrella* de Rihanna, pero me apuesto lo que quieras a que él ni se acuerda (y no porque esté muerto precisamente). Fue un lío de una noche, pero yo quería más. Perdí la virginidad y me quedé embarazada, todo en una noche. No está mal. Muy eficiente. Pero perdí el bebé, y mi gemela me robó al chico. Ya te había dicho que era una cabrona. Ay, Ambrogio, *bello mió*. Menuda decepción. Si hubiera

tenido la polla más grande, nada de esto habría sucedido.

Corro calle abajo y paso de largo los Fiat, Ferrari y Maserati que hay junto a la acera. Oigo el tira y afloja del tráfico. El zumbido de las vespas. Los cláxones. Paso por casas altas y elegantes de color blanco, todas convertidas en clínicas, hospitales privados y consultas de psicología. En la pared hay una placa reluciente de latón que dice «Dr. Baldassini». Vaya, el sitio promete. Fuera tiene un cartel con una foto de una chica que se parece un poco a Beth. Subo los escalones y estrello el dedo contra el timbre. Entro por la puerta grandiosa e imponente. En el interior, el aire es fresco y los techos son altos; huele a vainilla de Madagascar. Tienen una yuca en una maceta. Atravieso el vestíbulo de baldosas blancas y negras en dirección a la recepcionista.

—Hola, necesito ayuda. Es una emergencia.

—Entre —dice una voz masculina con acento italiano.

Miro a la rubia platino de la recepción, y ella asiente con la cabeza y sonríe.

Abro la puerta, entro e inhalo el aire de la clínica. Huele demasiado a Don Limpio y la pulcritud y el resplandor parecen imposibles.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita, eh..., señorita?

Respiro hondo.

—Beyoncé.

Cierro la puerta.

Madre mía...

El doctor Baldassini está demasiado bueno para ser cirujano. Se presenta ante mí con su aspecto deslumbrante, cegador como un dios vestido con bata blanca. Unos focos lo iluminan desde el techo. Lleva un estetoscopio colgando del cuello; parece un detalle extravagante, guay, satírico, una especie de decisión estética. Estoy segura de haber visto accesorios como ése la primavera pasada en la pasarela de McQueen. Lleva dos botones de la camisa desabrochados, y alcanzo a verle el pelo del pecho. La barba de un día está esculpida a la perfección. Cuando sonríe, le salen hoyuelos en las mejillas. Está en forma y tiene la altura ideal. (Supongo que siento debilidad por los italianos.) Menudo desperdicio.

Imagino su vida solitaria en el quirófano, escondido detrás de gasas blancas, mascarillas y esos peculiares trajes azules. Botas de agua. ¿Los cirujanos también llevan redecilla? Una cara como ésa debería estar en todas las vallas publicitarias para que la viesan las mujeres de todo el mundo. Me pregunto si nació con esa mandíbula tan americana. ¿Será ésa su barbilla

natural?

Me mira a los ojos, qué mirada tan sublime. Me derrito por dentro, como una *fondue* de queso suizo con vino blanco. Me ofrece la mano y, al estrechársela, compruebo que lo hace con firmeza, como si le importase; tiene la piel suave y caliente. Me acerco un poco más y respiro su olor. La loción para después del afeitado lleva especias: Neroli Portofino de Tom Ford. Bergamota, ámbar, romero, limón... (Mis fosas nasales están desaprovechadas. Debería haber sido una profesional, perfumista de Yves Saint Laurent o *nez* de Chanel.) Más vale que la operación no estropee mi excelente sentido del olfato.

—Siéntese, por favor.

Me acomodo en una silla futurista que podrían haber robado de una nave espacial y examino los extraños bultos redondos que hay esparcidos por toda la mesa: son translúcidos, claros, como medusas (sin los tentáculos venenosos). Tardo un minuto en percatarme de lo que son.

El doctor se da cuenta de adonde miro.

—Tenga.

Se inclina sobre la mesa y me da una bola blanducha de silicona.

—Son prótesis de última generación de Allergan. Ésa es de cuatrocientos cincuenta centímetros cúbicos.

La cojo y la aprieto. Parece plastilina.

—Vaya —digo, y la dejo sobre la mesa—. Muy bien.

Me parece un poco raro, si te digo la verdad.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Sadomaso? ¿Anal? ¿Un poco de *bondage* suave? Tal vez un buen trío: tú, yo y George Clooney. Vosotros os desnudáis y yo miro.

Se recuesta en la silla de cuero y entrelaza los dedos detrás de la cabeza.

—Me llamo Leonardo.

¿Leonardo? Me gusta.

Tiene la voz como de caramelo salado: intensa, grave, suave. Estoy segura de que es muy bueno con los enfermos, cosa que es importante para un doctor: tener una voz relajante, ser un buen conversador en la cama. Si te dijera con esa voz que te queda una semana de vida, pensarías: «Vale».

Leonardo sonrío. Coge tres bolas de silicona y se pone a hacer malabares. Se le da bien.

—Mi recepcionista ha mencionado que usted quería cirugía de urgencia. No es algo que acostumbremos a hacer en la clínica, pero estoy seguro de que,

si nos ponemos de acuerdo en una cifra que cubra los inevitables gastos añadidos, podremos arreglarlo.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Es un poco repentino, pero veremos qué se puede hacer.

—Fabuloso. Eso es fantástico. Genial.

Sabía que si tenía paciencia encontraría a algún médico pirata. ¿A quién le importa la ética o el juramento hipocrático? Todo el mundo tiene un precio.

Le miro las manos, que ahora ha juntado sobre la mesa; las uñas, limpias y limadas, tienen un brillo natural y la piel es de un color crema rosado. Supongo que tendrá que cuidárselas; al fin y al cabo, es cirujano y son su herramienta de trabajo. Apuesto a que valen una fortuna en pólizas de seguros. Imagino sus manos sobre mi cuerpo desnudo, las palmas masajeándome los hombros, los dedos rodeándome la garganta. Las deslizaría hasta el pecho, me acariciaría los pezones y me sostendría los senos. Me las pasaría por todo el vientre hasta las caderas y me separaría los muslos. Me acariciaría el clítoris. Entraría hasta los nudillos. Quiero sentir sus dedos dentro de mí.

—¿Beyoncé?

—Ah, sí. ¿Por dónde íbamos? Eh...

Leonardo, Leonardo, Leonardo. Me gusta; sale solo, como «felación». Quizá sea un hombre del Renacimiento, como Da Vinci. Un genio del arte. Un maestro. Está claro que es un rompecorazones como Di Caprio. El primer chico que me gustó fue Jack, de *Titanic*. (Debería haber echado a Rose de la balsa.) Leo se pone un par de guantes de látex y yo me remuevo en la silla. Estoy mojada y me duele el coño. Fantaseo con hacerlo sobre la mesa.

«Dios mío, Alvie. No puedes acostarte con tu médico. Es muy poco profesional, o algo así...»

¿De quién es esa voz tan molesta que tengo en la cabeza? ¿La voz de la razón? ¿Alvie la sensata? ¿Acaso mi conciencia trabaja horas extra? No es la cabrona de Beth ni de coña. En cualquier caso, no tengo tiempo para ponerme a follar: Nino está ahí fuera esperando, regodeándose. Tengo que darme prisa.

Además, ¿no acabo de jurar que paso de los hombres? Tengo memoria de pez. ¿No acabo de jurar que paso de los hombres?

—Me gustaría hacerme la n... Perdón, quiero una operación de riño. Ya mismo. Hoy —digo.

—¿Qué aspecto tenía en mente?

—Pues había pensado en un cruce entre Heidi Montag y Madonna en 1994 o por ahí.

—Bien.

—Cuanto más pequeña, mejor, la verdad —explico—. Como un hámster ruso.

Dibujo la forma en el aire con el índice. Parece una coma: ,

Leo asiente con la cabeza, pero no estoy segura de que lo haya entendido. Me mira a los ojos un buen rato, como si buscara algo o quisiera interpretarme. Su rostro hermoso muestra perplejidad. ¿Por qué me mira así? Seguro que esto se lo piden constantemente, veinte veces al día o más. Vale, ya sé qué pasa: está imaginándose desnuda. Tiene esa mirada vidriosa y ausente típica de los tíos. Puede que yo también le guste, ¿no? Seguro que sí, se le nota.

—Hola, Elizabeth.

El señor Pompas se alza sobre mí. Le contemplo la cara. Un par de ojos inyectados en sangre me miran con rabia desde un rostro blanco como la tiza. Estoy atada a una camilla; forcejeo, pero no puedo mover ni un músculo. Las ligaduras de los tobillos y las muñecas son demasiado fuertes. Me revuelvo y me retuerzo. Su hedor a whisky hace que me escuezan los ojos y su aliento jadeante me calienta las mejillas. Tiene la boca a unos centímetros de mí, y va acercándose poco a poco, cada vez más. Tiene algo entre los dientes. Creo que es carne humana.

—Quiero ser Alvie otra vez, por favor.

Él se ríe y se ríe, y el ruido enloquecido parece el de una sirena.

—Por favor, por favor, por favor, por favor.

Su cara se convierte en la de Beth.

Abro los ojos y miro a mi alrededor. ¿Qué es todo esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué hago conectada a tantos tubos? ¿Es un hospital? Las cortinillas lo parecen. Paredes blancas. Olor a desinfectante industrial. ¿Qué cojones hago aquí? ¿He tenido un accidente? ¿No habrán intentado matarme (otra vez)? No me siento la cara. No me siento la cabeza. ¿Estoy paralizada? ¿Muerta?

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¿Qué me ha pasado? ¡Enfermera! ¡Enfermera! ¡ENFERMERA!

Junto a la cama hay un cordel para emergencias. Tiro de él y se enciende una luz. Oigo un ping en algún lugar del pasillo. Respira, Alvina, respira. No pasa nada. Saldrás de ésta. Seguramente has vuelto a beber demasiado y te has desmayado en un paso de cebra. Cierro los ojos. Me viene algo del hotel Ritz.

Algo de un Martini. Piensa, Alvina. Piensa. ¿Te lo ha hecho Nino? Aprieto los ojos y arrugo la frente. No, ya sé: me han operado. Se me enciende la bombillita del cerebro y por fin lo recuerdo todo. La riño. El disfraz magistral. Ya me acuerdo; tiene sentido, más o menos. Me he dado a la fuga. Voy de incógnito. Debo encontrar a ese tontopolla de remate. No tengo tiempo para esperar.

—*Buona sera, come stai?*

Abro los ojos y le clavo una mirada significativa a la mujer que se acerca a la cama individual donde estoy tumbada.

—¿Quién diablos eres? —pregunto.

Ella me sonrío. Me recuerda a mi abuela: pelo corto y moldeado de color gris paloma claro, sonrisa amplia y seductora. Alrededor de los ojos tiene arrugas de sonreír. Quedaría bien en anuncios de cubitos de caldo.

—Soy la hermana Romano. Hoy cuido de usted.

¿Hermana? Argh, no me gustan las hermanas.

—¿Qué es esta mierda? —pregunto.

Me arranco la aguja que tengo en la mano, pero el esparadrapo se mantiene pegado. Siento un dolor punzante y se me acumula una gota de sangre en la piel. Me la lamo, sabe bien.

—Son los analgésicos —contesta, y le echa un vistazo a la aguja, que ahora está goteando en el suelo—. ¿No quiere la morfina? Vale, no pasa nada. Se la quito.

¿Morfina? Oooh, eso sí que me gusta...

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien.

Quiero salir de aquí.

Pulsa un botón que hay a un lado de la cama y el colchón se mueve. Zumba y chirría con el peso de mi cuerpo mientras me va incorporando.

Hostia...

—¿Qué es eso?

Cruzo los ojos y me miro la nariz. Veo algo blanco que parece una máscara.

La enfermera me mira la cara y me ofrece una sonrisa radiante.

—*Si* —dice—, mírese.

Me da un espejo y lo levanto. Me quita el apósito.

«Pareces PacMan», comenta Beth.

—La Virgen... —digo.

Mi nariz ha desaparecido. Qué locura.

—¿No es demasiado pequeña? —pregunto.

—No, es bonita. Vamos a ver si...

Me la pellizca, pero yo no noto nada.

—Oye, se mira pero no se toca. Que muerde.

No dejo de mirarme en el espejo. Leonardo, has obrado un milagro. El tipo es un auténtico genio. Un santo. Un mago. (Y, además, está bueno. Maldita sea mi hermana y su voz, que se me ha metido en la cabeza. No me ha dejado follármelo.) La policía no me reconocerá. No parezco Alvie.

—Ha *estado* en el quirófano tres horas y *ahora* debe reposar.

—¿Tres horas?!

Mierda, una eternidad. ¿Y Nino?

—Tengo que irme.

Ella se muerde el labio con cara de consternación. Me vuelve a cubrir la nariz y yo la miro mal.

—¿Dónde están mis cosas? Me largo.

—*Signorina*, acaba de despertarse.

—Tengo que irme. ¿Dónde tengo el móvil?

Abro el cajón que hay junto a la cama. Ahí está. Triple sin tocar el aro. Lo cojo y cierro el cajón de golpe.

—No puede marcharse ahora. *Mamma mia*. ¿No quiere que la visite primero el doctor Baldassini?

Mmm, el doctor Leonardo. Sí, me gustaría verlo. Pero ahora mismo no. No tengo tiempo. Ni siquiera para uno rapidito. Esto es una contrarreloj, como en el Tour. En cualquier caso, lo he dejado, chicos. Ahora me acuerdo de todo: el dinero, la venganza, el plan.

Salto de la cama y estoy a punto de caerme. Me tambaleo un poco y, al final, me agarro a una barra. Debe de ser la anestesia, o tal vez con una nariz tan pequeña he perdido el centro de gravedad. Cuando la cabeza deja de darme vueltas y el suelo vuelve a estar quieto, busco la ropa. Abro el armario y veo que el vestido de Chanel cuelga de un gancho. Lo saco y me lo pongo. Busco los zapatos y me los calzo, pero me resulta imposible andar con los tacones de quince centímetros. Me descalzo y cargo con ellos. Me duele todo cuando me muevo. Al caminar. Ya tenía la madre de todas las resacas y ahora es como si tuviera la nariz ardiendo. Quiero un poco más de esa morfina tan buena. O tranquilizantes para caballos. ¿Un poco de ginebra?

—Tiene que llevar eso —recomienda la enfermera, y señala la férula de la

nariz— durante seis semanas. Noche y día. Siempre puesto.

—Sí, por supuesto.

«Ni de coña.»

Veo que el bolso viejo de Hermés de Beth está en el armario. Meto el móvil dentro. Compruebo que el dinero siga ahí, y sí, está dentro del reloj de cuco. Supongo que eso es todo: toda mi vida metida en una bolsa. Al menos viajo con poco equipaje.

—Estas pastillas son para usted. Cuatro veces al día.

Uy, ¡drogas! ♥♥♥

—Genial —contesto.

Me entrega una bolsa de papel repleta de medicamentos y los guardo en el bolso. Ya llevo tantas cosas dentro que no lo puedo cerrar.

Abro la cortinilla azul y me marchó cojeando por el pasillo con los pies desnudos y helados. Enciendo un Marlboro Lights, la enfermera me llama.

—Analgésicos son muy fuertes. Codeína y paracetamol. Cuidado, si tomar demasiados.

—Sí, sí, lo que tú digas.

—Vale. *Ciao*, Beyoncé.

Trastévere, Roma, Italia

Entro en la parafarmacia. Me siento como si un autobús de dos pisos me hubiera pasado por la cara a toda velocidad. Cojo un puñado de pastillas y me las trago una a una. Me froto los ojos, los tengo hinchados, y la garganta, seca y dolorida. No puedo respirar por la nariz. No puedo mover la cara. Cojo una botella de bebida energética porque necesito líquido antes de agrietarme como un salar de la Patagonia. Más vale que, cuando me quite el apósito, tenga la nariz niquelada.

Me entretengo mirando las estanterías, ¿qué necesito? Voy a hacer una compra de cosas imprescindibles. Tinte para el pelo (rosa fucsia), un anillo de placer, lubricante de Durex Play y condones de sabores, un cepillo, pasta dentífrica, un cepillo de dientes (eléctrico), un pintalabios, antiojeras, rímel y, ¡SÍ!, unas gafas de sol de espejo muy molonas. Pago con un billete del reloj y salgo de la tienda.

Subo la escalera hacia mi apartamento y voy directa al baño.

Me tiño el pelo en el lavabo y, mientras me lo aclaro bajo el grifo, el agua rosa serpentea hacia el desagüe. Me escurro la melena en el lavamanos

manchado de rojo y me la seco con el secador. Me peino mirándome en el espejo iluminado y me hago tirabuzones que me cuelgan por la espalda y parecen de algodón de azúcar. Parezco la princesa Poppy de los Trolls. Me retiro el apósito de la nariz para mirarme la tocha. LA HOSTIA, QUÉ BIEN. O sea, fabuloso: ¿quién es ésa? Pelo rosa neón y una guinda por nariz. Soy una copa de helado de nata y fresas. Una *mousse* de frambuesas. Me pongo corrector antiojeras con brocha gorda sobre los hematomas que empiezan a amoratarme la nariz. Me duele un poco, pero podría ser peor. Las pastillas funcionan, me siento como si flotara. Me pinto los labios y me aplico el rímel. Me coloco las gafas de sol y, ¿sabes qué?, el engaño es perfecto. Estoy de doce sobre diez. Me trago unos cuantos analgésicos más y estoy lista para dar caña, joder.

La anestesia me ha dado hambre, así que voy a llevar a mi nariz nueva a comer algo. Éste parece un buen sitio: Taverna Trilussa, un restaurante italiano tradicional. La hiedra trepa por las paredes pintadas, hay una terraza bonita con toldo. Contraventanas de madera y farolillos con velas. Voy a probarlo. Empujo la puerta y entro. El comedor está lleno de clientes que comen, beben y hablan. Gritan. Discuten mientras comen boloñesa. Los olores sensuales que salen de la cocina hacen el aire más denso. Dios mío, se me hace la boca agua. Me comería cualquier cosa; me lo comería todo. Se me acerca un camarero sonriente; es guapo, como un Matt LeBlanc joven.

—*Buona sera, signorina* —dice, y me mira de arriba abajo.

—Chau —digo—. ¿Mesa para uno?

—Por supuesto. Acompañeme, por favor.

Dejo que vaya él primero. Pantalón negro estrecho. Glúteos tersos. Podría partir nueces con ellos.

Atravesamos el restaurante atestado esquivando mesas hasta llegar a un rincón. Saca la silla para que me siente y me coloca la servilleta en el regazo. Me roza la cara interior del muslo con los dedos. ¿Ha sido intencionado o sin querer?

—¿Le apetece un aperitivo, *bella'*? ¿Una copa de prosecco o un Aperol spritz?

—Tomaré un vodka, solo.

Él asiente y se humedece los labios.

—Si, *bellissima*.

Cojo la carta, que es larga, y estudio la lista interminable de platos. No tengo ni idea de qué escoger. Normalmente pido pizza margarita del Dóminos de Holloway.

Lo dejo y observo el comedor. Este lugar es antiquísimo: hay vigas de

madera oscura en el techo y cuadros al óleo enmarcados en las paredes. Hay barriles, lámparas y murales renacentistas, rejas de hierro forjado y estantes llenos de libros. Es acogedor. Auténtico. Tradicional. No tiene glamur como el sitio de Taormina adonde me llevaron Ambrogio y Beth, pero es guay. Anónimo.

El camarero regresa con una bandeja y mi copa.

—El vodka —dice, y me guiña el ojo.

Bebo un trago con la pajita. Frío y vigorizante, con un buen golpe al final. Me gusta. Qué refrescante. Me echo al gaznate unos cuantos analgésicos más.

—¿Qué tenéis que esté bueno?

Lo miro a los ojos color *amaretto*.

—El restaurante es conocido por el *cacio e pepe*, pasta con queso y pimienta.

—Genial. Me gusta el queso. Voy a pedir ese plato.

—Una elección excelente. Fantástico.

Me sonrío y, al coger la carta, me roza la mano con los dedos. La muñeca. ¿Ha sido sin querer? No lo creo.

Lo miro alejarse. Está bueno: ocho sobre diez. Definitivamente es el mejor de todo el restaurante, porque el resto de los camareros son aprobados justos. Entonces caigo en la cuenta: sé por qué me gusta. Se parece un poco a Nino. Pelo negro, ojos oscuros. Magro. Malo. Fibrado. Puede que Nino tuviera el mismo aspecto hace veinte años, cuando era un joven sicario.

Bueno, eso: Nino. ¿Cómo lo mato? Tengo que planteármelo y urdir un plan. Voy a hacer una lista. Dibujar un diagrama. Necesito hacer un *brainstorming* o algo, apuntar cualquier idea, aunque sea una locura. Pensar sin restricciones: todo lo que se me ocurra cuenta. No hay nada prohibido. Meto la mano en el bolso y saco un bolígrafo rojo, pero no tengo papel. Miro a mi alrededor buscando una servilleta o algo así, pero no: son todas de tela. Da igual, son blancas. Me sirven. Extiendo una sobre la mesa de madera y escribo en mayúsculas arriba del todo:

LA VENGANZA DE ALVIE ♥

Dibujo a Nino en el centro. Es un monigote, porque las artes plásticas no se me dan bien. La verdad es que no se parece nada a Nino, más bien parece Tom Hiddleston. Le dibujo una soga al cuello y, después, el resto de la horca, como si estuviera jugando al juego. Entonces, en un montón de burbujas que lo

rodean, escribo una lista muy exhaustiva: disparo, puñalada, atropello, despeñamiento por un acantilado, artes marciales, llave mortal de kárate, porrazo en la nuca, estrangulamiento, asfixia por monóxido de carbono en un coche, combustión espontánea por trifluoruro de cloro.

—La pasta, *signorina* —me susurra el camarero al oído. Me apresuro a quitar la servilleta de la mesa y me la

pongo en el regazo. Espero que no sepa leer en inglés. Le sonrío y pregunto:

—¿Sabes dónde hay una ferretería? Un Leroy Merlin o algo así.

—No, lo siento. Por aquí no hay.

—Necesito comprar cuerda y un martillo...

Miro el plato.

En general, siempre prefiero que todo sea extragrande, pero... Dios mío, esto es gigantesco. Aunque la mesa es pequeña, el camarero me pone delante una sartén. Una sartén llena de una masa cremosa de espaguetis con una salsa que huele al cielo de los quesos. De pronto, saca un molinillo de pimienta que es casi tan alto y tan ancho como él. (No se me escapa que el cacharro es del todo fálico.) —¿Quiere un poco?

—Ajá —jadeo—. Me gusta muy picante.

El camarero se planta a mi lado y me muele pimienta en el plato. Me roza el brazo con la cadera y tengo su polla a la altura de los ojos. Es obvio que tiene un bulto donde debería estar el pene. Diría que son unos veintitrés centímetros. Me abrumba el olor a Axe Apollo. El molinillo hace GRRRRR...

—¿Así está bien? —pregunta.

Yo contesto:

—Sí.

—*Buon appetito*.

Me meto el tenedor lleno en la boca. Es mejor que el sexo. La pasta está al dente, firme y con textura. La salsa es cremosa y salada y peligrosa. «Joder, qué bueno está esto. Dios, es genial.» En cuestión de dos minutos, ya me he terminado el plato.

«Ay, qué cerda eres —se queja Beth—. ¿Ahora qué? ¿Vas a vomitarlo todo?»

Mi hermana pensaba que el gluten era el demonio y los hidratos de carbono el anticristo.

—No, quiero más —le contesto.

Yo como para sentirme mejor. Denúnciame si quieres. Necesito tener algo

cálido y viscoso dentro, algo que sea como un abrazo. Antes comía para olvidarme de mi padre, para distraerme de Beth y de mi madre. Sonrío y miro al camarero.

—Otro, por favor.

Él me mira con los ojos muy abiertos.

—Ay, y otro vodka.

Recoge la sartén.

—¿Otra de *tonnarelli con cacio e pepe*?

—Otra igual.

Lo veo correr a la cocina y me arrellano en la silla de madera. Me acabo la copa y me lamo los labios sin prisa. Ese plato estaba increíble. *Food porn* puro y duro. Me acuerdo de los macarrones con queso instantáneos que comía cuando estaba en Archway y no hay punto de comparación (aunque los de sabor a Bomba de Bombay eran mejores. O los de curry).

Golpeo la mesa con los dedos. No soy Beth, puedo comer lo que quiera. A lo mejor pido postre y todo.

El camarero regresa con la bebida en una bandeja.

—El vodka, *signorina*.

Bebo un buen sorbo, y él se fija en cómo trago.

—¿Sabe? Hace siete años que trabajo aquí, y usted es la mujer más guapa a la que he servido.

—¿Ah, sí?

Estoy segura de que lo dice todas las noches, pero ¿sabes qué te digo? Se lo compro.

—Y también es la única que ha pedido dos sartenes de *cacio e pepe*.

No me cabe la menor duda.

—Ya, es que está muy bueno.

—Me gustan las mujeres de buen apetito.

—¿Ah, sí? Pues mírame bien.

Me lo comería vivo, ni se te ocurra impedírmelo: labios de fresas silvestres, piel cremosa como la *patina cotta*. En lugar de llevarme las sobras, quizá debería llevármelo a él a casa.

Se marcha a por mi comida, y yo le doy sorbos al vodka. ¡No veas cómo me ha subido! Me río sin motivo.

Vamos a ver cómo iba el plan. Me quito la servilleta del regazo y la extiendo sobre la mesa. Leo las diferentes ideas y añado otras: dosis letal de fármacos (¿ricino?, ¿heroína?, ¿cianuro?). Me pregunto si Nino también estará

cenando. Podría estar en algún otro pequeño restaurante de la zona. El pobre cabrón no lo sabe, pero se ceba para alimentar a los gusanos. Le echo otro vistazo a la servilleta. La lista es bastante exhaustiva. Dibujo otra burbuja: ahogamiento en una piscina/bañera/lago.

—La pasta —dice el camarero con una sonrisa.

Tiene algo raro en la mirada, ¿es miedo o admiración? Creo que estoy asustándolo. Aparece otra sartén con una montaña de espaguetis. Parece que digan: «Cómeme, cómeme».

«Glotona de mierda», dice Beth.

Cojo el tenedor, lo hincó en la pasta y me meto un montón en la boca.

—¿No quiere pimienta? —me pregunta el camarero.

—*Sstabilien* así.

Tengo la boca llena de comida.

Me falta tiempo para acabarme el plato. Engullo cada vez más deprisa, un enorme bocado tras otro. Está demasiado caliente, pero me da igual. Quiero hartarme. Remuevo la salsa caliente dentro de la boca. La hostia en vinagre, qué bueno...

No tenía ni idea de lo hambrienta que estaba hasta que he probado la pasta.

—¿Sabe? —dice mientras me mira a los ojos y se inclina hacia mí—, yo acabo de trabajar dentro de cuarenta minutos.

¿Qué tendrán de postre?

—Podríamos ir a mi casa. A beber vino, escuchar música. Vivo a la vuelta de la esquina.

La verdad es que estoy muy llena.

—Ya no puedo comer más —contesto—. ¿Me traes la cuenta?

—Vale, nada de vino. ¿Y música? ¿Romance?

Respondo que no con la cabeza. Me miro la tripa. Entonces se me ocurre algo mejor, ladeo la cabeza y sonrío.

—Ven aquí, a mi apartamento.

Le doy la dirección.

—Quiero que te abalances sobre mí y me des un puñetazo.

Diego me mira con cara de póquer.

—Quiero que intentes asaltarme. Que me ataques. Pero sin tocarme la nariz.

Él menea la cabeza.

—No te entiendo.

—Mira, Diego —le digo—: esto son los preliminares. Es muy sexi, me pone mucho.

Entorno los ojos, pero él sigue sin pillarlo.

Abro YouTube en el móvil y le enseño «Cinco grandes técnicas de autodefensa».

—Ah, ¿quieres hacer lucha?

—Sí, eso. Quiero hacer lucha.

Aparto el sofá y muevo el sillón y la mesita. El roce de las patas de la mesa chirría en el suelo cuando la pego a la pared. Genial, mucho mejor. Ahora tenemos espacio para revolearnos. Necesito practicar llaves mortales y no puedo hacerlo sola. Dos no se pelean si uno no quiere.

—Yo me pongo aquí y miro hacia allá, y tú me atacas por detrás.

—Ok, *va bene* —contesta Diego—. *Non ce problema*.

Me gusta que hable en italiano, así es más auténtico. Nino hablaría así. Y su acento es muy mono, como el de Nino. Tal vez también sea siciliano.

—¿Preparado? —pregunto, y me vuelvo hacia la pared.

—*Uno, due, tre...*

—No, no, no. No quiero que hagas una cuenta atrás. Lo importante es que me sorprendas.

—Pero ya sabes que voy a por ti.

—Sí, pero no sé cuándo.

Me planto ante la pared del salón y la examino. El papel es de un bonito color magnolia. Repaso el dibujo con el dedo, flor de lis. Silencio. Nada. No me ataca. Al cabo de un rato, me doy la vuelta.

—¿Vienes o qué?

Diego coge carrerilla, se abalanza sobre mí y se me sube al pecho como un perro labrador cachondo. Nos desplomamos en el suelo. Me sujeta y me aplasta con el cuerpo. Dios mío, tengo el estómago a punto de reventar. Demasiados espaguetis, necesito Gaviscon. Rodamos por el suelo y me pega; me da un buen golpe en el lado del cuello.

—¡Au! ¡Qué daño! Quita —le digo jadeante y con un gesto de dolor; me molesta la garganta y la cabeza me da vueltas—. ¿Qué coño haces?

—¡Me has dicho que te ataque!

Se sienta y se agarra la mano, que le palpita de dolor.

—Así no, joder —contesto.

«Menuda mierda», se queja Beth.

Nos miramos.

—¿Y ahora qué? —pregunta—. ¿Sexo?

Me levanto y me froto el cuello.

—No, todavía no. De eso nada. No he terminado contigo.

Diego se planta delante y yo repaso el tutorial de YouTube. Atacar a los ojos y la entrepierna. Dar codazos.

—Vale, ya estoy lista —le digo, y lanzo el móvil a la mesita—. ¿Estás preparado?

—*Si.*

Cojo carrerilla desde un extremo de la estancia y le doy un rodillazo en los huevos.

—¡TOOOMA!

—AAAAAAYYYYYY...

Se dobla de dolor.

—¿Qué? ¿Lo he hecho bien? ¿Te ha dolido?

Me mira con lágrimas en los ojos y sale volando por la puerta.

—Oye, ¿adonde vas?

Voy al dormitorio y salto a la cama de dos por dos. Me estiro como un pulpo atropellado y contemplo las borlas de la lámpara. Tanta comida y tanta pelea me han dejado muerta, me siento como una ballena varada. No una normal, como una ballena azul o una orea, una ballena obesa que ha tenido un ataque al corazón en la playa, de camino al nutricionista. La ballena de la que se cachondeaban las demás. La que nunca salía con nadie. Tendrán que hacer un agujero en la pared y levantarme con una carretilla elevadora. Entonces saldré en las noticias y todo se irá a la mierda. ¿Por qué he comido tanta pasta?

«No pienso decirte que te lo advertí», me recrimina Beth.

Ojalá yo fuese más como Gwyneth y pudiera sobrevivir a base de frutos del bosque y polen.

Las sábanas son frescas y sedosas. Alguien ha dejado un bombón de menta sobre la almohada. Arranco el envoltorio y me lo como (porque no he tomado postre). Estudio las molduras del techo: ángeles y rosas y conchas arremolinadas hechas de yeso blanco que empieza a desconcharse. El estilo es renacentista, antiguo. En el rincón hay una chimenea preciosa con una repisa de mármol pulido. Los candelabros con velas falsas irradian una luz cálida y acogedora. Glamur antiguo. Magnificencia de la Edad de Oro.

«¡Cucú!», dice mi reloj.

Es la una de la mañana. Al menos en Londres. Aquí deben de ser las dos,

cosa que podría acabar confundíendome (¿o acaso son las tres?). Debería adelantarle una hora (¿o dos?). No tiene mucho sentido ir cargando con eso si no marca bien la hora...

Ahora mismo debería estar ahí fuera, peinando la piazza di Santa María, corriendo por el centro de Roma para ejecutar el plan. Pero estoy para el arrastre. Hecha polvo. Peor que agotada. Ha sido un día largo; un par de días largos. Estoy convaleciente de la operación, tuve que matar a un atracador en Bucarest y he comido kilos de queso y pasta. Ya me levantaré más tarde para buscar a Nino. Daré con él antes de que él me encuentre a mí.

(No soy vaga, sino que gasto la energía con eficiencia, como un coche alemán.) Ay, Nino, casi noto tu sabor. Sé que estás por aquí cerca. Lo siento en los huesos...

Me estiro en la cama. El ventilador del techo está en marcha y la brisa me acaricia la piel caliente. Me levanto el vestido y abro las piernas. Deslizo los dedos entre los muslos. Sigo sin llevar bragas. Tengo que comprar varios pares nuevos. Ojalá él estuviera aquí, justo aquí, justo ahora. Tengo muchas ganas de darle un beso. Dios, qué no daría por sentarme en su cara. Por cabalgar sobre él hasta que salga el sol. Le mordería los labios tan fuerte que se los partiría. Le absorbería el alma y me la quedaría. «Yo soy Nino, él es Alvie.» Somos como Cathy y Heathcliff, quiero que su fantasma me persiga (cuando lo mate, claro). Todavía tengo en la boca el sabor del bombón de la almohada: ojalá fuese la sangre de Nino.

¿Por qué deseo cosas que me destruyen?

Cierro los ojos y suspiro.

Sigo el contorno de mis pechos con los dedos. Masajeo su circunferencia suave, los pezones duros, erectos. Me los acaricio y me los pellizco. Antes que nada me lo follaría y después lo mataría. Eso sería la hostia. Me acaricio los labios abiertos con los dedos, tengo la piel húmeda y resbaladiza. Me toco y entro. Lo deseo tanto que duele. Lo anhelo. Estoy desesperada. Arqueo la espalda y la estiro. Sí, muy bien. Eso está muy bien. Joder, quiero correrme. Me imagino a Nino dentro de mí, su gran polla erecta, palpitando. Quiero que me alcance el punto G. Quiero sentir su aliento cálido en el cuello.

«No tenía ni idea de que fueses tan mala», eso me diría él.

Quizá podría estrangularlo en la cama. Partirle el cuello con los muslos como si fuera una chica Bond rusa. Sin embargo, Nino es muy fuerte, más que yo. Necesito algo rápido. Rápido y decisivo. Algo que ofrezca garantías. Me meto los dedos hasta el fondo y me siento como un flan. Quizá podría

esconderme una cuchilla en el sujetador. Sacarla de repente y rebanarle el cuello. Rompo a sudar. Tengo la cabeza embotada, sumida en una niebla confusa. Empiezo a jadear. Me falta el aliento. Comienzo a notarlo, cada vez más fuerte. ¿Dónde está Nino cuando lo necesitas? Quiero correrme ya, joder.

Me siento en la cama y miro a mi alrededor. Estoy mareada. Necesito algo más para llegar a la cima. Mi vibrador favorito, Mr. Dick, sigue en Taormina y es posible que se haya derretido en el incendio. Sin embargo, tengo el cepillo eléctrico nuevo. A lo mejor eso funciona. Salto de la cama y voy corriendo al cuarto de baño. Lo saco y lo enciendo: vibra y zumba, el mango me da saltitos en la palma de la mano. Huelo la pasta de dientes de menta de Colgate. Noto la potencia de las pilas. Me lanzo sobre la cama y siento el *brrrrrzzzzzz* entre las piernas. Ayyyy, qué fresco. Eléctrico. Mentolado. Las cerdas me rozan, pero no pasa nada. Alvie Knightly, eres un genio.

Me voy, me voy, ya no hay vuelta atrás.

Las olas de placer

crecen

y

crecen.

Veo al muerto en el callejón, pero con la cara de Nino.

Ojos vacíos.

Un grito estrangulado.

—SÍ, ¡SÍ! Te pillé, hijo de puta.

Mi cuerpo se tensa y luego se relaja y me corro, libre como la lluvia.

Doy media vuelta y me acurruco. Estoy demasiado cansada para cepillarme los dientes (y sé dónde ha estado el cepillo). Cierro los ojos y bostezo. Estoy a punto de quedarme dormida cuando, de repente, oigo un golpe. El ruido de una ventana cerrándose. El crujido de una bisagra oxidada. Me siento en la cama y enciendo la luz. El corazón me va a cien. ¿Qué coño pasa? Estoy en un quinto, nadie puede subir hasta aquí. Aunque quizá haya una escalera de incendios. ¿Es posible que el camarero sexi haya regresado? ¿No será...? ¿Es Nino? Mierda, mierda. Por favor, Dios, no quiero morir. Todavía no tengo un arma, tengo que hacerme con algo y tiene que ser ya. Aparto las sábanas de golpe y salto de la cama. Salgo corriendo al pasillo. La ventana está abierta. La cierro. Esto no me gusta. Corro a oscuras.

Un cuchillo. Voy a buscar un cuchillo de trinchar, tiene que haber uno en la cocina. Se oyen los golpes de los cajones al abrir y cerrarlos deprisa y el

tintineo metálico mientras remuevo el interior. No veo lo que hago, pero estoy demasiado asustada para encender la luz. Me falta el aliento y con tanta codeína mezclada con vodka no puedo ni pensar. No sé cuántas pastillas he tomado y es asombroso que me funcione la cabeza. Mis dedos buscan a tientas: vamos, vamos. El cuchillo de la mantequilla, un cucharón, un rodillo de madera. Vacío los cajones, abro los armarios de par en par. Tiene que haber algo. Un cuchillo o unas tijeras, un pelador de patatas, un pincho, un mortero... Pero no. No hay nada. Ni un triste sacacorchos. (Necesito una pistola. O una habitación llena, como en *Matrix*. Una provisión interminable de armas.) No tengo tiempo para esto, ¿por qué estaba la ventana abierta?

Toco un bloque de madera en la encimera; dentro hay un surtido de cinco cuchillos.

POR FIN.

Eso es lo que buscaba.

Tal vez Dios exista.

Escojo el más largo y más grueso. Perfecto. Es justo lo que necesito. Sirve para trinchar pavo o pollo o ternera asada. Es sólido, pesado. El corazón me da un vuelco. Toco la punta con el pulgar y me sale una gota de sangre.

Si entra aquí, estoy preparada. Me lo cargo.

«Él seguiría pudiendo contigo», me dice Beth.

Acuno el cuchillo como si fuera el hijo pródigo.

«La preparación lo es todo.»

¿Qué ha sido eso? ¿Ha crujido algún tablón del suelo? ¿He oído a alguien llamar a la puerta con los nudillos? Escucho con atención. Tengo que conseguir un perro guardián o algo así. ¿Qué tal un tigre como el de Mike Tyson? ¿Y un dragón como el Nino ese? Regreso al dormitorio por el pasillo sin hacer ruido, sujetando el cuchillo con manos temblorosas. ¿Por qué he venido? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué pensaba que podría cargarme a un mañoso?

«No tienes ninguna posibilidad», me recuerda Beth.

—Que te folien. Nos vemos en el infierno.

Llego al dormitorio de puntillas. No veo a nadie. Me acerco a la cama, que está deshecha. ¿Dónde demonios ha ido a parar el cepillo de dientes? Juro por Dios que estaba aquí, entre las sábanas. ¿Se lo ha llevado alguien? ¿Es Nino? ¿Estaba espiándome mientras me masturbaba? (De hecho, eso sería excitante.) Me pregunto si aún sigue escondido. Apoyo la espalda contra la pared con los ojos muy abiertos, asustada. Aguanto la respiración para oír bien.

Ni un ruido. Ni un solo crujido. No se oyen pasos.

Abro un armario y salto al interior. Cierro la puerta y miro a través de una rendija. Pues vaya mierda. ¿Qué hago ahora? Por primera vez me gustaría volver a estar en mi viejo apartamento de Archway.

Tercer día: El cachorro

DOS SEMANAS ATRÁS

Miércoles, 19 de agosto de 2015

Archway, Londres

Le doy un besito a Mr. Dick, lo guardo en su cajón, doy media vuelta en el futón y me tapo con el edredón. Hace años que es mi juguete erótico favorito. Más que eso, es un amante, un amigo. Está a mi lado cuando necesito a alguien con quien hablar o cuando necesito un día ludicofestivo entero con él en la cama. Nunca me ha dicho que no. Nunca me ha dado por muerta. Tenemos un vínculo especial, más cercano que entre gemelos. De vez en cuando se le acaban las pilas y eso es un rollo, claro; pero no me quejo. Siempre ha sido un profesional. Siempre cumple. Es un perfecto caballero.

¿Te acuerdas del día en que te compré cuatro pilas Duracell Plus Power nuevas? Me proporcionaste ese orgasmo múltiple legendario y estuve corriéndome durante cinco minutos. ¿Y de la vez que estuvimos en el hotel Travelodge de Wembley y vimos varias películas seguidas de Brad Pitt? A mí me gustó *Thelma y Louise*, y a ti *Snatch, cerdos y diamantes*. Jamás olvidaré el día en que te encontré colgando de aquel gancho en una tienda del Soho: fue amor a primera vista. Eras rosa y brillante, y la luz de neón te hacía resplandecer. Veintiocho gloriosos centímetros de látex. Anatomía perfecta. Olías a nuevo, como una goma de borrar. Eras el último que quedaba en la tienda. Estaba ansiosa por llegar a casa y sacarte del embalaje para descubrir tu potencial entre las sábanas. El resto, ya lo conoces; sabes cuánto nos hemos divertido. Sé que tú no te marcharías. No como otros...

Meto la mano en la tote de Primark y cojo el paquete de Marlboro Lights. Mierda, sólo me queda un piti. Tengo que comprar más. Rebusco el Zippo violeta. Tiene que estar por aquí. Pero ¿dónde? ¿Dónde? Lo encuentro debajo de la cartera y, por fin, enciendo el cigarrillo. Retengo el humo, cierro los ojos y lo suelto poco a poco. Espero a notar el subidón de nicotina, como si con

eso arreglara algo. Como si fuera una poción mágica.

Y no logro contenerme.

Abro la cartera y saco la foto. La llevo doblada detrás de los billetes viejos de autobús, las tarjetas de fidelidad de cafeterías y los tíquets de vodka de algún bar. La despliego encima de mis rodillas y la contemplo. Está arrugada. La sacaron en Lower Slaughter, en diciembre de 1987. Mis padres posan delante de la iglesia, en el corazón del pueblo. El típico paisaje de los Cotswolds. La imagen perfecta. Como una caja de bombones. Casas hechas de piedra caliza del color de la miel, prados verdes y represas para molinos. Alvin estaba muy elegante el día de su boda: esmoquin negro, sombrero de copa y zapatos de charol calado. Estaba tan guapo como el príncipe azul. Era el novio ideal. Supongo que mi madre también estaba guapa, pero él jugaba en otra liga. Tenía el pelo liso y negro, espeso. Era ágil y esbelto. Hace veinticinco años que no lo veo. Hoy hace veinticinco años..., al menos, eso es lo que dice mi madre. Yo no me acuerdo.

Apago el cigarrillo en una taza.

¿Sabes qué? A tomar por culo. Que le den.

Ya encontraré a alguien que nunca se marche. Alguien leal.

Rompo la foto en cientos de pedacitos.

Se me escurren entre los dedos como si fueran arena.

8

Miércoles, 2 de septiembre de 2015
Trastévere, Roma, Italia

Me escurro entre las puertas de madera del armario y aterrizo en el suelo del dormitorio. La luz entra a través de las cortinas a medio correr. Suelto el cuchillo, que refleja un rayo de sol, y me froto el codo. ¡Au! Seguro que me sale un hematoma. Me he dado un porrazo en el hueso de la risa. Me arrastro a gatas hasta la cama deshecha. Anda... El cepillo eléctrico estaba debajo de la mesilla. Pues al final no me lo había robado Nino. Lo cojo y lo tiro a la cama. Me duele mucho el cuello. Me he quedado frita en el maldito armario y he dormido toda la noche sentada. Nino no está aquí, así que voy a salir. Necesito café. Un *espresso* Martini. Cojo las sandalias doradas de Prada de mi hermana y ya está; supongo que estoy vestida. Sigo sin bragas, pero ¿qué le voy a hacer? Al menos en Roma hace calor. Guardo el cuchillo en el bolso y bajo los cinco pisos con brío mientras tarareo *Bad Blood* de Taylor Swift.

Hay una cafetería cerca, en la piazza di Santa María. Busco una mesa y me siento. Pido café y un croissant. No paro de frotarme la nuca y de mover la cabeza de izquierda a derecha. Hace viento. Debió de ser eso lo que abrió la ventana. Y supongo que el ruido sería cualquier cosa de la casa. A veces las viviendas viejas lo hacen.

Meto la mano en la cartera para sacar el dinero de la cuenta y mis dedos se entretienen en el compartimento donde solía tener esa foto. Lo abro, aunque sé perfectamente que no está ahí. La he roto y me alegro de haberlo hecho. Está superado. Paso de él. Aunque tampoco necesitaba la copia física: todavía tengo la imagen en la cabeza. La expresión de mi padre el día de su boda era de puro optimismo. Por primera vez se me ocurre que parece un poco italiano. Su cara, su figura tienen algo. Mierda. Me recuerda a Nino. Pero eso no es

asqueroso, sino biológico. Mi padre podría ser siciliano, con los ojos oscuros y la piel bronceada. Con un nombre como Alvin Knightly no es probable, pero si lo miras bien...

—*Nino* —dice alguien a mi espalda.

Me vuelvo en la silla de plástico. Me doy con la rodilla en el pico de la mesa y ésta se tambalea. ¿Nino? ¿Ahora? ¿Dónde? ¿Aquí? Toco la hoja del cuchillo que llevo en el bolso.

—*Nino, amore, vieni qui.*

Otra vez.

La voz es la de una mujer joven. Está sentada en la mesa de al lado y le habla al suelo. Me inclino un poco para ver con quién habla. ¿Nino está ahí abajo? ¿Por qué?

Ah, es un perro.

Durante un momento he creído haberlo encontrado. Justo debajo de casa. Pero no, eso habría sido demasiado fácil. Claro que no es él: es un perro salchicha. Me meto uno de los cuernos del croissant en la boca y mastico. Está relleno de mermelada ácida: un pringue agridulce de albaricoque. ¿No será que Nino ha mutado y ahora es un dachshund? Como el chico de *La metamorfosis*, esa novelita extraña de Franz Kafka. Claro que ése era un escarabajo. De todas maneras, cosas más raras se han visto. Nino, *Nino*. Se llaman igual, eso es todo. El parecido no pasa de ahí. Es cierto que me ha confundido durante un instante, pero estoy resacosa y falta de sueño.

—*Bravo, Nino* —dice la mujer.

El cachorro se sienta, le tiende la patita (está mejor educado que el otro Nino) y ella se la estrecha. Observo al diminuto salchicha. Tiene el pelaje de color chocolate, muy brillante, y las orejas suaves y sedosas. Menea la colita de cachorro y mira con unos ojos tan radiantes que derretirían los corazones más duros. Dios mío, es monísimo. Me lo comería. Qué pena que acabe de desayunar. Pero, ahora en serio, es comestible.

—*Bravo, Nino. Bravo* —dice ella, y le hace cosquillas debajo del hocico.

«Alvie, No. No te distraigas.»

Calla ya, Beth. Sal de mi cabeza.

«No necesitas un perro estúpido.»

Lo cierto, Beth, es que sí. Un perro guardián, ¿recuerdas? Un sabueso en el que confiar. Un amigo fiel. Algo que sea mis ojos y mis orejas mientras yo duermo. Voy a comprar éste, es perfecto. Lo tendré conmigo a todas horas, y es bonito y compacto. El plan perfecto. Me mantendrá a salvo.

Apago el cigarrillo y llamo a la camarera. Hago la señal del garabato que significa «la cuenta». La mujer aparta su silla, oigo el roce contra el suelo. Deja unas monedas en un platillo plateado y se prepara para marcharse. Dios mío, es muy menuda. Pequeñísima. Un poco más grande que el perro, nada más. Diría que mide metro y medio, y eso con las cuñas de charol. Coge la correa de cuero rojo del perro y dice:

—*Vieni. Andiamo.*

«GUAU, GUAU, GUAU», contesta *Nino* con entusiasmo. Qué mono es, madre mía.

Da un buen salto y corre como un loco en círculos persiguiéndose la cola, que menea mientras da vueltas y vueltas. Este perro está loco. Y es tan guay como yo. Estamos hechos el uno para el otro. ♥

—No, espere —digo, y me levanto con prisas.

La silla de plástico se vuelca. Miro al perrito, y él me mira a mí. Se lame el hocico y parpadea. Parece que diga: «Llévame a casa, quiero que me adoptes, por favor, quiero irme contigo».

—¿Cuánto quiere por el cachorro?

Ella me mira y frunce el ceño.

—El perro. Lo quiero. ¿Cuánto vale?

Ambas miramos al cachorrito. Es tan pequeño como un topo y su cuerpo se estira como un muelle de distancia imposible entre sus cuatro patitas. Me cabe en el bolso sin problema. También podría comprarme un bolso *baguette* nuevo: me lo imagino asomando la cabeza por un lado, viendo la vida pasar. Podría comprarle una chaquetita y una gorra de visera a juego. ¿De tela escocesa o de cuero? No, ya sé: de lentejuelas con el dibujo de la Unión Jack. París Hilton tiene un chihuahua, pero Adele tiene un perro salchicha. Puedo enseñarle a atacar y a matar igual que esa viuda alucinante de *Una venganza*, de Maupassant. (Otro método para la lista: muerte por dachshund. Ja, ja. Claro que sí.)

—Quiero comprarle el perro.

—Ah... —dice la mujer—. No *inglese, mi dispiace.*

Sonríe y da media vuelta.

—¿Cien euros? ¿Mil? ¿Diez mil?

Saco un puñado de billetes del reloj.

—No, no. *Mi dispiace.*

Tira de la correa y se marcha. Yo me quedo mirando su melena brillante. Es del mismo color chocolate que el perro.

—*Andiamo, Nino. Vai.*

Nino se aleja correteando y yo me fijo en sus patitas diminutas. Escala los adoquines como si fueran rocas, y sorprende lo rápido que es, como un milpiés ciego de *speed*. ¿Mil pies? ¿Mil patas?

—¿Mil euros!

Echo a correr tras la joven. (Dios mío, ¿qué estoy haciendo? Perseguir a una mujer por el centro de Roma. Ridículo incluso para mí. Sin embargo, quiero el perro salchicha.) Los clientes de las terrazas señalan y susurran, en aquel bar hay un montón de gente. Todos me miran. Es muy difícil correr sobre adoquines con las sandalias, los malditos tacones se enganchan. Si quiero seguir adelante con la caza humana, tengo que conseguir calzado más adecuado. Podría comprarme unas bailarinas bonitas, un zapato plano y chulo con el que pueda correr. No verás a James Bond haciendo el tonto en sandalias; nunca he visto a Jeremy Renner con tacones. No, necesito algo más sensato si quiero tener posibilidades.

Me las quito de una patada y me las guardo bajo el brazo. (Lo primero que haré será comprar zapatos planos y un vestido para sustituir el Chanel, que ya está hecho polvo.) Señalo el cachorro.

—¿Mil euros? ¿Mil? *Milli*? ¿*Milli* euros?

La mujer se detiene y se vuelve hacia mí.

—*Per Nino? Ma no. Non vendo il cañe.*

No pienso darme por vencida así como así. La sigo hasta otra plaza. Ella acelera el paso (y yo también), pero el cachorro no puede ir a la misma velocidad. Corre y corre tanto como puede, pero al final ella acaba arrastrándolo del collar. El perro va tumbado patas arriba.

La plaza antigua está casi vacía, pero todavía es pronto: las ocho de la mañana. Oigo el dong, dong, dong de la torre del reloj y, acto seguido, los cucús de mi reloj de cuco. Una iglesia barroca se alza ante nosotras con una pintura de la Virgen acunando al *Nino*. Los colores son pastel suave, curtidos por los elementos: rosas y amarillos, azul añil. El *Nino* Jesús estira el brazo hacia María. Me acuerdo de Ernie, que está en Taormina. Me muero por ese perro, joder.

La mujer se dirige a una carnicería. Deja a *Nino* en la puerta con la correa atada a una barra de metal. Se vuelve y me lanza una mirada amenazadora, pero yo finjo no estar mirando, camino en la dirección opuesta y enseguida doy media vuelta y voy a por el perro. Corro hasta la tienda, me agacho, agarro el cachorro, que no para de menearse, y arranco la correa.

—No es culpa mía. Yo he intentado comprarte —le digo al oído.

Salgo corriendo con él en brazos. Voy mucho mejor sin las sandalias. Atravieso la plaza a toda velocidad, paso junto a una fuente que escurra agua, un hombre que vende palos de selfi y una banda de peruanos que tocan la zampoña preparándose para empezar la jornada. Paso como una exhalación por la cafetería, donde los clientes me miran y me señalan.

—Oiga —grita la camarera—. ¡La cuenta! ¡El tíquet!

Mierda. No le he pagado.

—Luego, vuelvo luego —voceo.

Corro y corro y corro. He llegado a mi callejuela sinuosa cuando oigo a la mujer: —*Nino?*

Por fin alcanzo el portal. Con el corazón a punto de salirseme del pecho, remuevo en el bolso buscando la llave. El cachorro se revuelve en mis brazos. Doy con la llave y entro deprisa en el portal. Cierro la puerta de golpe. ¡BAM!

«No me puedo creer que acabes de robar un dachshund... Bien pensado, sí me lo creo», dice Beth.

«GUAU, GUAU, GUAU», dice el perro.

El dachshund se sienta a un extremo de la cama y yo en el otro. Nos miramos. Él apoya la cabeza en las patitas y yo, la barbilla en las manos. Ahora que ya lo tengo, no sé qué hacer con él. No puedo llevármelo a Prada: se meará en el suelo.

—Hola, *Nino*. Me llamo Alvina. Soy tu nueva dueña.

Se lame el hocico con una lengua larga y rosa, pero no contesta.

—Juntos vamos a divertirnos mucho. Viviremos aventuras muy locas.

Se rasca la oreja con la pata trasera. Espero que no tenga pulgas.

—Qué bien haber encontrado a alguien a quien le guste escuchar. Estos últimos días han sido bastante duros...

Levanta las orejas y ladea la cabeza. Gime un poco.

—Pero tú y yo seremos grandes amigos. Puedes ser mi compinche.

Lo cojo y me lo pongo en el regazo para acariciarle el pelaje sedoso de la cabeza.

—Antes tenía a Mr. Dick, pero murió quemado en un incendio. No te preocupes, que no dejaré que a ti te pase lo mismo. Conmigo estás a salvo.

Saco el antiguo fedora de Nino del bolso y lo huelo. Está arrugado y doblado, pero no cabe duda de que aún huele a él. Se lo pongo debajo del hocico.

—*Nino*, mata —digo.

El cachorro lo olisquea y me mira. No parece muy impresionado. Tengo que enseñarle a matar, a ir a por la yugular. Le dejaré probar la sangre humana, como el perro de los Baskerville. Pero miro a la criaturita y suspiro: es letal como una babosa.

No sé dónde está mi *Nino* y no tengo modo de encontrarlo. Llevo tres días persiguiéndolo y no he conseguido más que un chucho. Menudo desastre. Yo también estoy hecha un desastre. Me miro el vestido arrugado y pienso: «Joder, tengo que ir de compras». No tengo bragas ni sujetador, sólo una bolsa sucia. La cosa ya urge, así que iré y me compraré un vestuario nuevo, cosas bonitas que me alegren. Sí, eso es lo que pienso hacer; ir de compras será divertido. Al fin y al cabo, estoy en Roma. Italia = moda. ¿Qué lleva *Alvie Knightly* ahora que es una asesina de la hostia? Quiero estar buenísima, para cuando encuentre a *Nino*. Así se dará cuenta del error que ha cometido. Quiero parecer una bomba. Un torpedo. Necesito un *look* nuevo y guay, que combine con mi pelo fabuloso y con la nariz de diseño. De compras y, luego, a matar. Mi día perfecto. Todo forma parte de mi astuto plan. Mi disfraz infalible.

—Bueno, pues tú te quedas aquí —digo.

Nino me mira y ladea la cabeza.

Me bajo de la cama de un salto.

Quiero ir a la *via Condotti*, porque en internet dicen que es la mejor zona de compras. Pienso comprarme un uniforme de asesina. Estoy pensando en ropa de cuero, muy ceñida. Como una segunda piel. De tía buena. Negro, para el otoño/invierno. Sexi. Y también necesito calzado más adecuado para correr. Y un bolso nuevo, eso por supuesto. Miro el reloj de cuco y veo que son las ocho y media en el meridiano de Greenwich. Eso quiere decir que aquí son las nueve y media, ¿no? Llevamos escondidos casi una hora; espero que la mujer ya se haya ido. Me acerco a la ventana de la cocina y miro entre las cortinas. La plaza es un hervidero y empieza a hacer calor. Ahora mismo no la veo allí abajo. Y, no, tampoco veo a mi *Nino*.

—*Nino* —digo, y cojo el bolso—, sé un buen perrito. No muerdas nada ni destroces el apartamento.

Ja, ja... Eso ya lo hago yo.

Nino lloriquea. Abro la puerta y el cachorro sale corriendo detrás de mí. Se me escurre entre los pies raudo como un galgo y sale al descansillo. Antes de que me dé cuenta ya ha bajado las cinco plantas.

—Perro malo, *Nino*. Quédate aquí.

Corro escaleras abajo, lo cojo y corro arriba.

—*Sit*—ordenó.

Pero no me hace caso.

Salí corriendo por la puerta y bajé de nuevo hasta abajo del todo. No sé por qué me esfuerzo: habla italiano.

—¿Es para alguna ocasión *speciale*?

Nino ladra y salta del bolso. El hombre da un respingo tremendo. Dejo que el perro corra a sus anchas, tiene que gastar energía.

—Algo duradero, resistente. Tiene que servir para pelear.

—¿Pelear? Eso es *litigare*, ¿no?

—Y tiene que ser sexi. Superatractivo. Estaba pensando en un mono ceñido de cuero. Como el de Catwoman, por ejemplo.

—Cuero. *Certo. Si, por* supuesto. Acompañeme, por favor.

Sigo al dependiente, que me conduce al fondo de la tienda. El resto de las dientas me miran, creo que les gusta mi peinado de estrella del rock. Parezco Pink o Nicki Minaj. Ansian mi pelo de color neón. Sigo al hombre por la tienda hasta que llegamos a la nueva colección. Hay una barra de donde cuelgan pantalones negros de cuero y chaquetas a juego. *Nino* corretea entre las prendas y arranca una chaqueta de la percha. El dependiente no se da cuenta.

—Tenemos estas chaquetas. Son nuevas. Son *molto belle*. Mire, el cuero es muy suave.

Me acerca una manga para que la toque: suave como la piel del bebé Ernie. Respiro hondo. Huele a *Nino*. Vaca muerta, pero muy agradable.

—Sí, pero ¿es resistente?

—Creo que para usted, muy largo. Mire.

Me muestra los pantalones.

—Muy bonitos. Cuero italiano de Toscana. ¿Usted quiere probarlos?

—Sí. También. En el Reino Unido uso la talla diez.

Entonces me acuerdo de la pasta de anoche. Al menos ésa es la talla que solía llevar.

Coge las prendas y me lleva a un probador muy estiloso: suntuoso, espacioso, con espejos hasta el suelo. A la entrada hay un par de cortinas de terciopelo negro y brillante, y huele a lirios del valle. (Me alegra comprobar que aún me funciona la nariz.) —¿Quiere que le traiga unos zapatos? ¿Y un top para que se lo pruebe?

—Sí, sí, un top de cuero. Zapatos planos. Y un bolso. Y un sujetador.

—*Certo, signorina*. Un momento.

—Y un tanga —añado.

Se marcha a buscar todo eso, y yo enciendo un cigarrillo. *Nino* se mete en el bolso, creo que quiere volver a casa.

Le doy unas caladas fuertes al Marlboro. De pronto oigo pasos, el

dependiente se acerca. Apago el cigarrillo, que hace un agujero en la moqueta. ¡Anda! Lo tapo con el bolso. Abro la gruesa cortina y cojo el montón de prendas que me trae.

—Uy, ¿huele a tabaco? —pregunta.

—A lo mejor están haciendo una barbacoa...

Me pruebo los pantalones con una camisa muy ceñida, la chaqueta y la ropa interior. Me peino con los dedos y me coloco las gafas de cristal de espejo. Me pongo el pintalabios morado que llevo en el bolso. Abro la cortina y salgo.

—¡Tachán!

—Oh, *fantástico*.

Abro los brazos como una gloriosa mariposa asesina. Soy una peligrosa *Acherontia*.

«A decir verdad, estás cañón», admite Beth.

Y que lo digas, amiga.

—¿Ahora te portas bien conmigo?

Con este atuendo noquearía a cualquiera. Me atrevería con Mayweather, con mis propias manos.

—Genial. Me llevo tres de cada —le digo al tipo.

—¿Tres?

—Sí, tres.

—¿Quiere tres de cada? ¿Comprar tres exactamente iguales?

—Sí, así es. Es mi nuevo *look*. De quita y pon. Quiero ir así siempre, como un uniforme.

—*Si* —contesta.

Pero veo que no lo entiende.

—Como un disfraz... Como en *Deadpool*.

—Vale. *Va bene*.

Doy media vuelta y me miro el culo.

—Me lo llevo puesto.

Hago una pirueta mirándome en el espejo. Me atuso la melena estilo Rita Ora y me hago cientos de selfis, hasta que consigo la instantánea perfecta. Miro a la cámara haciendo morritos, poso y actualizo mi foto de Tinder.

Pago la ropa, los zapatos y los bolsos.

¡Ping, ping, ping!

DIOS MÍO, ¿QUÉ ES ESO?

Cojo el móvil y contemplo la pantalla. Es Tinder. Tengo un Super Like y sé de quién es incluso antes de mirarlo. Pero lo compruebo. Tenía razón. Sí que es.

«Nino Brusca, 39, que está a un kilómetro de distancia, te ha hecho un Super Like.»

Mierda. Joder. Mierda, joder, mierda. ¿Cómo ha sabido que soy Beyoncé?

Genial. Nino me ha encontrado en Tinder. Creo que no se ha dejado engañar por el nombre falso. La aplicación dice que está en un radio de un kilómetro, pero podría ser menos, ¿no? Ésa es la distancia mínima, joder. Podrían ser cien metros. O seis. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Qué demonios hace tan cerca? Nino está por aquí. ¿No estará... no estará siguiéndome?

Me escondo detrás de un maniquí en el escaparate de la tienda. Observo el gentío de la calle, pero no lo veo en la via Condotti. A lo mejor está de compras como yo. Él es el que tiene dos millones de euros: pasta para dar y regalar.

Cojo las seis bolsas de Prada y salgo corriendo a la píaza. Subo los escalones de la interminable escalinata de la piazza di Spagna de dos en dos, de tres en tres. (Este calzado es genial: zapatillas planas de cuero negro, perfectas para salir corriendo. Me encantan las bolsas, que son estilo *baguette* con pedrería, la forma ideal para el cachorro. Cuero de color crema, cadenas de oro, unos logos de Prada muy bonitos. La chaqueta y los pantalones a juego son un poco exagerados. Son de cuero suave italiano, pero demasiado estrechos. Ni que decir tiene que me hacen un culo fenomenal, pero ahora

mismo estoy muy pegajosa.) El sol ardiente de mediodía reluce mientras yo resoplo por la escalinata antigua. Debe de hacer cuarenta grados.

Esquivo turistas y voy renegando entre dientes, pero por fin llego arriba del todo y me fijo en las vistas. Desde aquí lo veo todo. Abajo, la plaza llena de gente. Toda la calle mayor. Uy, mira, ahí está Dolce & Gabbana. Luego me paso por ahí (cuando Nino esté muerto). Más allá está Moncler. Y Gucci. Es mejor que Westfield. Es como Bond Street, pero continental. Como Oxford Street, pero con clase. Escudriño la multitud buscando a Nino.

Me siento en el último escalón con las bolsas de Prada esparcidas a mi alrededor y me coloco las gafas de sol en la cabeza mientras recupero el resuello. Esto no es fácil con tantas bolsas. La escalera es muy empinada. ¿Dónde narices está? No puede ser muy lejos. Necesito avistarlo antes de que me descubra él a mí.

Turistas que posan para selfis con la V de victoria. Parejas de la mano en su luna de miel. Niños que lamen helados de vainilla. ¿Qué haré con él cuando lo encuentre? Saco la lista: disparo, puñalada, atropello, despeñamiento por un acantilado... Busco a tientas la hoja del cuchillo que llevo escondido en el bolso. Menos mal que llevo un pedazo de cuchillo, joder.

Escudriño la muchedumbre de la piazza di Spagna forzando la vista. ¿Estará en las inmediaciones de esa barca de mármol? En la plaza hay una fuente. El museo de Keats queda a mi izquierda, mientras que a mano derecha hay un salón de té que se llama Babingtons. ¿Habrá entrado a tomar un té? ¿Es posible que esté ahí dentro degustando un *oolong*?

Entonces, no me lo creo: lo avisto.

Sí.

Es él.

En la plaza. Pelo negro, chaqueta de cuero negro, bigote de herradura. (No lleva sombrero porque lo tengo yo en el bolso hecho un gurrño.) Dios mío, por fin he dado con él. «¡Oh, infame, infame; risueño y maldito infame!» Saco el cuchillo y lo agarro con fuerza. VAMOS A ELLO.

Cojo las bolsas de la tienda, corro escaleras abajo y me abro camino entre la aglomeración. Jadeo, sudo, reniego, tropiezo. Ahora va en serio. Ésta es mi única oportunidad, como en la canción de Eminem. Puede que no tenga otra ocasión. No puedo permitir que se me escape.

Por fin llego a la fuente de mármol. Estaba aquí. Justo aquí, junto a la barca. Pero ¿adonde ha ido? Las gotas de agua fresca me salpican la cara. Hago un giro de trescientos sesenta grados y alcanzo a verle la nuca. Él se

vuelve y nos miramos a los ojos, sólo una fracción de segundo. Se me olvida que puedo respirar. El mundo se detiene. Se me para el corazón. Se vuelve de nuevo y se marcha.

Mierda, ¿y ahora qué?

El *stronzo* me ha visto.

Ahora que sabe que estoy en Roma, no me cabe la menor duda de que vendrá a por mí.

—NINO, ¡NO! ¡ESPERA! —exclamo, y estiro el brazo.

Entra en el metro y desaparece. No, por favor, el metro no. Allí abajo nunca lo encontraré. Atravieso la plaza adoquinada a la carrera.

Un segundo... ¿Dónde está el perro?

Me detengo. Miro a mi alrededor. ¿Dónde está mi cachorrito? Lo veo bebiendo agua en la fuente de mármol; su lengüecita rosa hace slurp, slurp, slurp. Por el amor de Dios, no puedo abandonarlo.

—¡Nino! —Doy un silbido—. ¡Ven aquí!

Él da un saltito y meneas la cola. Corre hacia mí con las orejas ondeando y un brillo en los ojos mientras sorteas pies y piernas. Pongo las bolsas de ropa en el suelo y él me salta a los brazos y me lame la cara. Me la seco y lo meto en el bolso de Prada.

—¿Listo? Venga, vamos.

Cojo la ropa y corro al interior. Mierda. Tengo que comprar el billete, pero no hay tiempo para eso. Salto el tornillo y bajo la escalera mecánica. Creo que lo he visto al fondo. Mis bolsas arremeten contra Niños y turistas; aquí hay demasiada gente. Me arden los músculos por culpa del ácido láctico. Respiro trabajosa y ruidosamente. Corro, corro, corro. Creo que voy a perder la cabeza.

—¡Aparta! ¡Oye! ¡Quita de aquí!

Maldita sea, ¿por qué no se mueve la gente? ¿Es que no ven que tengo prisa?

Por fin llego abajo, donde hay hordas de pasajeros haciendo cola. Y alguien con un loro. Una silla de ruedas. Un carrito. Un árbol en una maceta. Un tipo con una mochila más grande que él. Una mujer cargando con una caja de cartón cuyo lateral dice: «Fragil». Pues buena suerte, señora. La adelanto a codazos y escudriño la multitud. La mitad de los hombres se parece a Nino. Pelo negro. Chaqueta negra. Cara de italiano... Ay, no. Espera... Ése sí es él.

Me oigo gritar: «¡NniIIIIIIINOOOOOOOOOOO!».

Las paredes me devuelven el eco.

Él gira y entra en un túnel. Desaparece entre la turba. ¿Adonde lleva el pasillo? ¿A la línea A o a la línea B? Joder, joder, joder, joder.

Hago un esprint en dirección al túnel. Está lleno de gente y el ambiente es pegajoso. Húmedo. Hace calor. Más que en un burdel del trópico. No hay aire acondicionado. Los graffiti se curvan con las paredes. Alguien ha dibujado un corazón con espray, «Te quiero», sólo para tocarme las narices. Oigo el rugido de un convoy, el chirrido agudo de los frenos, el zumbido lejano de los raíles de metal.

Llego al final del estrecho túnel y me enfrento a dos escaleras que se dirigen hacia abajo. ¿Cuál escojo? Parecen iguales. Estudio el cartel de la pared, un mapa multicolor. Pero no entiendo nada. Los trenes van en direcciones distintas: norte o sur o este u oeste. Miro a mi alrededor, pero Nino no aparece. No sé hacia dónde ir.

—¡AAAAAAAARGH!

«Alguien está a punto de morir.»

Me hierve la sangre.

¿Izquierda o derecha? No tengo ni idea. *Nino* (el perro) ladra en el bolso, nota que la tensión va en aumento. Los animales saben de eso. Está volviéndose loco ahí dentro, removiéndose como un frijol saltarín. Abro la cremallera del bolso y le digo:

—¡CHISS!

—GUAU, GUAU, GUAU.

Saco el cuchillo y lo agarro bien. Cierro la cremallera del bolso y corro escaleras abajo. (He escogido la de la izquierda, pero cualquiera de las dos habría valido.) Llego abajo, irrumpo en el andén y derrapo en el borde. Se oye el ruido característico de las puertas y el convoy parte justo cuando lo alcanzo. Maldita sea. No queda nadie en el andén. Estoy sola. Meneo la cabeza con incredulidad, Nino debe de haberseme escapado por los pelos.

Me quedo allí plantada, jadeante y sudorosa.

Tendré que coger el siguiente, enseguida llegará uno. Observo los carteles rasgados y la pared de ladrillo visto de color negro. Las lámparas fluorescentes me molestan a la vista, la luz es demasiado blanca en comparación con la penumbra de alrededor. Estamos a cien metros bajo tierra, la sensación es apocalíptica. El andén no tarda en llenarse. Espero al borde de las baldosas con el cuchillo escondido bajo el brazo y sin apartar la mirada del túnel. Venga, venga, venga.

Noto el tacto áspero de una mano en el cuello. Estoy a punto de proferir un

grito cuando de pronto me falta el aire. Un brazo me rodea la cintura con fuerza y el cuchillo cae a las vías.

Dios mío, es él.

Me susurra al oído. Un sonido sibilante, aliento demasiado caliente.

—Shhhh.

No puedo volverme. No puedo mover la cabeza. Huelo la chaqueta de cuero y noto el calor que le emana del pecho. Su cuerpo, magro y tenso como el alambre de espino, presiona contra mi espalda. Noto los latidos de su corazón: PUM PUM, PUM PUM, PUM PUM. Su respiración jadeante. A lo lejos, se oye el zumbido grave de un metro que se acerca. El andén tiembla. HOSTIA PUTA. Piensa arrojarme a las vías. Forcejeo y me resisto, pero no puedo mover ni un músculo. Me tiene atenazada.

«Te va a matar», dice Beth.

Me entran sudores fríos, se me nubla la vista, tengo la cabeza hecha un lío. El primer vagón del metro emerge de la oscuridad a toda velocidad. Ruido. Aire. No puedo hablar ni respirar.

«Te hará papilla.»

Me sujeta más allá del borde del andén, en la trayectoria del convoy.

«Por favor, por favor», quiero suplicar. Quiero chillar que no. Abro la boca, pero no me salen las palabras. Doy patadas al aire. El corazón me va a toda velocidad. Fogonazos de mi vida.

Tres metros, dos metros, un metro...

Abro los ojos y veo al conductor asustado, que me mira con unos ojos como platos. Hasta aquí hemos llegado. Voy a morir, coño. Cierro los ojos y aguanto la respiración.

Oigo la risa de Beth en la cabeza.

Una ráfaga fuerte de aire.

Me aparta en el último segundo, y el tren pasa a tan sólo unos centímetros de mí. Una corriente de aire viciado me azota la cara y me entra algo en el ojo. Joder, ha ido de un pelo. Noto el sabor del polvo y de la sal del sudor y de las lágrimas que me surcan las mejillas. Me derrumbo y lloro y lloro y lloro. Me seco los ojos y miro a mi alrededor. Nino ha desaparecido.

La gente me mira y empieza a congregarse a mi alrededor.

—*Tutto bene?*

—*Stai bene?*

—Sí, estoy bien. He tropezado.

Intento levantarme. Alguien me ayuda. Miro con mala cara a la

muchedumbre que me rodea, y enseguida captan el mensaje y me dejan tranquila. Noto el corazón en la garganta, martillea y martillea como un martillo pilón. Nunca me había asustado tanto. Cinco centímetros más y me habría convertido en pesto. Todos los centímetros cuentan.

«¿Por qué te ha devuelto al andén? —pregunta Beth—. Debería haberte soltado.»

—¿Cómo cojones quieres que lo sepa? Muchas gracias por el apoyo moral, por cierto.

Cuando me he repuesto lo suficiente para respirar y mirar alrededor, el metro ya se ha marchado y el andén está vacío. Estoy sola. Ya está, se ha ido. Me he quedado sola. Sola con un perro salchicha...

¿A qué juega Nino? Primero el atracador y ahora esto. Ese payaso juega sucio. No me cabe duda. Creía que si me veía en persona se daría cuenta del error que ha cometido. Que volvería a mí de rodillas con el rabo entre las patas (y con rabo me refiero a esa boa del pantalón): «Cariño, te echo de menos». Sin embargo, no veo las disculpas por ninguna parte. No ha demostrado ni pizca de vergüenza ni de remordimiento. Juro por Dios que la próxima vez que lo vea, se acaba todo. DEP.

Busco un banco en el andén y me siento, temblorosa. Agotada. El bolso me está dando calor en las costillas. Me llega un tufillo asqueroso.

—¡NINO! ¿QUÉ COÑO HAS HECHO? MALDITA SEA. El dachshund se ha cagado.

Salgo de la penumbra de la estación de metro y parpadeo ante el sol de Roma. Me llega otra notificación de mensaje. Lo saco del bolso nuevo. Está un poco pegajoso, pero bien. Me lo limpio en la camisa.

¿ME PERSIGUES CON UN PUTO
CUCHILLO? SI LO INTENTAS OTRA
VEZ, TE MATO. ME GUSTA TU
NUEVO PEINADO SEXI.

Trastévere, Roma, Italia

Tiro el bolso nuevo debajo de un arbusto. Puto *Nino*. Me cago en todo, qué puto asco. No me lo puedo creer: dos mil euros de la nueva temporada de Prada y me ha durado menos de tres horas. Cambio los móviles, el anillo de placer, la cartera, los condones, el maquillaje y el reloj de cuco a uno de los otros dos bolsos. Menos mal que tenía de repuesto. A este paso, voy a gastar uno al día.

Arrastro al perro de la correa y avanzo por la ciudad. ¿Qué demonios pretendía el psicópata de mi ex? ¿Por qué no me ha matado mientras podía? Atravieso la plaza que está cerca de mi apartamento y veo a alguien en quien tengo que fijarme dos veces. Es esa mujer, la dueña de mi perro, y está sentada en la terraza de la cafetería tomando una copa grande de vino blanco y comiendo patatas fritas de bolsa. Ve a *Nino* y *Nino* la ve a ella. Al perro le da la puta locura.

«GUAU, GUAU, GUAU, GUAU.»

Me dirijo a ella con decisión.

—Toma. Llévatelo. Te lo doy —le digo—. Me ha estropeado el bolso nuevo de Prada.

Suelto la correa y *Nino* corre hasta ella.

Ella grita de alegría.

—*Nino, amore.*

Camino malhumorada por mi calle. No puedo quedarme aquí. Ahora no.

Abro el portal y me arrastro hasta el quinto. No me siento segura, no a menos que tenga un perro guardián. Puede que ese *stronzo* me haya seguido sin que yo me diera cuenta, seguro que ya sabe dónde vivo. Tal vez anoche sí fuera él, puede que estuviera escondido en la escalera de incendios y me

espiase mientras me masturbaba con el cepillo eléctrico. Y el muy gilipollas me hace un Super Like. Recojo la ropa nueva y los dos bolsos, el reloj de cuco y todo lo demás. Bajo corriendo la escalera y abro la página de Airbnb.

Busco un apartamento nuevo, uno de dos camas, en Trastévere. Otro quinto. Cuesta siete mil, una ganga, y parece más una galería que una vivienda. Las paredes están cubiertas de cuadros y de fotos. Hay esculturas y tallas en las estanterías. Arte por todas partes: moderno, abstracto, impresionista. Ese cuadro parece de Warhol, una lata de sopa Campbell. Lo miro, pero resulta que no es original. Es una lámina; bueno, ¿a quién le importa?

Vuelvo a la puerta y me aseguro de que esté cerrada. Coloco la cadenita. Cierro con llave. Lo compruebo dos veces. Echo un vistazo por la mirilla, pero no hay nadie. Me peino con los dedos, respiro hondo y exhalo. Por fin me siento a salvo. Más o menos. Casi a salvo. Me miro la mano y todavía me tiembla. Necesito tomar algo. Algo fuerte de cojones. Un whisky, o un vodka o, quizá, un coñac. Una mamada. Un flaming lamborghini. Algo que me quite a ese capullo de la cabeza, porque tengo los nervios destrozados. Estoy más estresada que mi madre. Me cuesta creer que haya tenido que mudarme.

Bajo todas las persianas y cierro las cortinas y los postigos, por si me espía por la ventana y me apunta con la pistola. Me dirijo a la cocina comedor. Está llena de macetas con flores y plantas demasiado crecidas, un suntuoso jardín interior que parece una selva tropical. Consigo otro cuchillo. Es el único que hay, pero al menos es más grande que el anterior. A ojo de buen cubero, diría que mide cuarenta centímetros, como el de la escena de la ducha de *Psicosis*.

Me siento en un sillón cómodo del salón con el cuchillo en el regazo. Es de acero inoxidable. El mango, de plástico negro. La hoja está afilada, es de sierra. Servirá. Pero eso mismo pensé del anterior, y se me cayó a la vía. Nino es muy fuerte, podría haberme matado. Yo no tengo músculos ni resistencia ni fuerza. No sé hacer llaves mortales. Al rumano lo maté porque tuve suerte, pero no puedo fiarme de la suerte. Tengo que entrenar. Entrenar duro.

Me tumbo en el suelo y hago una flexión. Un par de abdominales. Un salto con los brazos en cruz. Una zancada. Voy a ponerme en forma, haré un entrenamiento intensivo. Unos días más así y me convertiré en Serena Williams. Ya verás.

Pero de momento ya basta. Cojo el tabaco; ahora que me he ocupado de la parte física, llega la parte estratégica. La inteligencia. Me dejo caer en el

sillón y cojo el móvil. Abro YouTube y «Cinco grandes técnicas de autodefensa». Vale, sí, eso. Lo pillo. Hay que cubrir el espacio. Hay que bloquear. Lo veo tres o cuatro veces más y lo apago.

Enciendo el televisor para ver las noticias. Necesito saber qué pasa. ¿Hay alguna novedad en el caso de mi hermana? ¿Todavía la busca la policía? ¿Continúa muerta Alvina Knightly? Voy pasando canales. ¿Han encontrado más pruebas? Hay imágenes de unos policías, una escena caótica en una carretera. Parece la autopista que pasa por Roma, pero quizá me equivoque. Las autopistas son todas iguales. Largas y grises, con una tonelada de coches. Podría ser cualquier parte.

Evidentemente, las noticias las dan en italiano, así que no entiendo ni media palabra. Pero cambian de noticia y veo a Salvatore en la pantalla. Salvatore, el amante de mi hermana, el escultor sexi de la casa de al lado. Ésa es su cara y ésa, una foto de su chalet. Muestran también una imagen del coche, el maletero del BMW abierto de par en par. La cámara ofrece un primer plano del interior y me estremezco, pero está vacío. Ahí es donde metimos el cadáver de Ambrogio. Salvo me ayudó a deshacerme de él la semana pasada, después de matarlo. Lo llevamos a un acantilado y lo tiramos al mar.

Mierda. Ahora ponen una foto de Ambrogio. (Joder, qué bueno está. Casi se me había olvidado. Es la versión italiana de Chris Hemsworth. Un Thor un poco más delgado y bronceado.) ¿No habrán encontrado algún pelo en el maletero? ¿Saben que estuvo ahí dentro? Primer plano del asiento del copiloto. Beth estuvo en el coche de Salvo la noche que la asesiné. Lo recuerdo. Fue la semana pasada. Estaba sentada justo ahí. ¿Han encontrado alguna uña? ¿Piel? ¿Una pestaña postiza? ¿Una gota de sangre? ¿Es posible que haya muestras de ADN que la inculpen en el asesinato de Ambrogio?

Muestran otra fotografía de Salvatore con aspecto hostil, duro e infame. Debajo han escrito su nombre en letras mayúsculas: «SALVATORE BOTTARO». Ja. ¿Creen que me ha asesinado? ¿Creen que mató a Ambrogio? Seguro que sí. Genial. La policía busca a Salvatore (lástima que esté muerto). Ahora hay una foto mía, la de la boda de Beth. Medias de rejilla plateadas, minivestido ceñido, pelo de recién salida de la cama. Dejo que el pelo me tape la cara y me arrellano en el cómodo sillón. Me muerdo la uña del pulgar hasta el pellejo. Tanto que sangra un poco.

Busco la noticia en el teléfono de prepago. Abro BBC World y miro la lista de noticias europeas. A lo mejor han publicado algo nuevo. Busco «Elizabeth Caruso». El primer resultado es una noticia de última hora. Me

muevo al borde del sillón y me muerdo el labio.

La policía de Taormina, Sicilia, busca a Salvatore Bottaro, de treinta y un años, en relación con el asesinato de la ciudadana británica Alvina Knightly. El señor Bottaro lleva desaparecido desde el 28 de agosto y se sospecha que podría estar armado y ser peligroso. También se lo busca en conexión con el posible asesinato de su vecino Ambrogio Caruso, cuñado de la señorita Knightly. Se recomienda a la ciudadanía que, si lo ve, no se acerque al sospechoso. Deben llamar al número de emergencias de inmediato o contactar con la policía local si el sospechoso se encuentra fuera del país.

No puedo evitarlo, se me escapa una carcajada. ¿Armado y peligroso? ¿Salvatore? Tiene que ser una broma. Era artista, un alma sensible. Qué perdidos están. Estudió la foto de Salvatore que tiene la BBC. Sí, estaba en forma y bien mazado (y tenía un lío con mi hermana), pero ¿asesino? Diría que no.

Apago las noticias. No tengo de qué preocuparme: están buscando en el sitio equivocado. Estoy descartada. Libre de castigo. Si la policía todavía quiere hablar con Beth, será más bien para conocer su versión de los hechos. Querrán verlo desde su (o mi) punto de vista. Soy más testigo que sospechosa.

Miro Tinder de nuevo, pero Nino no me ha mandado nada. Tengo que pensar en otra forma de localizarlo... Piensa, Alvina. Piensa.

Tinder me aburre, así que entro en Bristlr: «Unimos a la gente con barba con personas que quieren acariciar barbas». He leído sobre la aplicación en una revista y me apetece explorar un nuevo fetiche.

«¿Tienes barba? SÍ/NO.»

No.

«Buscas: HOMBRES/MUJERES/TODOS.»

Hombres.

«Lista de personas con barba a menos de dos kilómetros de distancia.»

Examino las fotos. Todos los hombres llevan barba, supongo que se trata de eso. Puedes darles una puntuación de entre cero y cinco estrellas, decir «Eso no es una barba» o, simplemente, «Pasar de esta barba». Voy pasando pantallas hasta que me duelen los dedos y me sangra el pulgar que me he mordisqueado.

Sin embargo, lo que yo quiero no es una barba...

Es un bigote de herradura.

—Hola. Quiero hacerme un tatuaje.

—Perfecto. Acompáñame.

La mujer del estudio es alta y guapa. Lleva el cuello y la espalda cubiertos de estrellas de tinta. Tiene el pelo teñido de azul y recogido con un pañuelo muy chulo con calaveras dibujadas. La sigo por el estudio. Huele al sudor de desconocidos. Las paredes están forradas de fotos de clientes, dibujos hechos con bolígrafo o con tinta, diseños disponibles. Alguien se ha hecho un tatuaje excelente en el vientre con la cara de O. J. Simpson. Pues vaya. Debe de ser un gran admirador. Hay instantáneas de varios penes adornados con Britney Spears, además de una selección más inusual: retratos en tamaño natural de la princesa Ana, de Ozzy Osbourne y de Donald Trump tatuados en el pecho o en la espalda de diversas personas. Ellie Goulding me mira desde el muslo afeitado de un tipo. (¿Qué pasará cuando le crezca el pelo? Se convertirá en una mujer barbuda. De ésas no había en Bristol. Sería un nicho de mercado...) —¿Quién es? —pregunto mientras señalo un tatuaje en color en una espalda.

Es una mujer con una sonrisa amplia y carmesí, flequillo recto rubio y ojos color turquesa.

—Ah. —Sonríe—. Es Cicciolina. Aquí es muy famosa. Bueno, Cicciolina es su nombre artístico.

—¿Nombre artístico? ¿Quién es? ¿Una cantante o algo así?

—No, no, es una política.

—Ah, vale.

—Fue diputada en los noventa. Pero antes de eso fue estrella del porno.

—¿Estrella del porno?

—Sí. Hizo muchos muchos pornos.

La miro de nuevo.

—Tiene las tetas enormes.

—¿En tu país hay actores exóticos en el poder?

Pienso en Michael Gove y en Boris Johnson.

—No creo, pero nunca se sabe.

(Esa película no quería verla. Espero no toparme con ella en YouPorn.)

—¿Qué quieres tatuarte? —me pregunta.

Coge la máquina de tatuar y sonrío.

—Estaba pensando en ponerme «MUÉRETE, NINO» en el culo. En mayúsculas. Con letras grandes y negras, ¿no?

—Vale, por supuesto.

—Guay.

—Una idea genial.

—¿Ah, sí?

—Sí, muy popular.

Me tumbo boca abajo sobre la camilla y me bajo los pantalones.

—¿De verdad? ¿«Muérete, Nino»?

—*Assolutamente*. Nos lo piden mucho: «Muérete, Dory», «Muérete, Marlin», «Muérete, señor Ray»... Te sorprenderías —me dice—. No te muevas. La aguja no duele.

Enciende la máquina y se oye un chirrido agudo, como un martillo neumático.

Zzzzzzzz.

—Au.

—No te muevas tanto. Tienes que estar quieta.

—Dios mío. Es que duele mucho, joder.

—Todavía no he empezado.

«Menuda cobarde», dice Beth.

—¿Tienes vodka o ketamina?

Se vuelve y remueve el interior de un cajón. Saca una botella medio vacía de tinto.

—Puedes tomarte un valpolicella.

Lo abre. Lleva tapón de rosca.

Le doy un sorbo a la botella. Sabe a medicamento y a ciruela pasa. Bebo un poco más y, para prepararme, aprieto los puños. Pone la máquina en marcha.

Zzzzzzzz.

—Au. ¡AU!

—Ni siquiera he acabado la eme.

—No, mira. Da igual. Ya puedes parar.

—¿Quieres irte con una eme tatuada en el culo?

—Sí, genial. Es justo lo que quería. Eme de mar. Me encanta el mar.

Me levanto de la camilla y me acerco al espejo. Doy media vuelta y me miro el culo. La letra está en la nalga izquierda, roja, en carne viva y sin acabar.

«Vaya gilipollez más grande», dice mi hermana en mi cabeza.

—Vale, de acuerdo. Dame el vino. Te dejo seguir. Pero con cuidado.

¿Quiénes son esos bichos raros a los que les gusta el placer y también el dolor? Los amantes del *bondage*. Los sadomasoquistas. (Yo no valgo para

Anastasia Steele. Yo le diría a Christian dónde meterse los cacharros.) ¿Cómo puede ser que tantas chicas sean adictas a los *piercings*? ¿Cómo pueden tatuarse todo el cuerpo? Yo no corro el riesgo de acabar así. Sería la peor masoquista del mundo. Prefiero provocar el dolor.

—Y ve rápida —ordeno—. Como un rayo.

Me agarro al borde de la camilla y clavo las uñas en el relleno. Se oye el zumbido de la aguja: el torno de un dentista demente.

Zzzzzz.

—Au.

—¿Quieres que pare?

—No, sigue.

Bebo otro trago de vino. Me sale un poco por la nariz. Me lloran los ojos y me escuecen.

Zzzzzz.

—Au.

Zzzzzzzz.

—Au.

(Sigue así durante un buen rato.)

Es como si tuviera a los Borrowers o a una horda de elfos o liliputienses acuchillándome. Un ejército de personas diminutas y rabiosas, cada una con su cuchillo afilado. Me encantaría atar a Nino a la camilla y tatuarse «CAPULLO» en la cara. Después le llenaría hasta el último centímetro cuadrado de piel de miles de puntos inútiles. Sí. Eso sería muy divertido. Acabo de inventar una tortura nueva. Debería hablar con un abogado, patentarla y presentarme a «Tu oportunidad». Se volverían locos con mi idea. Podría trabajar en la bahía de Guantánamo.

—Ya está —dice tras una eternidad—. Mírate, a ver qué te parece.

Salto de la camilla y me miro en el espejo.

El tatuaje dice: «MUÉRETE, NEMO».

—La verdad es que *Nino* no se escribe así. Pero, por lo demás, estupendo.

12

Estoy superemocionada con el tatuaje nuevo. No quiero quedarme en casa sin hacer nada, así que me arreglo el pelo, me maquillo y me voy al centro. El club se llama Radio Londra, un viejo búnker subterráneo. En la calle, las aceras vibran como si pasara un tren. Percibo la energía del interior. Hay una mujer con un látigo y una correa al cuello a la que el estilo dominatrix le va que ni pintado: pantalones de PVC con el culo recortado, botas hasta las rodillas con tacones de quince centímetros. Empujo la puerta y, al entrar, me sumerjo en sudor y vapor. El aire vibra. El bombo es intenso, una locura. El DJ está poniendo *tech house* tan alto que me duelen los oídos. Es como si te dieran un puñetazo tras otro en la cara. La música me resuena en los huesos y me hace eco en el cráneo; cierro los ojos y la siento, me fusiono con ella. Dejo que la canción me lleve. No quiero pensar ni ver imágenes ni a Nino ni a Beth. Nada. Quiero olvidarme de todo, ser un vacío insensible, ponerme hasta arriba.

Hay dos tíos enrollándose junto a la puerta. Apoyo el cuerpo en la malla fina del baffle, se me ponen los pelos de punta. Siento que las pulsaciones de la línea de bajos recorren todas mis células. Me dan escalofríos por toda la espalda. Tengo un hormigueo en el clítoris, me duele.

La luz estroboscópica da fogonazos que me ciegan durante una fracción de segundo como un relámpago. Entonces veo a gente que baila, que se mueve como en *stopmotion*, en blanco y luego en negro y en blanco y en negro: se besan, gritan, se ríen, todo en estallidos irregulares de luz. A mi lado, una mujer se toma una pastilla de éxtasis; lleva pantalones de un amarillo fosforescente y calentadores verde neón. Un tipo disfrazado de hombre lobo se la sube a los hombros. Las máquinas de humo despiden hielo frío, y noto el sabor a tiza y a azúcar glas. Cuerpos calientes, pieles pegajosas, Hot Water de Davidoff. Me muevo entre una multitud que se retuerce y late, y me acerco a la

barra.

Hay un hombre con un vestido estrecho de color fucsia. Creo que es de látex. Lleva demasiado maquillaje y una gargantilla negra con tachuelas. Estoy hirviendo con la ropa de cuero. Las baldosas están pegajosas de la bebida derramada. Me hago hueco en la barra. Hay grifos plateados e hileras de botellas: Smirnoff, Bacardí, Jack Daniel's, Baileys, Cointreau y sambuca. El camarero es mono, pero nada especial: seis y medio sobre diez. Me guiña el ojo. Yo no respondo, sino que miro la carta: sex on the beach, porn star Martini... En cualquier caso, he jurado pasar de los hombres. Ya llevo tres días, ¿o son cuatro? Ménage á trois, slippery nipple... De momento no los echo de menos, la verdad. Casi no me he dado ni cuenta. Screaming orgasm, sloe comfortable screw. No sé qué pedir. Creo que me conformo con un chupito.

A un extremo de la barra hay alguien armando escándalo; gente gritando, dando alaridos. Si es una pelea, quiero verla. Me encanta el espectáculo. Me abro paso entre la multitud para acercarme cuanto antes. Un hombre y una mujer se pelean y parece que, de momento, ella gana. Le retuerce el brazo detrás de la espalda y él gimotea de dolor. Le retuerce la muñeca y lo dobla sobre su rodilla hasta que la cabeza le toca el suelo.

La muchedumbre enmudece.

Es genial.

—Chúpalo —exige ella.

El hombre obedece.

Lame el suelo sucio.

Ay, qué asco. Parece repugnante. No puedo más que pensar en los gérmenes que habrá en todos esos zapatos. Mierda de perro. Barro. *Escherichia coli*. *Listeria*. Suelo mugriento en una discoteca atestada; aquí no sirve ni la norma de los tres segundos. Aparto la mirada, es horrible. Al final, la mujer lo deja levantarse y, en cuanto queda libre, sale corriendo agarrándose el hombro jodido.

La mujer sonrío. Es guapa.

Se acerca a la barra entre la gente y, de pronto, los presentes rompen a aplaudir. Vaya, ha sido guay. Breve y bueno, pero lo ha puesto en su lugar. Me gustaría saber qué habrá hecho él para merecerse eso; debe de haber sido algo bastante espantoso. Ojalá yo supiera pelear así. Tengo que entrenar más.

Yo también me dirijo a la barra y me coloco en el mismo sitio de antes. Cojo la carta de bebidas y continúo estudiándola. Entonces me doy cuenta de que ella ha aparecido a mi lado y no puedo evitar mirarla fijamente.

—Hola —me dice.

Dios mío, es alucinante.

Está increíblemente buena. Así de cerca se parece a Rihanna. Le contemplo la cara. Está justo delante de mí y me clava la rodilla en el muslo. (Esto está a reventar, no hay mucho espacio.)

Lleva unas gafas de aviador redondas de cristal negro con la montura plateada y un montón de actitud. El logo de la patilla dice: «Bulgari». Me veo reflejada en las lentes. Lo siguiente en lo que me fijo es en sus labios. No sé por qué pero me cautivan. Son fascinantes. Hipnóticos. Redondos y voluptuosos, con un toque de brillo y forma de capullo de rosa. Rodea una pajita y bebe algo que parece agua con gas pero también podría ser vodka con tónica. Sea lo que sea, quiero lo mismo. Quiero parecerme a ella.

Se pega a mí para alcanzar la barra. Colonia unisex: un toque de Calvin Klein One. Lleva el pelo largo, hasta la cintura. Una cortina negra y satinada que brilla como la pantalla de un iPhone. Apoya las manos en la barra mientras toquetea un anillo plateado. Lo lleva en el pulgar; no es una alianza, así que no creo que esté casada. Lleva las uñas cortas y limpias, sin pintar. Veinte pendientes en la oreja izquierda; cero en la derecha.

—Hola, me llamo Rain —me dice.

—¿Rain? —pregunto.

—Eso es. ¿No te gusta?

Cierro los ojos y suspiro. Me acuerdo de la lluvia cuando maté a aquel hombre en Rumania. La sensación en mi piel ardiente fue ligera y refrescante. Recuerdo haber tenido la misma sensación la última vez que me corrí, cuando floté libre como la lluvia.

—No, la lluvia me gusta. Tienes un nombre genial. ¿De qué viene?

—¿A qué te refieres?

—No sé —admito, y frunzo el ceño—. ¿Es el apócope de Rainbow o algo así?

Dios mío, Alvie. Basta ya.

—No, es Rain, como la lluvia.

—Es un gran nombre.

—Qué acento tan adorable. ¿Eres británica?

—Sí. No. Puede —contesto.

Creo que el suyo es americano, pero podría ser canadiense. La música suena tan alta que tenemos que gritar. Nos estamos leyendo los labios. O puede que yo le esté observando la boca directamente. Me muero por besarla.

¿Cómo?

Tiene tanto magnetismo...

—Me llamo Beyoncé.

—¿Te invito a una copa?

Se coloca las gafas sobre la cabeza y revela unos ojos del azul más pálido que he visto. Trago saliva. No lleva maquillaje; no le hace falta. Quiero tocarle la cara.

—Lo mismo que tú —contesto.

Nunca me ha invitado una chica.

—Dos vodkas con tónica —le dice al camarero—. *Grazie*, Marco.

—*Prego*.

Él me mira y me guiña el ojo. Por segunda vez. ¿Será un tic?

Estoy celosa. ¿Cómo puede conocer al camarero? ¿Se acuesta con él?

—Bueno—

Rain se quita la chaqueta vaquera, la dobla y la deja sobre la barra. Lleva una camiseta sencilla con cuello de pico.

Los aros que tiene en los pezones asoman a través de la tela fina de algodón blanco.

Yo también me quito la chaqueta. De pronto hace demasiado calor.

Me sonrío, así que yo le devuelvo la sonrisa. El hueco que tiene entre los incisivos la hace parecer francesa; madre mía, qué mona es. Increíblemente sexi. Si fuera un chico, sabes que me tiraría al cuello.

—Me ha gustado lo que has hecho antes, en la pelea —le digo—. Eres una profesional.

—¿Ah, sí? Te lo puedo enseñar, si quieres.

Yo asiento con la cabeza.

—Eso sería fantástico. Estoy entrenando para ser una gurú de las artes marciales... ¿Qué te había hecho ese chico?

—Me ha pellizcado el culo —contesta ella—. ¿Vienes mucho?

La miro. ¿Qué más le da? Ella parpadea despacio.

—Bueno... —No sé qué decir.

Tiene los labios bonitos, ¿lo he dicho ya?

El camarero nos sirve las bebidas y le doy un buen trago a la mía con la pajita. Es amarga. Ácida. Lleva por lo menos dos medidas de vodka. Ojalá fueran tres o cuatro.

—¿Qué decías?

—Que si vienes mucho.

Ah, sí: ésta es fácil.

—Es la primera vez. Estoy de vacaciones.

Más o menos.

—¿Y qué haces cuando no estás en los bares?

Acaricia el vaso de arriba abajo y arrastra el líquido que se condensa en la superficie. ¿Qué más le da? ¿Está ligando conmigo o está siendo amable?

—Mi trabajo es confidencial. No puedo hablar de ello.

Más me vale no desvelar mucho. Voy de incógnito.

—Qué interesante —responde ella—. ¿No serás una pringada de la mafia? Por aquí hay demasiados; es el local adonde van cuando salen.

No contesto.

Rain posa la mano sobre la mía y no la mueve. ¿Qué coño pasa aquí? Me acaricia el dedo con el suyo, largo y fino, como los de una pianista (la palabra me recuerda a *pene*). Trago saliva, cojo un puñado de cacahuetes de un cuenco y me los meto en la boca.

Rain bebe un trago con la pajita negra. Hace tintinear el hielo en el vaso y el sonido me resulta increíblemente sexi. Me mira entre las pestañas. Su mirada es seria, intensa.

«¡Cucú!», dice mi reloj.

—¿Qué es eso?

—Nada... Mi reloj, nada más.

Le muestro el interior del bolso.

—Qué bonito, me gusta.

—¿A qué te dedicas tú? —le pregunto, por decir algo.

—Soy comercial.

—Fabuloso. ¿Qué vendes?

—Uy, eso es confidencial.

Me está bien empleado.

Se toca el vientre, plano y terso. A lo mejor le pica algo. Se le levanta la camiseta y aparece el *piercing* que lleva en el ombligo: una barra fina y plateada con dos bolas. Me gustaría saber si lleva alguno más.

Cojo más cacahuetes y mastico con fuerza mientras imagino que son las pelotas de Nino.

Ella se pone brillo y los labios le quedan refulgentes.

Me chupo la sal de los dedos.

—¿De dónde eres, Beyoncé?

El anonimato es más seguro. No la conozco de nada y podría ser de la

policía. Podría estar infiltrada.

—Eh..., de Archway —contesto.

Mierda.

—No sé dónde está.

Qué suerte.

—¿Y tú?

—De Chicago.

—Ah, pues yo sí sé dónde está.

Me zampo otro puñado de cacahuets y le doy un sorbo a la copa. El hielo se ha derretido. La pajita hace ruido en el fondo del vaso, me tomaría otro. Rain me pone la mano en la cintura. Esos ojos de color cobalto brillan como el fuego. (La llama de mi Zippo es azul.) —Me gusta mucho cómo hacen estos cacahuets. Están tostados con un puntito de wasabi...

Rain se acerca y se muerde el labio. Noto la calidez de su aliento en la mejilla. Me pone la mano en la nuca y me aproxima a ella.

—¿Quieres ir a mi casa? —me pregunta—. Podría enseñarte lo de antes.

Sólo es una noche. Ya encontraré a Nino mañana...

—Claro que sí. Vamos.

Estamos en el asiento trasero de un taxi, un Prius plateado. El taxista nos espía por el retrovisor. El puto pervertido va a chocar. No mira por dónde va.

—Oye, vigila la carretera, hijo de puta.

Ya sé que es un comentario digno de mí, pero es Rain quien lo ha gritado.

En la radio suena rap italiano, reconozco algunas palabras. *Fica, cazzo, vaffanculo*. Me apetece cantar la canción, pero tengo a Rain sentada en las rodillas con la mano dentro de mi top de cuero y la lengua en la boca.

Ahí también lleva un *piercing* del que aún no me había percatado. Dios mío, cómo me pone. Esta pava no es genial, sino lo siguiente. Exploro *el piercing plateado* con la lengua: de atrás adelante y dando vueltas y vueltas. Suave y redondo y diminuto y perfecto. Rain sabe a vodka y a limones. Creo que estoy enamorándome. Respiro hondo y me aparto. Es la primera vez que beso a una chica, pero es como en la canción de Katy Perry. ¿Sabes qué? Me ha gustado.

Rain me mira a los ojos y sonrío. Tiene las pupilas dilatadas. Tira el chicle por la ventanilla y vuelve a besarme. Tiene los labios suaves, me mete la lengua. Le acaricio el pelo, fresco y sedoso. Me encanta cómo sabe. Su olor. Es tan distinta de Nino... Besa mejor y es mejor persona (aunque eso no es difícil, porque él es un gilipollas).

Entonces Rain se aparta. Baja hacia mis pechos, y yo cojo aire. Me pongo tensa. Me desabrocha el top.

Hablo con la cara enterrada en su melena.

—¿Nos hará falta un arnés o algo así?

Calla ya, Alvie. Deja de decir tonterías.

—No, no es necesario. Ya lo verás.

Me baja el sujetador y se mete un pezón en la boca. Noto la calidez de sus labios en la piel, cierro los ojos y suspiro. Me apoyo en el reposacabezas. Me

recorre el muslo con la mano y me la mete por dentro de los pantalones. La hostia. Le acaricio la espalda. Tiene la piel suave. La cintura estrechísima.

—Tienes un cuerpo alucinante —le digo.

—Tú también —responde.

Estoy mojada. Me arde el clítoris, me palpita. Me duele el coño. Me mete los dedos por dentro de las bragas.

—Hemos llegado —dice el taxista.

Observo mientras Rain sirve cuatro dedos de un licor verde chillón. En la etiqueta de la botella pone «La Fée. Absinthe Parisienne». Coge una cuchara de plata para absenta y un terrón de azúcar moreno, vierte la bebida encima y lo enciende con una cerilla. Huele a azufre quemado. A anís dulce. El azúcar se carameliza y la llama dorada titila. El azúcar derretido gotea y gotea a través de la cuchara hasta el vaso. Rain añade un chorrito de agua. Unos cubitos de hielo. La contemplo mientras los remueve. Su muñeca estrecha. Sus dedos finos. Me da uno de los vasos y brindamos.

Le doy un sorbo. Está fuerte. Delicioso. Miro a mi alrededor. Luz tenue, suave, baja. Rain ha encendido un par de velas que producen un resplandor cálido y ámbar. Huele a ella y a especias exóticas. Es intoxicante, embriagador. En la pared hay un póster enmarcado de Brigitte Bardot posando desnuda. Orquídeas rosas y blancas en jarrones. Todas las flores parecen vulvas.

Rain enciende el equipo de música. Pone una canción italiana, canta una mujer de voz potente.

—Guau, ¿quién es? —le pregunto—. No la conozco.

—Elisa —responde Rain—. *Eppure sentiré*. Es mi canción favorita.

Me bebo el resto de la absenta de golpe.

—La mía también.

—Ven aquí —me dice, y se inclina hacia mí.

Cuando nos tumbamos, el colchón cruje. Me mira a los ojos con tal intensidad que me sacude como una corriente eléctrica. Bebe un trago de absenta y me besa debajo de la mandíbula. Me desliza un hielo desde la garganta hasta la nuca y, mientras se deshace, no sé distinguir si está frío o caliente. Sólo sé que la sensación es magnífica. El agua gélida gotea. Se me endurecen los pezones. La agarro y me la acerco para notar su cuerpo. Quiero ir hasta el final, notar su sabor cuando se corra.

Me muevo para besarla en la boca. El hielo ha desaparecido, y ella tiene

la lengua helada, extraña. El corazón me late deprisa y respiro con urgencia. Todo me resulta muy nuevo.

—Quiero oírte gritar, Beyoncé.

—Sí, joder —contesto—. Y yo a ti.

Tiro de la tela elástica de algodón de la fina camiseta porque quiero verla desnuda. Estoy la hostia de excitada.

Se la quita. Madre mía... No me equivocaba con lo de los *piercings*, tiene las tetas pequeñas pero perfectas, los pezones atravesados por un par de barras. Las areolas, oscuras. La piel, del color del chocolate. Me acerco y le beso los pechos, me meto una de las barras en la boca. Describo un círculo con la lengua a su alrededor y chupo. Ella me aprieta la cabeza. Gime. Me cuesta creer que esté haciendo esto, pero ¿sabes qué? Es la hostia. Que te folien, Nino. En tu cara. No pienso dejar que me partas el corazón.

Rain me acaricia la piel con dedos ligeros como la lluvia de verano. Me quita el top de cuero y lo tira al suelo. Nos tumbamos una al lado de la otra, le oigo la respiración, rápida y superficial. Estoy alerta. Muy despejada. Como si hubiera tomado demasiada cocaína. Le beso la piel desnuda del hombro y le lamo el cuello. Sabe a corazones de picapica.

Me acaricia el culo, y ya no aguanto más: le palpo la bragueta de sus vaqueros rotos mientras busco los botones. Me pregunto si lleva ingles brasileñas. O la depilación hawaiana. Le abro los pantalones y se los bajo con las manos, con los pies. Tiene una orquídea tatuada en el pubis, pequeña y rosa, la puta perfección. Es mejor que mi tatuaje. Se lo toco con cuidado, acaricio los pétalos antes de bajar la mano hacia el coño.

—Mmmm... —dice Rain.

Aprieta la cabeza contra la almohada, veo cómo arquea la espalda.

Pelo oscuro. Un destello plateado. ¿Otro *piercing*, en el clítoris? Me fijo mejor.

—Dios mío, esto es épico.

Se lo toco con la yema del dedo. Es diminuto. Brillante. Reluciente. Le beso el conejo, sabe diferente. Ácido. Se lo lamo una y otra vez. Me recuerda a las ostras que comí en el yate de Ambrogio. Su cuerpo se curva y ondula en la cama haciendo olas.

—Mmmm...

Le meto los dedos hasta el fondo y le busco el punto G. Ella gime y tiembla. Se corre ante mis ojos.

Rain se sienta y me mira, yo no puedo apartar la mirada. Me desabrocha

los pantalones y me los baja despacio. Joder. Estoy ardiendo.

—Espera —me dice—. No te muevas.

Se levanta de la cama y se dirige a una cómoda.

—¿Adonde vas? Ven aquí —digo.

¿Qué hace?

Saca unos guantes negros de textura brillante, lustrosos. Se los pone, le llegan hasta los codos. PVC.

—Póntelo, pónselo.

—Creía que era una metáfora.

Regresa a la cama, desnuda salvo por los guantes.

Fija su mirada en la mía.

Estira el brazo y me acaricia la mejilla. El guante está frío, como gotas de lluvia, y es como si me ardiera la cara. Cierro los ojos, la cabeza me da vueltas. Estoy como colocada. Tengo las terminaciones nerviosas a flor de piel. Rain se coloca entre mis piernas.

—¿Te gusta? —me pregunta.

Me acaricia el vientre con las manos. Sus labios suaves contra mi coño. Bajo la mirada y veo su melena negra como una cortina que le cae sobre los hombros. Gimo y gimo. Floto. Gimo. Algo duro hace presión contra el clítoris. ¿El *piercing*⁷.

—Ay, Dios. Sí...

Me hace cosquillas con las yemas de los dedos y después me los mete.

—¿Te gusta, cariño? —pregunta.

—No pares. No pares, joder.

Me lame el coño de abajo arriba y viceversa, chupa, mesa, da vueltas con la lengua. Me mete otro dedo. ¿Qué narices...? ¿El pulgar? Y, Dios mío, el puto punto G. Gimo. Aúllo. Me va a explotar el cerebro. Estoy en éxtasis, joder. Soy incapaz de pensar o respirar o ver. Siento sus dedos en lo más profundo y aprieto el cuerpo hacia abajo, abajo, abajo. Las sábanas se arrebufan debajo de mí. La agarro del pelo.

—Nino. Nino..., follame —digo.

Me corro una y otra vez, una y otra vez.

—Nino. Nino. Nino.

Rain le da una calada a un vaporizador con sabor a cereza y me sopla el vapor a la cara. Me tapo el cuerpo, desnudo y pegajoso, con las sábanas.

—¿Quién coño es Nino? —pregunta.

—Pero habías dicho que me enseñarías cómo pelear...

—Ah, sí. Mira esto.

Me empuja con fuerza por el pasillo y me estrello contra la puerta.

—No está mal —contesto—. ¿Me das mi ropa?

Me visto y salgo corriendo del piso con un portazo.

¡BAM!

Dios mío, cómo son los estadounidenses. Son unos putos irascibles.

Foro romano, Roma, Italia

Me abrazo a mí misma porque tiemblo a pesar de ir vestida. ¿Por qué ha tenido que echarme? ¿Qué más da si me he olvidado de su nombre? Son las seis de la mañana, ¿adonde voy a ir? ¿Cómo llego a casa? Oteo en la oscuridad, la calle vacía. No hay taxis. No hay tranvía. No hay autobuses. Genial. No me queda más remedio que andar, pero ¿a qué distancia está mi casa? Miro a mi alrededor en búsqueda de monumentos o edificios que me suenen, pero no hay nada.

Era un nombre estúpido. O sea, ¿quién demonios se llama «lluvia»? ¿Qué es?, ¿hippy? ¿La personificación de las precipitaciones? No tiene sentido. Escojo una dirección al azar; ¿eso qué es: el sur o el norte? Voy dando tumbos por la calle mientras revuelvo el bolso en busca del móvil. Abro Google Maps. Me cuesta diez intentos escribir la dirección (porque he tomado bastante absentia), pero al final aparece la ruta. Tardaré una hora en llegar. Me la juego a que Rain saldrá mañana y se llevará a casa a otra británica... «¡Fragilidad, tu nombre es mujer!» Nino. Rain. Nino. Rain. Nino. Ha sido un lapsus. Los dos nombres tienen cuatro letras.

Noto que me cae una gota en la cabeza y, de pronto, se abren los cielos. PLAF. PLAF. PLAF. PLAF. Me cago en todo... ¿En serio? Está lloviendo a mares. Muchas gracias, Dios. Muy apropiado. Como si quisieras darle la razón a ella. Echo a correr y me refugio debajo de un árbol. No llevo paraguas. Hace frío y hay humedad. Y llueve. Claro que sí, ¿cómo no?

*Que sí, que no,
que caiga un chaparrón.
¿A mí qué me importa?*

Necesito hacer pis. Debería haber ido al baño en casa de Rain, pero ahora es demasiado tarde. No pienso volver. Y tampoco sé dónde vive. Está todo muy oscuro y no conozco las calles y todo está volviéndose de color verde.

Me gusta la absenta. No la había probado hasta ahora y me siento como si fuera de plastilina. La acera se convierte en una nube de malvavisco y camino como si estuviera en la luna. Hay un cartel en una fachada. Floto hasta allí, pero no consigo leerlo. Cierro un ojo y giro la cabeza noventa grados: «violines y vírgenes» o «viaducto Virginia» o «vía delle vergini». Otro cartel dice: «galguería vie—TRI» O «GALLETAS TETRIS» O «GALERÍA TREVI». El siguiente, «fórmica» o «fonética» o «farmacia». No sé, puede ser.

La calle está flanqueada por los escaparates de comercios cerrados y con la persiana bajada. Hasta el infinito. Necesito hacer pis, en serio. No puedo correr, tengo la vejiga demasiado llena. Estoy acalorada y me mareo. Se supone que no hay que beber más de tres chupitos, y creo que me he tomado veinte.

Floto hacia arriba, me elevo, doblo una esquina y topo con algo grande y blanco. Ahogo un grito. Madre mía, ¿qué es eso? Unas farolas enormes con farolillos de cristal iluminan un oasis. Me froto los ojos. ¿Estoy soñando? Una fuente de mármol. Caballos alados. Y un dios. ¿Cuál es? ¿Neptuno? ¿Tritón? El rey de las sirenas. Un sireno. La túnica parece ondear al viento. Rocas majestuosas. Barba abundante. Un carro hecho de conchas. Está apostado sobre un mar centelleante de color turquesa.

Detrás de él hay un edificio majestuoso de mármol. Interminables hileras de balcones. Columnas corintias que se elevan hasta donde alcanza la vista. El sol asoma por el horizonte, los primeros rayos del amanecer penetran la noche plateada. La fachada cobra vida con las ninfas bailarinas, que se ven preciosas con la luz dorada.

Dejo el bolso en el borde y me meto en la fuente. El agua está fresca y azul, me sumerjo en el mar luminoso. Siento cómo el líquido se arremolina y fluye a mi alrededor. Me zambullo y pruebo el agua dulce, que se mezcla con el sabor a regaliz, el verde extraño y amargo. Hay cientos de monedas por todo el suelo, doradas y plateadas, todas brillantes. Cojo tres y me las guardo en el bolsillo. Entonces salgo a por aire y emerjo del agua. De pronto, las fuentes empiezan a manar. El agua sale a borbotones, un torrente que cae y salpica y forma ríos de espuma. (Lo de que necesito hacer pis va muy en serio, joder. Voy a hacerlo en el agua.) Me coloco debajo de una cascada y dejo que

me fluya la melena por la espalda. Soy una diosa. Una estrella de cine. Anita Ekberg en *La dolce vita*. Me entrego al dios.

Ahora que he hecho pis, me siento mejor.

—*FUORI DALLA FONTANA!*

Oigo una voz. Una voz de hombre. ¿Es Dios quien grita? ¿Me grita a mí?

—Oye, ¡sal de la fuente!

Me seco los ojos y miro a mi alrededor.

—La multa es de quinientos euros.

Un policía me hace señales. Salgo de la fuente de un brinco y echo a correr empapada.

Ayuda. Ayuda. Ese policía va a matarme. Viene a por mí. Sabe lo que he hecho. Tengo que salir de aquí. Huir. Se ha acabado. Los asesinatos. Estoy acabada.

Doblo una esquina y después otra. Corro hasta que no puedo más, con el corazón a punto de explotar. No puedo respirar. Y además me he perdido.

¿Dónde estoy?

Es una especie de templo. Miro a mi alrededor, pero el policía ha desaparecido. Fiu, debo de haberle dado esquinazo. Está muy oscuro y tengo el sentido del oído más afinado: aullidos de alguna pelea de animales y el maullido largo y grave de un gato. Acaban de dar las seis de la mañana, según mi reloj de cuco, y no puedo dar un paso más. Los pies me están matando. ¿Por qué no he llamado un taxi cuando Rain me ha echado de su casa? No estoy fina. No tengo la cabeza despejada. Debe de ser por toda esa absenta.

Estoy cansada, empapada y temblorosa. La ropa me chorrea. ¿Adonde voy? ¿Qué es esa columna? ¿Y ese arco gigantesco? Mis pies machacan arena y piedras rotas. Vuelvo a consultar Google Maps, pero no sé si la pantalla tiene que estar hacia un lado o hacia el otro. ¿Ese puntito azul soy yo? Entorno los ojos para protegerme de esa repentina luz cegadora e intento averiguar dónde estoy. Piedras. Ruinas. Bloques de mármol. Mosaicos. Focos de luz. Sombras.

Ay.

¿Qué ha sido eso que ha pasado volando? ¿Son murciélagos?

Tropiezo con una especie de columna que se tambalea y se desmorona.

CRAC.

BAM.

MIERDA.

Al aterrizar se parte en dos y rueda por el suelo. A la mierda, parecía muy

viejo. No daba la impresión de ser insustituible. Subo corriendo una escalera medio ruinoso y vuelvo a intentar orientarme con el teléfono. Sin embargo, me quedo sin batería y ya no puedo usarlo. Google Maps ya no me sirve. Estoy sola.

Encuentro un muro y me siento encima con las piernas colgando. Apoyo la cabeza en las manos. ¿Por qué me molesto? ¿Qué es lo que pretendo conseguir?

Mi padre me abandonó y Nino también. Ahora Rain me ha echado de su casa. Mi hermana gemela había urdido un plan para asesinarme. Mi madre parece alegrarse de mi muerte. Si me escuchas, Dios, dime, por favor, qué he hecho mal. Lo único que he querido en la vida es aceptación. O amor. El amor siempre ha estado fuera de mi alcance, ha sido algo reservado a los demás. Para Beth y para los guais del instituto. Para los personajes de los libros de cuentos. Para la gente normal y de buen ver. Para el perro de mi abuela.

—¿Por qué yo no? —le grito al cielo.

Nadie contesta.

Nadie sabe que he desaparecido. A nadie le importa que ya no esté. El único motivo por el que mi madre y la policía me buscan es porque piensan que soy otra. Miro entre mis pies, la caída es larga... Si saltase, ¿lo sabría alguien? ¿A quién le importaría?

«Cuando vienen las desdichas, no vienen como exploradores aislados, sino en legiones.»

No se me ocurre ni un solo motivo para seguir viviendo.

Cuarto día: La monja

LA SEMANA PASADA

Viernes, 28 de agosto de 2015
Taormina, Sicilia

La lámpara de la mesilla de Beth irradia un resplandor cálido y carmesí. La mitad del rostro de Nino está iluminada y la otra mitad en penumbra. Me acerco y le doy un beso en la boca. Saboreo sus labios, su lengua. Nos hundimos el uno en el otro. Me tumbo a su lado en la cama y mi cuerpo se funde con el suyo. Noto el calor de su piel, como si estuviera hecho de llamas. Estar en la cama de mi hermana me resulta erótico; es la que compartía con Ambrogio. La semana pasada ambos dormían aquí, y ahora los dos están muertos. Cierro los ojos y respiro la fragancia de Nino mientras él me pasa los dedos por el pelo.

Un búho canta en el jardín. ¿Eso es un buen o un mal presagio? Jo, no me acuerdo.

—¿Sabes? —dice Nino, que se incorpora y me mira directo a los ojos—, no suelen gustarme las británicas.

Enciende un Marlboro Red y me lo pasa.

—¿Por qué no? —le pregunto antes de darle una calada—. ¿Qué nos pasa? Yo sí que te gusto.

—A mi padre lo mató un inglés.

—Ah, vaya. Qué mierda.

—Se llamaba Enzo.

Ya empezamos. ¿Dónde he dejado el violín? Comienza la historia lacrimógena.

Le devuelvo el Marlboro, se lo coloco entre los labios.

—Cuando murió, yo tenía catorce años.

—Creo que mi padre también está muerto —confieso—, pero no lo sé seguro...

Él niega con la cabeza y me mira.

—Yo sí lo sé: lo vi.

Tiene los ojos muy abiertos, parece asustado. Presa del pánico. Ya le hablaré de mi padre más tarde.

—A mi padre lo jodió un inglés. Lo había arriesgado todo en un trato, una venta de arte. Era un negocio de la hostia, iba a cambiarnos la vida para siempre. Mejor que ganar la lotería.

Le da una calada rabiosa al cigarrillo y después se vuelve y examina el suelo.

—Era nuestra oportunidad de salir de la isla, de empezar una nueva vida en Estados Unidos. Mi madre, mis tres hermanas pequeñas y yo. Recuerdo que mi padre llegó a casa una noche y besó a mi madre. —Me mira fijamente con una chispa de fuego en los ojos—. Nunca los había visto besarse así. Se me quedó grabado...

Me pregunto si volverá a hacerme sexo oral. Ha sido más que impresionante.

—Había encontrado un comprador para un cuadro robado: *La crucifixión*, de Antonello da Messina.

Me mira. Yo lo miro con cara de póquer.

—No sé quién es. Sólo conozco a los británicos.

—Da Messina era un artista siciliano renacentista, el que trajo la pintura al óleo a Italia. Tuvo mucha influencia.

Asiento con la cabeza.

—Parece importante. Debía de ser caro.

Nino aplasta el cigarrillo hasta robarle el último segundo de vida, como si fuera el inglés.

—El comprador cogió el cuadro y huyó. Dejó a mi padre con una bala en el hombro. Ni cuadro, ni dinero, *mente*...

Me ha gustado cuando me ha follado por el culo, toda una revelación.

—Al día siguiente, lo encontré...

—Perdona, ¿a quién? ¿Dónde?

—A mi padre, colgando del limonero que había al fondo del jardín.

—Dios mío, qué mierda —respondo.

—Tenía el cinturón de cuero alrededor del cuello. Y una puta erección.

—¿Cómo?

—Acababa de morir —explica Nino—. Acababa de suicidarse. Si hubiese ido unos minutos antes, podría haberlo salvado. Podría...

—No es culpa tuya.

Le frotó el cuello, lo tiene rígido.

—Tuve que cuidar de mis hermanas pequeñas. A mi madre se le partió el corazón. Por eso me metí en la Cosa Nostra, el negocio familiar.

Yo ahogo un grito.

—¿Tenías catorce años cuando empezaste a matar?

Siento una punzada de celos: a esa edad yo sólo mataba ardillas. Ardillas y *tamagotchi*.

Me mira con el peso de todo el mundo sobre los hombros.

—*Si*, catorce —confirma—. Domenico y yo. Él sólo tenía once.

Le rodeo el cuello con los brazos y apoyo la cabeza en su pecho.

—Lo siento mucho, Nino. Muchísimo.

—No es culpa tuya, Betta. —Nino me toca la cara. Me coge la barbilla. Sus dedos cálidos me acarician la mejilla—. No se lo había contado a nadie...

Respiro el olor de su piel. Cierro los ojos y escucho los latidos de su corazón. Es lo más íntimo que he vivido con otro ser humano en toda mi vida. Quiero contarle cosas dolorosas. Quiero compartir este momento. Contárselo todo. Lo de mi padre y cómo se marchó. Las jodiendas que todo el mundo esconde. Quiero contarle cómo me llamo en realidad..., pero no quiero perderlo.

Jueves, 3 de septiembre de 2015
Trastévere, Roma, Italia

El amanecer. Cielo rosado. Los pájaros acaban de despertarse. Sobre mi cabeza hay una enorme nube negra de estorninos que se arremolina y describe espirales. Es una bandada gigantesca. Putos pájaros por todas partes. Se me ponen delante de la cara, en el pelo... Estoy en una película de Hitchcock.

PÍO. PÍO.

Un sonido como el de la voz de mi madre (terrible, como de bruja) llena el aire fresco de la mañana. Es mucho peor que cualquier cosa que haya oído en la vida, un ruido alto, agudo y amenazante.

—¡Largo, joder! ¡Fuera!

Menudo despertar. En serio, esto es una puta broma de mal gusto. Dejo escapar un gruñido y cuelgo las piernas del muro. Me siento y me estiro, me duele todo. En mi vida había pasado tan mala noche. Se me ha dormido el brazo por estar en una postura rara; tengo un hormigueo horrible. ¿A quién se le ocurre dormir sobre un muro? ¿En qué estaría pensando? Es peor que aquella vez que me desmayé en medio de una rotonda.

«Has superado tu propio nivel de decisiones de mierda. Buen trabajo, Alvie. Bravo.»

Vale, esta vez Beth tiene razón. Éste no es mi mejor momento. Pero ¿por qué no me ha rescatado nadie como a la princesa Anna en *Vacaciones en Roma*? Bueno, da igual. ¿Quién necesita héroes? Ya me rescato yo misma. «La mujer necesita al hombre como un pez a una bicicleta.» Eso dijo Gloria Steinem.

Miro hacia el otro lado del muro y veo que la caída es de veinte metros.

¡Anda! Eso de ahí abajo debe de ser el Foro romano. Piedras, columnas y pedazos de mármol esparcidos por un suelo arenoso. Joder, menos mal que no me he caído; habría sido una muerte segura. Un pegote de Alvie/ mermelada de fresa. Ya sé que anoche quería morirme, pero eso habría sido un desastre.

Le pregunto a alguien cómo se va a Trastévere y, al cabo de un rato, encuentro el piso. Subo la escalera, voy directa al dormitorio y pongo el móvil a cargar. Tengo una llamada perdida de un número desconocido. Pero no hay mensajes nuevos. Ni mensajes de texto. No puedo usar Tinder para ubicar a Nino ni la aplicación de localización. Podría haber salido de la ciudad y yo no me habría enterado. Es desesperante, joder.

«Entonces ¿te das por vencida?», dice Beth.

—No. Ni de cofía. Jamás.

Tiene que haber otro modo. Estamos en 2015. Calculo el riesgo y enciendo el móvil de mi hermana.

¡Ping!

Hay un correo electrónico nuevo de mi madre, pero no tengo ni pizca de ganas de leerlo.

Busco entre los contactos de Beth. No sé por qué, pero quizá haya alguien que pueda ayudarme. Anna, Bianca, Carla, Domenico...

¿Domenico? ¿De qué me suena? Estoy segura de que he oído el nombre. Podría ser alguien de Taormina, ¿no? Domenico... Domenico... ¡Ahora me acuerdo! Lo conocí la semana pasada. Era amigo de Nino, otro de los sicarios de Ambrogio. Pero ¿por qué tenía Beth su número de teléfono? ¿También se acostaba con él? Ay, espero que no. Era un puto animal. Más neandertal que persona. Me lo imagino en ese bosque espeluznante: es el que llevó la camioneta hecha polvo y la hormigonera. Cubrió a mi gemela de cemento. Un gran tipo. Un amor. Seguramente ya no será amigo de Nino, ya que Nino huyó de Taormina. Dudo mucho que acabasen muy bien. De hecho, estoy bastante segura de que está furioso. Nino dejó atrás una estela de destrucción, un cura asesinado y un chalet calcinado. Destruyó un cuadro que valía treinta millones de dólares (si alguien pregunta, fue él, no yo). Me la jugaría a que parte de las ganancias del cuadro habrían sido para Domenico, porque estaban todos metidos en el negocio de Ambrogio. Nos ha jodido a todos de lo lindo. Seguro que Domenico está tan cabreado como yo.

Entonces se me ocurre una locura.

Voy a llamarlo. Sí. Es una idea brillante. Dos cabezas piensan más que una. Y él es duro. Bruto. Despiadado. Es perfecto. Juntos le daremos caza a

Nino. Seremos grandes amigos, amigos para siempre.

Pulso el número de Domenico y llamo.

«Sí, llama a Domenico —dice Beth—. Es un amor. Muy majó. Le encantará saber de ti. Seguro que echaba de menos tu voz.»

Cuelgo y reniego entre dientes. Qué sarcástica la cabrona. Pero ¿y si tiene razón? ¿Y si Domenico también quiere derramar mi sangre? ¿Sabe que Nino y yo éramos cómplices? Si lo llamo y le cuento dónde estoy, ¿tendré a dos mañosos persiguiéndome? Eso significaría ir de mal en peor, mis problemas se multiplicarían.

Pero ¿qué más puedo hacer? He tomado decisiones muy por encima de mis capacidades. He tenido suerte de que ese montón de pájaros no me cagase encima, pero hasta ahí llega la cosa: el día no pinta bien. Aun así, ¿sabes qué? Voy a jugármela. Lo llamo.

Riiing. Riiing. Riiing.

—*Pronto* —contesta Domenico.

¿Quién cree que soy: Alvie o Beth? ¿O soy Nino?

—*Pronto* —insiste Domenico.

Tiene la voz grave y áspera. Como si tuviera amigdalitis.

Mierda, no sé qué decir.

Cuelga, así que llamo de nuevo. Me tiemblan las manos, me sudan...

Riiing. Riiing. Riiing.

Domenico nos ayudó a enterrar a «Alvina», así que tengo que fingir que soy Beth. La policía cree haber desenterrado el cadáver de Alvie, y todo encaja. Aunque ¿qué pasa si también está enfadado conmigo? O sea, con Beth.

—*Si, PRONTO* —dice Domenico.

Creo que está cada vez más tenso.

Trago saliva. Fuerte. Venga, vamos allá.

—Soy yo, la mujer de Ambrogio.

—¿Elizabeth? ¿DÓNDE ESTÁ NINO?

Las losas de mármol arrojan sombras alargadas sobre la hierba sin cortar. El sol ya roza el horizonte en un cielo enrojecido. Estudio la lápida.

«Esta tumba contiene todo lo que era mortal de un joven poeta inglés — dice el epitafio—. Aquí yace alguien cuyo nombre estaba escrito en agua. 24 de febrero de 1821.»

Suspiro y clavo la cucharilla en la tarrina de helado de pistacho.

Si estuviera muerta, el epitafio podría hablar de mí. Yo soy una poeta inglesa.

Cuando murió, sólo tenía veinticinco años: casi la misma edad que tengo yo ahora. Y mira todo lo que consiguió: «Oda a una urna griega», «Endymion», «Cuando temo dejar de existir», «Al otoño», «Estrella brillante»... Ya lo sé, no me engaño: Keats era mejor poeta que yo. Mis haikus tienen potencial, eso es cierto, y me extraña hasta a mí misma que yo haga ese esfuerzo. Para mi generación, las cotas más altas del arte son cagar, hacerle una foto al truño y colgarlo en Instagram. Algunos de mis haikus rayan la genialidad, eso es innegable; pero no puedo compararme con Keats. Él era un maestro. Alguien único. Un poquito mejor que yo.

El cementerio está lleno de estatuas de ángeles y esculturas de mujeres con túnicas. Algunas de las tumbas tienen cien años. Es hermoso y también espeluznante. Hay muerte por todos lados. Está bajo la superficie, por eso no se ve; pero si cavases medio metro, es todo ataúdes, gusanos y huesos.

Últimamente he descuidado mis poemas. He estado demasiado entretenida con los asesinatos, que son mi verdadero talento. Supongo que debería centrarme en eso, quiero ir a por todas. Puede que, entre Keats y yo, él fuese mejor poeta, pero a mí se me da mucho mejor la muerte. «Alvie Knightly: asesina.» Jo, qué romántico suena. Es lo que quiero que diga mi epitafio. Eso y alguna letra de mi querida Taylor.

Me acabo el helado y lamo la tarrina. Tiro la cucharilla de plástico en la tumba. Es que no tengo flores y la cucharilla rosa es bonita. Un punto de neón bajo la luz del sol. El único color entre tanto verde y marrón y gris y negro.

Voy a centrarme en lo de matar. A convertirlo en una profesión. Busco «*Dark web*» en Google, pero no es tan fácil. Hay que descargar algo que se llama Tor y tarda un par de minutos. Cuando consigo conectarme, echo un vistazo. Busco «Asesino a sueldo disponible»: hay cientos (no, miles) de asesinos a sueldo que ofrecen sus servicios. No necesitas más que una página web y software para cobrarle a la gente. No necesito tener jefe ni socios. Puedo trabajar por mi cuenta. Tengo que cobrar en algo que se llama *bitcoins*, pero me parece bien. Entro en un par de páginas de sicarios. Uno de ellos ofrece «neutralizar» a los ex, pero ¿qué gracia tiene eso? No, me ocuparé de ello yo misma, que es más satisfactorio. Doy rienda suelta a la Emmeline Pankhurst y a la Mary Wollstonecraft que llevo dentro. Soy una mujer independiente. ¿Te enteras, Nino? Ya lo verás.

La tarifa media para un asesinato son unos diez mil dólares. Supongo que no está mal (aunque yo lo haría gratis, por el subidón). Una página presume de que siempre consiguen que las muertes parezcan suicidios. Ja, ja, ja. Ni de

cofia. Yo paso de eso. Ni hablar. Adoptaré algún tipo de símbolo, será mi tarjeta de visita, como la firma de los grafiteros. Quiero que el mundo me reconozca, no quiero ser anónima. ¿Qué mierda de sentido tiene eso? Jamás me pillarán, de eso ya me ocupo yo, pero haré historia. Joder, seré una figura infame. La estrella de documentales sobre crímenes reales, protagonista de libros de no ficción. Vamos a ver: piensa en una firma de puta madre. Algo que llame la atención. Podría ser una carita sonriente dibujada en el pecho de la víctima con un pintalabios. O quizá podría pintarles las uñas de color verde lima. Eso no se le ocurriría a nadie más.

Entro en algunas páginas más y compruebo que son todo *asesinos*, que no hay *asesinas*. Por lo que veo, todas muestran a un modelo al que no se le ve la cara y que posa con una pistola. Algunos tienen normas, por ejemplo: Niños no, políticos tampoco. Salvo estos casos, todo vale. Por el amor de Dios, estoy ansiosa por empezar. Será SUPERDIVERTIDO. Me haré una página web curradísima con Wordpress o algo así, redactaré mi currículum, lo subiré y me sentaré a esperar que suene el teléfono.

Currículum vitae

~~Nombre: señorita Alvina Knightly~~ Nombre: ~~señora Elizabeth Knightly~~
Caruso

Nombre: por determinar

Email: mándame un tuit a @AlvinaKnightly69

Soy una asesina de gran talento y motivación que busca abrirse camino como asesina profesional a sueldo (un poco como Angelina Jolie en *El señor y la señora Smth*).

Titulación: Ninguna.

Experiencia:

- Asesinar a mi hermana gemela.
- Aplastarle la cabeza a su marido con una piedra (en defensa propia).
- Matar a un cura viejo y muy coñazo a sangre fría.
- Cortar pescado en un restaurante barato de sushi.
- Disparar a ~~dos~~ tres varios matones de la mafia.
- Agente de anuncios por palabras.

- Masacrar a un atracador.
- Este verano he hecho tres días de prácticas con un asesino veterano de la Cosa Nostra, ~~aunque a él no le parecí muy buena~~ que me consideró una asesina nata.

Aficiones:

- Tuitear con Channing, Taylor y Miley.
- Mr. Dick (un vibrador de veintiocho centímetros).
- La coca, el *speed*, la hierba, el chocolate, la ketamina, el éxtasis, el MDMA.
- El martini, el pinot grigio, la grappa, el WKD Blue, los bloody mary, el Malibu, la ginebra (sola o con tónica. Me da igual la marca, pero que no sea *light*), el vodka Absolut, el vodka Smirnoff, el vodka Grey Goose (si está de oferta en el supermercado).
- Una amplia gama de porno internacional.
- Escribir haikus.

Habilidades:

- Hablo inglés ~~bastante bien~~ ~~mu~~ ~~y bien~~ como una puta ama.
- Italiano básico (palabrotas aprendidas a base de ~~ver el porno~~ ~~que acabo de mencionar~~ absorber el rico vocabulario y la cultura durante mi estancia en Sicilia).
- Matar.
- Conozco trescientas veintiséis posturas sexuales.

Referencias:

- Giannino María Brusca (Nino). Dirección: ni idea (si lo encuentras, dile que voy a por él).

¡Ping!

Es el teléfono de prepago.

Abro el mensaje.

Uy, es de Domenico.

Dice:

ABAJO.

Río Tíber, Roma, Italia

¿Un simio furioso o un oso grizzly cabreado? ¿Un zombi rabioso hambriento de carne humana? Domenico podría protagonizar las peores pesadillas sobre asesinos. Lleva la maldad escrita en la frente. Nariz rota y abultada. Cien kilos de malas intenciones plantados ante la puerta de mi apartamento. Y no ha venido solo: trae a dos matones de aspecto dudoso. Eso sí que no me lo esperaba. De repente se me ocurre que Nino también podría estar aquí. Retrocedo un paso.

—¿Elizabeth? —dice Domenico—. Estás... diferente.

Me abraza tan fuerte que me crujen un par de costillas. Recuerda, Alvie: eres Beth. Este hombre piensa que eres la esposa de su difunto jefe. Más me vale exagerar mis cualidades de rubia y la sed de sangre...

—He venido en cuanto me he enterado de que ese *stronzo* estaba aquí —explica—. Ni te imaginas toda la mierda con la que he tenido que lidiar desde que se marchó. Tengo a los de Don Russo pisándome los talones. Nino mató a Franco Motisi.

—Ay, qué horror —contesto—. Un mal día en la oficina.

Domenico menea su cabeza de jabalí.

—Éstos son Riccardo y Giuseppe.

Señala a los hombres.

Son como Rosencrantz y Guildenstern, sólo que éstos están muertos.

Riccardo es alto y muy delgado, tiene la cabeza rapada y ojos bizcos. Giuseppe es bajo y muy gordo. O está de nueve meses y espera gemelos, o es de beber cerveza. Es tan ancho como alto y tiene una cicatriz con forma de bala en la sien izquierda (es obvio que alguien erró el tiro). Huele a cecina o algo parecido y, además, le faltan un par de dientes. Los miro y después me

doy cuenta de que llevan equipaje. No puede decirse que viajen ligeros: tres maletas abultadas. Una funda de violín. Una sombrerera. ¿Qué es esto? ¿Un circo ambulante? ¿No pensarán quedarse aquí esta noche?

Los dejo pasar y sueltan los bultos en el recibidor.

Entonces Domenico me agarra del brazo.

—Oye, ¿qué haces?

—Desapareciste. Tú y ese *stronzo*. Y Ambrogio está muerto. Quiero saber qué demonios pasa. Ven conmigo —ordena.

—¿Adonde vamos?

—De paseo.

—Oye, suéltame. No me toques.

Me saca a la calle a empujones y cierra la puerta de golpe. Riccardo me agarra del otro brazo y me da un puto ataque. Forcejeo y me revuelvo, pero no sirve de nada. Ellos son tres y yo sólo una. El cuchillo de trinchar está en el bolso de Prada y no puedo sacarlo. Joder, qué mala idea. Debería haberle hecho caso a Beth. Riccardo y Domenico me arrastran al otro lado de la calle y bajamos una escalera que conduce al río. Caminamos junto al Tíber hasta llegar a un puente viejo.

—¿Vais a soltarme ya?

Nadie responde.

Paramos debajo del puente. Está oscuro y mugriento. Sucio. El agua negra parece profunda. Huele a humedad. A podredumbre. Supongo que de cadáveres y peces muertos. Me dan arcadas y a duras penas consigo no vomitar. Me van a tirar. Hasta aquí hemos llegado. Fin.

Domenico mete la mano en la chaqueta y deja entrever una pistola colosal. Aunque su mano pasa de largo, le clavo la mirada. El mango tiene unas iniciales grabadas en oro: «D.O.M.». Las tuyas. Madre mía, qué pinta tiene esa arma. Es justo lo que necesito. Ojalá pudiera robársela, pero no tengo esperanzas. Domenico saca una caja de latón de puros y me ofrece uno. ¿De qué va? ¿El último puro? A la mierda, voy a coger uno. Lo escojo y acaricio la envoltura suave y crujiente de hoja de tabaco. Inhalo su fragancia terrosa: lluvia recién caída. Estoy ansiosa por probarlo. Domenico prende una cerilla larga, y yo me acerco y lo enciendo. Le doy vueltas al humo en la boca. Total, mejor disfrutarlo.

—¿Lo has visto? —pregunta Domenico.

Se refiere a Nino. Bien. Debe de significar que no está con ellos.

—Sí —contesto, y asiento con la cabeza—. Lo he visto.

—¿Por qué lo persigues? —quiere saber.

—Por el dinero... Robó el dinero. El del Caravaggio.

Domenico niega con la cabeza.

—Ese puto cuadro. El puto cabrón. ¿Dejaste que se te escapara?

—Ayer estuvo en la piazza di Spagna. Me dio esquinazo en el metro.

—*Minchia* —gruñe Domenico, y me mira con mala cara.

Espero que sólo quiera hablar. De eso soy capaz, así nadie sale herido. Pero éste es un lugar extraño para ponerse al día y no hay manera de escapar. Los otros dos tipos están plantados mirándome, sin decir ni pío. No dan la impresión de tener mucha actividad detrás de esos ojos de mirada ausente. Pero quizá me equivoque. No debería juzgarlos: podrían ser físicos cuánticos que están en la mafia a media jornada.

Domenico mira a Giuseppe y le señala mi bolso de Prada con la barbilla. Giuseppe lo agarra y lo vacía en el suelo.

—Cuidado, que es nuevo —me quejo.

El bolso cae al barro, el cuero se llena de mierda y de arenilla. Todo tirado por el suelo. Riccardo le echa un vistazo al reloj de cuco (no sabe que dentro hay dinero). Giuseppe se agacha, coge el cuchillo y se lo entrega a Domenico.

—¿Qué es esto? —me pregunta.

Gira el cuchillo para inspeccionar la hoja dentada. Pasa el pulgar por el filo y lo lanza al río. Éste salpica en la superficie y desaparece. Ya he perdido otra arma.

Domenico ve el teléfono de Nino. Se agacha y lo recoge. Lo reconoce.

—Te... te lo puedo explicar.

Le limpia la suciedad de la pantalla.

—Estaba siguiéndolo con una aplicación. —Espero a que digiera la información sobre mi plan genial—. Pero Nino envió el móvil a Rumania con un zángano asqueroso. Conseguí el teléfono, pero él no estaba.

Los mañosos se miran y les da un ataque violento de risa.

—¿Que envió...? —dice Domenico—. ¿Mandó el teléfono a Rumania?

—Oye, no tiene ni puta gracia.

Riccardo y Giuseppe están doblados de la risa.

—Basta ya, coño. No tiene ni puta gracia.

Le doy una calada al puro. Tos. Tos. (Ahora me acuerdo: es como Bill Clinton con la marihuana, no hay que tragarse el humo.) Los matones se secan las lágrimas de los ojos e intentan recobrar la compostura.

—Pues yo no me río. Le perdí la pista. —digo.

Me alegra tenerlos entretenidos.

—No te creo —dice Domenico.

—Pues es la verdad. ¿Puedo arreglar el bolso?

Nadie contesta, así que lo guardo todo aunque esté sucio. Joder, está asqueroso. Menuda ridiculez, ya sólo me queda uno. ¿A quién se le ocurre comprarlos de color crema?

Domenico se fija de nuevo en el móvil de Nino. Toca la pantalla.

—No podrás ver nada, tiene pin.

Domenico pulsa un código de cuatro cifras.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Llevamos veinte años trabajando juntos. ¿Crees que no sé cuándo es su cumpleaños?

—Ah... ¿Y cuándo es? Por curiosidad.

—El 5 de septiembre.

—Genial.

Uy, creo que es el sábado que viene, ¿verdad? (Aunque me da igual. No pienso hacerle un regalo.) Domenico curiosear en el móvil.

—Ha borrado el historial de llamadas y todos los mensajes, pero la lista de contactos, no —dice—. *Si, si...*, a esta persona la conozco. Está aquí, en Roma.

Le da la vuelta al móvil y me enseña los detalles de alguien.

—Dinamita —dice.

—Qué nombre más guay.

Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. A lo mejor se lo robo.

—Es un contacto que tenemos en Trastévere.

—O sea, que Nino podría estar con esa persona —concluyo.

Domenico mira a sus matones y ellos me cogen de los brazos otra vez.

—No, el río no —pido.

Me arrastran hasta una valla oxidada.

—¿Qué co...? ¿Adonde me lleváis?

Se me cae el puro al suelo.

Domenico nos sigue y me susurra algo al oído.

—Si descubro que trabajas con él, te mato. ¿Entiendes?

Me cogen por detrás de la cabeza y me la embuten entre los barrotes de hierro.

—Au. ¿Cómo? ¿Por qué? Hostia, no. No. No. Os juro que no estoy con él.

Soltadme. ¡DEJADME SALIR DE AQUÍ!

Me agarro a los barrotes con la cara estrujada entre dos. Intento sacar la cabeza, pero se me han enganchado las orejas y estoy atascadísima. Estoy atrapada.

MIERDA PUTA MIERDA PUTA MIERDA.

Los pasos de los mañosos se alejan despacio hasta desaparecer.

—Volved. ¡Volved! Puedo ayudaros.

Oigo que se ríen.

Hay que intentarlo.

—A Nino le gusto. Está encaprichado de mí...

Silencio. Nada. Se han ido.

Una intentona más y el cartílago de la oreja hace crac.

—¡AU!

Menuda mierda... Es injusto. Se me van a quedar las orejas como las de un jugador de rugby hecho polvo. No me lo creo. No puedo ni moverme. ¿Qué hago? Respira, Alvina. Respira. Respira. Si has entrado, puedes salir. Es una cuestión física muy básica. Una ley universal. Venga, Alvie. VENGA, CHICA, TÚ PUEDES. Tiro de nuevo: DUELE. No va a haber manera. Apoyo la barbilla en el muro y lloriqueo un poco.

En mi cabeza, Beth se ríe con auténtica histeria. Se lo está pasando de maravilla.

Trato otra vez de hacer pasar el cráneo entre los barrotes, pero ahora parece más ancho y estoy más atascada que nunca. Empiezo a hiperventilar. ¿Y si me ve Nino? Soy un blanco fácil, tengo que salir de aquí. No hay tiempo que perder. Necesito lubricación. Ojalá llevase un bote de lubricante... Entonces me acuerdo de lo que llevo en el bolso: el Durex Play que compré en la farmacia, por si acaso. A ver si llego... Alcanzo el asa con los dedos de los pies y la levanto con el pie derecho. Me acerco el bolso. Meto la mano y busco el tubo. Sí. ¡Sí! Tiene que funcionar, ésta es una de mis ideas brillantes. Me embadurno la mano y me froto el lubricante por las orejas. Es húmedo y resbaladizo. Es perfecto. Respiro hondo, uno, dos, tres, estiro y saco la cabeza de entre las barras.

Soy libre. Por fin.

Me dejo caer al suelo y recupero el aliento. Entonces ocurre algo extraño: una sensación caliente. Hostia, me arden las orejas. ¿Por qué narices me queman las orejas?

Quema, quema, quema. ¿Qué pasa? Agito las manos a los lados de la cara, pero necesito hielo. Necesito agua. Corro a la orilla, me arrodillo y me echo

agua en las orejas. El bote está en el suelo: Durex Play Calor. Vale, ya lo entiendo. Se me había olvidado. No es fuego, sólo sensación de calor. Sobreviviré.

Me tumbo en el suelo y cierro los ojos bien fuerte. Pero no soy Beth, no voy a echarme a llorar. Puede que me haya empapado de agua apestosa, pero estoy libre y soy Alvina Knightly. Pienso levantarme de nuevo. No necesito la ayuda de nadie y mucho menos de esos cromañones. Voy a encontrar a Dinamita yo sola. Pero primero necesito ruedas.

Subo los escalones y oteo la calle. ¿Taxi? ¿Autobús? ¿Helicóptero? No hay nada. Necesito coche propio, pero no de alquiler. No voy a darle mis datos a Enterprise. De todas maneras, tampoco tengo carnet; o sea, que no me prestarían nada. Necesito desaparecer antes de que vuelva el trío. No creo que mis orejas pudieran soportarlo.

Doblo la esquina y entro en una calle tranquila. Un hombre obeso está parado junto a su coche. La puerta del Fiat Cinquecento está abierta de par en par. Es de un azul celeste muy bonito, el coche más minúsculo que he visto en la vida, como un bote viejo de pintura. Seguro que lo hicieron en los cincuenta o en los sesenta. Tiene el capó curvado, el parachoques cromado y un par de faros que parecen ojos saltones. Oigo el rumor del pequeño motor. Lo quiero. Es mío. El tipo se agacha para sacar un periódico de un dispensador de la calle y regresa hacia el coche.

—¡Me lo llevo! —digo corriendo hacia él.

Le arranco el periódico de las manos, lo aparto de un empujón y me meto en el coche. Lanzo el periódico al asiento de atrás y cierro las puertas con el seguro.

—No. *Aspetta. Aspetta!* —dice.

Su cara aparece en la parte inferior de la ventanilla. Agarra la manija y tira.

—Lo siento, lo necesito. *Mi dispiace.*

Dios mío, esto es una lata de sardinas. Es más pequeño de lo que parece. Tengo la cabeza pegada al techo. ¿Está hecho para Niños? ¿Para elfos? ¿Cómo demonios se embute él aquí dentro? Tengo su tripa al nivel de los ojos, un flotador bien gordo de grasa que sobresale por encima de la cintura del pantalón. Dentro del Fiat huele a cerrado, a humedad. El hedor de varias décadas de conducción me inunda la nariz y me provoca arcadas. El asiento está roto y lleno de bultos. Es duro. Se me ha clavado un muelle metálico en el culo. Ahora el tipo ha pegado la cara a la ventanilla, está como un tomate.

Intento marcharme, pero se me cala el motor.

El tipo aporrea el techo del vehículo.

—*Esci dalla mia macchina.*

—Vete. Búscate otro.

Giro la llave en el contacto. El motor petardea, pero no arranca. Esto tiene que ser una broma de mal gusto. De entre los millones de vehículos... éste es el peor que podría haber escogido para escapar. Lo intento de nuevo y piso a fondo. El Cinquecento resopla y gime. El motor se ahoga, no arranca.

Joder, es una antigüedad. No funciona. Voy a intentarlo una vez más. Piso a fondo y giro la mierda de llave. Al final, el motor cobra vida. Por fin, joder. Desapareo y le doy fuerte al acelerador, pero el tipo sigue aferrado a la puerta. Lo arrastro por la calle como la mujer al dachshund. Dios mío, suéltate ya.

—Te lo devuelvo cuando acabe.

Meto segunda. El motor suelta un gruñido rabioso, pero el coche no parece ir más deprisa. Es como ir montada en un ratón mecánico. Voy a veinticinco kilómetros por hora: puedo caminar más rápido. El corazón me late más deprisa que eso. Al final, el hombre da un alarido y se suelta. Me sigue unos metros dando tumbos, agita los brazos y grita: —*TORNA INDIETRO.*

Lo veo alejarse por el retrovisor, resoplando con el brazo en alto. Me asombra que haya corrido tanto, no parece estar en forma.

¿Adonde voy? ¿Vuelvo a la discoteca? Rain me contó que era a donde iban los mañosos. Eso, iré y preguntaré. Seguro que alguien conoce a Dinamita.

Cojo el periódico del asiento trasero mientras traqueteo por una callejuela polvorienta y lo hojeo. Miro a ver si hay novedades sobre el caso de mi hermana. Busco «Alvina Knightly» y «Elizabeth Caruso»; leo los titulares, pero no hay nada. Echo un vistazo a las imágenes, pero no salgo en ninguna foto. Lo tiro atrás y miro por el parabrisas.

Uy, mira, ¿qué es eso?

Un gladiador subido a un Segway que rueda por la calle a cinco por hora. Hostia puta, este tío está como un tren. ¿Es Russell Crowe? Pues no, no lo es. Torso desnudo, pectorales esculturales, bronceado intenso del sol veraniego. Lleva un casco plateado con una pluma roja, un escudo y una espada relucientes. Unos abdominales de la leche. Falda de cuero. Una capa genial que ondea a su espalda. Sandalias antiguas atadas a la altura de las rodillas, por encima de un par de pantorrillas prominentes. Dios mío, me encantan los italianos, sobre todo los antiguos romanos. Mira cómo se desliza ese culito...

Sí, ya lo sé. Lo sé. He jurado que paso de los hombres, pero por éste haría una excepción. Quiero llevármelo a casa y tenerlo de esclavo sexual. Lo encadenaría a la cama y... No, no, no. No puedo hacer eso. Mira qué grande es: darle de comer sería demasiado caro. El gladiador dobla la esquina y yo estiro el cuello para despedirme del culo perfecto. La faldita casi no le cubre nada, ondea al viento. Podría seguirlo un rato, ¿no?

No. Dinamita.

Miro al frente y veo una monja. ¿De dónde demonios ha salido? Dios, esto parece Piccadilly Circus. Quiere cruzar la calle. Hago sonar el claxon, pero ella no se aparta; está en mitad de la calzada y su paso es lento e inestable. Va encorvadísima, camina con la ayuda de un bastón. Me recuerda un poco a la madre Teresa de Calcuta, pero vestida de negro como Darth Vader, Marilyn Manson o Simón Cowell. Es guay, me mola su *look*.

Bajo la ventanilla y grito:

—¡Aparta! ¡Sal de en medio!

No pienso frenar. Ahora no. No puedo. He tardado mucho en coger velocidad y a duras penas paso de cuarenta por hora. En cualquier momento podré meter tercera.

—¡Aparta!

Le doy al claxon e intento esquivarla.

PUM. CLONC.

—Maldita sea...

No ha sido culpa mía. Ella ha aparecido de la nada, como si deseara la muerte.

Miro por el retrovisor y la veo tendida en la calzada. Ahí está, tumbada en mitad de la calle como un pájaro atropellado. Joder, joder. Esto no entraba en mis planes, pero tampoco puedo dejarla ahí. ¿Y si se ha hecho daño? Bueno, seguro que se ha hecho daño. Mierda, ¿y si la he matado? Ya sé que quiero ser asesina, pero no así. Ahora no.

Debería irme, aunque quizá me haya visto. Podría tener una memoria fotográfica y recordar mi cara o la matrícula. No me fastidies, lo que me faltaba. Al menos, el coche no es mío.

Observo la calle: aquí no hay nadie. Freno en seco.

Dejo el Cinquecento en marcha, el motor va dando resoplidos. Abro la puerta de golpe, bajo de un salto y corro hacia la monja. Su pecho sube y baja. Bien, sigue viva. Me agacho y le observo la cara; es vieja, debe de tener... ¿ochenta y cinco años? La piel de sus mejillas es suave y arrugada, como el crepé de China. Huele a limpio, como la ropa recién lavada; pero al caer se le ha arrugado la toca y se le ha ensuciado. Sangra por un lado de la cabeza y el reguero le baja por el cuello. Mierda, no quería atropellarla. ¿Qué hago ahora? Abre los ojos y me mira. Los tiene de color azul claro, como Rain. Le cojo la barbilla. Parpadea y me mira. Compartimos un momento de intimidad...

—Madre mía, cómo lo siento... —le digo.

Ella deja escapar un gemido casi inaudible y dice algo en italiano, en voz baja. Miro de nuevo hacia ambos lados de la calle. No hay nadie, pero ¿cuánto durará? Tendré que darme prisa, porque no quiero que me vea nadie. Es cuestión de tiempo que esos psicópatas den conmigo otra vez. O Nino. O la puta policía.

Observo su figura postrada. El hábito oscuro tiene marcas de neumáticos.

Me fijo y veo que ha cerrado los ojos. Está un poco... plana. Le cojo la muñeca y le busco el pulso. Tiene el brazo frágil, ligero. Parece tan tranquila...

De pronto jadea. Da una sacudida y se incorpora.

—¡ARGH! -chillo—. ¡¿QUÉ COJONES PASA?!

Me levanto de un salto, tropiezo con sus piernas y me doy de bruces contra el suelo.

Es obvio que no está muerta.

—Venga, levante —le digo—. No puede quedarse aquí. Venga conmigo.

Me echa las manos al cuello como un malvado zombi católico. Tiene los dedos fríos y se aferra a mi garganta.

—*Demone... Demone...*

No tiene mucha fuerza, así que enseguida me suelto.

—Ay, quite. Suélteme.

La cojo por debajo de los brazos e intento levantarla.

—Venga, levante. Suba al coche.

La llevo hasta el Fiat entre resoplidos, reniegos y mucho sudor. Va dejando un rastro de gotas rojas de sangre que parecen pintura fresca. No puedo hacer nada por evitarlo; quizá llueva y se limpie. No pasa nada. Arreando, no te entretengas, Alvie. No hay tiempo para perder a lo tonto, podría llegar alguien en cualquier momento. Abro la puerta y la empujo al interior.

—*Ospedale* —dice.

—*Ospedale?* ¿Eso qué es? ¿El hospital?

Cierro la puerta del copiloto de golpe.

Necesito un puto cigarrillo. O algo fuerte que me calme. Me tomo el último analgésico de los de la nariz, me subo al Cinquecento y enciendo un Marlboro Lights. Respiro hondo. Vale. Mucho mejor. Meto primera con el cigarrillo colgando de la comisura de los labios; el motor gime como la monja que está hundida a mi lado. La antigualla traquetea y da sacudidas, y se me empotra la cabeza contra el techo. Las ruedas chirrían y derrapan. Pumba. Pumba. Pumba. Los adoquines. Ojalá mi sostén sujetase mejor, no está hecho para terrenos tan abruptos como éste.

Voy de cero a diez en veinte segundos, qué ridículo. Si tuviera un coche de verdad, no tendría que aguantar tonterías. Un Maserati o un Ferrari. Así no tendría que hacer el gilipollas de esta manera. Intento meter tercera: los engranajes chirrían. Piso el embrague a fondo y fuerzo la marcha. ¿Por qué no habré robado un coche automático? Madre mía, luego dicen que esto es fácil.

Agarro el volante con fuerza y las gotas de sudor me corren por la frente.

Estoy jadeando.

La monja se queja, tiene el hábito y el pelo manchados de sangre. Está poniendo el asiento perdido, parece un matadero. Ya no puedo devolver el coche. Lo siento pero no lo siento, amigo.

Vuelo por la calle a treinta y cinco kilómetros por hora y voy fijándome en si hay testigos... El gladiador ha desaparecido. Entonces la veo saliendo por una verja. Dios mío, ¿es un sueño o qué? Otra monja ahí delante, en la puta esquina. La hostia, esto está plagado. ¿Cuántas hay? En un muro hay una señal que dice «Convento». Vale, ahora lo entiendo.

—«¡Vete a un convento! ¡A un convento, vete, y listo!» —digo.

Espero que no haya visto nada. Estoy segura de que antes no estaba allí. Voy a tener que parar, no puedo secuestrarla a ella también.

—*Ospedale* —insiste.

—No puedo llevarla a un hospital, me verán la cara. Verán el coche. Sabrán que he sido yo.

Mierda. ¿Qué hago?

Ella gime.

—Déjeme pensar.

«Bravo, Alvie —dice mi gemela—. Primero un cura y ahora una monja. Aún podrías caer más bajo.»

Maldita sea, tiene razón. No quiero matarla, no quiero que se muera. Ha sido un accidente, nada más: la chica equivocada en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Vale, vale. *Ospedale* —accedo.

La monja no contesta.

Para mí es una jodienda enorme, está haciéndome perder el tiempo. Soy una mujer con una misión, y la vieja se ha pasado de la raya.

Ve una señal a un lado de la calle: «*Ospedale San Giovanni*».

—¿Lo ve? Ha tenido suerte. Hoy es su día de suerte.

Más silencio.

La dejaré allí y saldré por patas. Tan rápido como me lo permita este saco de óxido. Doy un volantazo a la derecha y sigo las indicaciones. Aparco en la acera. Si la saco del coche y la dejo cerca de la entrada, alguien la encontrará enseguida. Estará de maravilla.

Busco el sombrero de Nino en el bolso y me lo calo hasta las cejas. No es ideal, pero es mejor que nada. Venga, vamos allá.

Miro a la monja, que está muy pálida. Tiene la cabeza apoyada en el

reposacabezas y la boca abierta.

Ay.

Tiene los ojos en blanco.

Le miro el pecho.

No se mueve.

Dios mío.

Ahora no.

Esto no.

Le doy una bofetada. Una bofetada fuerte.

—Venga, despierte.

Le escucho la respiración.

Joder.

¿Por qué a mí?

Ahora sí que está muerta.

Se me hace un nudo en el estómago y en la garganta. ¿Qué he hecho?
¿Cómo ha podido ocurrir?

Calla ya, Alvie. Acostúmbrate. ¿No querías ser de la mafia? ¿No querías ser una puta asesina a sueldo?

Me encuentro mal, creo que no voy a poder. Beth tenía razón, doy pena. Esto me va a costar unas sesiones de terapia; tendré que llamar a Lorraine, la psicóloga del instituto.

Volverá para atormentarme y todas las monjas tendrán su cara. Se me aparecerá en sueños.

Piso a fondo y salgo derrapando a una carretera con mucho tráfico. La monja va cabeceando, cabeceando a mi lado como uno de los típicos perros de los salpicaderos. ¿Qué hago con ella? Estas mierdas me retrasan. Y son un coñazo. Me hacen quedar mal. Se me acaba el tiempo y tengo que encontrar Radio Londra. Quiero encontrar a Dinamita antes que Domenico, pero primero debo deshacerme del cadáver. Todo está saliendo mal.

Sigo conduciendo hasta dejar la ciudad atrás, muy atrás. El sol empieza a ponerse en el horizonte y el cielo es del color de la sangre. Ya casi no siento el subidón de adrenalina, pero sigo conduciendo y conduciendo. Debo permanecer despierta, aunque estoy cansada; muy cansada de toda esta mierda. Miro la carretera y parpadeo sin cesar. Reprimo un bostezo de sueño. Sale la luna. Y las estrellas. Me pesan tanto los párpados que sopeso la posibilidad de sostenérmelos con palillos o con cerillas o con agujas de tejer, cualquier cosa con tal de que no se me cierren. Pero no dispongo de nada de eso y se me

cierran solos. La carretera es larga, recta, interminable. Al frente se ve la negrura del mar. No pienso parar hasta llegar a la costa. Tal vez Nino emerja del agua como uno de los tíos de *La venganza de los ex*. Armaremos una trifulca y luego nos reconciliaremos. Esta estúpida contienda llegará a su fin. Él me devolverá el dinero. «Alvie —dirá, porque sabrá cómo me llamo—, te he echado de menos. Lo siento mucho.» Haremos el amor allí mismo, en la arena. Pero encima de una toalla, para que no nos rasque la piel. Se me cierran los ojos y se me cae la cabeza sobre el volante.

¡Ping!

Un mensaje nuevo. Miro el móvil: es de Nino. ¿Qué querrá ahora?

¿QUIERES HACER SEXO
TELEFÓNICO?

Un poco sí.

NO, NO QUIERO HABLAR CONTIGO.

Enviar. Tiene gracia. Es como si supiese que estaba pensando en él. Soñando con sexo de reconciliación. Tal vez tengamos un vínculo sobrenatural. A lo mejor le pitaban los oídos.

Bostezo, tengo que parar el coche. Me froto los ojos y busco dónde aparcar. La carretera está flanqueada por pinos enormes, estoy en mitad de un bosque. Genial. Me he perdido. ¿Cómo demonios he acabado aquí? Parece un bosque fantasmagórico y el silencio es sepulcral. La verdad es que me viene de perlas, parece un buen sitio para esconder un cadáver.

Giro el volante despacio y choco contra un árbol. El coche hace CLONC y el parabrisas se agrieta. Me quedo dormida.

Quinto día: La prostituta

DIECISIETE AÑOS ATRÁS

Viernes, 19 de junio de 1998

Escuela de secundaria Saint Basil, Lower Slaughter, Gloucestershire

—Alvina, por favor, responde a la pregunta.

Yo me remuevo en el sillón. Está lleno de bultos y la tela es áspera, me roza los muslos por debajo de la falda. La «psicóloga» me observa parapetada tras su tablilla sujetapapeles de plástico. No me cae bien y yo no le caigo bien a ella. Quiere que la llame Lorraine. La ventana está abierta, pero aun así hace un calor sofocante. Cuanto más arriba estás en el edificio, más sube la temperatura. Es una cuestión de física. Es verano y hay una ola de calor; sin embargo, nosotras estamos en la planta baja. Veo a unos chavales haciendo el tonto en el patio, ojalá yo también estuviera allí fuera. Apuntar a los profesores y chutarles la pelota, ganar al juego de pillar con besos... Me miro los zapatos, el cuero negro y arañado, el barro de los campos que llevo en los laterales. Tengo una brizna de hierba pegada a una de las suelas sucias. Muevo las piernas. Tengo un corte en una de las rodillas; se está formando la costra y los bordes aún están rosados. No he querido que me pusieran una tirita. No soy una quejica como Beth.

—No quiero hablar con usted —digo entre resoplidos, como si estuviera escupiendo plumas—, quiero irme a casa.

—Acabas de llegar —contesta la psicóloga—. Vamos a intentarlo con otra pregunta. —Muerde la punta del bolígrafo, que ya está masticada—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Le clavo la mirada. Mi mejor mirada, una que he concebido para asustar. Entorno los ojos y la contemplo con rabia a través del flequillo.

—Por el coche —le suelto. Tiene que ser eso, porque los mayores siempre se vuelven locos con el fuego—. No fui yo. No fue culpa mía. Yo no lo quemé.

Sé que estoy mintiendo, pero vale la pena intentarlo. A veces mentir no es

malo. O sea, todos los días. Se llaman mentirijillas piadosas y son la bomba. Sirven para librarse de problemas.

—Alvina, el director dice que te vio.

—No era yo, era Beth.

Ella enarca una ceja. Me temo que no cuele. Beth es una pelota, la favorita de los maestros. La señorita perfecta.

—Vale. Y si fui yo, ¿qué pasa? Fue la semana pasada.

Ya casi se me había olvidado.

No sé por qué arman tanto jaleo. Era un coche horrible, viejo y oxidado; la forma era feísima y tenía la pintura desconchada. Era como si lo hubiera construido un Nino de cuatro años. Nadie lo echará de menos. Ahora puede comprarse uno nuevo.

La psicóloga suspira. Huele a sopa, a la sustancia viscosa que sirven en el comedor. No me fio de eso, tampoco me fio de ella ni como cosas de color verde.

—Empecemos por el principio —dice ella.

Gruño como un gato enfadado: vamos a estar aquí todo el día, y me perderé la serie de la familia Twist. Tengo que planear la huida. Quiero levantarme y salir corriendo de la escuela para no volver jamás. Podría ir a vivir al parque del pueblo.

—El director me ha contado lo que le pediste.

—No le pedí nada.

—Dice que le pediste que se casara con tu madre. ¿Por eso le prendiste fuego a su coche?

Oigo un zumbido agudo que cada vez se hace más y más y MÁS ALTO. Es como si me despegara un avión dentro de la cabeza. Aprieto los ojos y me tapo las orejas, pero el ruido sigue ahí...

—¿Alvina?

Todavía oigo su voz. Disminuida, más suave. Como si gritase debajo del agua. A veces me gusta aguantar la respiración y sentarme en el fondo de la piscina todo el tiempo que pueda. El agua está fría y te sientes muy sola, es como estar en el espacio exterior. Abro los ojos y niego con la cabeza. El ruido todavía me resuena en los oídos.

—¿Te enfadaste con el director porque no quería casarse con tu madre?

—Mi madre tampoco quería casarse con él.

Jo, es un demonio de director, como en esa serie de la BBC para Niños. Creía que era bueno, pero no lo es. Me equivoqué. Es igual que los demás: el

bedel, el jardinero, el padrastro de Jenny Anthony...

—¿Va todo bien en casa? ¿Añoras a tu padre?

Me toqueteo la piel seca que se ha formado alrededor de la costra de la rodilla. Tiro de un pellejo y siento escozor. Una gota brillante de sangre.

—Volvamos al día de deportes —propone.

—No quiero hablar de eso.

Me levanto de un salto y aprieto los puños. Siento los latidos de mi corazón en los oídos y el cárdigan de lana me da demasiado calor. Me lo ato a la cintura y cruzo los brazos como si me fuera la vida en ello.

—Siéntate, por favor. Toma una galleta.

Abre la tapa de una lata de metal que hay sobre la mesita y me ofrece una galleta *digestive*. Por fin, porque estoy hambrienta. Me preguntaba qué había ahí dentro, aunque ya me lo imaginaba. Saco tres y me siento. Ella tapa la caja para que no pueda coger más, se sube las gafas y lo intenta de nuevo: —¿Me cuentas qué pasó en la carrera de padres?

Las reglas eran: un Niño y un adulto, y mi madre y Beth corrieron juntas. Miro el reloj que cuelga sobre la puerta. La manecilla de los minutos va tan lenta que parece que la hayan metido en un bote de cola.

—Bueno, hablemos de otra cosa... —Remueve los papeles que tiene sujetos en la tablilla—. Hemos recibido una queja. Es de Mandy Simms. Dice que has atacado a su padre, ¿puede ser? ¿Recuerdas haberle provocado una hemorragia nasal?

—¡IBA VESTIDO DE PAYASO!

(Y tampoco quería casarse con mi madre.)

La psicóloga toma notas.

—¿Puedo irme ya? Me aburro.

Las manecillas del reloj siguen sin avanzar.

—¿Qué ha pasado hoy en la hora de plástica?

Contemplo el póster de la pared. Es un anuncio de algo que se llama «teléfono de ayuda a la infancia», y la niña de la foto parece triste. No puede estar más triste que yo. Hay un número, 900 y algo más. Si yo llamase, ¿qué pasaría? ¿Me rescatarían? En cualquier caso, no puedo llamar porque no me dejan usar el teléfono y tampoco tengo veinte peniques.

La psicóloga me habla.

—Se supone que teníais que hacer tarjetas para el Día del Padre.

Me levanto de golpe y tumbo la mesita. La caja de galletas y el té de la psicóloga vuelan por los aires. Se oye ¡PUM! y ella dice: —Pero ¿qué

coño...?

Está empapada de té.

Corro a la ventana, salgo volando por ella y soy libre.

¿«Coño»? ¿Qué es eso? ¿Una palabrota nueva? Me gusta, me la quedo.

Tropiezo y me doy de bruces con el hormigón del suelo. Se me abre el corte de la rodilla; se forma un reguero de sangre que me llega al calcetín y la tela de algodón se vuelve roja. Me limpio la tierra de las manos en la falda y corro hacia la valla. La abro y me largo de allí. Corro tan rápido como puedo y voy dejando atrás Niños de la mano de sus padres que van a comprar helados o a chutar la pelota en el parque. Quizá vayan a ver una película, es viernes por la tarde. La tarde de los papás.

Freno y me detengo, no sé adonde estoy yendo. No quiero ir a casa y ver a Beth o a mi madre. Me planto en mitad de la calle con el corazón a cien. ¿Adonde puedo ir? Me dirijo hacia el parque, corro hasta el árbol más alto y me encaramo a él. Me escondo entre el follaje, pienso quedarme hasta que oscurezca.

Con una uña, grabo ALVIE en la corteza, seguido de COÑO. Apoyo la cabeza en el tronco y cierro los ojos. Paso la noche subida al árbol y sueño con encontrar a mi padre.

*Viernes, 4 de septiembre de 2015
Ostia, Roma, Italia*

Me despierto en el coche, junto al bosque, con la frente pegada al volante. Intento incorporarme y hago sonar el claxon sin querer.

MEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEC.

¿Qué hago en un bosque? Me acuerdo de la vez que dormí en la copa de un árbol, cuando tenía sólo ocho o nueve años. Casi se me había olvidado. Me desperté entumecida y con mucho frío, con hojas enredadas en el pelo y hormigas hasta en las bragas. Estaba apostada en la rama más alta. Es asombroso que no me cayese. Por la mañana, mi madre se puso como loca conmigo; nunca la había visto así. No estaba enfadada porque hubiera pasado la noche fuera, sino porque había vuelto.

La monja está tirada en el asiento del copiloto con la cara aplastada contra el salpicadero. Le doy un par de toquitos con el dedo, pero no se mueve. Está fría y no respira. Sigue muerta. No quería matarla ni mucho menos y ahora no sé qué hacer con el cadáver. Ha sido un accidente, un error, y me siento mal. Casi me siento culpable, como cuando me comí diez pastelitos de chocolate de una sentada en el apartamento de Archway. No debería haberlo hecho. La apoyo en el respaldo, le cierro los ojos y le acaricio la cara.

—Lo siento mucho —me disculpo—. Esto no entraba en los planes. Por si la consuela, no tendrá que compartir el cielo con mi hermana.

Pero ella no contesta.

Tengo la boca seca y la garganta dolorida. Me arden los hombros y la nuca, los tengo a mil grados. El sol está muy alto y sus rayos láser atraviesan el cristal, que los magnifica, los intensifica. Dios mío, hace un calor de muerte; yo misma podría prender. Otra vez como lo del Durex Play... Debo de

haber dormido demasiado rato al sol. ¿Qué hora es? ¿Las doce? Miro el reloj de cuco, que todavía va mal. Me hago un repaso de los pies a la cabeza y veo que no tengo nada roto. No me duele nada (aparte de la nariz, que aún la tengo sensible. Me la miro en el retrovisor: la bomba). Estudio la grieta del parabrisas: una tela de araña que se extiende por todo el cristal. No podía ir a velocidad suficiente para causar daños mayores, ha sido más bien un golpecito. Sin embargo, el coche está encajado en un ángulo peculiar, inclinado cuarenta y cinco grados. Me mareo como si estuviera en un barco y no tuviera equilibrio. Necesito salir de aquí.

¿Qué mierda es ésta? Una monja, un bosque... ¿Qué demonios hago aquí? Estoy rodeada de ramas y follaje. Árboles y setos. Flores silvestres. Olor a tierra. Descomposición. Esto no es el centro de Roma. ¿Cuánto tiempo conduje ayer? ¿Habré llegado a Umbría? ¿A la Toscana? Giro la llave en el contacto e intento mover el coche marcha atrás.

Pero no arranca. Genial. Fantástico, joder. Hace cinco minutos que tengo el coche y ya lo he dejado siniestro total. Compruebo la gasolina, pero el depósito no está vacío. Puede que se haya calentado el motor. Se habrá derretido el metal al sol. No es una gran pérdida; era una antigualla que estaba en las últimas. A juzgar por el interior anticuado y decolorado (volante de plástico color crema, asientos de cuero beige, esferas cromadas, espejo diminuto y un velocímetro pequeño y redondo muy retro), este cacharro tiene al menos cincuenta años. Intento abrir la puerta del conductor, pero está pegada a un árbol. Me inclino por encima de la monja y pruebo con la puerta del copiloto, pero tampoco se mueve ni un centímetro. Dios mío, estoy atrapada. Soy una prisionera: un hámster o un pececito. Tuerzo el gesto sin poder salir. Hace un calor del infierno, casi más que en un burdel de Hanoi.

¿Qué reñones pasa?

Trepo por los asientos hasta el maletero, donde hay una lata metálica. La cojo, la agito y huelo: es gasolina. Tal vez sea diésel. La tiro a donde estaba, y el líquido se revuelve en el interior. Busco algún tipo de manija, pero el maletero no se puede abrir desde dentro. Sudo, jadeo y reniego hasta que se me ocurre mirar hacia arriba. Hay un techo solar. ¡Qué suerte! Una gota de sudor me cae por el cuello. Abro una rendija, aire fresco. Necesito beber, me vale vodka o algo así; me estoy marchitando como una planta en una maceta. Salgo por el hueco con algo de esfuerzo y una brisa fresca me airea el pelo húmedo. Sí. Sí, por fin soy libre. Ahora sé cómo se sintió Mándela en 1990.

Me muevo a cuatro patas por el techo ardiente pensando en lo sugerente de

la pose, salto al suelo y le echo un vistazo al coche. Hay sangre en el parachoques, ¡ups! Trato de limpiarla.

La voz grave de un hombre me sobresalta.

—*Ciao, come stai?*

Durante un segundo me parece que es Nino, pero esa voz no es la suya. Es un tipo cualquiera.

—Ay, chau —contesto.

Me vuelvo y resulta que no es un hombre, sino una mujer. O eso creo. No me aclaro.

—*Tutto bene?* —pregunta.

La observo: alta, de manos grandes y mandíbula ancha; tiene nuez y barba de un día. Lleva un sujetador y una falda corta de color rosa. Tacones (que no son adecuados para el bosque) y demasiado maquillaje. Uy, me encantan esos pendientes brillantes. Me gustaría saber de dónde los ha sacado. Se ha arreglado mucho para salir a pasear por el bosque, quizá se haya perdido como yo.

—Ehm... No hablo italiano —explico.

¿Qué hará aquí?

—No te preocupes, chata —contesta ella—. ¿Buscas algo, cariño?

—No. La verdad es que no. Nada —respondo. Aparte de vodka, claro. Y a Nino—. Pero no me arranca el coche. ¿Sabes algo de mecánica?

—Se lo has preguntado a la chica equivocada.

Me mira a los ojos unos segundos más y se encoge de hombros.

—*Ciao*. Que vaya bien el día.

Da media vuelta y, mientras se aleja, sus nalgas se contonean en la estrechez de la falda y se le hunden los tacones en el barro.

—Oye, espera. Vuelve —le pido.

Pero anda por la carretera hasta que se planta más allá y se queda mirando la nada, el lugar donde debería estar la acera. ¿Por qué espera ahí? No hay una parada de autobuses ni nada, qué raro estar en un lugar así. A menos que esté haciendo autostop... Le echo un vistazo al Cinquecento y está tan jodido que yo también pienso hacer lo mismo.

Ostras, no, ya lo pillo. Es prostituta.

Estoy a punto de acercarme a ella, pero me detengo.

Mierda, la monja.

No quiero que la policía encuentre el cadáver y he dejado huellas por toda la carrocería. Hay sangre de la anciana en el parachoques. No quiero que su

muerte me atormente (ya tengo suficiente con mi hermana gemela). ¿Es posible que el dueño del coche me viera bien y les haya dado una descripción detallada de mí? ¿Y si la otra monja me vio la cara y me han hecho un retrato robot de esos que favorecen tan poco? Sólo hay una salida: pegarle fuego a esa lata. Tengo que deshacerme de esa monja en un caos de ceniza, humo y llamas. Meto la mano en el bolso de Prada y remuevo el contenido buscando el Zippo lila: condones, pintalabios, el móvil de Nino, el reloj de cuco, el anillo de placer, el mechero... Me dirijo al coche, salto al techo, se me chamusca la piel de las rodillas cual filete a la plancha y me descuelgo por el techo solar. Cojo la lata del maletero y salgo de nuevo. Me dan varios tirones en los abdominales.

Me acuerdo de la última vez que incendié un coche; era el del director de mi antigua escuela. Aún siento el calor de las llamas en la cara, huelo el humo tóxico. *A posteriori*, creo que tenía razón al no querer casarse con mi madre; de todos modos, me encantó destrozarle el coche. Como ensayo, fue excelente. Abro la lata y huelo; me escuecen los ojos. Perfecto, debería servir. Echo un vistazo a la mujer, pero no me mira. Está a cien metros o más.

Vierto un poco de gasolina por el techo solar: GLUG, GLUG, GLUG. Menuda peste. Derramo un poco sobre la monja, sobre la toca, el pelo y el hábito largo y negro.

—Lo siento mucho —me disculpo.

Me pregunto si me perdonará. Imagino que sí, cómo no; para eso es cristiana. El perdón es el pilar del cristianismo.

Sacudo la lata para aprovechar las últimas gotas y la tiro dentro. Me agacho a coger una rama partida y enciendo una hoja con el Zippo. Otra hoja. Otra ramita. Unas cuantas más. Están secas como una piedra y las llamas arden rojas y naranjas. Es un olor conocido. Se me empiezan a chamuscar las cejas. Lanzo la rama dentro, me bajo del techo y echo a correr. Se oye el ruido de la gasolina al prender y el fuego se extiende por todo el Fiat oxidado. Me agacho y miro a través del cristal. Los asientos arden de maravilla, las llamas se extienden por los respaldos y consumen el cuero agrietado. Llegan hasta el techo y abarcan todo el interior. Adiós, Fiat. Hasta nunca, hermana. Otra hermana, genial. Ahora sí que necesito esa copa. Un batido de chocolate con Baileys o Kahlúa, o un té helado de Long Island bien cargado.

La goma despide un humo negro y feo que huele muy tóxico. El fuego crepita, chisporrotea, sisea. Respiro hondo y me da un ataque de tos.

Me acerco a la mujer.

—¡Oye!

Se vuelve hacia mí y ve el Fiat.

—Tu coche está ardiendo.

—Ya lo sé.

Mira hacia la carretera. Lleva sombra de ojos dorada, demasiado colorete. Me gustan las pestañas con pedrería, son muy guais. En un claro del bosque diviso una tiendecita de campaña para dos; es de las modernas, de las que tienen el techo bajo. Vientos, una puerta morada. Estamos junto a una carretera de dos carriles, qué lugar tan extraño para una acampada.

—¿Sabes dónde puedo tomar algo?

«¡Cucú!», dice mi reloj. La mujer niega con la cabeza.

—*Nop.*

—Quiero vodka o un bar o algo así.

—Aquí no hay nada.

Se oye el rumor de un coche que se acerca y un Lancia se detiene en el arcén. Veo a un hombre de mediana edad salir del coche. Es de constitución y altura medias, bastante anodino. La mujer se le acerca meneando el *derrière* y se van juntos a la tienda.

Me llega el olor del fuego del Fiat y el rugido y el crepitar de las llamas. La boca me sabe a crematorio. La ceniza flota en el aire y se posa sobre el asfalto como si fueran copos de nieve. Las llamas empiezan a extenderse a los árboles, y me quedaría mirándolo durante horas, pero no me puedo pasar aquí todo el día (a pesar de lo maravilloso que es el fuego). Tengo la hostia de cosas que hacer, gente a la que matar. Tengo que volver a Roma y buscar a Dinamita. Ahora mismo. Antes de que lo consiga Domenico. Encontraré a Nino antes que él.

Miro el móvil: no tengo internet. No hay cobertura, joder. No puedo pedir un taxi ni caminar desde aquí. Quizá ese tipo podría llevarme cuando, ya sabes, cuando estén.

Me vuelvo y contemplo el incendio. El Cinquecento ha desaparecido tras un resplandor incandescente. Hay diez o veinte árboles ardiendo. A estas horas, la monja es barbacoa. La tienda se mueve de lado a lado, supongo que aún tardarán un rato. Saco el pulgar y oteo la carretera. Un Maserati. Un Prius. Un SEAT. Otro Fiat. Noto el calor del fuego, que se extiende. Hace que me escueza aún más la piel quemada por el sol.

Camino por la carretera y me alejo de ese horno abrasador. Tengo alucinaciones: un mojito con su luquete de lima, un poco de hierbabuena,

azúcar moreno y el parasol de papel. Enseño el pulgar, pero nadie para; todos pasan volando sin hacerme ni caso. Se oye un ruido sordo cuando cae al suelo una rama llena de hojas al rojo vivo. Miro la tienda de campaña, que todavía se mueve y se balancea. El fuego está a tan sólo unos metros de distancia. Muevo el pulgar.

Al final se me acerca un Mazda de color azul celeste conducido por un joven. Detiene el vehículo y baja la ventanilla.

—*Quanto?* —pregunta.

—¿Inglés?

—¿Cuánto por una mamada y un polvo?

—Vete a la mierda. Yo no soy puta, aunque me alucina que hables inglés tan bien. ¿Me llevas a Trastévere?

Sube la ventanilla y se larga a toda velocidad.

—¿Adonde vas? —le grito.

Puede llevar algún tiempo salir de aquí.

Se acerca un Alfa Romeo. Esta vez no se me escapa. Saco el pulgar y agito el brazo como si fuera un molino (aunque yo no pararía para recogerme a mí). El vehículo frena y se detiene, corro hacia allá. Dentro hay una mujer de mediana edad que me mira con cara de susto y los ojos muy abiertos.

Señala el incendio descontrolado.

—*Mamma mia! Unfuoco?*

Yo miro la tienda.

—Ay, Dios. Espera un momento.

Los vientos han prendido y las llamas suben centímetro a centímetro.

¿Por qué tengo que ocuparme yo de todo? Van a quemarse vivos.

Corro a campo través hacia la tienda con las llamas en los talones. Toso, toso y toso entre llamaradas.

—Oye, salid. ¡Fuera!

Abro la cremallera de la tienda y abro la puerta. Me quemo el meñique.

—Tenéis que salir.

Están los dos desnudos y es obvio que están follando. Salen corriendo y los tres nos alejamos de prisa de las llamas y salimos a la carretera.

La mujer del Alfa Romeo nos contempla con incredulidad y la boca abierta: «Oh». (Debemos de parecer un cuadro. Yo soy la única que no está desnuda, lo que no es habitual tratándose de mí.) Pisa el acelerador y se marcha dando un volantazo. Genial. Ahí va mi transporte.

Es la última vez que le hago un favor a alguien. Nino tenía razón: no es

propio de mí. No sé qué me ha pasado, debo de estar en *shock*.

Observo a la pareja. Están en pelota picada: dos pollas duras y un par de tetas.

—¿Me lleváis a Roma?

El que no tiene tetas dice:

—Sí.

Cojea hasta el Lancia que ha dejado aparcado un poco más arriba y, cuando abre el maletero, le observo el culo: blando como la masa de pizza. Saca una bolsa, cierra el maletero de golpe y se tapa las partes con ella.

—Puedes esperar en el coche —me dice.

Abro la puerta y me subo. El Lancia es espacioso, bonito; un modelo completamente nuevo. Miro a la prostituta alejarse en bolas por la carretera y me pregunto adonde va. Quizá tenga alguna compañera por ahí que pueda prestarle algo de ropa. El otro hombre se adentra en el bosque y desaparece entre unos árboles mientras yo lo vigilo por la ventanilla del copiloto. ¿Ha ido ahí a cambiarse? Miro el contacto: maldita sea, no hay llaves. Tendré que esperar.

Las llamas se extienden con rapidez. Contemplo el incendio un par de minutos más y entonces un cura emerge del bosque en llamas. Durante un instante creo estar alucinando. No será... ¿Moisés? Lleva sotana y alzacuellos y una capa larga y negra que le llega a los pies. Atraviesa las llamas en dirección al coche, abre la puerta y entra.

—¿Eres cura?

—Sí.

No me lo puedo creer, otro cura. Ya tuve que matar a uno la semana pasada...

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta.

—Es que... No, nada. Da igual.

Arranca el motor y sale a la carretera.

—Vamos, no seas ingenua. ¿Crees que a los curas no les gustan las prostitutas transexuales? Estamos en 2015.

—Bueno, sí, supongo, claro.

—Los curas son sus principales clientes.

Vamos a toda velocidad por una carretera flanqueada por pinos que lleva al centro de Roma. Tuve que recorrer el camino inverso por la noche, pero no me acuerdo. Me debí de quedar dormida.

—Gracias —dice— por salvarme la vida.

—Sí, bueno. Da igual.

No sabe que el incendio lo he provocado yo, y supongo que es mejor así.

Miro unas ruinas antiquísimas por la ventanilla: villas romanas y viejos ladrillos marrones. Un cartel que hay junto a la carretera dice: «Ostia Antica». Pensaba que todas las carreteras conducían a Roma, ¿no?

—Bueno, ¿estás aquí por negocios o por placer? —quiere saber el cura.

—Ambos —contesto—. De hecho, no. Por ninguno de los dos.

No tengo ganas de contárselo, es demasiado complicado.

—¿Y estás disfrutando del viaje?

—No, la verdad es que no —admito.

—¿Es la primera vez que vienes a Italia?

Suspiro. Genial, tiene ganas de conversar. Quiere que seamos amigos. Escribámonos cartas.

—He estado en Pompeya, Milán y Taormina.

Quizá no debería haber mencionado Taormina...

—Maravilloso. Me encanta Sicilia. ¿Qué has visitado en Roma?

Reprimo un bostezo, ojalá se callase. Quiero aprovechar para descansar.

—La fontana di Trevi, la escalinata de la piazza di Spagna, el río Tíber...

—Tienes que ver el Vaticano. Es el lugar más hermoso de Roma.

—No está en Roma —protesto—. Es una ciudad-Estado rodeada por Roma.

Un cura católico debería tenerlo más claro.

—Yo voy allí ahora, te llevo. Acabo de cambiarme para trabajar.

Recorremos calles polvorientas mientras hago lo posible por dormir, pero el cura no calla. Después de mucho, mucho rato, llegamos al Vaticano.

—Ésta es mi parada —dice—. Ésa es la basílica de San Pedro. Hoy habrá mucha gente, llegamos justo a tiempo de ir a misa.

Suspiro y me apeo. No quería venir aquí, sino a Trastévere. Hay cientos de personas entrando en una *piazza* con un obelisco en el centro. La conozco de *Ángeles y demonios*, es donde estaba el helicóptero. Me gusta cuando explota el cielo, es una escena genial.

El cura pulsa el botón de la llave y las luces del Lancia parpadean para indicar que está cerrado.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad?

Me mira fijamente a los ojos y se muerde el labio inferior.

—¿A quién voy a chivarle? ¿Al Papa?

Ni siquiera sé cómo se llama.

Él asiente con la cabeza con aparente alivio. Está convencido y suelta un suspiro.

—Ya que me has salvado la vida —dice—, voy a hacerte un favor.

—¿Ah, sí? ¿Qué vas a hacer? ¿Salvarme? No quiero que me bauticen...

—Te colaré. Tienes que ver la basílica.

—No, da igual. De verdad. Soy judía.

—Insisto.

Basílica de San Pedro, Ciudad del Vaticano

Andamos sin prisa hasta una plaza que se llama piazza di San Pietro. Me hago el selfi de rigor, pero no le pongo muchas ganas. Es una plaza circular dividida por líneas largas y geométricas que diseccionan el suelo de baldosas. A un extremo hay una iglesia enorme y muy cantona, la más grande que he visto nunca. Es una basílica. Tiene una cúpula alta, ancha y redonda, y torres por todas partes. En la parte superior de la fachada hay docenas de estatuas muy realistas. Supongo que serán santos o los papas más famosos, desde aquí abajo no se distingue. Sigo al cura por la plaza, hacia San Pedro.

He dormido fatal, embutida en ese coche para *umpa lumpas*, y estoy para el arrastre. Me escuecen las quemaduras del sol, estoy deshidratada. He matado a una monja sin querer. Sigo sin estar cerca de localizar a Nino. Todo esto es un puto desastre. Miro a la gente que me rodea: turistas por todas partes. ¿Qué hago aquí? Me apetece tirarme al suelo y llorar hasta desgañitarme. Quiero acurrucarme en un rincón y morirme. Pero en la plaza no hay rincones, porque es un puto círculo.

Nos cruzamos con una monja que parece simpática. No es la de ayer (no me refiero a la muerta, claro, sino a la otra, la del convento). Me sonrío sin motivo aparente. ¿Qué narices le pasa? ¿Acaso quiere algo? ¿Por qué está tan contenta?

«Puede uno sonreír y sonreír, y ser un bellaco.»

Eso lo he aprendido a las malas, con Nino.

Sigo al cura por un tramo de escalera y atravesamos una puerta gigantesca de bronce.

—Te encantará —me promete.

El interior de San Pedro se está llenando. Huele a incienso y a turistas, y

hay cientos de hileras de velitas encendidas en mesas de metal. El ambiente es fresco y húmedo, y me estremezco. Ojalá tuviera una capa como la del cura, esta temporada están muy de moda en Roma. Debe de ser una tendencia nueva. Miro al hombre que está en el altar. ¿Quién es? ¿El Papa? Él también lleva capa y una túnica en plan Gandalf. El otro día, en Prada, debería haber comprado una capa de cuero. Tendré que volver pronto a por ella. Tengo que ir de todos modos a por otro bolso.

—¿Qué te parece? ¿Magnífica?

—Sí. *Shalom. Mazel tov.*

Estiro el cuello y contemplo el techo. Columnas cegadoras de pura luz blanca y brillante que se vierte desde la cúpula. Todo está cubierto de oro reluciente. Hay esculturas de Jesús y de querubines, pero lo que me ciega es algo que hay detrás del altar: un sol majestuoso y dorado. La enorme iglesia está atestada, es un hervidero no de cientos, sino de miles de personas. El Papa (¿?) está diciendo misa en italiano. Aunque podría ser latín. No lo sé.

—Recuerda nuestro secreto —dice el cura—. Que Dios te acompañe.
Ciao.

Se despide alegremente con un gesto de la mano y se dirige a un pasillo entre los bancos.

Yo me dejo caer en el banco más cercano y me sujeto la cabeza con las manos. Dios mío, no es que esto sea una mierda. Es mucho peor. ¿En qué momento se torció todo? La semana pasada las cosas prometían: yo huía con mi sexi novio nuevo, un puto clon de Brad Pitt, y éramos almas gemelas (¿qué más da que no supiese cómo me llamo?). Estábamos en la cima del mundo, yo había encontrado mi verdadera vocación, el trabajo de mis sueños. Le habíamos dado esquinazo a la mafia y nos habíamos refugiado en el Ritz. Teníamos diamantes y un Lamborghini, una maleta llena de suficiente dinero para mandar al mundo a tomar por culo. Y ahora todo ha desaparecido. ¿Qué me queda?

«Me tienes a mí», me recuerda Beth.

Alvie, en serio, tranquilízate. Recupera la compostura.

Basta ya de mierda. ¿Absentas, prostitutas, incendios forestales? Nada, una tontería. Chica, tienes trabajo que hacer. Venganza. Nino. Céntrate, sé un poco disciplinada. Tengo que buscar a ese tal Dinamita, es el camino que me llevará a Nino. Pero ¿cómo? El nombre no es real, no puedo buscar en el listín telefónico ni en ningún directorio. Y ahora mismo Radio Londra estará cerrado, así que no vale la pena ir hasta allí. Tendré que ir a robarle el móvil

de Nino a Domenico. Si consigo echarle el guante, tendré el número de Dinamita y podré concertar un encuentro. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo. De todos modos, lo conseguiré. Tengo que hacerlo. De verdad. Cuando le robe el móvil, de paso podría robarle el arma. Y salir a por ese *stronzo*. Sí, eso es lo que haré. Voy a organizarme de una puta vez.

Pero ¿y si Dinamita es una distracción, una pista falsa? Podría ser alguien irrelevante, y en ese caso, ¿cómo localizaría a Nino? ¿Cómo coño voy a robarle a un mafioso que lleva dos guardaespaldas? Es ridículo. Empiezo a darme por vencida. «De poco tiempo a esta parte, he perdido completamente la alegría.» Es injusto. ¿Por qué a mí? Me da la sensación de que estoy haciendo el tonto, corriendo como un hámster sin llegar a ninguna parte.

Oteo la multitud. Hay gente rezando con las manos juntas y los ojos cerrados. Arrodillados sobre cojines de cuero rojo con la cabeza gacha. Susurran algo. ¿Sabes qué? Voy a intentarlo, hay una primera vez para todo. Y estoy desesperada. Necesito que Dios se ponga de mi parte, y tiene que ser ya. Creo que puedo afirmar de manera oficial que he tocado el putito fondo. ¿Qué tengo que perder?

Cojo el cojincito de cuero que cuelga de un gancho en el banco. Me arrodillo, cierro los ojos y junto las palmas de las manos.

*Querido Dios, ayúdame, porfa:
necesito encontrar a Nino. Ahora
mismo sería fenomenal.*

Espero a que Dios digiera la oración, abro un ojo y miro a mi alrededor.
¿NINO? PERO ¿QUÉ COJONES...?

Es él. No me digas que mi haiku ha surtido efecto.

Nino está rezando dos filas más allá. Lo reconozco por la nuca. Vuelve la cabeza y, sí, es él (o eso creo. Quizá). ¿Qué demonios hace aquí? Ah, sí... Es muy religioso. Lleva un tatuaje de la Madonna en la espalda, tenía una imagen de Jesucristo pegada al salpicadero. El tío es un católico devoto, no es tan raro que venga aquí cuando está en la ciudad. Es obvio, joder.

Aparto a la gente que está rezando en mi banco y corro por el pasillo hacia Nino. «Gracias, Dios, eres lo más. A partir de ahora, prometo portarme bien. En serio. Te lo juro por lo que más quieras.» Llego a la fila donde estaba Nino, pero... parece que se ha esfumado. Oteo el gentío buscando su pelo negro engominado, la barbilla tallada, su rostro hermoso, la cicatriz larga y

rosada de la mejilla derecha...

—NINO, ¿DÓNDE ESTÁS?

Alcanzo a ver una chaqueta gastada de cuero negro que se dirige a la puerta. El hombre se vuelve a mirar por encima del hombro. ¿Qué veo?, ¿un bigote de herradura? La gente me mira y me chista, porque se supone que no debes gritar en una iglesia. Ni correr. Ni decir palabrotas.

—Me cago en la puta...

Bajo el pasillo acalorada y con la piel húmeda, se me acumulan las gotas de sudor en la frente. Todos me miran con cara de pasmo. El Papa (¿?) calla y me clava la mirada.

Doy media vuelta como si fuera un derviche meditando.

—¡AAAARGH!

Empujo la puerta. Esto podría ser algún tipo de milagro: estoy segura de que Nino no estaba aquí y ha aparecido como por arte de magia. Te juro que me convierto. Esto no puede ser real, es una puta revelación. Oteo la plaza. Ahí. Junto a la fuente. Corro entre la muchedumbre de la plaza, zigzagueando como una avispa en otoño. No me puedo creer que Dios haya atendido mis plegarias. Jamás debería haber dudado de Ella.

Un tipo con chaqueta de cuero negro...

Me apresuro hacia él.

No es él.

Pero..., joder, ¿adonde ha ido?

—¿Nino?

Me quedo plantada en mitad de la *piazza*, pero no lo veo. Ha desaparecido. ¿Era real o una visión provocada por el estrés y la falta de sueño? ¿Era mi ex? ¿No estaré volviéndome loca?

Suelto un grito espeluznante:

—¡YA ESTOY HARTA!

La próxima vez lo atraparé. Lo conseguiré.

Me dejo caer sobre las baldosas y entierro la cabeza entre las manos.

«¡Pero qué bruto soy!»

¡Cucú, cucú!

—¿Estás bien, querida?

Alzo la mirada y veo a una monja.

—¿Has tenido una experiencia religiosa?

—Sí, sí. Estoy en éxtasis.

—Sucede muy a menudo.

Trastévere, Roma, Italia

—¿Cómo coño habéis entrado aquí?

Los mañosos están en mi apartamento, sentados en el salón jugando a cartas y bebiendo cerveza italiana.

—Elizabeth, la puerta estaba abierta.

—No lo estaba.

Domenico se encoge de hombros.

—Da igual. No estoy compinchada con Nino.

Levanta la vista y me mira con sospecha.

—Mira, quiero verlo muerto, igual que vosotros. ¿Lo ves?

Le enseño el tatuaje del culo.

—¿«Muérete, Nemo»? —pregunta Domenico.

—Bueno, sí, es un error tipográfico. Te juro que estamos en el mismo bando.

Miro a mi alrededor: latas vacías de cerveza Nastro Azzurro, un cenicero lleno de colillas de puro. Parece que llevan aquí un buen rato. Supongo que estaban esperándome.

—He visto a Nino en el Vaticano.

Domenico frunce el ceño.

—¿Estás segura de que era él?

—Sí, creo que sí. Bueno, la verdad es que no. No estoy segura. Quizá fuese él.

Domenico mira las cartas.

—*Scopa* —dice.

Ha ganado la partida.

—Quiero conocer a Dinamita.

A la mierda, ¿por qué no vamos todos juntos?

Domenico asiente con la cabeza.

—*Si*.

Veo un jarrón con un ramo de rosas de tallo largo en la mesita. Estoy segura de que antes no estaban aquí. Dios mío, ¿qué quiere decir esto?

—Domenico, ¿me has traído flores?

Él mira el ramo.

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—No tengo ni idea.

Miro a Riccardo y a Giuseppe. Caras de póquer. Tampoco han sido ellos.

—Mierda... Creo que Nino ha estado aquí. Domenico, ¿de verdad habéis encontrado la puerta abierta?

—Eso he dicho.

Miro a ver si las flores traen una nota, pero no hay nada. Rosas. Rosas rojas, otra vez. Como en el Ritz.

—Las flores son tuyas, lo sé.

Ay, qué mono. Qué chulada.

No, Alvie, no te dejes engañar. Sólo lo hace porque se siente culpable.

Como tiene que ser. Menudo capullo.

Aunque, conociéndolo, tal vez la intención sea amedrentarme. Observo las flores de color carmesí. Las espinas parecen muy afiladas.

Domenico menea su fea cabezota.

—¿Por qué te regala flores?

—Ya te lo he dicho: le gusto... Mierda, eso significa que sabe dónde vivo.

—¿Habrá estado siguiéndome? ¿Tiene la ubicación de mi móvil? Eso es imposible—. ¿Y si sigue aquí?

Domenico se acaba la cerveza de un trago y deja la botella en la mesa de golpe. Riccardo y Giuseppe se miran.

—Hay que registrar el apartamento —digo.

Domenico saca la pistola y yo lo sigo. Tengo mi táctica mortífera preparada: le voy a dar una patada en las pelotas. Irrumpimos en el dormitorio. Ojalá la pistola de Domenico fuese mía. Comprobamos la cocina, el baño, el estudio. No está en la habitación de invitados ni en ninguno de los armarios. Tampoco se esconde en el altillo ni debajo de la cama. Hemos registrado la vivienda de arriba abajo.

—Aquí no está, joder.

—*Minchia* —dice Domenico.

—*Stronzo* —respondo yo.

Domenico se sienta, yo niego con la cabeza y suspiro. Me siento asquerosa o incluso peor. Pegajosa. Estoy ahumada del incendio forestal y todavía tengo el pelo embadurnado de Durex Play.

—Voy a ducharme y luego nos largamos.

Entro en el salón con mi conjunto de cuero. Me he lavado y vestido, y estoy lista para la acción. Estoy a tope, con la moral por los cielos. Los mañosos se han quedado dormidos en el sofá.

Alguien llama a la puerta.

Ay, ay, ay. ¿Quién será? ¿La puta policía? No creo que sea Nino, porque él no llama.

Domenico se lleva la mano a la pistola.

—Espera —digo entre dientes—, podría ser cualquiera.

Se pone tenso. Eleva los hombros. Su rostro tosco muestra una expresión funesta. ¿Ha venido la policía a trincarme por el asesinato de mi hermana? ¿Por el de Ambrogio? ¿Por el del atracador? ¿La monja? Respiro hondo.

—Ya voy, un segundo.

Domenico se esconde en el dormitorio. Buena idea.

Me aliso el pelo, me muerdo el labio. La cerradura me juega una mala pasada y la llave tintinea contra el metal. Me tiemblan las manos y tengo los dedos de mantequilla. Me resbalan las palmas del sudor. Al abrir la puerta me encuentro... a mi madre con Ernie en un capazo.

Casi se me cae la mandíbula al suelo. ¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí? ¿Qué broma de mal gusto es ésta? Mi madre y yo siempre hemos sido uña y carne. Perdón, quería decir que le desgarraría la carne con las uñas. La policía habría sido mejor, prefiero ir a la cárcel.

—¿Alvina? —dice mi madre.

Se tapa la boca con ambas manos, está desolada. Es como si acabase de ver un fantasma y, en cierto modo, es lo que ha visto.

Mierda, esto va a ser peliagudo: ella es la única que nos distingue. Siempre lo ha sabido, hiciésemos lo que hiciésemos. Es como si oliera la diferencia. Ronnie y Reggie, Jekyll y Hyde. El hombre de la máscara de hierro... Pues bueno, supongo que ya está. A partir de ahora tendré que ser Alvie, porque es imposible que mi madre vaya a mantenerlo en secreto. Lo lleva escrito en la cara.

—Ahora me llaman Beyoncé, mamá. Es mi nuevo nombre.

—Pensaba que habías muerto —me dice.

La voz de mi madre es aguda y tiene cierto acento australiano. De hecho, oscila entre *Londres y Melbourne*, como si no pudiera decidir cuál es su lugar. Ya lleva diez años en la tierra de los *aussies*, donde viven todas las criaturas venenosas, y yo esperaba que se quedase allí para siempre. Pero no: aquí está. Se quita unos guantes de encaje dedo a dedo, los dobla y se los guarda en el bolsillo. Lleva un traje de falda almidonada de color carmesí, un sombrero de ala y medias finas. El típico atuendo que se pondría Theresa May para decir algo particularmente molesto.

—¿Mamá? Pero ¿qué...? ¿Cómo me has encontrado?

—No ha sido tan difícil, ni que fueras el Yeti...

No, soy el monstruo del lago Ness.

—Pensaba... Creía... —Reprime un sollozo—. Creía que Beth estaba viva.

Una lágrima le surca la mejilla y se la seca con un dedo.

Miro a Ernie en el capazo. Es mío. No quiero que ella lo cuide. Lo cojo y lo abrazo.

—Ma, ma, ma... —dice.

—Hola, cerdito —contesto, y le acaricio la mejilla suave, sonrosada, regordeta. Ahora que lo he recuperado, no pienso alejarme de él. Lo miro a los ojos, que son grandes y azules—. ¿Me has echado de menos, bebé?

Mi madre me aparta para pasar y percibo el hedor acre de Elnett. Siempre se pasa tanto con la laca que su cabeza es inflamable (dato útil). Cilantro. Nardo. Coletazos de opopánax. Es una bomba química/Poison de Dior, su repelente de insectos. Deja el cesto e inspecciona el desorden de mi nuevo apartamento. Les echa un vistazo a los matones del sofá y después repara en mi nariz.

—¡Uy! —exclama con una ceja enarcada—. Estás... rara. ¿Has engordado?

—Yo también me alegro de verte.

Me da la vuelta y me mira el culo.

—¿Qué diantres comes? —Niega con la cabeza y chista—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Las Pringles no son un alimento básico.

Ernie eructa y me regurgita leche. Me la limpio con la camisa.

Riccardo y Giuseppe bostezan y se estiran en el sofá de cuero. Botas embarradas, pantalones de pinzas arrugados, caras mugrientas. Mi madre frunce la nariz, cruza los brazos y espera.

¿A qué?

Nos miramos, a ver quién aguanta más.

Domenico sale del dormitorio. Parpadea y examina a mi madre como si

fuera un pájaro exótico. ¿El ave del paraíso quizá? ¿Una *Manucodia ater* o una *Astrapia mayeril*? Lo que pasa es que yo sé que es un simple albatros. Un pájaro de mal agüero. Una maldición. Se supone que no hay que matarlos.

—¿No piensas presentarme? —dice mi madre.

Se quita el sombrero y me lo da (¿acaso soy su doncella?). Es un sombrero de paja con un ala de una anchura inadmisibile y un fular rosa atado alrededor.

¿Por qué no la maté en Taormina? Debería haber esperado a que llegase y meterle una bala en el entrecejo, porque va a estropearlo todo. Querrá hablar...

—*Signora*, permítame que me presente. Me llamo Domenico Osvaldo Mauro. Soy un buen amigo de su hija. Es un placer inesperado conocer a una jovencita tan encantadora. —Le coge la mano a mi madre y se la acerca a los labios—. Le ruego que me perdone por mi aspecto desaliñado, no he tenido ocasión de arreglarme.

Un momento, ¿jovencita? ¿En serio?

Parece que mi madre se sonroja, pero con tanto maquillaje cuesta distinguirlo. Hoy se lo ha puesto con espátula, parece una máscara funeraria.

—Domenico, te presento a mi madre, Mavis. Mavis, éste es Domenico.

—¿Mavis? ¡Qué nombre tan bonito! —repone él con sorpresa y asombro.

No me fastidies...

Mi madre reclama su mano.

—Gracias. Es zorzal en francés...

Eh, no, eso es mentira.

—Mamá, qué alegría verte. No me has dicho cómo me has encontrado.

—No, ¿verdad que no? Debo decir que todo es muy extraño. Quiero saber qué pasa.

Echa una ojeada a su alrededor para buscar asiento y encuentra un sillón de color verde musgo. Le quita el polvo antes de sentarse y de recolocarse la falda. Cruza las piernas y me mira.

—¿No piensas ofrecerme un té o una copa de champán? Inclina su cabeza encrestada hacia un lado, como una cacatúa insolente.

—No hay té. Ni champán. Acabo de instalarme.

—Pues vaya manera de tratar a los invitados. Ni que te hubieses criado en un establo.

Mi madre se quita unas motas de polvo invisibles de la manga de la chaqueta.

—Supongo que tampoco habrá nada que comer. Qué más da si estoy hambrienta.

—Como ya he dicho, acabo de...

—Y no, no me vale con pastelitos de fresa. No sabes el infierno que he pasado para llegar aquí desde Taormina. Yo sólita con tu sobrino huérfano, sin que nadie cargase con mi equipaje. Y ahora... Y ahora... —Me señala y entierra la cara entre las manos—. ¡Y ahora esto!

Supongo que se refiere a que estoy viva. La decepción es evidente.

—Pues nadie te ha pedido que vengas —respondo, y miro a Ernie, que se me ha dormido en los brazos—. Entonces, mamá, ¿cómo me has encontrado?

—La policía ha localizado el móvil de tu hermana.

(Mierda, no debería haberlo encendido. Ya sabía yo que era arriesgado.)

—Aunque debo decir que no tengo ni idea de cómo ha llegado a tus manos el teléfono de Elizabeth. La policía llegará en cualquier momento. Están aparcando. —Me clava una mirada afilada—. ¿Ya sabes que tu hermana ha muerto?

La contemplo en silencio.

Domenico carraspea.

—Bueno, nosotros nos vamos.

Se acerca al sofá, donde sus matones están haciendo *manspreading* del bueno. Giuseppe tiene la boca abierta y un hilillo de baba en la barba. Riccardo está tan arrellanado en un sillón que está casi en el suelo. Domenico le da una patada en la espinilla.

—*Oi, stronzo, sveglia.*

Le da una bofetada a Giuseppe. Anillos de oro y nudillos ásperos.

Los hombres se despiertan y se levantan.

«*Che cazzo?*», se preguntan ambos. Se quedan plantados frotándose los ojos y bostezando.

—*Polizia* —responde Domenico.

Se dirige a mi madre.

—Ha sido un auténtico placer, Mavis. Espero que volvamos a vernos algún día.

Y hace una puta reverencia. De las de verdad.

Sabía que la policía me alcanzaría tarde o temprano. Mierda, tengo que huir. Pero entonces pareceré culpable. Si me pillan, estoy jodida. Sin embargo, a lo mejor sólo quieren hacerme alguna pregunta. Pensarán que puedo ayudarlos con el caso. Esos lelos creen que fue Salvatore, así que no pasa nada. Ahora que mi madre está aquí, tengo que ser Alvie e interpretar el papel de la hermana gemela leal. Y lo mejor será que Domenico se largue de una

puta vez. Una palabra mal dicha, una pista, una insinuación, y todo se irá a la mierda.

Se oyen golpes secos en la puerta. Domenico palidece. Yo miro al cielo con incredulidad y voy a abrir. Me da igual, ya es demasiado tarde. Hay dos agentes en el rellano: el *commissario* Savastano y el *commissario* Grasso, los dos payasos que conocí en Taormina. Vinieron a casa cuando murió Ambrogio. Los he reconocido de inmediato.

—*Buongiorno, signora* —dicen al unísono.

—*Buongiorno* —dice Domenico.

—*Buongiorno* —añade Riccardo.

—*Buongiorno* —apunta Giuseppe.

—Chau, chau, chau —digo yo.

—Nosotros ya nos íbamos —dice Domenico, y se vuelve hacia los matones—: *Andiamo*.

Los tres se escurren entre los dos policías.

—*Arrivederci* —se despide Domenico.

Los miro mientras se marchan por el pasillo.

Los comisarios me miran a mí.

—¿*Signora* Elizabeth Caruso?

—No, es la otra —responde mi madre, entre lágrimas y con la voz estrangulada—. Agentes, ésta es la señorita Alvina Knightly.

Me miran y fruncen el ceño.

—¿Y el cadáver de Taormina? —pregunta Savastano.

—Ésa sí era Elizabeth Caruso.

Mi madre solloza escandalosamente.

Dios mío, me quiero morir.

—Yo sólo estuve en Taormina una noche. Mi hermana me ponía de los nervios. —Al menos, eso es verdad—. Le dije que tenía que regresar a Londres por trabajo. Ya lo sé, lo sé; no debería haber mentido, pero necesitaba una excusa. Estaba incordiándome mucho, muchísimo. Mi hermana era una pesada. Y, claro, ahora me siento culpable. —Es mentira. Era demasiado imbécil—. Le dije que tenía que volver a Inglaterra, pero en realidad recorrí la isla para visitar los lugares más famosos. Subí a la cima del monte Etna y todo, unas vistas sublimes.

—¿Dónde se alojó? ¿En qué hoteles? —me pregunta el *commissario* Savastano.

Tiene el lápiz preparado para plasmar mi respuesta en su libreta de

espiral.

—Dormía bajo las estrellas. Hacía calor y el clima es seco, así que no me importaba.

Mi madre chista, pero se lo traga todo. Aún se acuerda del día que dormí en la copa de un árbol...

—¿Y después?

—Cogí el ferri a tierra firme el 30 de agosto y luego un tren hasta Roma. Quería hacer turismo antes de regresar al Reino Unido. La piazza di Spagna, el Vaticano... Discúlpeme, estoy muy disgustada.

Escondo la cara entre las manos, finjo una respiración trabajosa y sacudo los hombros. Echo un vistazo por el hueco que queda entre mis dedos y veo a Ernie jugando en el capazo mientras mi madre me mira enfadada. Los agentes están sentados delante de nosotras, tomando notas en sus libretas.

—Hay algo que no entiendo —dice mi madre con los ojos entornados—. ¿Por qué tienes el móvil de Elizabeth?

Le clavo una mirada asesina de la que ella no se percata. Si no la conociese, pensaría que se ha conchabado con los polis para acusarme de asesinato. Ay, espera. Seguro que es eso.

—*Si*, debemos llevarnos el móvil —dice Grasso con la mano tendida—. Si no le importa, *signorina* Knightly.

Busco en el bolso de Prada y saco el iPhone de mi hermana. Se lo pongo en la palma de la mano mientras me devano los sesos: ¿qué hay en el teléfono? ¿Habrá algo incriminatorio? Creo que he borrado mis huellas bastante bien y he usado el nuevo para enviarle mensajes a Nino y para hacerme el montón de selfis en Prada.

El *commissario* Savastano lo coge, lo mete en una bolsa transparente y la cierra herméticamente.

—El mío se estropeó, y Beth me dio el suyo. Supongo que a veces sí era maja...

Los policías asienten con la cabeza, pero mi madre frunce el ceño. Aún no se cree que el cadáver que encontraron era el de Beth.

—Pero, cuando yo todavía estaba en Australia, ¿por qué me llamó Beth para decirme que habías muerto?

Los agentes se miran perplejos. Mierda. Tiene razón: ¿por qué lo hice? No quería dejar ningún cabo suelto y, en aquel momento, me pareció buena idea. Llamé a mi madre fingiendo ser mi hermana y le conté que Alvie había estirado la pata. Que había muerto en la piscina. Al menos, esa parte es cierta.

Tres pares de ojos están fijos en mí. De pronto hace demasiado calor.

—Mamá, creo que no lo recuerdas bien. —Le toco la mano y bajo mucho la voz—. A veces el cerebro te juega malas pasadas, te dice lo que quieres creer, sobre todo cuando la verdad es demasiado... jodida.

Mi madre aparta la mano. Está sollozando, dando alaridos. Supongo que acaba de darse cuenta de la realidad. Está histérica y eso es bueno; parece una auténtica demente. Mi historia colará.

Oigo el eco de la risa del señor Pompas en la cabeza.

El *commissario* Savastano se frota la barba canosa.

—¿Estaba en el chalet de los Caruso la noche del 26 de agosto?

—Sí, así es. Pregúnteselo a Emilia, la niñera.

Los policías asienten. Ya han hablado con ella.

—¿Sólo una noche?

—Eso es —contesto.

—Y mientras estaba allí, ¿vio u oyó alguna cosa que le resultase sospechosa? ¿Algo que le hiciera pensar que su hermana corría algún peligro?

—Bueno, vamos a ver... —Arrugo la frente, hago como que pienso, que rebusco en los rincones de mi mente—. Sé que se follaba a su vecino; creo que se llamaba Salvatore. ¿Creen que eso puede estar relacionado?

He dado en el clavo.

Genial.

Mi madre suelta un grito agudo, como si alguien estrangulase a un loro.

—Ah, sí, Salvatore Bottaro.

—Exacto. A ése es a quien tienen que buscar.

—¿Sospecha que el vecino, el *signor* Bottaro, podría ser el culpable de este horrible crimen?

—Sí, es él. Apuesto a que lo hizo él.

El policía suspira.

—De acuerdo.

—Ahora sólo tienen que encontrarlo.

Intento ofrecerles una sonrisa triunfal.

Savastano carraspea y bebe un trago de agua.

—Anoche apareció el cadáver del *signor* Bottaro. Lo encontraron en un bosque a las afueras de Taormina, cerca de donde estaba Elizabeth.

Me quedo mirando al agente.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—Salvatore está muerto.

Palidezco de inmediato. Me preguntaba dónde lo habrían enterrado Nino y Domenico. Esto no va bien.

—¿Han encontrado su cadáver?

—Eso es.

—¿Estaba muerto en el bosque?

Beth está histérica en mi cabeza.

—Calla, puta.

—¿Disculpe?

—No hablaba con usted.

Mi madre frunce el ceño, yo sudo.

—Tenemos motivos para pensar que la persona o las personas que mataron a su hermana también asesinaron a Ambrogio Caruso y a Salvatore Bottaro.

—¿De verdad?

Me remuevo en el asiento.

—Dígame, *signorina* Knightly, ¿ha oído algo sobre un cuadro, un Caravaggio? —pregunta Grasso.

Contemplo la alfombra deshilachada. Mi madre me da una patada en la espinilla.

—Alvina, el agente te ha hecho una pregunta.

«Se te está yendo», me advierte Beth.

Calla, calla, calla, calla.

—Disculpe, ¿puede repetirme la pregunta?

—¿Oyó algo sobre un Caravaggio mientras estaba en el chalet?

—No. En absoluto. No sé qué es eso.

Mi madre me mira con los ojos entornados.

—Un Ca-ra-vag-gio —dice, y mira a los comisarios—. Suspendió historia del arte.

Los policías se miran, pulsán el botón del bolígrafo y cierran las libretas.

—Muchas gracias, nos ha ayudado mucho.

Levanto la mirada y asiento. Esbozo una sonrisa amplia.

—Si puedo hacer algo más por ayudar en la investigación... De veras, cualquier cosa.

Se levantan, nos estrechamos la mano y se marchan.

¡Hurra! Qué fácil ha sido. Tengo unos nervios de hierro, soy una auténtica profesional. Es como si no tuviera nada que ocultar. He mantenido la calma, sin despistarme. Ha sido digno de un Oscar; incluso cuando han soltado el bombazo sobre el cadáver de Salvo he actuado con gran aplomo. Ni siquiera

he parpadeado.

Mi madre se acerca con los ojos entornados.

—Dondequiera que vas, te siguen los problemas.

—Mamá, no me culpes a mí. Es mi don de la inoportunidad, nada más.

—Aquí hay gato encerrado.

Me agacho a coger a Ernie y le hago cosquillas debajo de la barbilla.

—No. Y no seas tan dramática. No te sulfures.

Cuando la policía ya se ha ido y mi madre se ha instalado en casa, Domenico regresa con sus gorilas.

—Todo bien —digo moviendo los labios—. Ya se han marchado.

—¿Qué querían los cerdos? —pregunta Domenico.

—Nada. No pasa nada.

—¿Nada?

Domenico menea la cabeza y yo cierro con llave. Él carraspea.

—¡Ejem!

Doy un respingo. Ha sido como una explosión, un AK-47.

—Señoritas, sería un grandísimo honor para mí llevarlas a cenar esta noche.

Dios mío, esto no, por favor. Entorno los ojos.

—No hace falta, Domenico. De verdad.

El mafioso mira a mi madre. Mi madre le devuelve la mirada.

—Conozco un sitio encantador en la piazza Navona. Es muy... ¿Cómo se dice? Muy romántico. Las vistas de la magnífica fuente de Bernini, la Fontana dei Quattro Fiumi, son incomparables.

—No, no, gracias —digo mirándolo con los ojos muy abiertos.

Hago un gesto, pero él no lo pilla. O le da igual. Se fija en mi madre como si fuese Marilyn Monroe o la puta Helena de Troya. Uff. Mi madre también lo mira a él. ¿Qué está pasando? Domenico se arrodilla como si estuviera a punto de proponerle matrimonio.

—Cuando la luz de la luna bese la piel de mármol de los dioses de los cuatro ríos, sentirá la presencia del mismísimo Todopoderoso. Es... *Come si dice?* Divino.

Se besa las yemas de los dedos y dibuja una estrella que explota en el aire.

—No. Que no. No puede ser —insisto.

Mi madre se mete un mechón imaginario detrás de una oreja perlada, se mira los pies y las sandalias de Ferragamo y se muerde el labio.

Domenico se acerca un poco más y habla en un tono de voz íntimo.

—Yo mismo me encargaré de que sus papilas gustativas disfruten con las delicadezas más suntuosas de toda Roma: flores de *zucchini* rellenas de *baccalá* con el rebozado más ligero, *saltimbocca di vitello* envueltos en dulce *prosciutto* y *rigatoni carbonara* tan exquisitos que la harán llorar.

—De eso nada. En serio, no vamos a ir.

Por Dios santo, creo que está flirteando con mi madre. Asco no, lo siguiente.

—*Maritozzi* con nata montada y piel de naranja confitada. Tiramisú empapado del mejor marsala...

—Pues yo sí quiero ir, Alvina —dice mi madre, alisándose la falda y atusándose el pelo—. Tengo bastante hambre, así que, arreglado. —Coge el bolso, lista para salir—. Gracias, Domenico. Será muy agradable.

Él me mira perplejo. Le leo la mente: «¿Alvina? Tú no te llamas así, ésa era la que enterramos».

Carraspeo.

—Y Ernie, ¿qué? Está durmiendo, él no puede ir.

Menos mal, eso los ha distraído. Pero ¿cuánto durará? Estoy jodida.

Ernie está durmiendo en el capazo, roncando suavemente. Mueve los párpados, contento con sus sueños sobre pechos llenos de leche (o lo que sea que sueñen los bebés; como es un Nino, serán pechos).

Mi madre se agacha, tira de la mantita y lo tapa hasta la barbilla.

—¿Qué tipo de restaurante es, Domenico? ¿Pasa algo si llevamos al bebé?

Domenico mira a Ernesto y luego a Riccardo y a Giuseppe, que se han vuelto a desmayar en el sofá. Son más animales que humanos y, como los leones, duermen mucho.

—*Non si preoccupi, signora* —contesta él con una reverencia casi imperceptible—. Mis hombres estarán encantados de cuidar de su nieto. Usted puede disfrutar de una relajante velada sin el peso de sus responsabilidades.» *Stronzi* —gruñe Domenico, y los mañosos se despiertan—. Vigila al Nino. ¿Estos dos? Tiene que ser una broma.

—Uy —contesta mi madre—, ¿seguro?

—Sí, ¿estás seguro? —insisto yo.

Riccardo se levanta y mira al crío como si no estuviera seguro de qué es. Giuseppe se levanta, se rasca el culo y le frunce el ceño a Domenico.

—Por supuesto, Mavis —contesta Domenico—, no hay nada que temer. Por favor, discúlpeme mientras me arreglo...

Lo sigo al dormitorio.

—¿Qué pasa con Dinamita? —le pregunto.

—*Domani*. Mañana. *Un po di pazienza*.

Y me cierra la puerta en las narices.

Domenico sale de la habitación y tengo que mirarlo dos veces. ¿Es el mismo de antes? ¿El asesino a sangre fría? ¿El mañoso más corto que las mangas de un chaleco? Trato de recordar la primera vez que lo vi, el día del bosque, en Sicilia. Estaba sentado en el asiento de atrás de una camioneta, fumando un puro cubano. Llevaba un mono rasgado, la cara hecha polvo. Tierra debajo de las uñas. Kilos de más. Vertió cemento sobre mi hermana y me contó que habían destripado a su hermano, cosa que me asqueó muchísimo. Y ahora se ha puesto un traje de chaqueta y está más elegante que Chris Eubank o que Daniel Craig en *Casino Royale*. Más fino que el puto Drake. Corbata morada de estampado de cachemira y un pañuelo de seda a juego. Los zapatos tan pulidos que podría ver debajo de las faldas. ¿De dónde narices ha sacado el bombín? Debe de ser lo que había en la sombrerera. (¿Qué les ha dado a los mañosos con la sombrerería?)

«El traje revela al sujeto», pero supongo que en esta ocasión es falso.

Mi madre mira a Domenico boquiabierta. Parece al borde de un orgasmo.

—*Andiamo*, señoritas —dice él, y abre la puerta del apartamento.

Piazza Navona, Roma, Italia

Estamos sentados en la terraza de un restaurante a la vieja usanza, justo en el centro de la piazza Navona. El lugar es increíble; romanticismo de manual. Estamos Domenico, mi madre y yo; o sea, la puta tribu de los Brady. Si me despisto, acabaré llamando «papá» al mañoso despiadado.

Estudio la carta. Un aroma intenso a *lasagna al forno* y a *spaghetti alla puttanesca* inunda el aire fresco de la noche. La luz parpadeante de las velas arroja cálidas sombras en la plaza antigua. En las mesas hay manteles de cuadros rojos y blancos, y olivas del color de la esmeralda; me meto una en la boca y la pulpa salada y consistente cruje entre mis dientes. La famosa obra maestra de Bernini está a tan sólo unos metros de distancia. Un gigantesco obelisco egipcio penetra el cielo estrellado. Los abundantes chorros de la fuente eyaculan torrentes de agua y espuma que salpican. Enciendo un cigarrillo y cierro los ojos. Hago como si no estuviera allí, como si estuviera en otra parte: viajando con Nino por la Toscana, en una bañera de agua caliente del Ritz con Nino, en la cama de mi apartamento con Nino...

—Qué vicio más feo —se queja mi madre, y tose por el humo de mi tabaco.

Domenico apaga el suyo.

Yo enciendo otro.

¡Ping!

Un mensaje de texto. Es él. Cómo no.

¿Te han gustado las flores?

Estoy a punto de borrarlo y, al final..., no lo hago.

¿Eran un regalo o una amenaza?

Un hombre con un violín se acerca a nuestra mesita. Toca esa canción que habla sobre cuando la luna te llama la atención como si fuera una pizza enorme.

—«*That's amore...*» —canta Domenico mientras lleva el ritmo dando golpecitos con el pie.

Le da al tipo un billete de quinientos euros.

—*Grazie, grazie* —responde el hombre. Hace una fioritura en el aire con el arco y se vuelve hacia mi madre—: ¿Tiene alguna petición, *signora*?

Mi madre estira la espalda en la silla y se limpia la boca con la servilleta.

—Uy, sí, muchas gracias. ¿Cómo se llama esa que siempre ponen en las películas ambientadas en Italia?

—*Tu vuó fá l'americano* —contesto.

—La que canta Jude Law en *El talento de Mr. Ripley*.

—Es *Tu vuó fá l'americano* —insisto.

—Hace así —continúa ella—: «*Mericano, mericano, mericano, na na na na na na na na*».

—*Ah, si, si* —contesta Domenico—, ya sé cuál es. *Tu vuó fá l'americano*.

—¡Eso!

Maldita sea, ya me ha hepeteado.

—*Puó suonare questa canzone?* —le pregunta Domenico al músico.

El violinista la toca pegado a mi oído.

—«*Mericano, mericano, mericano!*» —canta mi madre a voces.

Creo que voy a tener migraña. Me froto las sienes y cojo el cuchillo de la mesa. Acaricio el filo con el pulgar. ¿A quién mato primero: al violinista o a mi madre, que tiene el oído de madera? Difícil decisión...

—Mavis —dice Domenico, inclinado sobre la mesa—, dime una cosa, por favor, si eres tan amable. ¿Qué quería la policía? Siento que tuviéramos que ausentarnos.

Cojo la copa y veo que está vacía. Echo mano a la de mi madre y bebo.

—Querían hacerle unas preguntas a mi hija. Ella estaba en Taormina más o menos cuando asesinaron a su hermana gemela. Dime, Domenico, ¿cuánto hace que la conoces?

Él me mira con el ceño fruncido.

—Desde que llegó a Taormina.

—O sea, que no hace mucho.

—No.

—¿Y todavía no ha intentado acostarse contigo?

—Mamá...

¿Cómo se le ocurre...?

Domenico me mira.

—No, todavía no.

—Pues has tenido suerte —contesta ella—. Eres el que se le ha escapado...

Aprieto la mandíbula. Si rompo la copa, podré usar los cristales para rebanarle el pescuezo.

—¿Más vino? —pregunta Domenico, y rellena la copa de mi madre, aunque aún está medio llena.

Ayayay, que está intentando emborracharla, y ella ya empieza a arrastrar las palabras. Está funcionando.

—Gracias —dice mi madre, y bebe un trago—. *Delizioso*.

Domenico y mi madre hacen chocar las copas por sexta o séptima vez mientras yo contemplo el asiento vacío que tengo delante. Es como si no estuviera presente.

—Espero que estés disfrutando los *linguine*, Mavis. Dime, ¿te gustan?

—Uy, sí —contesta ella—. Dime, Domenico: tu inglés es fantástico. ¿Te importa si te pregunto dónde lo aprendiste?

Yo misma me lo preguntaba... Un inglés muy como de la regencia.

—Lo aprendí en la escuela, como todos los Niños sicilianos. Pero tuve la suerte de disponer de un ejemplar de *Persuasión*, de Jane Austen, en la versión original. Es mi libro favorito. —Se vuelve hacia mi madre y estira el brazo para cogerle la mano—. «Me traspasa el alma. Vivo mitad en la agonía, mitad en la esperanza. No me diga que llego demasiado tarde, que se han perdido esos preciosos sentimientos para siempre. Le ofrezco mi ser otra vez con el corazón más rendido que cuando casi lo destrozó hace ocho años y medio.»

—Ay, Domenico...

Mi madre se abanica con la carta de vinos.

—«No diga que el hombre olvida antes que la mujer, que su amor muere más pronto. No he amado a nadie más que a usted.»

—Ay, Dios...

Clavo el tenedor en la pasta una y otra vez, y cuando sólo queda un ravioli, lo remuevo por todo el plato para aprovechar lo que queda de salsa. Nos quedamos un rato sumidos en un silencio vergonzoso.

—Alvina —dice mi madre.

Domenico frunce el ceño.

—¿Elizabeth?

—Beyoncé —digo yo.

—¿Alvina?

—¿Betta?

—Cof, cof, cof —respondo.

—¿Es que no puedes beber un poco de agua? —pregunta mi madre.

—Vamos al baño —le contesto.

—Pues parece un joven muy agradable —le dice mi madre a la puerta del cubículo.

No hablará de Domenico...

—Sí, claro, una delicia.

Tiro de la cadena y me reúno con ella en los lavamanos.

—¿A qué se dedica? —me pregunta mientras se atusa el pelo.

Se mira en el espejo y hace un mohín antes de retocarse el pintalabios, a pesar de que lo tiene intacto.

—Exterminio de plagas —digo.

Como tú con tu perfume.

Cojo jabón y abro el grifo. El agua está hirviendo y me quemo las manos.

—Anda, qué útil. ¿Hay mucha demanda? Me refiero a Taormina.

—Te sorprenderías... Es muy estacional.

Abre la polvera y se aplica el maquillaje con una borla que parece un plumero.

—Desde luego, parece que se gana bien la vida. ¿Has visto cuánto dinero le ha dado al músico? Un billete de quinientos.

—Ah, sí, se la gana bien. O sea, no.

—Si te soy sincera, Alvina, la cosa no va bien con Rupert —dice, y suspira.

Ugh. Rupert Vaughan Willoughby, el segundo marido de mi madre y el mayor fracasado de la historia. (Ay, no, que ése es Nino. El segundo mayor entonces.) —¿No? Cuéntame, ¿a qué se debe?

¿Por fin se ha coscado de que eres un súcubo? ¿Te ha visto la cola de serpiente y las garras de pájaro? ¿Ha descubierto que eres la reina de los

demonios?

—Ya hace unos cuantos años que no está a la altura «en el dormitorio». Y yo soy una mujer, tengo necesidades.

Ay, Dios... No debería haber preguntado nada. No estoy aquí, esta conversación no está teniendo lugar. Nino en un Lamborghini. Nino en fardahuevos. Nino cubierto de Nutella...

Voy hacia la puerta del baño, pero mi madre habla con el espejo, embelesada como la bruja mala contemplando a Blancanieves.

—O sea, nunca ha pasado de ser un champiñón, pero al menos antes...

—Me voy, mamá. ¡Adiós!

—Ernie y yo nos mudamos a tu casa. A la habitación de invitados.

Empujo la puerta y vuelvo a la mesa con la bilis subiéndome por el esófago. No lo dice en serio. No se quedará. Voy a borrarlo del cerebro.

Domenico, que me está esperando en una esquina, me empuja hacia un rincón y me empotra contra la pared.

—*Che cazzo?* —me dice al oído, entre dientes.

Yo miro al techo con incredulidad.

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Eres la otra hermana?

Dios mío, otra vez no. Ya estoy harta del tema.

—Sí, ¿qué pasa?

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y noto el metal de la pistola. Me la clava por debajo de las costillas, en el diafragma.

—Vale, vale. Te lo puedo explicar.

—Estoy esperando.

¿Ahora qué?

«Se ha terminado, Alvie», dice Beth.

—Ambrogio mató a Elizabeth porque quería estar conmigo...

Genial. Viva yo.

Domenico enarca las cejas, creo que se lo ha tragado.

—*Minchia.*

—Estábamos liados, necesitábamos deshacernos de mi hermana.

Brillante, Alvie. Genial. Estás *on fire*, joder. Te pongo un sobresaliente en improvisación. El capullo se lo ha tragado.

—Entonces ¿Ambrogio mató a Elizabeth? ¿La asesinó?

—Sí, la semana pasada. La verdad es que siempre me ha preferido a mí...

Yo era la gemela sexi. Podría explayarme durante horas sobre lo mierda

que era Beth en la cama, hacer una lista de mis cualidades y dejarla a ella a la altura del betún.

—¿Y ella se follaba a Salvatore?

—Sí, pero ¿tú cómo lo sabes?

—Me lo contó Nino.

Vale. Me cuadra. Nino y Domenico son como hermanos, se conocen desde hace la tira de tiempo.

—Y cuando Salvatore se enteró de lo de Beth...

—Mató a Ambrogio.

—Exacto —respondo—. Domenico, por favor, suéltame. Siento haberte mentido.

Parpadeo y saco pecho. Hago mi mejor imitación de una damisela en apuros.

Él me clava más profundamente la pistola en mis órganos. Me va a perforar un puto pulmón.

—No vuelvas a hacerlo —me dice.

Yo respondo que no con la cabeza.

—No lo haré.

Me suelta y se aleja. Me apoyo en la pared. Cuando por fin recupero el resuello, lo sigo por el pasillo.

Mi madre nos espera en la mesa. Domenico me fulmina con la mirada.

—Ohhh, *quiestáis* —dice mi madre arrastrando las palabras—. ¿*Pdimosshlacuenta?*

Estamos regresando a pie al apartamento, mi madre y Domenico van delante y yo, algo rezagada. La brisa es fresca y suave como un jersey de Gucci de cachemira y lana merina. El tintineo del agua en las fuentes suena a Vivaldi. Los gigantescos sicómoros se mecen al viento mientras paseamos por debajo. Doblamos una esquina y cruzamos el río Tíber por un puente. El agua serpentea y centellea a la luz plateada de la luna.

—Qué bonito, Domenico —dice mi madre sin apartar la mirada de las vistas.

—*E bella come te*, Mavis. Bella como tú.

Entramos en mi callejuela sinuosa de adoquines y balcones. Las puertas antiguas de madera están adornadas con cabezas de leones rugientes. Miro a mi alrededor para ver si está Nino, por si acaso, pero no hay ni rastro de él. Al menos, de momento. Domenico y mi madre caminan de la mano. Estoy de sujetavelas.

—Muchas gracias por una velada maravillosa, Domenico. No hacía falta que nos trataras tan bien, pero ha sido muy caballeroso por tu parte. Dale las gracias, Alvina.

—Eso, sí, gracias.

Mi madre se cree que tengo cinco años.

—*Signora*, el placer ha sido mío. Eres tan joven y hermosa como tu hija, o más. Espero que hayas disfrutado de la cena.

—Sí, muchísimo. Me ha gustado sobre todo el vino tinto. ¿Cómo se llamaba?

—Regina di Renieri.

—Ah, sí, Regina —repite, y le da el hipo.

—*Regina* significa «reina» —explica Domenico.

En serio, ¿qué mierda nos importa eso?

—Me han encantado los bombones que han servido con el postre. *Baci* o algo así, ¿verdad?

—*Si, baci*. Significa «besos».

—A mí me han parecido demasiado dulces. Como si llevaran sacarina.

Subimos la interminable escalera que conduce a mi apartamento y, mientras busco las llaves, los tres resoplamos. Parece que Domenico y sus dos matones se han instalado, así que no sé dónde dormiré mi madre, porque el apartamento sólo tiene dos dormitorios. Tendrá que ir a buscar un hotel... a estas horas de la noche. Con el bebé. Abro la puerta y pasamos al salón. Riccardo y Giuseppe levantan la cabeza; estaban jugando con Ernesto, que se ríe. Le hacen cosquillas en la barriga y le alborotan el pelo mientras él gatea por el suelo del salón. Hay juguetes esparcidos a su alrededor. Tienen pinta de haberlo pasado fenomenal.

—Deseo que pases una buena noche —dice Domenico, y besa la mano que le ha tendido mi madre.

Ella se ríe como una adolescente y yo miro clamando al cielo.

—Buenas noches —digo—. Me voy a la cama.

No aguanto más. Ha sido una velada infernal. No podría haber sido peor. Cierro la puerta de golpe y me tiro en la cama a mirar el techo. En un rincón hay una mancha de humedad; en el piso de arriba deben de haber tenido una gotera. Apago la luz y, cuando estoy a punto de quedarme dormida, oigo golpes en una de las paredes.

PUM.

PUM.

PUM.

PUM.

—Domenico, eres un semental italiano...

—Hazme el amor, Mavis, reina mía.

Dios mío. Lo sabía, joder.

«Qué ascazo», se lamenta Beth.

Por una vez ha dicho algo con lo que estoy de acuerdo.

Me tapo la cabeza con la almohada, pero no sirve para sofocar el ruido.

PUM.

PUM.

PUM.

PUM.

La puerta de mi dormitorio se abre de golpe y se estrella contra la pared. Me siento en la cama y enciendo la luz.

¿Qué pasa ahora?

Domenico está ahí plantado, desnudo de cintura para abajo y erecto. Que alguien me mate. Ahora mismo, por favor.

—Dice tu madre que si tienes un condón.

Abro la boca y la cierro. Soy incapaz de articular palabra.

Mi propia madre, joder. Y este cabrón. Ella tiene sesenta y un años, casi sesenta y dos. Él tiene la mitad.

—No, no tengo.

(Sí tengo, pero no se los voy a dar. Tengo un paquete de gomas estriadas con sabor a frambuesa en el bolso de Prada, pero me las guardo para una ocasión especial. Las quiero para cuando encuentre a Nino.) —No te preocupes —le digo—, es demasiado mayor para quedarse embarazada.

—Ya lo sé, pero yo tengo hepatitis A, B y C.

Cierra la puerta y se va.

Oigo voces en el salón, se lo está preguntando a los matones. Supongo que uno de los dos debía de tener uno, porque dos o tres minutos más tarde: PUM.

PUM.

PUM.

Sexto día: El policía

LA SEMANA PASADA

Sábado, 29 de agosto de 2015
Taormina, Sicilia

Mi hermana está muerta. Yo soy rica de cojones. A celebrar tocan. Me hago una raya en el pecho de Nino y lamo los restos. Sudor cálido y salado. Cocaína ácida. Se me enciende el cerebro de nuevo. Mi lengua resbala por su piel y se me entumece la boca. Sabor amargo. Le acaricio el vello suave y negro de los pectorales con los dedos.

—¿Quieres otra? —le pregunto, y le paso el billete de cincuenta enrollado —. Venga, una más. Esta mierda es la bomba.

Nino se pinta una raya encima de mí, entre mis dos pechos. Me lame desde el pubis hasta el cuello.

—Oye, para ya. Me haces cosquillas —digo, y me escapo.

Me chupa la cara un poco más y me muerde la oreja.

—Basta. Basta ya, o te mato.

Tiene la lengua caliente y mojada.

Le doy en la cabeza con la almohada, y él finge estar muerto. Una pluma blanca y diminuta se escapa y flota hasta la cama. La miro hasta que se posa en la sábana y después me tumbo al lado de Nino. No sé qué tiene, pero follar en la cama de mi gemela muerta me resulta muy erótico. Las sábanas aún huelen a Ambrogio, a Armani Black Code. La lencería que hay esparcida por el suelo es de mi hermana. Llevo hasta su pintalabios: Rouge Allure, de Chanel. Nino también, alrededor de la polla.

Escuchamos las pulsaciones del silencio, la noche vacía y callada. No hay nada más allá de estas cuatro paredes: nosotros lo somos todo. Salvatore no está muerto en el suelo de la cocina. Domenico no está limpiándolo todo. Mi hermana no está enterrada en un bosque y Ambrogio tampoco está en un frío depósito de cadáveres. Nino y yo somos lo único que importa. El mundo gira a

nuestro alrededor.

—Betta —me susurra al oído. Siento su aliento cálido en el cuello, me pone la carne de gallina. Percibo su fragancia almizclada y masculina—. Ven conmigo, tengo una idea.

Me coge la mano y tira de mí. Salta de la cama.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Adonde vamos?

—Será genial, te encantará. —Busca la ropa por el suelo—. Yo lo he hecho un montón de veces. Es una locura. La hostia de divertido.

—¿Hacer el qué? ¿Qué es tan guay? —pregunto.

Quiero que nos quedemos aquí, esnifando cocaína.

Pero Nino ya está en marcha. Lo veo ponerse los vaqueros: su cuerpo es como el de Brad Pitt, como Tyler Durden en *El club de la lucha*. En la escena en la que está en el sótano sin camiseta. O esa en la que está desnudo en la bañera... Brad es perfecto, como un Action Man, pero no es nada en comparación con él.

Busco mi ropa. Las bragas. El sujetador. No veo el vestido, pero que le den. No puede vernos nadie, la mayoría están muertos. Nino sale por la puerta del dormitorio y yo lo sigo medio desnuda. Corro por el pasillo ataviada con la lencería de Beth, encaje rojo de La Perla. Pasamos por todo el chalet y salimos afuera. Estamos en el jardín de mi hermana, la piscina parece plata fundida. Me da la sensación de ir a ver a mi gemela, pero no. No está. No seas idiota. Estamos solos. Relájate.

Es una noche muy oscura, casi azabache; pero hay una luna menguante y gibosa que ilumina el monte Etna.

Nino se vuelve y sonrío un instante. Parece joven, casi un Nino.

El dulce aire nocturno y el olor de los franchipanes: acaramelado.

El canto de los grillos.

El bochorno de una noche de verano.

—Nino...

Me río. Estoy cieguísima. Sonrío de oreja a oreja.

—Nino, Nino, Nino... —canturreo como si fuera un camión de bomberos.

—Date prisa, Betta. Venga.

Tengo la risa floja y me muerdo el labio para controlarla. Me cuesta horrores no ponerme a gritar que me llamo Alvina.

Pasamos entre el follaje. Limoneros. Olivares. Casas. La brisa cálida me acaricia la cara. Llegamos a un claro y por fin lo alcanzo. Joder, qué globazo llevo. Apoyo las manos en las rodillas, estoy mareada. Levanto la mirada para

ver dónde estoy. Nino se acerca a mí. Me coge del brazo, lo sigo. Nos asomamos a un precipicio y nos quedamos disfrutando de la brisa cogidos de la mano. Me lleva hasta el borde, la caída es la hostia. Parece peligroso. Mortal. La luna irradia una luz fantasmagórica que ondea en el agua silenciosa. Todo está en blanco y negro, como en una película antigua. Se me acelera el pulso. ¿Qué hacemos aquí? Parece el acantilado donde tiramos a Ambrogio. Me quedo helada.

—Nino, ¿en qué estás pensando?

—Vamos a saltar.

—¿Has perdido la puta cabeza o qué?

—¿Confías en mí? —pregunta.

Una pausa. Es una buena pregunta. ¿Va a deshacerse de mí como se deshizo de mi hermana? A ella la hizo desaparecer.

Nino me coge la mano más fuerte, tiene la palma resbaladiza.

— *Uno, due...*

—Espera, Nino.

— *Uno, due, tre.*

Primero folla conmigo y ahora va a matarme. Eso es más viejo que el hilo negro. Pero ¿por qué? Ay, Dios, ¿se habrá dado cuenta de que no soy Beth? ¿Sabe que he asesinado a su jefe? Si se entera de que he matado a Ambrogio, de que le aplasté la cabeza con una piedra, me asesinará a modo de venganza, igual que hizo con Salvo.

Tira de mí, y yo no puedo evitarlo: salto.

El suelo cede ante la nada...

Nada...

Y caemos,

caemos,

gritamos.

—¡AAAAAHHHHHH!

El aire frío del mar me abofetea.

Las estrellas se difuminan.

Se me hace un nudo en el estómago.

Qué locura de subidón. Creo que nunca había sentido nada igual.

Llevo un colocón del quince.

Salgo de mi mente y nos veo saltar desde las alturas. Veo cómo nuestros cuerpos se despeñan. La curva del mundo al girar. La Tierra es una bola azul y verde que se hace cada vez más pequeña.

Nos estrellamos contra el agua.

Un ruido ensordecedor. Un estruendo. Y regreso. Estoy despierta, excitadísima. Tengo los sentidos a flor de piel. Me siento viva. Y de pronto nos sumergimos. Noto un tirón en la mano derecha, y es Nino, que me saca a la superficie. Agua fría, negra, pesada, helada. Me salen burbujas de la boca y nado a la superficie tan rápido como puedo, doy patadas al agua. Agito los brazos. Nino y yo seguimos de la mano, no me ha soltado en ningún momento. Emergemos a través del agua gélida al aire de medianoche. Doy bocanadas de aire, salpico, reniego, estoy viva.

—¡JODER, JODER, JODER!

Nino me besa. Aprieta mi cuerpo contra su piel mojada y resbaladiza. Nuestros corazones laten al unísono. Flotamos entre olas, bajo un cielo vasto y estrellado. Subimos y bajamos y subimos y bajamos y subimos y bajamos...

Este beso. El mar salado. Sus labios fríos. Tiemblo. Tiritito en el agua. Casi no puedo ni respirar.

Nino me acerca a él.

—¿Te gusta, Betta?

Ay, otra vez ese nombre. Voy a contárselo.

Cierro los ojos y dejo que me abrace. Noto la piel desnuda de su torso en el pecho.

—Nino, quiero contarte algo.

Callo.

Creo que no puedo decírselo.

Me imagino la cara de Beth.

Lo miro con miedo.

Sus ojos se ven negros y brillantes a la luz de la luna.

—¿Qué pasa, Betta? Venga.

—Ésta es la mejor noche de mi vida.

Esta vez lo beso yo a él.

23

Sábado, 5 de septiembre de 2015
Trastévere, Roma, Italia

Mi ropa está tirada en el suelo del dormitorio. Voy poniéndomela a medida que la recojo. Bragas de Prada. Pantalones de cuero. Zapatillas de cuero. Chaqueta de cuero negro. Me miro en el espejo de cuerpo entero, me peino con los dedos. El tinte rosa empieza a difuminarse, tendré que teñirme de nuevo. Pero ahora mismo no. Hay algo mucho más urgente, más importante que mi pelo. Me quito el rímel de ayer con un dedo mojado con saliva y me pongo base de maquillaje para disimular los hematomas azules y verdes de mi nueva nariz. Pintalabios morado. Más rímel. Añado las gafas de sol con cristal de espejo y saco el fedora de Nino, que me coloco inclinado. Pruebo del otro lado. Con el pelo fucsia me queda fabuloso.

Venga.

Estoy lista para Dinamita.

Preparada para encontrar a mi hombre.

Nino deseará no haberse metido conmigo. Se arrepentirá de haberme conocido. Lo localizaré y me acostaré con él (algo rapidito, sólo una vez más: me lo merezco). Y luego, cuando piense que está a salvo, cuando crea que se ha librado, lo mataré de forma lenta y dolorosa. Y desaparecerá.

Miro el reloj de cuco: una vez, dos veces. Es para asegurarme. El dinero sigue ahí dentro, bien. Sin embargo, hoy necesito ir ligera de equipaje, no puedo ir cargando con todo eso. Podría tener que salir de aquí corriendo; tal vez no vuelva jamás.

Saco los billetes del reloj y me los meto en el sujetador *pushup*. ¿Qué más? ¿Qué puedo necesitar? Miro en la habitación. No puedo llevarme toda la ropa, el lubricante, el cepillo de dientes eléctrico... Todo eso pesa y ocupa mucho espacio, me lastraría. Tendré que ser selectiva, usar mi criterio. Me encantaría tener otro cuchillo de trinchar, pero en la cocina no hay ninguno más que esté afilado. Ya lo he mirado. Cojo el anillo de placer, los condones, el tabaco y el pasaporte. Ya no necesito el de mi hermana, porque todo el mundo sabe que la ha diñado. Cierro la cremallera. Vamos allá. Enciendo un cigarrillo.

Entro de puntillas en el cuarto de Domenico y miro si está dormido. Está en la cama con mi madre; Ernie está sobado entre los dos. El bebé está abrazado a la cara del mañoso mientras se chupa el dedito. La viva imagen de una familia feliz. Todavía me cuesta creer que le guste mi madre, pero tal vez sea necrófilo. Dios los cría y ellos se juntan.

Pobre Ernie, otra vez me voy sin él. Ya es la segunda y no puedo evitar sentirme mal. Lo abandono con la demente de mi madre y este puto psicópata: el pobre crío necesitará una buena terapia. Puede que más que yo y todo. ¿Sabes qué? Me lo llevo. No quiero que mi madre se quede con él, lo adoptaré. Es un plan alucinante: robo al Nino, encuentro el móvil de Nino y el número de Dinamita, y me llevo la pistola.

El suelo de madera cruje mientras busco el arma a hurtadillas. Rebusco en los bolsillos de la chaqueta, pero ahí no está. Maldita sea, tampoco encuentro el móvil de Nino. No lo veo en la mesilla ni cargándose cerca de algún enchufe. ¿Qué demonios ha hecho con él? Lo necesito para el plan.

Me la jugaría a que Domenico duerme con la pistola debajo de la almohada. Sé que, si yo fuera él, lo haría. Puede que el móvil esté en el mismo sitio, así que merece la pena echar un vistazo. Me acerco a la cama sin hacer ruido y me fijo en su cara de rasgos toscos. Ronca muy fuerte, con un sonido gutural que parece un gruñido, tal como imagino que serían los de un ogro. A la mierda: voy a intentarlo. Meto la mano debajo de la almohada, centímetro a centímetro. Da media vuelta y me atrapa el brazo. Tengo su nariz casi pegada a las tetas. Si me muevo ahora, no me cabe duda de que se despertará. Parece que la idea no ha funcionado.

—Mierda —digo entre dientes.

Mi madre se despierta.

—¿Alvina?

Se frota los ojos y se incorpora. Su voz me atraviesa los tímpanos como si

fuera un alfiler. Es demasiado pronto para esta mierda. Lleva una combinación de encaje color escarlata, pero se le ha corrido el maquillaje y tiene el pelo alborotado. Dios mío. Mi madre y Domenico. Jamás podré borrar la imagen de mi mente. Cierro los ojos, pero no veo más que el enorme pene erecto de Domenico, grabado en mis retinas para los restos. Es como un protector de pantalla fálico que no sé cómo borrar. Abro los ojos al instante.

—Hola, mamá.

Domenico se vuelve hacia el otro lado y recupero el brazo.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —pregunto.

Claro que sí. Si lo oí TODO.

—Sí, gracias.

Ñiñi, felicidad poscoital.

Le echo un vistazo a la cara de cerdo de Domenico, pero está roncando como un tronco.

«¡Ah! ¿Tenéis ojos? No me digáis que eso es amor.»

No me lo follaría ni yo.

Oigo el reloj de cuco, que da la hora en la habitación de al lado.

Y se me ocurre algo.

—Un momento, mamá. Tengo un regalo para ti.

Corro a mi cuarto y cojo el estúpido reloj. Ella me sigue al vestíbulo. Se lo entrego, y ella lo mira con desconfianza, como si fuera una bomba casera.

—¿Lo has robado de casa de tu abuela?

—No, lo compré en Londres.

Lo adelanta una hora y me lo devuelve.

—Domenico no sabe absolutamente nada sobre control de plagas. Le pregunté por la mejor manera para deshacerse de una cucaracha y me sugirió que le pegase un tiro. ¿Me has mentido otra vez, Alvina?

—Ese método es muy efectivo. Matar cucarachas cuesta mucho.

—¿Por qué te has levantado tan pronto? —pregunta—. No es normal.

—Salgo un momento a comprar leche.

Mi madre enarca una ceja.

—Bueno, siempre hay una primera vez.

Miro a mi madre a los ojos: pequeños y brillantes. Un pterodáctilo del Cretáceo. Voy a preguntárselo.

—¿Puedo llevarme a Ernie? Así descansas, que tienes cara de necesitar ayuda. Eres demasiado mayor para cuidar de un bebé.

Mi madre frunce el ceño; no está convencida.

—Si Céline Dion puede tener un bebé a la avanzada edad de cuarenta y dos años, yo puedo cuidar de mi nieto —contesta.

—Pero tú tienes más de sesenta, no cuarenta y pocos.

—Tonterías. Según mi dermatólogo, tengo el cutis de una treintañera.

Ya te digo yo que no es así. Seguro que se lo folla de vez en cuando.

—Uno es tan joven como se siente —continúa.

Me imagino a mi madre con Domenico, pero es demasiado gráfico.

—Pues yo creo que deberías darme a Ernie. Me parezco un poquito a Beth, así que a lo mejor piensa que soy su madre.

—Ja. Tu hermana y tú sois completamente diferentes. Se acabó el tema.

—Pero acabo de regalarte un reloj de cuco...

Ernie empieza a llorar en el dormitorio, y mi madre entra.

Suspiro. Al menos por una vez tiene razón. Ya fue duro arrastrar al cachorro por ahí, como para ir con un bebé. Tengo una visión: Ernie delante de mí en una mochila para bebés, berreando durante un tiroteo. Fuego, balas volando por todas partes. No, no, no. No me apetece nada. Cuesta tenerlo todo, hay que hacer malabares para combinar Niños y una profesión. ¿En qué narices pensaban las feministas? Supongo que no soy tan maternal como creía.

—Vale, de acuerdo. Lo que tú digas.

Domenico sale del dormitorio, se estira y bosteza. El interior de su boca parece de un hipopótamo. Un hipopótamo con muchos empastes.

—Quiero hablar contigo —le digo.

Cierra la puerta a su espalda.

—Dinamita —digo—. Venga, vamos. Ahora mismo.

—Si, claro. Podemos ir hoy. Pero puede que la chica no nos diga nada. Que le sea leal a Nino.

—¿Dinamita es una chica? —pregunto.

—Si, si. Una mujer.

No sé por qué, pero había dado por sentado que era un tío.

—¿No sabes hacer que las personas hablen?

—Yo no torturo a mujeres.

Lo sigo al salón y suelto una risa burlona.

—A mí me torturaste.

—No es verdad. Te dejamos en una valla. —Se sienta y enciende el televisor—. Todavía tienes todas las uñas, todos los dedos de los pies...

—Vale, lo pillo.

Va pasando canales hasta que aparecen las noticias.

—Me da igual: quiero verla. Yo conseguiré que hable —insisto.

Este sitio me suena, aunque no sé por qué. Nunca he estado aquí y estas calles adoquinadas son todas iguales. Todas llenas de puertas de madera.

Domenico aporrea la puerta.

Oigo una voz desde dentro.

—¡Cálmate!

La puerta se abre y aparece... ¿Rain? Tardo un segundo en identificarla. Está bebiendo una especie de batido de proteínas directamente del vaso de la batidora, vestida con unas mallas apretadas, zapatillas Nike y un sujetador de deporte transparente por el sudor.

—¿Rain? ¿Qué haces aquí? —pregunto.

Domenico debe de haberse equivocado de puerta.

—¿Beyoncé? He intentado llamarte...

Me coge y me arrastra al pasillo para inmovilizarme contra la pared.

—¿Follas conmigo y después no me contestas al teléfono?

Me levanta del suelo.

—Es la policía. Me ha quitado... el móvil.

Eso es cierto, aunque no sea relevante.

Maldita sea, mi técnica mortífera no funcionará: no tiene huevos.

Forcejeo y me resisto, pero me sujeta con mucha fuerza. Agito los pies en el aire.

Cuando me suelta, me desplomo en el suelo. Me froto el hombro, me duele.

Putá demente violenta...

Creo que me lo he dislocado.

Rain me levanta de un tirón y cojo el bolso de Prada. Domenico entra en el apartamento y cierra la puerta.

—Ay, hola, Domenico —lo saluda Rain.

—*Ciao*, Dinamita.

—Un momento, pero ¿qué coño es esto? ¿Dinamita eres tú?

—Sí. Bueno, es un apodo. Supongo que como Beyoncé.

Nos hace pasar y comprueba la puerta. Corre tres pasadores y pone la cadena antes de echar un vistazo por la mirilla. Es más paranoica que yo. No creo que haya nadie fuera. Se vuelve, me mira a los ojos y me da un beso breve en la boca.

—Tenía la esperanza de volver a verte.

—¿Os conocéis? —pregunta Domenico mientras se rasca la cabeza.

—Sí —contesta Rain—. Esta cabrona es muy muy mala.

Yo podría decir lo mismo de ella.

Se seca el sudor de la frente con una toalla morada.

Yo meneo la cabeza: ¿quién es esta mujer? ¿Qué pasa aquí?

—Venid, sentaos —ordena Rain.

Señala el apartamento. Lleva un Fitbit en la muñeca y las uñas pintadas de azul turquesa. La última vez que la vi no las tenía pintadas, es un color guay. Me gusta.

La seguimos hasta el salón. Hace calor, el ambiente es sofocante. Jamás he estado aquí: me acordaría.

Hay una cinta en marcha en mitad de la sala y el televisor emite el vídeo de *Drag Me Down* de One Direction a todo volumen. Los chicos van vestidos de astronautas: trajes espaciales naranjas, pelo lacio. Bailan en una nave reluciente. Rain debía de estar entrenando. Coge el mando a distancia y deja a Harry Styles sin voz. Las paredes están llenas de baldas, hasta arriba de cajas de plástico. Hay cientos apiladas unas encima de las otras. Alcanzo a ver una caja de cartón abierta en el suelo, junto a la puerta, y echo un vistazo al interior. Está llena de pequeños objetos redondos y plateados, más o menos del tamaño de una pera. Frunzo el ceño: parecen granadas de mano. Ay, espera, seguramente lo son.

—Cuando dijiste que eras comercial... —digo.

Rain se quita el sujetador translúcido y se baja las mallas. Se deshace de un tanga de encaje negro prácticamente inexistente y se queda desnuda delante de nuestras narices. Nos miramos a los ojos durante un segundo y entonces ella da media vuelta y se va. Contemplo su espalda tonificada y musculosa.

—No tardo nada —dice.

Domenico y yo nos sentamos a ver la MTV.

—Esa tía está de vicio —me dice—. ¿Te la tiras?

—Sí. ¿Qué ha pasado con Jane Austen?

—Ah, eso era sólo para tu madre.

Al cabo de seis o siete minutos, Rain aparece con un vestido corto de licra y el pelo mojado. Se ha duchado y parece una modelo de Adidas. Se da cuenta de cómo la miro y sonrío.

—Me gustan las zapatillas —digo.

—¿Qué va a ser? —pregunta Rain, y hace un gesto que abarca todo lo que hay en la estancia—. Supongo que venís a por un arma, ¿no?

Domenico y yo nos miramos.

—Me han llegado unas recortadas preciosas, recién traídas de Estados

Unidos. O, si preferís algo más de la vieja escuela, tengo una Lupara del 72. Es muy bonita, está como nueva.

Me guiña el ojo.

Miro a mi alrededor. Las cajas deben de estar llenas de armas. Esto parece una especie de almacén/salón/ gimnasio.

—No, no necesitamos armas —contesta Domenico, y se abre la chaqueta.

La empuñadura de su pistola sobresale de la cintura del pantalón. Es imposible no verla.

—Muy bien. ¿Es un Colt?

—Sí, de diez milímetros —contesta él—. Era de mi padre.

—Yo sí necesito un arma —intervengo.

Domenico niega con la cabeza.

Rain me ofrece una sonrisa radiante. Es asombrosa. Más hermosa de lo que recordaba, porque todo lo relacionado con esa noche está difuso. Es como una visión. Una diosa.

—¿Qué quieres, sexi?

Normalmente diría que, cuanto más grande, mejor; pero ahora estoy de paso. Furtiva. Sigilosa. Una asesina de incógnito.

—¿Algo que me quepa en el bolsillo?

Le muestro el de la chaqueta.

—Hum, vamos a ver.

Coge una tablilla sujetapapeles que hay en una estantería y revisa un par de páginas.

—La-la-la-la-la... Pues sí, tengo una Diamondback de nueve milímetros, una Kahr Arms CW380, una KelTec P-32, una FN Baby Browning de veinticinco y un NAA-22S Short. Todas son armas fabulosas, lo mejor. ¿Cuál te enseño?

Me mira con expectación. Piernas de caballo de carreras, tabla de lavar. Joder, ojalá yo tuviera un tipo como el suyo. Pero sin pasar por la cinta.

—La primera que has dicho, la de los diamantes.

Ella asiente y se vuelve. La miro acercarse a una hilera de cajas y subirse a una escalera de mano. Saca una caja pequeña de color negro de arriba del todo y me la trae.

—¡Tachán! La DB9.

Abre la tapa de la caja y me muestra una pistola diminuta de color negro mate. El plástico de la empuñadura tiene un relieve de rombos; es un diseño muy mono, pero creía que serían diamantes de verdad, no como los de las

barajas. Qué pena. Podría comprar algo de pedrería y darle un toque, ¿no?

—Es genial, ¿no te parece?

Domenico me mira con el ceño fruncido.

—En realidad no hemos venido por esto.

—¿Ah, no? —pregunta Rain, y lo mira.

—Es verdad —concedo—, pero ya que estamos aquí...

Saco la pistola de la caja. Es muy ligera; tanto que no parece de verdad. Es más como un juguete, aunque sé que es letal. Puede encajarte una bala en el cerebro. Destrozarte la rótula.

—Entonces ¿a qué habéis venido? —quiere saber Rain.

Apoya las manos en las caderas, tonificada como una nadadora de sincronizada.

Pruebo a esconder la pistola en el bolsillo y cabe a la perfección.

—Quería quedar contigo esta noche. Ya sabes, salir a cenar.

—¿Una cita? —pregunta ella.

—Sí, una cita.

Se agacha y me besa. Tiene los labios suaves y cálidos; dulces, del batido de proteínas.

—Nino —suelta Domenico—. ¿Lo has visto últimamente?

—¿Quién lo pregunta?

—Yo mismo.

—Ahhh... ¡Ese Nino! —exclama, y se vuelve hacia mí—. O sea, que era de él de quien hablabas. Qué raro que las dos conozcamos al mismo tío.

Domenico menea la cabeza y enciende un puro.

¿Has visto, Domenico? Y sin tortura.

—Sí, lo he visto. ¿Cuánto? —pregunta.

Primero mira a Domenico y después a mí.

Él suspira.

—Alvina, ¿vas a comprarte esa birra de pistola?

Me la saco del bolsillo y la sopeso. Noto los pequeños rombos y la acaricio como si fuera un gato.

—¿Sabes qué? Creo que sí.

—¿Cuánto quieres por la información y por la pistola? Me fijo en la caja de cartón que hay junto a la puerta.

—Uy, y una granada. Quiero una.

Podría ser útil, nunca se sabe. Tienen pinta de ser divertidas.

Domenico mira al cielo sin dar crédito.

—¿Estás segura de que sabrás usarla? Son muy peligrosas.

—Ya lo sé, por eso quiero una.

—Pueden causar muchos daños. Tienen más potencia que una pistola.

—Por Dios santo, ya basta de *mansplaining*. Lo he entendido. Quiero una.

Domenico se encoge de hombros y se dirige a Rain.

—¿Cuánto por la información, la pistola y una granada?

Rain se acaba el batido de proteínas.

—Esto sabe a mierda, no sé por qué los tomo. ¿Os apetece algo? ¿Un bourbon, quizá, o un mint julep?

—*Niente* —responde Domenico.

—Yo tomaré un bourbon —contesto.

Necesito tomar algo, porque estoy ñipando. ¿Habrá estado Nino en esta misma habitación, plantado en el mismo sitio que yo? ¿Qué querría? ¿Se acostaron? «¡Oh, la más inicua de las mujeres!» No se habrá follado a mi hombre... Rain abre el minibar y sirve el bourbon: uno para mí y otro para ella. A continuación me entrega mis cinco centímetros; es oscuro y dorado, como la miel.

—¿Hielo? —pregunta.

—No, tal cual.

—¿Qué tipo de restaurante te gusta más?

Contesto:

—No sé. ¿Los italianos?

—Entonces ¿cuánto? —interrumpe Domenico.

Sea lo que sea, lo pago. No aguanto más y no es bueno para mi salud mental. Necesito encontrar a ese gilipollas ayer y estoy estresándome más de la cuenta. Ni siquiera recuerdo cuándo escribí el último haiku. Tengo la cabeza hecha un lío. Me bebo la copa de un trago y el bourbon me quema la garganta.

—Diez mil euros —contesta Rain—. Y os regalo la munición.

Mete unas cuantas balas en la caja de la pistola.

Domenico suelta el aire entre dientes.

—De acuerdo —digo—. ¿Dónde está Nino?

Ella enarca una ceja fina y perfecta. Me mira fijamente.

—Primero quiero el dinero, cariño.

—No me llames cariño.

Me saco un buen puñado de billetes del sujetador.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Cuento hasta diez mil euros.

—Nino estuvo aquí hace unos días.

Lo sabía. Lo huelo.

—Quería una identidad nueva. Le conseguí un pasaporte, un carnet de conducir...

—Uy, ¡yo también quiero de eso!

—Se ha cambiado el nombre a Lúea Mancini.

—¿Lúea? Pero ¡qué mierda!

—Y se ha comprado una pistola. Una Glock 40 nueva. PUM, PUM, PUM.

Alguien llama a la puerta.

Oigo una voz que viene de fuera.

—*SIGNORINA, POLIZIA.*

Piazza della Repubblica, Roma, Italia

—*Polizia! Polizia!*

Es la voz de un chaval, de timbre agudo y lastimero.

—Mierda, es mi vigilante —dice Rain—. Vámonos.

Mete el dinero en un bolso que hay sobre el sofá, un Marc Jacobs color zafiro como sus ojos.

Domenico gruñe.

—*Che palle...*

Rain dice:

—Seguidme.

Corre hacia la parte trasera del apartamento y sale por la puerta de la cocina. Menos mal que es una planta baja.

Saco la pistola de la caja, además de un puñado de balas y la granada. Sigo a Rain y a Domenico y salgo al jardín.

Mientras corro hacia la verja de atrás, me lo guardo todo en los bolsillos.

Rain fulmina a Domenico con la mirada.

—¿Qué hace aquí la policía?

—No lo sé. Yo no los he llamado.

—¿Beyoncé?

—Ni idea.

Seguro que los polis sicilianos están buscándome otra vez. Joder, ¿por qué no me dejan en paz? ¿Acaso voy a tener que estar siempre huyendo?

Salimos los tres a la carrera por una calle adoquinada que da a una plaza

abarrota. Se llama piazza della Rotonda. Uy, mira, ¡el Panteón! ¡Cómo mola! Es espléndido, majestuoso. La hostia de sublime. Con esas columnas tan altas y la cúpula gigantesca, debe de medir más de un kilómetro. En la fachada hay grabadas unas letras romanas, pero no tengo ni idea de qué significan. Echo un vistazo a mi alrededor, y no veo a la policía. Todavía.

—Os llevo a donde se aloja Nino —dice Rain—. Venid, es por aquí.

La seguimos por la plaza.

—Oye, ¡ve más despacio!

Me falta la respiración; ella está mucho más en forma que yo.

Pasamos corriendo por delante de una *trattoria*, la ciudad bulle. Este lugar sería perfecto para observar a la gente: podría sentarme aquí todo el día a comer patatas fritas de bolsa y beber vino blanco bien frío. Pero supongo que ahora mismo no, porque tenemos cosas que hacer. Vamos a buscarlo.

Hostia puta.

HA LLEGADO LA HORA.

En cualquier momento.

Doblamos una esquina y enseguida Rain se detiene y señala un edificio.

Contraventanas de color melocotón, paredes color crema. Macetas con flores preciosas.

—¿En serio? ¿Está ahí?

—Chiss —chista Domenico.

Saca el Colt de treinta centímetros de largo, yo agarro la Diamondback.

Me detengo.

Noto un aire frío.

Y, de pronto, un sonido repentino y ensordecedor: ¡PAM! ¡PAM!

Me vuelvo.

Rain está tendida en el suelo.

Le han aparecido dos agujeros negros en mitad de la frente. Mierda. ¿Qué ha sido eso? ¿He sido yo? Compruebo la pistola, miro el cañón. Está fría, yo no he disparado. Ni siquiera estaba cargada, joder. Si no he sido yo, ¿quién? ¿La policía? ¿Domenico? Levanto la mirada y veo a Domenico corriendo a toda velocidad por la plaza, pero no puede haber sido él: iba delante de mí. Yo veía lo que hacía. Hay gente gritando. En serio, ¿qué está pasando? Oteo toda la plaza. No hay policía. Y entonces... Nino, cómo no. Debe de habernos visto. Estamos justo delante de su apartamento. Miro hacia arriba y veo una ventana abierta, una cortina de encaje ondea en el interior. Nos ha visto o nos ha oído. El capullo estaba esperando. Se me hace un nudo en el estómago, la

cabeza me da vueltas. Me fijo en el pecho de Rain. No se mueve. No respira. El puto Nino. Menuda mierda, joder. ¿Por qué ha tenido que matar a Dinamita? ¿Y qué hago yo aquí plantada? Debo salir corriendo.

Oigo una sirena estridente.

Se acerca un coche patrulla. Es un vehículo negro con finas líneas rojas y la palabra «*Carabinieri*» escrita en blanco. El conductor da un volantazo a la derecha y viene directo hacia mí, me obstruye la calle.

Un policía se baja con prisas y me grita: «Bla, bla, bla, bla, bla».

Me apunta con la pistola a la cabeza. Yo miro la Diamondback que tengo en la mano. Estoy mareada. Me pitan los oídos. Doy media vuelta y corro hacia la plaza. Paso una fuente. Una callejuela. La terraza de una cafetería. Roma es un remolino vertiginoso. Jadeo. Sudo. Doy bocanadas de aire. Me late el corazón a cien por hora. ¿Adonde voy? Corro y corro y corro. Pero nada más echar a correr me doy cuenta de que ha sido un error. Se me da realmente mal. ¿Cómo se me ha ocurrido? Dios mío, necesito una silla.

Encuentro un hueco en un muro y me apoyo en la pared de piedra. Enciendo un Marlboro Lights y le doy una calada rabiosa. Entonces sale alguien de la nada y me hace un puto placaje de rugby. ¡PUMBA! Derribada. En el suelo. Veo un uniforme azul oscuro, una pistola ajena. Suelto el piti y la Diamondback.

Maldita sea, acababa de conseguirla.

—*Tu sei in arresto* —me grita el agente al oído.

Está tumbado sobre mi espalda y su peso me aplasta contra el suelo.

—En inglés, por favor. ¿O te parezco italiana? ¿Cuándo aprenderán?

—Queda usted arrestada —repite.

—Sí, eso ya lo había pillado.

Respiro el polvo de la calle. Noto el sabor de la arenilla. El agente me da la vuelta y cuando estoy boca arriba me inmoviliza de nuevo. Un par de esposas metálicas hacen clic clic en mis muñecas. Sin comprobar siquiera si estoy bien, me levanta y me empuja. En serio, qué gente. No tienen modales, joder.

—¡Menudo escándalo! No he sido yo.

Las esposas me aprietan. Son incómodas. Me arrastra hacia el vehículo mientras otro coche patrulla y luego otro más se dirigen a la plaza a toda velocidad.

—Tío, estás cometiendo un tremendo error.

El agente me baja la cabeza con fuerza y me lanza contra el asiento trasero

antes de subirse en el delantero. Pisa a fondo y la sirena aúlla.

—¿Qué demonios crees que haces? Ya te he dicho que no he sido yo.

—Estaba junto a un cadáver con una pistola en la mano —me grita el agente.

—Lo sé, lo sé. Pero yo no le he disparado. Te has equivocado de persona, te lo juro.

—Eso ya lo veremos. Con la autopsia.

«Ja, ja, ja —dice Beth—. Esta vez te han pillado.»

—Quiero un abogado, hostia.

Piazza Venezia, Roma, Italia

Típico. Para una vez que la asesina no soy yo, me pillan a mí. Es irónico, como en la canción de Alanis (sólo que yo no necesito una cuchara, sino una pistola). Pero me soltarán, tienen que hacerlo. Tienen que dejarme libre. Verán que es otro tipo de bala, se darán cuenta de que ha sido un disparo de larga distancia. Al menos, eso espero. Es de risa, pero ESTOY MUY CABREADA.

—Es Nino. Buscáis a Nino. Él es el puto asesino en serie.

Miro al policía a través del espejo retrovisor, pero con rabia. Uy, la verdad es que está bastante bueno. No me había fijado en él, y eso que parece un príncipe de Disney. Una versión italiana de Aladdín: pelo lacio, buenas cejas, ojos bonitos. Es guapo hasta cuando pone mala cara (ahora mismo me mira mal). Tengo debilidad por los uniformes, y debo decir que también por los policías italianos. Casi merece la pena que te arresten. Ya estoy mojada.

Vamos a toda velocidad por calles llenas de gente, esquivando coches, con la sirena atronando y el puente de luces emitiendo destellos azules. Se me clavan las esposas, menos mal que tengo las manos delante. ¡Ja! Menudo aprendiz: se supone que tienen que esposarte con las manos a la espalda. Aun así, no tengo manera de quitármelas. Apoyo la cabeza en la ventanilla y suelto un suspiro largo e intenso. Mierda. Tengo que salir de aquí. Encontrar a Nino. Menudo capullo, no me puedo creer que le haya pegado un tiro a Rain. ¿Qué le ha hecho ella? ¿Es porque nos ha llevado a su casa o porque conocía su identidad? Ella le consiguió el pasaporte, así que quizá no quería dejar cabos sueltos. Estaba borrando sus huellas. Seguro que ha sido él el que ha llamado

a la policía. Ese cabrón los ha enviado al apartamento de Rain.

El cristal frío contrasta con mi mejilla caliente. Necesito una forma de escapar, pero ¿cómo? Esto es ridículo. ¿Por qué me arrestan a mí? Ese *stronzo* está campando a sus anchas cuando acaba de matar a esa chica a plena luz del día. Ella estaba a un metro de mí y, ¿sabes qué?, empezaba a gustarme. Cada vez me caía mejor. Me gustaban sus zapatillas de deporte, su laca de uñas. El bolso de Marc Jacobs me encantaba. Ojalá no me hubiera pegado; pero, si dejamos eso de lado, era muy guay.

El príncipe Disney tiene mi pistola, pero conservo la granada de mano. (Menos mal que no me ha cacheado. Seguro que ha pensado que ésa era mi única arma. Ja, ja, ja, qué gran error.) Noto su peso en el bolsillo interior de la chaqueta, la siento sobre la cadera. Supongo que en la comisaría sí me registrarán, no ha sido más que un despiste. Cuando la encuentren, me la quitarán y estaré metida en un buen lío...

Se me ocurre una de mis ideas locas.

Aprieto la mandíbula.

Es genial. ¿Sabes qué? Voy a hacerlo.

Miro el retrovisor. El agente está concentrado en la carretera. Alcanzo la granada con las manos esposadas y la saco. Al retorcer las muñecas, me clavo el metal y me arañó la piel. Duele, pero sé que vale la pena. Será fantástico. Sostengo el caparazón de metal irregular entre ambas manos mientras el coche patrulla vuela por las calles dando tumbos y saltos. Espero tener tiempo suficiente. Me muevo poco a poco hacia delante, hasta que estoy literalmente al borde del asiento. (Menos mal que no llevo el cinturón abrochado... Pero, oye, ¿eso no era ilegal?) Tenso los muslos y levanto el culo. Me tiran los isquiotibiales, me queman. Me bajo los pantalones y las bragas, como en el taxi cuando iba con Rain. Cuesta, pero el cuero es elástico y el tanga, minúsculo. Me meto las manos entre las piernas y me duelen las muñecas del esfuerzo y el roce. Au. Au. Au. Las esposas me aprietan más de lo que pensaba. El metal se me clava en la carne, me roza los huesos. Poco a poco y con mucho cuidado me meto la granada dentro. Noto cómo va subiendo por mi (ligeramente húmeda) vagina. La carcasa plateada está fría y dura y (¡oh!) tiene muchas protuberancias. Estiro los dedos y la empujo hacia el fondo con las puntas. La hostia puta, qué sensación tan intensa. No, perdona, eso no: es la puta hostia. El metal me roza el punto G. Jadeo, me retuerzo, gimo.

—OOOOOOHHHHH...

—¿Qué demonios hace ahí atrás?

—Nada. Oh. Oh. OH.

Me subo el tanga y los pantalones y me dejo caer contra el respaldo. El coche pisa un bache. El explosivo se mueve en mi interior. Es como llevar un huevo vibrador enorme dentro o un par de bolas chinas con estrías. El agente frena en seco delante de la comisaría. Creo que voy a correrme. Recuerda, Alvie, es importante. Llámalo una nota urgente para ti misma: no tires de la anilla como si fuera el hilo de un tampón. Eso no sería buena idea.

Me registran por casi todas partes sin encontrar nada. Me tiran dentro de una celda y cierran la reja de metal. Escucho los pasos del guardia que se aleja. Se hace el silencio. Nada. Nadie. Sólo yo. La celda es pequeña y está muy sucia, como Archway, joder. Techo gris, paredes grises, una cama gris, suelo gris. El aire huele a pis y a desesperación. El hueco entre los barrotes es demasiado estrecho para meter la cabeza (cosa que supongo que es un punto positivo). La ventana está demasiado alta para ver por ella. El colchón es diminuto y la manta, muy fina. El retrete fue blanco en otro tiempo; no hay tapa ni asiento. No quiero ni tocarlo. Me aguantaré hasta que me dejen salir. No será mucho rato, seguro.

Alguien ha escrito su nombre con sangre, lo ha garabateado en la pared: «Anna, agosto 2013». Han intentado borrarlo, pero sin éxito; cuesta la hostia quitar las manchas de sangre, lo aprendí en Sicilia. Me gustaría saber quién es Anna. ¿Era inocente como yo?

Agarro un par de barrotes y grito hacia el pasillo: —NINO, ERES UN COMPLETO HIJO DE PUTA. YA VERÁS CUANDO ME SUELTEN.

La última vez me dejó en el Ritz con cientos de miles de libras esterlinas en diamantes. Pero esta vez se ha cargado a mi nuevo ligue y voy a pudrirme en una celda. Ahora se ha pasado mucho más. La traición es mucho mayor. Si ya estaba furiosa con él, ahora estoy loquísima de rabia. Saldré de aquí. Y luego le declararé la guerra nuclear. Le haré estallar la polla en la cara. Alvie reirá la última.

Doy vueltas en la celda. Arriba y abajo. Necesito un plan infalible, tengo que pensar. La policía se dará cuenta de que ha cometido un error y pronto irán a por Nino. Querrán buscar al verdadero asesino, sabrán que no he sido yo. Tienen los recursos humanos y técnicos. Y ahora que Dinamita está muerta, me he quedado sin pistas.

¿Y si nos aliamos? La policía puede ayudarme a encontrar a Nino (para matarlo). Tengo que ganarme al príncipe Disney y convencerlo de que puedo ayudarlos. Pero ¿cómo lo llevo a mi terreno? ¿Qué puedo hacer para

persuadirlo?

Ya me preocuparé luego de eso.

Primero, el arma homicida.

Miro el pasillo, pero no hay nadie. Me bajo los pantalones y el tanga para sacar la granada. Me muerdo el labio. Me tiemblan los dedos. Tengo que hacerlo bien. Me meto los dedos despacio y con cuidado...

«Vas a saltar por los aires», dice Beth.

Entonces pierdo los putos estribos.

DIOS MÍO.

¿CÓMO SE ME HA PODIDO OCURRIR?

LLEVO UNA BOMBA EN EL TOTO.

¿Dónde está la argolla?

Voy a morir.

Me meto los dedos hasta el fondo, pero no la alcanzo.

Creo que no puedo sacármela.

Se me ha quedado atascada.

Se me ha quedado atascada.

Se me ha quedado atascada.

—El puto Nino, joder. Me cago en todo.

Empiezo a hiperventilar. Inhalo, exhalo. Inhalo, exhalo. El aire entra y sale con un silbido agudo. Parezco una cobaya asmática. Necesito una bolsa de papel para respirar. Gas o algo así... Necesito no tener una bomba encajada en el coño. ¿Qué cojones hago?

Me hago un ovillo en el hormigón duro y frío del suelo.

Venga, Alvie, ¿qué demonios haces? No puedes dejártela ahí.

«El mejor día de mi vida.»

—Que te folien, Beth. Estás muerta.

Respiro hondo y meto las manos entre las piernas. Un poco más adentro. No sé de qué parte tirar. Un paso en falso y esta cosa podría estallar... No consigo meter los dedos por los lados. Dios mío, me rindo. No soy capaz de sacarla. Qué puto desastre... Tendré que pedir que me lleven al hospital y contarle todo. Pero ¿cómo coño explico esto? Respiro hondo. Venga, no pasa nada. Tranquila, ellos ya lo han visto todo. Todos los días hay alguien que va a urgencias con objetos extraños atascados en varios orificios: botellas de cristal, aerosoles, latas de cerveza y hámsteres. Una vez leí algo sobre un tipo de China que no podía sacarse una anguila del culo. Estaba viva y le destrozó las entrañas a mordiscos. ¿Una granada? Eso no es nada. Ni siquiera

pestañearán, seguro que pasa a menudo. Y cuando me la saquen, ¿qué pasará? Sí, eso es lo malo: me acusarán de tenencia ilícita de armas. Primero la pistola y luego una bomba. No, no, no. Esto es un suicidio. Tengo que cambiar de plan.

26

Venga, Alvie, piensa. Piensa, piensa, piensa. ¿Qué ha sido de tu genio poético? Hay que usar el pensamiento creativo, he enfocado mal el problema. No debo tirar. Ya sé: tengo que empujar. Vuelvo a mirar por el pasillo, compruebo ambos extremos, a izquierda y a derecha, y está despejado. Vale, vamos allá. Vamos a dar a luz a un bebé bomba. Me acuclillo todo lo que puedo y aprieto, aprieto, aprieto. Empujo la granada hacia abajo, hacia abajo (menos mal que tengo el suelo pélvico de maravilla). Noto cómo se va desplazando por mi vagina y de pronto ya la siento en la palma de la mano. ¡Ja! ¡Ja! Ha sido mucho más fácil de lo que pensaba. (¿Por qué le dan tanta importancia?) No me ha hecho falta epidural ni cesárea como a Beth. Estudio la granada. Es mejor que una pelota de pingpong, podría vivir de mi propio espectáculo en Bangkok. Limpio el explosivo con la sábana y me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta. Fiu, ha ido de poco, las cosas podrían haberse puesto muy feas. Pero no, todo ha salido bien. Soy una pro...

Oigo la voz de un hombre.

—*Signorina Knightly*?

—Sí. ¿Qué pasa?, ¿ya me soltáis?

—El *commissario* quiere hablar con usted. Acompañeme, por favor.

El guardia abre la reja de metal. Veo que lleva mi bolso, bien, me devuelven las cosas. Es posible que me suelten. Lo cojo y me lo hecho al hombro.

—¿Puedo utilizar el baño? —pregunto—. El de ahí dentro está asqueroso.

—Por supuesto, sígame.

En cuanto me encierro en el cubículo, busco las pastillas que tengo

guardadas en la cartera y leo la etiqueta: extrafuerte. Saco uno de los comprimidos «traviesos» del blíster. Y otro. Y otro. El papel de aluminio cruje y crepita, y las pastillas van cayendo en mi mano. Son diminutas, como la cabeza de un alfiler de perla, con una bonita forma de rombo. Yo sé que el tamaño engaña (no en cuestión de pollas o de consoladores, pero con otras cosas como los fármacos, sí). Éstas pegan bien fuerte y luego un poco más. Lamo una de las pastillas color cobalto para ver a qué saben. No quiero que el príncipe Disney se entere de que lo he drogado, porque no le haría gracia. El recubrimiento es amargo, ácido como el limón, como el MDMA. Tendré que mezclarlo con algo dulce o se dará cuenta enseguida.

Tres comprimidos extrafuertes: ¿no me estaré pasando? Quiero que el efecto sea rápido. Efectivo. Sin embargo, es posible que baste con dos. A la mierda, voy a tomarme una. ¿Quién sabe? A lo mejor me lo paso bien. Me meto una en la boca y me la trago con agua del grifo. Me seco la cara con una toalla de papel y me pregunto qué efecto tendrá. Nunca he tomado una de éstas, que son para hombres, evidentemente. Habrá que esperar a ver. ¡Qué emoción! Me siento como Alicia en el país de las maravillas, ¿encogeré o creceré? Es como comer un mordisquito de seta mágica. Cómeme. Bébeme. Follame. Me guardo los otros dos comprimidos en el bolsillo y meto la cartera en el bolso. Me miro en el espejo de cuerpo entero, me alboroto el pelo y hago morritos. Me vuelvo para evaluarme el culo. No está mal, pero no es perfecto. Ojalá tuviera conmigo la lencería mágica de Beth, unas bragas sin entrepierna o un body de látex de Atsuko Kudo. Salgo del baño y cierro la puerta.

El guardia me conduce por el pasillo hasta un despacho. Tengo la Viagra en el bolsillo de la izquierda y la granada en la derecha. Qué suerte tengo de llevarla siempre encima, nunca sabes cuándo puede hacerte falta. Cuándo puedes tener una emergencia. «Prepárate», ése es mi lema. Lo aprendí en las Girl Guides.

Echo un vistazo entre las lamas de la persiana, y ahí está, mi príncipe Disney. Lo veo sentado a su mesa. Menos mal que no es una sala de interrogatorios, porque mi plan se habría ido al traste. Allí hay cámaras y espejos translúcidos. Le da un sorbo a una lata azul y amarilla. Desde aquí no alcanzo a ver la etiqueta. Me aparto del cristal en cuanto él levanta la mirada y me ve. El guardia llama a la puerta.

—*Si, chi é?*

Abre la puerta y pasa.

—*Signorina Knightly, commissario.*

—*Grazie* —responde el príncipe Disney, y se levanta. Entro en el despacho y el guardia se marcha. Cierro la puerta con cuidado y giro la llave sin que nadie lo oiga. Me guardo la llave y cierro la persiana para que nadie vea nada.

—Demasiada luz —digo, y me encojo de hombros al volverme hacia él—. Qué buen aspecto tienes esta tarde, ¿te has cambiado el pelo?

Me siento delante de él y apoyo los pies en la mesa.

El príncipe Disney frunce el ceño.

—Señorita Knightly, ¿está dispuesta a hablar?

—No me has dicho cómo te llamas.

—Soy el *commissario* D'Amore.

—Qué apellido tan bonito. ¿El nombre de pila es igual de bonito?

Suspira.

—Me llamo Alessandro.

Alessandro arruga la frente, aunque se la tapa el flequillo castaño oscuro. Su alteza Disney parece molesto. La lata amarilla es una limonada, el refresco gaseoso de San Pellegrino. Está en el centro de la mesa, y no sé cuánto queda en el interior.

—Tiene buena pinta. ¿Hay otra para mí? —pregunto, y señalo la lata.

Él entorna los ojos sin dar crédito, pero se levanta y va al frigorífico. Es uno de esos pequeños para enfriar cerveza. Abre la puerta sin quitarme ojo, y yo le ofrezco mi sonrisa más dulce. Mete la mano en la nevera y, en cuanto me da la espalda, introduzco las dos pastillas en el refresco. La cojo y la remuevo. El líquido hace espuma. Poso la lata antes de que se acerque.

—Qué buena pinta —digo.

Me pasa mi lata y yo me lamo los labios.

—¿Tienes una cañita? —le pido.

Tiro de la anilla y hace PFFFSSSSST. Huele a cítricos.

Alessandro entorna los ojos de nuevo. Abre el cajón del escritorio y busca algo. Al final saca una cañita larga, de las que te dan en McDonald's envueltas en papel, y me la lanza. Yo la meto en la lata.

—¿Alguna cosa más?

—No, con esto ya está bien. ¿Has comido?

(Según mi experiencia, la Viagra tarda más en hacer efecto si el hombre ha comido; a veces pueden transcurrir hasta noventa minutos. Espero que no tenga el estómago lleno, porque sería una catástrofe.)

—No. No he parado de trabajar. —Enarca una ceja y me mira como si

fuese culpa mía que mi ex sea un psicópata—. Tengo a toda la prensa de Roma pidiéndome arrestos, por no hablar del alcalde...

—Oye, Alessandro, no me culpes a mí. Deberías cabrearte con Nino, pero entiendo que estés estresado.

—¿Estresado? Que estoy estresado... ¡Pues claro que sí! Estoy en pleno ataque de nervios. Un francotirador mata a una mujer a tiros en una de las plazas más concurridas de la ciudad. A las puertas del puto Panteón. A plena luz del día. Y, además, sigue ahí fuera. Estamos en temporada alta.

—Cariño, relájate.

Coge la lata y le da un trago. Seguro que le gustaría que fuese algo un poco más fuerte. Me pregunto si la Viagra se habrá disuelto, ojalá le hubiera metido tres... Me fijo en cómo mueve la nuez, arriba y abajo, arriba y abajo, al tragar.

—Aj... —Se lame los labios y deja la lata de golpe.

El recipiente de aluminio se tambalea en la superficie pulida y hace un ruido metálico.

Seguro que estaba amargo. La limonada ya es ácida, pero con esas pastillas extrafuertes dentro el amargor debe de haberse salido de madre.

—Bueno, os habéis dado cuenta de que no le disparé yo. Es un excelente comienzo.

—Su pistola no estaba cargada. Estaba sin usar. El disparo se hizo desde una distancia considerable.

—Ajá, lo que yo decía. ¿Es que los hombres no escuchan? Siempre tengo que repetir las mismas cosas.

Bebo un trago con la cañita; tiene gas y está muy frío. Sorbo con aire sugerente y me pregunto si se dará cuenta de la insinuación.

—Claro —contesta molesto—. Usted es una testigo inocente que, por casualidad, estaba en el escenario del crimen empuñando una puta pistola.

—Exacto. Coincidencia.

—Una pistola para la que no tiene licencia.

—Estaba a punto de conseguirla. Que se me dé mal la administración de mis asuntos personales no me convierte en una asesina. Ya te he dicho que ha sido Nino.

Alessandro se levanta y apoya los puños en el escritorio reluciente; hombros hundidos, ceño fruncido. Me recuerda un poco a la Bestia de *La Bella y la Bestia*, pero con menos vello facial y mejor dentadura. Lo miro entre las pestañas y me muerdo el labio. Bebo otro sorbo con la cañita.

—Y resulta que es amiga del hombre que, según usted, cometió el crimen.

—Nino es un antiguo conocido. Yo no diría que somos amigos.

Alessandro da un puñetazo en la mesa. El pum resuena.

—Y... ¿qué más habéis averiguado?

Su expresión lo dice todo: nada.

Me encanta.

—Yo sé quién lo hizo. Nino Brusca está armado y es peligroso. Compré el arma para protegerme. Para protegerme de él. —De pronto siento un leve cosquilleo ahí abajo... Creo que las pastillas hacen efecto—. No me puedo creer que me hayas arrestado a mí.

Pongo cara de Barbie dolida.

—Es mi trabajo.

Reprimo las lágrimas de cocodrilo y él me da un pañuelo de papel.

Alessandro niega con su bonita cabeza. Tiene la cabellera espesa y brillante, ¿qué acondicionador usa? A mí el pelo jamás me brilla así. Coge la lata y se la acaba de un trago, todo de golpe.

—Aj —dice de nuevo.

Miro cómo se limpia la boca con la mano y lanza la lata a la papelera. (Impresionante, entra a la primera. Yo nunca lo consigo.) Bebo un sorbito del refresco con gas. Es evidente que no sabe qué pensar; su hermoso rostro muestra confusión, como si acabases de pedirle a Ken que escogiese entre Barbie o una Monster High. La verdad es que es una criatura muy bella, tan guapo como Justin Trudeau. No tiene manera de inculparme, todo es circunstancial. Y aquí estoy, ofreciendo ayuda. Y mucho más...

—Alessandro —digo, y me inclino hacia delante. Le hablo con voz trémula—: Tengo miedo. Creo que me apuntaba a mí, no a la otra mujer... — Me mira con sus ojos de Ferrero Rocher. Creo que empiezo a convencerlo—. Si tú... Si prometes mantenerme a salvo, te ayudaré a encontrarlo. Tú y yo somos del mismo equipo. Estamos en el mismo bando.

Tengo una sensación extraña en el chichi, la sangre me circula libremente. De pronto, noto como si tuviera el clítoris enorme, demasiado alerta y sensible. Me palpita la vagina. ¿Qué pasa ahí abajo? Me remuevo en el asiento. Sólo he tomado una de esas cosas y tengo la vulva el doble de grande.

—¿Soy yo o hace mucho calor?

Me quito la chaqueta de cuero y la dejo sobre el respaldo (con mucho cuidado de no darle golpes a la granada, porque la necesitaré más tarde). Alessandro no me quita ojo y su mirada se posa en mi pecho un nanosegundo más de lo necesario. Juego con el pelo, ladeo la cara, lo miro como si lo

desease mucho. Separo las piernas y las cruzo de nuevo. (Ojalá no llevase los pantalones; una falda habría sido más útil, o un vestidito. Lo ideal sería no llevar bragas, como Sharon Stone en *Instinto básico*. Eso sí que le llamaría la atención.) Alessandro se fija en el desorden del escritorio y mueve unos papeles. Yo miro la hora. Hasta los segundos cuentan. Ahora mismo, Nino podría estar saliendo de la ciudad o incluso de Italia. Sé que tiene un pasaporte falso... El dinero... El motivo... Esperaré un minuto antes de actuar. Lo que pasa es que, a veces, los agentes de policía son demasiado formales. Muy correctos. Distantes. Profesionales. Se resisten a acostarse con las sospechosas o a tener una relación sexual sin compromiso con una testigo. Pero sí, ya lo sé: estamos en Italia, no en el Reino Unido. Aquí las normas son distintas. Las de la Unión Europea, o lo que sea. La mayoría de los policías son corruptos. Unos cachondos. Insaciables. Aun así, hay cierto riesgo: ¿sexo en su despacho? Cabe la posibilidad de que el plan no salga bien.

Alvie, basta. No pienses así.

«Es imposible que funcione», dice Beth.

Tanto si piensas que puedes como si piensas que no, tienes razón. ¿Quién dijo eso? Si puedes soñarlo, puedes hacerlo, o alguna mierda por el estilo. Pero es verdad.

Me noto pegajosa, acalorada. Oleadas de calor me recorren el cuerpo sin cesar; tengo las mejillas sonrojadas, el coño húmedo. Hago girar mi silla de lado a lado.

Alessandro se quita la chaqueta y la cuelga en un gancho que hay junto a la puerta. Se afloja la corbata y también se la quita. Ojalá se quitase más cosas. Es evidente que bajo esa camisa entallada hay un torso musculoso. Vuelve hacia la mesa y, de pronto, se detiene. Se queda inmóvil con expresión de pánico. Le miro la entrepierna y, bingo, ahí la tenemos: ha funcionado. Mi plan descabellado. Parece una erección considerable, pero la prueba del algodón no engaña, y yo no puedo esperar más a verlo desnudo.

Hago girar la silla y lo miro con ansia. Retuerzo un mechón de pelo con los dedos y encarno mi Megan (Fox) interior. Dale, Alvie. Eres una estrella.

—Contigo me siento muy segura, Alessandro. Eres grande, fuerte y guapo... Sé que jamás me harías daño, no como Nino. Tú podrías ser mi héroe.

Alessandro se vuelve de un rojo intenso. Me inclino hacia él.

—Eh... Yo... —tartamudea, y vacila—. Un momento, por favor.

Corre hacia la puerta y tira de la manija, pero está cerrada con llave. Eso me proporciona la fracción de segundo que necesito.

Me levanto de un brinco y voy tras él. Ésta es mi oportunidad. No puede salir de aquí.

Me abalanzo sobre él y le rodeo la cintura con las piernas.

—No, no te vayas. Te deseo muchísimo. Me vuelves loca. Desde que te vi... —esta mañana, cuando me ha arrestado—, no pienso en nada más...

—¿Alvie? —dice—. *Che cazzo...?*

—Tómame ahora o piérdeme para siempre.

Retrocede un par de pasos y caemos sobre el escritorio de madera. Está atrapado entre mis piernas. No pienso soltarlo.

■V

Le doy la vuelta y lo beso.

—¿Alvie?

—Alessandro, *scopami*.

Me quito el top, el sujetador. Le desabrocho la bragueta con una mano mientras le agarro una nalga con la otra. Él gime y se me acerca, va a por todas. Le doy otro beso para evitar que hable o piense o salga huyendo. Le cojo la polla y se la saco de los calzoncillos.

—Mmmm, Alessandro, qué sexi eres.

Me alegro de haber averiguado cómo se llama, estas cosas funcionan mejor si te tratas por el nombre de pila. De lo contrario, es demasiado formal.

Lo dejo sentado en la mesa y me arrodillo ante él. Me meto la polla en la boca. Grande, caliente, palpitante. Se la lamo de arriba abajo y noto el sabor de su gel de ducha: árbol del té. Me la trago hasta el fondo y la noto en la garganta. Muevo la lengua alrededor de la punta, le acaricio las pelotas; son monísimas.

Me retiro y me levanto. Me bajo los pantalones de cuero, me quito el tanga diminuto y lo miro a los ojos.

—Esto es lo que vamos a hacer...

Me siento desnuda sobre la mesa y separo las piernas.

—Vas a conducirme a Nino. Necesito pasar cinco minutos a solas con él.

Él asiente con la cabeza. Me mete los dedos en la boca. —Dámelo *todo, fuck boy*.

No para. Sigue y sigue y sigue. Se corre y al cabo de dos segundos está listo para continuar. (Ya van cinco veces.) Es como si estuviera poseído o drogado. (Uy, espera, en realidad sí lo he drogado.) Empiezo a cansarme y a estar escocida, creo que no aguanto más. Me apoyo en un archivador y miro cómo da vueltas el suelo.

—Ya basta —digo. Me chorrea el sudor y me falta el aliento—. Vamos... a buscar... a Nino...

Mientras sigo al príncipe Disney, oigo conversaciones ininteligibles en italiano. Entramos en la sala de reuniones y me desplomo en una silla, destrozada. Acercó mi asiento al suyo, de manera que nuestros muslos se tocan por debajo de la mesa, y le doy un ligero apretón en la rodilla. Alessandro carraspea y yo miro a mi alrededor. Hay un dos y medio, un tres y medio y un seis y cuarto. No cabe duda de que Alessandro es el que está más bueno (un nueve y medio, por lo menos). Me alegro de haber tenido que seducirlo a él; es divertido mezclar el placer con los negocios.

—tenemos que hablar *inglese* —dice Alessandro—. La *signorina* Knightly no habla italiano. *Va bene?*

—*Va bene* —contestan los agentes.

Esto marcha.

Alessandro preside una mesa que llena una sala estrecha y demasiado iluminada. Un fluorescente parpadea en el techo. Los otros tres agentes que nos rodean están sentados en un mobiliario barato de oficina y van vestidos con unos uniformes azules muy estilizados. Supongo que son el traje reglamentario, pero parecen recién salidos de la última pasarela de Armani. Alessandro es el que más insignias lleva en la solapa; supongo que eso significa que es el jefe. Después de nuestra sesión, se ha duchado y cambiado, y está aún más bueno. Huele a limpio, a desodorante. Me quito el zapato y le acaricio la pantorrilla con los dedos de los pies.

—La *signorina* Knightly ha sido muy amable y ha accedido a ayudarnos en la investigación del asesinato de Rain Campbell.

—Dinamita —apunto.

—¿Disculpe?

Se vuelve hacia mí y el resto de los policías nos miran. —Dinamita.

—¿Qué?

—Da igual. Es su nombre de mañosa.

—La señorita Knightly conoce al sospechoso, que, según la información que ha proporcionado, se llama... —Lo busca en la libreta—: *Signor* Giannino María Brusca.

—Se llama Nino —interrumpo—. El asesino se llama Nino... Está enamorado de mí.

Alessandro frunce el ceño y yo le sonrío.

—Continúa, querido.

—Las grabaciones de las cámaras de seguridad muestran que el sospechoso salió de la piazza della Rotonda y fue a pie hasta el hotel Raphaél de Largo Febo. Hemos estado vigilando las salidas del edificio y creemos que sigue en el interior.

Asiento con la cabeza, porque es un asunto muy serio. Pongo cara solemne..., aunque por dentro soy toda bengalas y fuegos artificiales. Creo que estoy a punto de encenderme. Mua hah hah ha. Mi plan funciona: van a llevarme directa a él. Sólo necesito un minuto a solas y él será chile con carne, salami, pastrami, *carpaccio* de buey. No como la última vez, cuando casi me arroja delante de un tren. En esta ocasión, yo tendré ventaja. En esta partida mando yo.

Alessandro saca algo de una bolsa y lo coloca sobre la mesa de madera. Es un cable largo de color negro con una cajita negra y algo que parece un micrófono. Saca un rollo de cinta adhesiva y lo deja al lado.

—¿Qué es eso?

—Señorita Knightly —dice el príncipe Disney, y se vuelve hacia mí—, usted llevará esto debajo de la ropa. —Se sonroja, qué mono—. Cuando se reúna con el *signor* Nino, debe actuar con naturalidad. Normal. Entable una conversación informal. Es primordial que él no sospeche. Tendrá hasta las veintiuna horas para conseguir una confesión. El sospechoso debe admitir que él disparó los tiros que mataron a la *signorina* Campbell. En cuanto tengamos la grabación, mis compañeros y yo lo arrestaremos.

—De eso nada. No pienso ponérmelo.

Alessandro me susurra al oído:

—Si no te lo pones, no hay trato. Te acusaremos de tenencia ilícita de armas.

—Es un plan excelente —digo al tiempo que doy un brinco y un puñetazo en la mesa—. Me encanta, genial.

—¿Por qué cree que confesará ante usted? —pregunta uno de los agentes.

—Como ya he dicho, le gusto. No deja de enviarme rosas rojas y mensajes de texto de contenido sexual. Está obsesionado. Pero no es mi tipo.

Le guiño el ojo al príncipe Disney.

Beth dice: «Por favor..., eres tú la que está obsesionada».

—*É chiaro?* —pregunta Alessandro, y los mira a todos uno a uno.

Sus hombros asienten con la cabeza.

—*Si, commissario.*

Le acaricio la parte interior del muslo, se lo masajeo por debajo de la

mesa. Él traga saliva y cierra los ojos. El efecto de la Viagra aún dura. Le toco la entrepierna. Uy, mira, otra vez...

Me acerco y le susurro al oído:

—Si hago lo que me dices, ¿me devolverás la pistola?

—No.

Lo suelto.

Alessandro coge el micrófono y toquetea el interruptor.

— *Uno, due, uno, due* —dice para probarlo.

Cojo la cinta adhesiva y me levanto la camisa.

—Venga, chicos. Vamos allá.

—Dispondrá de diez minutos —me avisa Alessandro, que se ha dado la vuelta en el asiento de delante— hasta que arrestemos al sospechoso.

Respondo que sí con la cabeza desde el asiento de atrás mientras me meneo nerviosa. Noto el cable y la cinta adhesiva que tengo pegada al pecho y al vientre, no estoy muy cómoda. Me hace cosquillas, me tira y me está arrancando los pelitos finos y rubios de la piel. Cuando me lo despegue, me escocerá la hostia.

—Es tiempo suficiente para conseguir que confiese.

—Bueno, sí. Ya veremos.

—El sospechoso debe afirmar que fue él quien disparó a la *signorina* Rain Campbell.

—Vale, bien. Entendido. Tampoco es física cuántica.

En cualquier caso, no necesito más que un segundo para arrancar la anilla de la granada de mano. Mataré a Nino y a los policías de un plumazo. Y seré libre. Desapareceré. La lanzaré y echaré a correr en dirección contraria, porque no quiero salir volando como ellos. Es una lástima que el príncipe Disney también muera, pero para hacer tortilla hay que romper huevos.

Viajamos deprisa por el centro de Roma en un convoy de coches patrulla sin identificar. Doblamos una esquina y paramos en Largo Febo, delante del hotel de Nino. Miro por el cristal tintado de la ventanilla: madre mía, el tío tiene estilo. El hotel Raphaél está cubierto de hiedra de un exuberante verde jungla, salpicado de flores de color vivo. Es el edificio más bonito que he visto. No me extraña que haya venido aquí.

Los agentes apagan los motores. Se me hace un nudo en el estómago, tenso los hombros. Aprieto la mandíbula y acaricio la granada de mano que llevo en el bolsillo.

¡Y ahora lo haré!

Ha llegado la puta hora.

Paro en seco. Él está en el bar, de espaldas a mí. Ésa es su cabellera negra y lustrosa, brillante como el alquitrán. Y la chaqueta de cuero gastado con tachuelas. La recuerdo bien, huele a Marlboro Red. Los remaches plateados brillan a la luz de las lámparas. Ése es su culo, no hay duda al respecto, sus nalgas tersas y tensas que quedan tan bien en esos pantalones negros de pinzas. Cien por cien músculo, ni un gramo de grasa. Recuerdo sus glúteos, los músculos de su espalda. El calor que despedía su piel. Como una hoguera. Parece que fue ayer. Está de pie y bebe solo, tiene un vaso corto en la mano lleno de algo que parece whisky. Es un líquido de color ámbar dorado. Sin hielo. Ni pajita. Ojalá tuviera cianuro: se lo metería en la bebida. Me pregunto cuáles serán sus últimas palabras. «Me mata, con justicia, mi propia traición.»

Miro la hora: son las 20.51. Me quedan nueve minutos... Mierda.

Enderezo la espalda y me dirijo hacia allá.

—Hola, Nino —lo saludo como si nada. Como si no llevásemos una semana intentando matarnos el uno al otro—. ¿No me invitas a una copa?

Si le sorprende verme, no lo demuestra. Se vuelve hacia mí con la cabeza levemente ladeada.

—Betta —dice—. *Ciao*.

Dios mío, es guapísimo. Mucho mejor de cerca, a tamaño natural y en tecnicolor, una persona de verdad, no un fantasma. Ni fantasía ni alucinación. Tiene la mandíbula oscurecida por una barba de unas horas y le brillan los ojos como si fueran de ónix y fuego.

Ahí estás, Príncipe Oscuro. Mi papaíto. Si saliese en «América's Next Top Model», ganaría.

Las velas de la barra parpadean, las sombras bailan sobre la caoba pulida. ¿Cómo puede parecer un ángel si es Lucifer?

La muerte es demasiado buena para este hijo de puta. Voy a mandarlo al infierno de golpe.

Se vuelve hacia la barra y posa el vaso en la madera.

—*Un altro whisky* —le pide al camarero.

Esa voz de papel de lija, de barítono ronco. No la oía desde lo del metro y el contestador automático.

—No, yo quiero un Malibu. Malibu con Coca-Cola —digo.

Nino se vuelve y me mira extrañado.

—Nada de Coca-Cola Light —le advierto al camarero—. Con hielo y limón. Y una pajita.

El camarero asiente.

—Si, *certo*.

—*Un altro whisky* —repite Nino, y desliza el vaso vacío sobre la barra.

—Si, *signor Nino. Prego*.

Nos fulminamos con la mirada.

Voy a hacerlo picadillo, paté *defoie*, un puto *steak tartar*.

¡Lo he jurado!

Espera y verás.

Nino se bebe el whisky de un trago y deja el vaso con fuerza en la barra.

Le observo las uñas rotas, el sello de color rojo sangre.

Suspira y se vuelve hacia mí.

—Bueno, estoy impresionado —dice.

—No me digas.

—Sí, me has pillado.

Estudio las arrugas de su frente, oscuras y profundas como el Gran Cañón.

Leo la expresión de su cara de póquer.

—Bueno, deberías estarlo. Te largaste con mi puto coche. Mi dinero. Mi ropa. Estuve casi una semana entera sin bragas. Es alucinante que haya dado contigo.

Acaricio la granada dentro del bolsillo, la argolla plateada...

Nino menea la cabeza. La sacude como Taylor Swift en esa canción. Madre mía, cuánto la echo de menos. Antes le enviaba (por lo menos) varios tuits al día. Pero ahora estoy de incógnito y no puedo. Espero que se acuerde de mí.

Le clava un palillo a una de las aceitunas negras sin hueso que hay en un platillo plateado. Ni siquiera le tiembla la mano. Desde este ángulo, es muy guapo. El ángel de la luz. Belcebú. El señor de las moscas.

—Betta —dice—, tú habrías hecho lo mismo si se te hubiera ocurrido antes.

Bueno, si he de ser honesta, tiene razón. Pero, maldita sea, no se trata de eso.

—No, yo no.

—Tú sí.

Voy a convertirlo en mermelada. Sobre todo si me llama Betta aunque sea una vez más. Maldita sea, yo soy Alvie Knightly. Alvie Knightly para siempre.

Se vuelve y me mira a los ojos para que admita que miento.

Espero que no se haya dado cuenta de que llevo un micro debajo de la

ropa.

—Su Malibu con Coca-Cola, *signorina*.

El camarero me lo sirve sobre una servilleta negra de papel, en una copa de Martini adornada con un miniparasol. La cojo y la huelo: coco, cola, limón amargo. Bebo un trago con la pajita.

—Está bueno, ¿quieres probarlo?

Le vendría bien un poco de dulzura.

— *Un altro whisky, signor Nino* —dice el barman, y le sirve la bebida—.

Con i nostri complimenti.

Nino cabecea y coge el vaso. Lo observo mientras traga: la mandíbula angulosa, la nuez, la barba negra de unas horas en la garganta. Pincha otra aceituna.

¿Es que no sabe que está a punto de morir?

Ésta es su última cena.

Nos miramos a los ojos un segundo. Él es el primero en apartar la mirada.

—¿Dónde está la maleta con mi dinero?

(Me iría bien saberlo antes de matarlo.)

—Se la llevó Domenico. Igual que el coche.

—¿Qué? —No me lo creo, es mentira—. ¿No tienes el dinero?

—No.

—¿Se lo ha llevado todo?

Responde que sí con la cabeza.

Lo voy a joder vivo.

—No te creo.

Nino se vuelve hacia mí y me mira como si me viese por primera vez.

—Pero... ¿qué te has hecho?

Me agarra de la mano, me acerca a él y me coge la cara. Tengo sus labios tan cerca que casi percibo su sabor. Lo miro a los ojos. Me sostiene la barbilla y frunce el ceño.

—Me he operado la nariz.

—Me gustabas más antes.

—¿Ah, sí?

Pero ¿qué cojones...? Está mintiendo, sin duda.

—Betta, no hacía falta que lo hicieses. Me gustas tal como eres.

Nino parece herido, casi ofendido.

¿Tal como soy? ¿Como Colin Firth/Mr. Darcy? ¿Quién demonios es él?
¿Timbaland?

—No me lo hice por ti, gili, sino para despistar.

Me acaricia la mejilla.

Me da igual lo que él piense. Aunque, espera un momento; a lo mejor sí me importa. Ahora que me toca, lo deseo de verdad. El mero hecho de estar aquí ya me pone y quiero llevármelo a la cama. Quiero convertir esto en una triple equis. Estoy convencida de que todo lo que acaba de decir es mentira, pero ¿sabes qué? Que se esfuerza.

Quiero un último polvo antes de volarle los sesos.

—¿Te has acostado con alguien? —me pregunta—. Mientras estábamos tomándonos un descanso.

—Yo no estaba tomándome ningún descanso —contesto.

—Yo sí.

Pero ¿qué coño pasa? ¿Se ha convertido en Ross de «Friends»?

—Pues yo no. ¿Te has acostado con alguien? —le pregunto.

—No. ¿Y tú?

—No. Puede. Con una mujer.

Alessandro no cuenta. Ha sido por negocios, no por placer.

—¿Te has acostado con una mujer? —pregunta—. Muy bien.

—¿Muy bien? ¿Muy bien? Fue aún mejor que eso. Y es la que has matado, era preciosa.

Me acuerdo de los policías que están escuchando nuestra última conversación. Nos hemos salido por la tangente, aunque me la suda. Noto un peso en el fondo del estómago, pero no sé si es aprensión, remordimientos o qué. Hasta que caigo en la cuenta: es un mal presentimiento. No quiero matar a los policías. No han hecho nada malo. En todo caso, me han ayudado. Me acuerdo de la monja.

—Me alegro de que me hayas encontrado —dice él.

Lo miro mal. Camina sobre arenas movedizas... Agarro la bomba con fuerza.

«Date prisa, Alvie —me dice Beth en mi cabeza—. Tira de la puta argolla.»

—Te dejé los diamantes. ¿Recibiste las flores? —pregunta Nino, y me rodea la cintura con las manos.

—¿Qué pasa? ¿Me has echado de menos?

Lo dudo.

Se vuelve. Coge el vaso y lo posa de nuevo.

—¿No viste la nota? ¿La tarjeta? Claro que te he echado de menos.

Dios mío, qué tío... Qué manera de joder. ¿Por qué los chicos tienen que joderte la cabeza de esta manera? Lo mismo arde que hiela. Abre o cierra. Sube o baja.

—Dijiste que querías trabajar conmigo.

Sí, lo dije.

—Creí que era mala idea, pero después... Lo pensé mejor.

—¿De verdad? —pregunto.

—Pensé: «Esta chica es muy especial. Tiene potencial. Podría funcionar».

Me da un vuelco el corazón. Se me olvida que necesito respirar.

¿De qué demonios habla?

—¿Como el señor y la señora Smith?

—Pero estabas tan verde que tuve que ponerte a prueba. Y, como ya he dicho, me asombra que me hayas atrapado. Creía que no lo conseguirías.

—¿Me has puesto a prueba?

¿Cómo se atreve? ¿Cómo tiene tantos cojones?

Beth se ríe.

Aprieto la mandíbula con fuerza. Me fluye la sangre a las mejillas. Voy a perder los estribos. Pero, de pronto, caigo a cuatro patas: desde la escuela, no, perdón, borra eso; desde el parvulario he visto que cuanto más les gustas a los Niños peor se portan contigo. Dios mío, Nino está enamorado. Y puede... puede que yo lo esté también. (Hay una línea muy fina entre el amor y hacer saltar a alguien por los aires con una granada de mano.) Bien, ya está: soy idiota. ¿A quién quiero engañar? No puedo matarlo y mucho menos ahora. Voy a darle una oportunidad, voy a salvarle la vida. Pero si la caga una sola vez más, lo convierto en comida para perros.

Cojo el móvil y miro la hora. Ya son las 20.59. Dispongo de un minuto antes de que la policía irrumpa en el hotel. ¿Qué hago? Me los imagino esperando armados en el vestíbulo. Con las armas preparadas, listos para disparar. Entrarán y lo arrestarán. Podría no volver a verlo jamás. Ahora no tenemos tiempo para esta conversación, hablar nunca ha formado parte del plan. Se supone que tenía que conseguir que confesase, que iba a convertirlo en papilla.

«¿Qué haces? —pregunta Beth—. ¿Por qué no lo matas?» Calla, Beth. Sé lo que me hago. ¿De parte de quién estás? «De la tuya, Alvie. Sé que me mataste, pero sigues siendo mi hermana. Y ésta es tu oportunidad, el momento de ajustar cuentas. Esta semana ha sido un infierno, pero lo has conseguido. Has sido más lista que él. Me niego a callar y ver cómo lo tiras todo por la

borda.»

Ay, madre... ¿Y si tiene razón?

«A menos de tener el hígado de paloma, sin una gota de hiel que me amargue.»

Vete a tomar por el culo, Hamlet.

No pienso escuchar a ninguno de los dos. Voy a rescatarlo.

Me meto la mano debajo de la ropa y apago el micro. Oigo un clic y se interrumpe la comunicación.

—Nino —digo, y me acerco a él—, escucha, ¿confías en mí?

Él calla un instante.

—Vale, da igual. Ya lo hablaremos luego. Pero ahora... debemos irnos. —
Oteo el bar—. ¿Hay otra salida aparte de esa puerta?

—*Si, si*. Por la terraza.

Señala unas puertas de cristal que dan a una terraza por encima del nivel de la calle. Hay palmeras y mesas de hierro forjado. Unas vistas mortales de Roma.

—Genial. —Me acabo la bebida de un trago—. Ven conmigo.

—¿Qué haces?

—Confía en mí.

Le doy un beso. Labios cálidos, lengua caliente.

Tanto peligro me pone cachonda. Joder, lo deseo muchísimo.

Le cojo la mano y lo miro a los ojos.

—¿Estás listo? Sígueme.

Nino y yo salimos corriendo por la puerta de cristal hacia la terraza.

—La poli. Deprisa.

Pero es demasiado tarde. Ya vienen.

Oigo el estruendo de los disparos a nuestra espalda. El hedor de la pólvora, miedo.

PAM. PAM. PAM.

—¡Corre! —digo.

Cojo a Nino de la mano y tiro de él. Atravesamos la terraza a la carrera, saltamos a un nivel inferior y escalamos una valla de hierro.

PAM.

—BETTA, ¿QUÉ COÑO HAS HECHO?

No lo oigo, sino que le leo los labios. Las explosiones son ensordecedoras. No percibo más que un sonido metálico que parecen interferencias o ruido blanco.

—NO HE TENIDO ELECCIÓN. CORRE, JODER.

Nino me obliga a agacharme, y me hago un rasguño en la rodilla con las baldosas del suelo. Nos resguardamos detrás de un muro, el cuerpo de Nino pegado al mío. Se saca la pistola del pantalón. Dios mío, es gigantesca. Una Glock40 nueva y reluciente (mucho más grande que la mía). Lo miro mientras apunta con el dedo en el gatillo. Ninguno de los dos aparta la mirada de la puerta del hotel.

Alessandro sale corriendo.

Debo admitir que está bueno, pero no tanto como Nino.

—¿Dónde está, *signorina*? ¿Está bien?

«Ohhh, ¡qué mono! Le gusto.»

PAM, PAM, dice la pistola de Nino.

Miro por encima del muro. En el interior del hotel, alguien chilla. Alessandro está tendido en el suelo, inmóvil y sin fuerzas. Nino le ha dado en el cuello. Le brota un chorro de sangre de la yugular que lo ensucia todo. Observo su silueta sin vida, su rostro, sus manos, brazos y piernas. Siento una punzada de empatía: pobre Alessandro. Pero podríamos haber sido Nino o yo.

—Vamos —digo.

Le cojo la mano. Tiene la piel de la palma áspera y llena de callos, pero cálida. Algo me recorre todo el cuerpo, me siento mágica. Soy especial. Estoy viva. Me agarra con fuerza, me atenaza, se aferra a mí, literalmente. Saltamos de la terraza a un tejado inclinado de terracota, pero las tejas son demasiado lisas. Mis zapatillas de Prada resbalan. Levanto la mirada y veo el Coliseo y la cúpula de la basílica de San Pedro. Una bandera italiana ondea en lo alto, a lo lejos. Más allá están las ruinas del Foro romano. Nubes negras y arremolinadas de estorninos. Un cielo teñido de rosa y naranja. Todo está desdibujado, la ciudad se distorsiona a nuestro paso veloz.

PAM, PAM.

Miro hacia atrás. Nos siguen tres o cuatro agentes más. Corremos por los tejados. Qué emoción tan fuerte.

Me duele el coño, estoy cachonda, mojada. Me muero por que llegue el momento de reconciliarnos follando.

Sigo a Nino por unos canalones. De aquí al suelo hay una caída libre. Mierda. Joder. No mires abajo. Desde aquí, todo parece pequeño. Las personas se ven como hormigas y los coches son minúsculos. Roma es una ciudad en miniatura.

Dos o tres metros separan este edificio del siguiente, y tenemos que saltar. Se me revuelve el estómago.

—Vamos, ven conmigo —dice Nino.

De pronto, está volando, suspendido en el aire con la chaqueta ondeando a su espalda como las alas de un murciélago. Parece Batman (pero con un bigote de herradura). El aterrizaje en las tejas es ruidoso; resbala y se agarra a ellas (supongo que esto no es muy de Batman). Una de las tejas se suelta y cae a plomo hacia abajo, abajo, abajo. ¡CRAC!

Nino se levanta y se vuelve hacia mí.

—Venga, salta.

Me tiende la mano.

Cierro los ojos y cojo aire. Ahora o nunca. No tengo elección. No puedo regresar al hotel.

PAM, PAM.

Están cerca.

Mierda, ¿y si me caigo?

Desde aquí, el otro tejado parece estar muy lejos, no estoy segura de si lo alcanzaré. Levanto la mirada y veo a Nino. Mi Nino. Cojo carrerilla y salto...

Siento un peso en el estómago.

Y caigo.

Caigo.

Me estiro hacia el tejado, pero no llego.

—MIERDA. MIERDA.

No hay nada. Agito los brazos en el aire. Nino me agarra por la muñeca y me estrello contra la pared. Estoy colgando entre los dos edificios. Los ladrillos de la fachada me rozan la cara.

—AU. MIERDA. MIERDA.

No mires abajo. Ay, Dios. Ay, Dios.

Miro a Nino a los ojos.

—Ayúdame. Ayuda, por favor.

¿Me soltará o me subirá? Me sujeta la muñeca fuerte con ambas manos, los nudillos blancos del esfuerzo.

—Nino, por favor. Por favor.

Los ojos de Nino, negros como la obsidiana, se clavan en los míos sin vacilación. Compartimos un instante, pero ¿de qué? ¿No estará...? ¿Está dudando? ¿Qué puto problema tiene? ¿Está pensándolo?

—Nino. Nino.

¿A qué espera?

—No me dejes aquí colgando.

Tenía razón: es el demonio.

Creo que me he hecho pis.

—Venga —dice Nino.

Me levanta, yo me tambaleo.

Ha ido de muy poco.

—¿Por qué has tardado tanto?

PAM. PAM. PAM.

La policía va ganando terreno. Vuelan por los tejados. Saco la granada del bolsillo, tiro de la anilla y la lanzo. —Lo siento —digo—, no tengo

elección.

Entonces le grito a Nino con todas mis fuerzas:

—¡CORRE! RÁPIDO, CORRE, CORRE.

—*Ma cos 'hai fatto?*

BUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUMMMMMM.

Tiembla el tejado. El planeta Tierra se estremece. Cojo a Nino de la mano y nos lanzamos al suelo. Lo miro mientras estamos allí tumbados, el miedo que reflejan sus ojos, las manchas de sangre y polvo que tiene en la cara. Mira, parece Rambo. Siento el calor en la espalda, noto el sabor del humo y de las llamas. Me recuerda al incendio del otro día. Me escuecen los ojos del fuego, pero intento ver a través de las nubes de humo. No se mueve nada. No veo a los policías. Toso y toso sin parar. Hasta que paro. Creo que están muertos. Todos muertos, y los hemos matado nosotros. Durante un momento, eso me preocupa. ¿Hemos hecho mal? No estoy acostumbrada a sentirme culpable, así que me lo sacudo enseguida. Hemos sido Nino y yo. Yo y el puto Nino. Lo hemos hecho juntos. Somos Juliette Lewis y Woody Harrelson. Estamos en racha, joder.

Suena una alarma.

Los bomberos no tardarán en llegar (¡qué sexi!). Bomberos italianos, madre de Dios. Y todavía más agentes, joder. Tenemos que largarnos. Cagando leches. ¿Cómo bajamos de aquí?

Piazza Navona, Roma, Italia

—Uy, ¿qué es eso?

—Una Ducati Monster.

—¿Es tuya?

—Ahora sí. Monta.

Miro mientras Nino le hace el puente. Menudo pepinazo.

—¿Me dejas llevarla?

—Ya he visto cómo conduces.

—Las motos se me dan mejor.

Me fulmina con la mirada.

El motor petardea y cobra vida.

Se monta y yo me siento detrás.

Me ofrece el casco.

—¿Lo quieres?

—No, a tomar por culo.

Lo tira. Rebota en la acera y rueda hasta una alcantarilla.

—Ya he sobrevivido a un accidente sobre ruedas. —El accidente de cuando era pequeña—. Todavía tengo una cicatriz de los daños cerebrales, y a nadie le cae un rayo dos veces.

—¿Ah, sí? Yo tengo placas metálicas en la cabeza de la última vez que me caí de una de éstas.

—¿En serio? Joder... Vale, tú ganas.

—¿Lista? Vamos.

—¡Uaaaauuuuu!

Me agarro a la cintura de Nino y clavo las uñas en el cuero. Él conduce muy muy deprisa por las calles, y está oscureciendo. El viento me agita la melena y me entra polvo en los ojos. Noto el sabor del diesel. ¿O acaso es gasolina? De momento, nadie nos sigue. Ni agentes ni mañosos. Es divertido. Vamos a toda velocidad por una calle muy recta que sale de la ciudad. El motor ruge como un tigre. Siempre he querido follar encima de una moto. Me agarro fuerte y me pego a Nino, aprieto los muslos contra los suyos y le aplasto las tetas en la espalda. El asiento de la moto vibra. Es como unos preliminares.

Miro el velocímetro: doscientos quince kilómetros por hora. No está mal.

De pronto nos adelanta un Ferrari, reluciente y elegante. El motor ronronea como el Lamborghini de Ambrogio.

—¡Qué bonito! —exclamo.

Creo que Nino no me ha oído por culpa del aire y del ruido del motor.

—¿PODEMOS ROBAR ESE COCHE?

—¿Qué? No.

—QUIERO UN FERRARE VAN MÁS RÁPIDO —insisto.

Lo veo alejarse. Bueno, otra vez será.

Oigo una sirena cada vez más alta. ¿Qué pasa ahora?

—MIERDA, LA PASMA.

Nino acelera y yo me agarro más fuerte. Más cerca. Me corre la adrenalina por las venas. Se me deforman las mejillas, se me desfiguran, ondean al viento. Me vuelvo y alcanzo a ver las luces azules. ¿Nos habrán visto? ¿Estamos jodidos?

Nino hace un viraje brusco para salir de la carretera.

Nuestras rodillas llegan a estar a unos centímetros del pavimento. Imagino piel y ropa rozando el asfalto. Me arrepiento de no haber cogido el casco, porque esto no es muy seguro. Con una lesión cerebral me basta para toda la vida. Trago polvo mientras atravesamos un bosque con el viento en el pelo.

Creo que es el mismo de ayer, me suenan los pinos altos. La superficie de la carretera está agrietada por culpa de las raíces y vamos dando botes.

Junto a la carretera hay una señal que indica «Ostia Antica». Me llega un leve olor a ceniza. Una escena de desolación, ramas ennegrecidas. Al menos, el fuego se ha extinguido, ha durado menos de veinticuatro horas. No habrá sido para tanto.

Ya no oigo sirenas.

—CREO QUE LOS HEMOS DESPISTADO.

Pasamos junto a una mujer apostada en el arcén.

Mira, es la chica esa.

—¡CHAU!

Agito la mano varias veces, pero en lugar de devolverme el saludo, me hace una peineta. Qué grosera.

Si le salvé la vida...

—¿La conoces? —pregunta Nino.

—Sí, ES GUAY. LE QUEMÉ LA TIENDA DE CAMPAÑA.

El mar asoma en el horizonte: un vasto vacío negro. El bosque da paso a la costa, playas, restaurantes, bares, hoteles. Nino aparca la moto en un paseo.

Se oye música.

How Deep Is Your Love, de Calvin Harris.

—Oooh, me encanta esta canción.

Viene de la playa.

Me acerco a una barandilla metálica y contemplo las sombras que se mueven en la arena. Hay una especie de festival: gente que bebe y se besa y fuma y folla en la playa. Suspiro y miro a los juerguistas con el sabor del salitre y del hachís en la boca. Hay un chico haciendo malabares con fuego; las llamas describen ruedas cegadoras de color blanco y amarillo. Bailan y parpadean con su luz anaranjada. Círculos concéntricos de fuego y destellos. Mmm, ¿ese olor es queroseno? Yo * los hidrocarburos combustibles. Observo mientras él hace formas en el aire. Es hipnotizador. Me embelesa. Quiero probar. Alguien ha encendido una fogata enorme. Me recuerda a una escena de una película de Fellini. Todo parece muy divertido.

—Mira, Nino, hay una fiesta en la playa. Vamos, quiero bajar.

Él niega con la cabeza.

—No. Tenemos que robar un barco.

Echa a andar por el paseo. ¿Por qué será tan aguafiestas? Lo miro alejarse y sigo observando la fiesta. Alguien da un grito de alegría y descorcha una

botella. ¿Qué es? ¿Prosecco, champán? A la mierda, voy a bajar. Quiero divertirme. Vete a saber a cuántos policías acabo de matar y necesito desahogarme. Luego ya iré al muelle a buscar a Nino; tardará un rato en robar el barco y, antes que nada, quiero bailar. Relajarme. Necesito tomar algo.

Paso las piernas por encima de la barandilla y salto a la arena blanda. Me cuesta creer que Nino haya perdido dos millones de euros. ¿De verdad ha sido tan gilipollas? Después de todo el tiempo que he pasado buscándolos, necesito ahogar las penas. Dejar de pensar. Perder la cabeza. Me acerco a la fiesta y me uno al gentío.

—Chau —le digo a uno cualquiera.

—*Ciao* —grita un tipo que sonrío.

Tiro del micro que llevo pegado por debajo de la camisa y lo lanzo al fuego.

Hay música: BUBUM BUM BUM. Cierro los ojos y la siento. Suena Swedish House Mafia. Me dejo llevar, me muevo y choco al ritmo de unos bajos de locura. Abro los ojos y un tipo con rastas me ofrece un porro. Pelo largo y rubio hasta la cintura; lleva una camisa hawaiana de color naranja con estampado de flores moradas. Nino nunca se pondría algo así. Me llevo el porro a los labios y le doy una buena calada. Mmmm, es maría; dulce y con sabor a hierba. Aguanto el humo un momento antes de soltarlo.

¡Pam! Me sube de golpe; es fuerte, justo lo que necesitaba. La chica joven que está a mi lado mira el canuto como si quisiera probarlo, pero no pienso pasárselo.

Bailo cerca de la hoguera, el calor me acaricia la piel. Crepita y chisporrotea y reluce. Las llamas me lamen los pies. La música cambia a algo con un ritmo muy funky, parece de los ochenta. Bien, me gusta. *Shut Up and Dance*, de Walk the Moon. Doy otra calada.

Canto y floto, bailo como si nadie me viera. Lo doy todo, hago *twerking* y sacudo la cabeza y muevo el culo como Beyoncé.

Echo un vistazo para ver qué hay de beber y descubro varias botellas de licores sobre una mesa plegable. Cojo una y le doy un trago. Mmm, ¿Tia María?

Doy vueltas y vueltas con los brazos estirados hacia arriba mientras el alcohol se vierte y me salpica la ropa, el pelo, la mejilla, la cara. Alguien me coge del brazo y se me cae la botella. El líquido frío me corre por la cara interior del muslo.

—Oye, ¡suéltame! —Es Nino—. Déjame, estoy divirtiéndome.

Me arrastra a través del hervidero de personas, y yo voy dando traspiés por la arena.

—Betta, tenemos que irnos.

Se me ha apagado el porro, así que lo tiro y sigo a Nino. Salimos de la playa y bajamos por el paseo hasta un muelle donde hay amarrados yates y barcas.

—Podrías haber venido de fiesta conmigo —le recrimino, pero él no contesta—. ¿Cómo narices se roba un barco?

—Igual que una moto o un coche.

—¿Ya has conseguido uno?

Miro las embarcaciones que se mecen en el agua, hay lanchas de varios tamaños. Blancas y relucientes, con nombres de mujer: *Lola*, *María*, *Esmeralda*. Hay cientos de yates pequeños, pero yo me fijo en uno de lujo que es la hostia de elegante, enorme, el más grande con diferencia. El tipo de barco que compran los oligarcas rusos para impresionar a las prostitutas. Un rollo muy *pimp*. Lo quiero.

—Ése. Ese de ahí —digo, y lo señalo.

Nino pasa de largo y se dirige hacia una embarcación más pequeña, más vieja y más marrón. Es una lancha muy apañada, pero mucho menos llamativa, toda hecha de madera pulida.

—Vamos a coger ésta —dice.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa al yate?

—Ésta no tiene alarma.

Se llama *Ofelia*, que a mí me parece mala señal. ¿Por qué son siempre nombres de mujer? ¿Por qué no hay nombres masculinos? Sigo a Nino y salto a la cubierta; el barco se mueve con mi peso. Me agarro a la borda.

—Uy, madre mía. Haz que pare. Haz que pare.

—¿Que pare el qué?

—El balanceo.

No se balancea.

—Ah.

Debe de ser el cigarrillo mágico. Tengo la cabeza del revés.

Me dejo caer sobre un banco, cruzo las piernas y me abrazo a mí misma. El otro barco era mucho mejor. Enciendo un cigarrillo y observo la espalda de Nino, que es muy atractiva. Abre de una patada la portezuela que hay debajo del timón, se agacha y manipula los cables. Se enciende una lucecita.

No sé si es buena idea: Nino y yo solos en el mar. Aún no estoy

convencida de que merezca mi confianza, y deshacerse de mí sería facilísimo. Entorno los ojos y ladeo la cabeza. Más me vale no dormirme. No le quitaré ojo al cabrón. Quizá aún quiera matarme.

Suena una alarma en la lancha.

—*Merda.*

—Pensaba que decías que no... Uy.

Nino ha sacado la pistola.

Cierro los ojos, me tenso. Dios mío. Ay, Dios. Se acabó. Es el fin.

Le pega un tiro a la alarma.

Ésta deja de sonar. Vale. Bien. Sigo viva.

Arranca el motor y yo apago el cigarrillo.

—¿Me dejas conducir?

Llevamos horas y horas y horas navegando por un mar negro y aburrido. Hace mucho frío y viento. Es noche cerrada y no veo más que estrellas de mierda y la lucecita de la lancha. Contemplo la nada desde el banco duro y frío. El porro me ha dado hambre y estoy tan famélica que la situación roza el peligro. Echo un vistazo y en un armario encuentro un paquete de Pringles sabor barbacoa. Ni que supiesen que venía... Masco mientras Nino toquetea el GPS. Sube el volumen de la radio; suena *Niggas in Paris*, de Jay-Z y Kanye, y él rapea al compás.

Sin embargo, estropea la canción. Es como mi madre, no tiene oído.

—¿Una Pringle?

—Vale —responde.

—Bueno, Nino —empiezo, y sigo masticando, crunch, crunch—. Creo que tenemos una conversación pendiente.

—¿Qué conversación?

—La de antes, la del bar.

—¿Antes de que hicieras volar a los policías por los aires?

—Exacto. Sigo disgustada contigo.

—¿De qué hablábamos?

—De cuando te marchaste y me dejaste plantada. Cuando me robaste el coche. Y el dinero, la ropa. En Rumania pasé mucho frío, no tenía nada que ponerme.

—¿En Rumania? ¿A qué fuiste a Rumania?

—A nada. Sólo estuve allí ocho horas. Había quedado con un vampiro.

Le pongo mala cara y sigo masticando. Joder, como si el cabrón no supiera exactamente de qué le hablo.

Me mira con el ceño fruncido y la cara en penumbra.

—Eres una puta imbécil —dice, y suelta una carcajada.

Se ríe sin parar, venga a reírse. De mí. Nunca lo he visto reírse tanto.

—No he matado a nadie...

—Me has dicho que sí —repite él.

—¿Y qué? ¿Quién era ese tipo? ¿Por qué cojones tenía tu teléfono?

—Le pagué por llevar el móvil a Rumania. Era un contacto de la mafia rumana.

—Pues intentó estrangularme. Quería robarme el bolso.

Nino meneaba la cabeza.

—Eso no es lo que le pedí. Yo sólo quería despistarte, pero supongo que improvisó. ¿Recibiste mi mensaje?

—¿Tu mensaje? ¿Cuál? ¿El del peinado nuevo?

Me acabo las patatas y tiro el bote al mar.

—El que decía que podíamos trabajar juntos.

—Sí, lo recibí. ¿Y?

—Que quería saber si eras capaz.

Y una mierda.

—Ya, claro.

Menudo mentiroso.

—Es un trabajo peligroso, no todo el mundo vale.

—No seas condescendiente conmigo.

—No me jodas... A mi compañero tengo que poder confiarle la vida.

—Sí, como yo —respondo, y lo fulmino con la mirada—, ¿Qué ha sido la gilipollez esa del tejado? Creía que ibas a soltarme.

—De eso nada. Te he subido. Estás aquí, ¿no?

Miro el horizonte, la línea donde el negro se funde con el negro. Pero no hay nada. Sólo espacio. Materia oscura. Como antes del Big Bang.

—Entonces ¿somos socios? —pregunta.

—Socios.

—Bien.

—De acuerdo.

¿Hasta que me traicione? ¿Hasta que me abandone de nuevo?

El agua salpica al chocar contra el casco. Aparte de eso, el único ruido es el del viento.

—¿Adonde vamos?

Nino no contesta.

Repaso mi plan de venganza: conseguir un arma, encontrar a Nino, recuperar el dinero, matar a Nino. No me ha servido de mucho.

—¿Qué has hecho durante toda la semana? —le pregunto.

—Nada, lo habitual.

—¿Y qué es eso?

—Guarras y coca —responde.

No me lo puedo creer, qué cabrón.

—Pensaba que no te habías acostado con nadie.

—Y no lo he hecho —contesta.

Y una mierda.

—No me puedo creer que hayas perdido nuestro dinero. ¿Dices que se lo llevó Domenico?

—Sí. *Bruttofiglio di puttana...* —se lamenta Nino—. Lo encontré en mi apartamento. Cuando tuve que largarme después de matar a Dinamita. Hizo saltar la puerta y se llevó la maleta. El coche también. Cuando volví a por el dinero, ya se había marchado. Te juro que si algún día me cruzo con él...

Sí, dímelo a mí.

—Nino...

—No, ahora me llamo Lúea. Me cambié el nombre, tengo documentación nueva.

—Vale, muy bien. Lo que tú digas.

—Betta...

—No, ahora me llamo Alvie.

En cuanto lo digo, me arrepiento. Pero, a la mierda, tenía que contárselo. No soporto continuar siendo Beth ni un segundo más.

Me sujeta con fuerza por la cintura y me atrae hacia él. Me preparo para su respuesta.

—¿Alvie?

—Sí, Alvina.

—Ya lo sabía, idiota. ¿Creías que no me había dado cuenta? Eres como otra persona, no te pareces en nada a la mujer de Ambrogio. Tu hermana odiaba las armas, y tú... tú estás como una puta cabra.

—Me lo tomo como un cumplido.

Lo miro a los ojos. ¿No me estará siguiendo la corriente?

—Me da igual. No importa —dice—. Alvie, Betta, Betta, Alvie. Me la suda. Me caes mejor ahora, tu hermana era una pesada.

Por primera vez en mi vida me he quedado sin palabras. Contemplo el mar. Me he quitado un gran peso de encima. Por fin me siento libre.

Al cabo de un rato me vuelvo hacia él.

—¿Adonde vamos?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—¿Qué pasa? ¿Vas a secuestrarme?

—¿Por qué dices eso? No seas infantil. Tienes treinta años.

—Tengo veintiséis. O sea, catorce menos que tú.

Me fulmina con la mirada.

—Espera un momento, ¿qué día es hoy? —pregunto.

—¿Y a ti qué coño te importa?

Ladeo la cabeza. Cero cinco cero nueve: recuerdo el código de seguridad de su móvil.

—Es sábado 5, ¿verdad? Es tu cumpleaños.

—Sí, genial. Ya soy un año más viejo.

—Feliz cumpleaños.

Nino escupe al agua y contemplamos las vistas. Todo sigue negro, ahí fuera no hay nada. No me extraña que pensasen que la Tierra es plana, parece que vayamos a salir volando por el borde. Al menos moriremos juntos.

—La vida empieza a los cuarenta —le digo.

Enciende un Marlboro Red mientras le habla a la mano y a la llama.

—Eso si tú no consigues que me maten de un tiro.

Suspiro y me ruge el estómago.

—Jo, tengo mucha hambre. Necesito comer.

—Acabas de comerte un paquete entero de Pringles.

—Entero no, que te he dado una. Necesito algo más.

—Pesca un pez, cojones.

—No seas idiota. Necesito carbohidratos, algo dulce. Estoy muerta de hambre.

—Ya llegamos.

—¿Por qué estás de tan mal humor? —le pregunto—. Te he salvado la vida. Podrías estar muerto o en la cárcel.

Se lo merece, el muy gilipollas.

—¿De qué hablas? —contesta—. Estaba perfectamente hasta que has aparecido tú. Ahora soy el hombre más buscado de Europa. Cinco policías muertos, *Madonna*...

—De no ser por mí, estarías jodido.

Debería alegrarse de que no lo haya matado. Te juro que le ha ido de un pelo.

—Sí, por eso has hecho estallar los tejados. *Sei pazza. Pazza. Loca.*

Silencio.

—Pues tú has matado al príncipe Disney.

—¿A quién?

—A Alessandro.

—¿Quién coño es Alessandro?

—Ahora ya no importa.

Lo del príncipe Disney es una lástima, porque era muy mono. Un regalo para la vista, un caramelo. Al menos me lo pude follar antes, porque si no habría sido una pena.

Nino fuma con rabia.

Escuchamos el mar.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te localizó la pasma —explico—. No fue tan difícil.

En Roma hay cámaras. Cámaras web, cámaras de seguridad...

—Pues has tardado —contesta—. Llevaba una semana esperando.

—¿Qué mierda fue lo del metro?

—Te di una segunda oportunidad. Tienes suerte de ser guapa.

Me vuelvo a sentar en el banco y me tumbo en la madera dura y fría.

—Todos los que me conocen quieren verme muerto —se queja.

—Sí, yo también —contesto.

Continuamos navegando en la oscura noche.

Debajo del banco hay una manta, me hago un capullo. No te duermas, Alvina. Vigila al depredador. Me preocupa que él lleve pistola y yo no tenga una puta mierda. Y todavía no estoy segura de que pueda confiar en él. Ni de que él pueda fiarse de mí.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando veo unas luces en la costa.

—¿Qué es eso? ¿Qué son esas luces? ¿Un puerto, una ciudad?

—Nápoles —contesta Nino—. Es Napoli.

—Genial. ¿Por qué no paramos aquí?

—Un par de horas más. ¿Por qué no te duermes?

Sí, claro. Ya sé a qué juega: quiere matarme mientras duermo.

Apoyo la cabeza en el bolso. Es posible que sea más seguro evitar las grandes ciudades, sobre todo Nápoles. La policía lo buscará por todas partes. Además, he oído hablar del monte Vesubio. He visto a la gente de Pompeya literalmente petrificada, personas retorcidas en poses grotescas, convertidas en piedra. De eso nada, me niego a que me ocurra a mí. La semana pasada ya tuve suerte con el Etna y no voy a arriesgarme de nuevo.

Se me cierran los párpados... y entonces veo algo que brilla en el agua. Algo reluciente, plateado y redondo como una bola de discoteca flotante.

—¿Qué es eso? ¿Una isla?

—*Si, es Capri.*

—Suenan bien, ¿paramos?

—No, vamos a un sitio que conozco.

—Pues yo todavía no sé adonde vamos. ¿Falta mucho?

Nino no responde.

No sé cómo puede saber hacia dónde viajamos cuando yo no veo más allá de mis narices. La noche es más oscura que las novelas negras nórdicas. Podríamos estar en el interior de una ballena y yo no me habría dado cuenta. Nino vuelve a toquetear el GPS y las luces acaban por desvanecerse. Me abrigo bien con la manta, me tumbo en la oscuridad y me quedo dormida.

Séptimo día: El único

DIEZ AÑOS ATRÁS

Domingo, 30 de octubre de 2005
Lower Slaughter, Gloucestershire

Un plato se estrella contra la pared justo por encima de mí y los pedazos salen despedidos hacia todas partes. Cierro los ojos de golpe, justo a tiempo. Una astilla rebota en algún lado y se me clava en la mejilla. Se oyen cristales rotos en las baldosas.

—Te odio —me dice.

—Mamá...

—Es injusto.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—No quieres que sea feliz.

Mi madre amenaza con echarse a llorar con la voz estrangulada.

—¡Para de tirarme cosas, por Dios!

Me quedo de pie mientras me escudo la cara con las manos y un chillido desagradable me resuena en los oídos. Abro los ojos una rendija y veo el mundo borroso a través de las pestañas. Mi madre me da la espalda y está inclinada sobre la cocina Aga. Me fijo en sus costillas: se expanden y se contraen. Respira con dificultad.

—Tiene la mitad de años que tú —digo al final.

Me quito la astilla de la cara con la mano y se me mancha el dedo de sangre caliente.

—¿Qué va a querer si no es nuestro dinero?

—¿Cómo que nuestro dinero?

Hago rechinar los dientes.

—Tu dinero. Tuyo. Tuyo.

Lo que él busca es la herencia de mi abuela. Es obvio, joder.

Se vuelve hacia mí y se endereza. Me contempla con mirada fría.

—A lo mejor me quiere por ser quien soy. A lo mejor le parezco atractiva.

—Lo que le atrae es el medio millón que hay en el banco —mascullo entre dientes.

La verdad es que eso también me atrae a mí.

—Él no necesita dinero —responde—. Ha venido con permiso de trabajo.

Frunzo el ceño.

—Pero no trabaja.

—Y tú tampoco.

—Es que todavía voy al instituto.

Nos miramos sin movernos del sitio. Huelo algo, ¿qué es? Es humo. ¿Otra maldita barbacoa o es que se quema algo en el horno? Me apoyo en la isla de la cocina, los codos sobre el mármol fresco. Sé que quería un buen padre, pero eso era hace una eternidad. Me he dado cuenta de que tener dos progenitores es peor que tener sólo madre.

Mi madre coge una botella de tinto y le clava el sacacorchos. Se sirve una copa demasiado llena que se echa al gaznate de golpe.

—No me puedo creer que hayas accedido a casarte con él.

Deja la copa a un lado, cierra los ojos y respira por la nariz. Sé que no quiere oírlo, pero alguien tiene que decírselo.

—Mamá, Rupert es un puto perdedor. Lo único que hace es pasar el rato tocando el didyeridú. Hoy me ha despertado al amanecer con *Tie Me Kangaroo Down, Sport*. ¿Quién coño se cree?, ¿el puto Rolf Harris? Ya lleva viviendo tres meses en esta casa y todavía no se ha aprendido mi nombre.

—Claro que sabe cómo te llamas, no seas idiota.

—Entonces, ¿por qué me llama Sheila?

—Es un término cariñoso que usan los australianos con las mujeres, Alvina.

Nos fulminamos con la mirada.

La oigo antes de verla entrar. Seguro que estaba vigilando. Escuchando. Beth se acerca a nuestra madre y le pasa un brazo por encima del hombro mientras me lanza una mirada de reproche, en plan: «¿Qué has hecho ahora?». Rellena la copa de tinto y bebe un trago.

—Pues a mí me cae muy bien —dice—. Me alegro por ti, mamá. Me parece genial que te cases otra vez.

—Gracias, cariño.

—Llevas mucho tiempo sola. Te mereces otra...

—De acuerdo —interrumpo—, ya estoy harta. O se va Rupert o me voy yo.

Mi hermana me mira boquiabierta.

Mi madre flaquea.

Nadie dice ni una puta palabra.

Se masca la tensión. No le quito ojo a la botella. Joder, me muero por el vino.

Rupert abre la puerta del jardín de golpe y entra tambaleándose en el campo de batalla. Lo sigue una nube espesa de humo, pero él ni se entera ni le importa. Abre el frigorífico y coge una lata de cerveza XXXX Gold.

—¿Todo bien, *sheilas*?

Se apoya en la pared para no perder el equilibrio, se frota los ojos y se estira. Dice algo con un acento australiano tan cerrado que no me molesto en descifrarlo. Algo sobre violar a un canguro, o no sé qué de una vendedora de seguros.

Es evidente que nuestros gritos lo han despertado de la siesta alcohólica. Me apuesto a que se ha olvidado del fuego y ha vuelto a quemar las gambas.

—Alvina, pídele disculpas a tu padre —exige mi madre—. Lo has despertado.

Le lanzo una mirada asesina y me pongo roja de golpe. Observo a la mala imitación de un humano que acaba de arrastrarse hasta la cocina.

—Vete a la mierda. Que os den por el culo. NO ES MI PADRE.

—Esa boca, Alvina —me recrimina mi madre.

Mi hermana clama al cielo con la mirada.

—Por cierto, ¿dónde está mi padre? ¿Por qué no admites que está muerto?

—Caracoles... —dice Rupert.

Nadie dice nada más. Mi madre suspira y niega con la cabeza. Mi hermana se sirve más vino.

Salgo corriendo de la cocina y me refugio en mi cuarto. Me escuecen los ojos de las lágrimas y la mierda de estribillo de esa puta canción me da vueltas y vueltas y más vueltas en la cabeza.

Cojo mi querida mochila de JanSport. La hija de puta de Beth, la puta cabrona de mi madre. Son tal para cual. Si Rupert es tan fantástico, que se lo queden. Que jueguen a papás y a mamás, pero sin mí. Jamás sustituirá a mi padre. Y me da igual lo que le haya pasado, porque a Estados Unidos no se marchó a vivir. ¿Sabes lo que pienso? Creo que mi madre lo mató. Que, hará unos quince años, montó en cólera. Que se le fue la cabeza. Le atizó en la sesera con una pata de cordero congelada, lo mató y se comió las pruebas: asó el arma homicida con patatas y salsa de menta. Podría ser, ¿quién sabe?

Necesito averiguarlo.

Cojo unas corbatas para usarlas como cinturón, mi vieja chaqueta de camuflaje, los pantalones militares lustrosos y un par de medias sexis de rejilla. Busco mi pulsera favorita de cuentas, la gargantilla y la diadema a juego, una camisa vaquera, unas camisetas de tirantes de malla dorada y un par de pantalones acampanados de pana. Me siento en la cama. Creo que lo tengo todo. He metido todo mi mundo en la mochila. Esta noche me escapo de casa y hago autostop hasta el centro de Londres para dormir al raso en Leicester Square, bajo la lluvia. Y nunca voy a mirar atrás.

Domingo, 6 de septiembre de 2015
Mar Tirreno

La lancha da un salto y me despierto al aterrizar en la cubierta. Me siento y me froto los ojos. ¿Dónde estamos? ¿Qué pasa? Debería haber aguantado despierta toda la noche, no tendría que haberme dormido: ahora podría estar descansando con los peces. Pero he tenido suerte. Me acuerdo de la primera noche que dormí al raso y sola en Leicester Square. Paralizada por el terror, no pegué ojo. El frío me calaba hasta los huesos y la humedad se me aferraba a la piel; todos los ruidos eran depredadores, todos los hombres asesinos. Estaba convencida de que aquella noche sería la última, y el amanecer fue un milagro.

Observo a Nino conducir la lancha hasta una playa de guijarros. Es diminuta, no mide más de cien metros de ancho y está rodeada de acantilados altos. Está oscuro, así que distingo las rocas y poco más.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En Castiglione, Ravello. La Costa Amalfitana. Venga, levanta —me dice.

Bostezo y me estiro. Tengo la espalda entumecida. Dejo la manta en cubierta, cojo el bolso y sigo a Nino. Saltamos de la lancha y caemos al agua gélida, que nos llega hasta la cintura. Pero, bueno, al menos me ha despertado. Está tan fría que apenas puedo respirar. El fondo es blando, está salpicado de rocas y algas resbaladizas. Llegamos a la orilla caminando con dificultad.

—Coge rocas —me dice.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Hay que hundir la lancha.

—¿Por qué narices vamos a hacer eso? A mí me gusta, podemos usarla.

—No queremos que nadie la vea.

—Pues yo quiero quedármela —insisto—. Déjala ahí, en la playa.

Así podré usarla si necesito escapar.

—Creía que no te gustaba. Tú querías el otro yate.

—Una barca de mierda es mejor que nada.

Se agacha para coger piedras.

Dejo el bolso en la playa mientras oigo el crujido de las conchas y los cantos rodados. Nino para y se vuelve hacia mí.

—*Madonna* ... Oye, la lancha es robada y la buscarán. Igual que nos buscan a nosotros por asesinato múltiple. Por matar a un puto puñado de policías. Toda Italia está pendiente de nosotros, así que tenemos que borrar nuestras huellas.

—Vale, de acuerdo. Si lo dices así...

Qué melodramático.

Me tambaleo playa arriba y agarro un puñado de piedras.

—¿Vale?

—Más.

Cojo más y las lanzo a la cubierta.

—¿Basta con ésas?

—Necesitamos todavía más.

Me hago con otro puñado y las tiro.

—Vale, con eso será suficiente.

—Más. Más. *Mannaggia*... Tiene que hundirse, joder.

—Uy, pues no quedan de las grandes. Ya está. Se han acabado.

Nino se vuelve y estudia la playa.

—Allí hay alguna más.

Madre mía, menudo negrero. ¿Por qué tengo que hacer yo todo el trabajo?

Me acerco al lugar que me señala, me agacho y agarro unas cuantas.

—Ya basta, que me duele la espalda. He dormido en mala postura —digo, y suelto las piedras en la cubierta.

—*Va bene. E basta. E basta* —contesta—. Ahora hay que empujarla.

—¿Estás seguro de que tenemos que...?

—*Uno, due...*

—Estamos desperdiciando una lancha muy guay.

—*Uno, due, tre.*

Vadecemos en el agua helada de la orilla y empujamos la embarcación hacia el mar. Las olas me salpican en los ojos y tengo el sabor de la sal y el

yodo en la boca. Enseguida dejo de hacer pie. Hacemos oscilar el barco de lado a lado, hasta que el agua pasa por encima de la borda e inunda la cubierta. Hace un vaivén y, al final, zozobra y se hunde, se hunde, se hunde. Primero salen burbujas y luego nada. Nos ha costado un par de minutos. Antes había una barca y ahora sólo hay mar. DEP *Ofelia*. Prefiero que hayas sido tú y no yo.

Regresamos a la playa a nado. A nuestro alrededor rompen olas salvajes y las algas se me enredan en las piernas. Se me hunden los pies en la arena, como si la tierra quisiera absorberme hacia el submundo.

—Rápido —dice.

Tiemblo, estoy empapada y tengo una piedra puntiaguda en el zapato. Me quito las algas que se me han pegado a las piernas.

—Sí, sí, ya voy.

Busco el bolso a tientas en la oscuridad y sigo la silueta de Nino. Subimos la escalera que sale de la playa.

—No hables, no hagas ningún ruido.

—No hago ruido, no he dicho nada.

—Ten cuidado con las *vipere* —recomienda.

—¿Cuidado con qué?

—*Vipere* . Ssssss. En los escalones —explica, y mueve la mano como si fuera una serpiente.

—¿Víboras? ¿De qué hablas?

—Vigila dónde pisas. Las víboras son venenosas.

Voy dando traspiés en la negrura.

—¿Qué coño hacen en los escalones?

—Durante el día se ponen al sol, pero a veces se quedan dormidas. Si las molestas, te morderán. Te llenarán la pierna de veneno.

Saco el móvil de prepago del bolso y lo uso para iluminar la escalera. Es vieja y hay hierbajos y plantas con flores medio marchitas por todas partes. Pasamos junto a muchísimos limoneros, tomateras y olivos, huele a cítricos y a tierra. Los escalones son empinados, llevan tiempo desmoronándose y no parecen conducir a ninguna parte. El acantilado es interminable; estiro el cuello, pero no alcanzo a ver la cima. Desaparece en la oscuridad. Piso una piedra suelta, resbalo y se me cae el teléfono.

CRAC.

—Mierda, creo que se me ha roto.

Lo recojo y paso el pulgar por la pantalla, que está hecha añicos. Me clavo

una esquirra. Esto no hay quien lo arregle.

—Nino, ¿me dejas tu móvil? El mío está jodido.

No quiero usar el otro, seguro que también lo rompo.

—Lo tienes tú. ¿No te acuerdas de que me lo pinchaste?

—No te lo pinché.

—Sí.

—No se dice así. Te bajé una aplicación para hacer un seguimiento de tu ubicación a través del GPS.

—Me lo pinchaste —insiste él.

—Lo que tú digas.

Seguimos subiendo a oscuras. Nino se niega a dejarme su teléfono, quiere que seamos invisibles. Según él, la oscuridad es algo bueno. Y esta mierda de escalera es interminable. No soy partidaria de la excursión de alpinismo. ¿Quién soy? ¿Su *sherpa*? ¿Un yak? Se oye el ladrido de un perro y me llevo un susto de tres pares de narices. Un maldito perro escandaloso, un chucho del infierno. Se lanza contra una valla de alambre con los ojos encendidos. Pensándolo bien, no me gustan los perros, y mucho menos los dachshund. Ni éste.

Ve algo largo, fino y sinuoso con el rabillo del ojo.

—NINO, MIRA. UNA VÍBORA.

Él se detiene, se vuelve y corre escaleras abajo hacia mí.

—¿Qué? ¿Esto? Es una manguera.

—Ah... Parecía una serpiente.

Continuamos subiendo durante una eternidad, hasta que empieza a faltar oxígeno en el aire y me ataca el mal de altura. Respiro con dificultad, me silba el pecho. Enciendo un cigarrillo. Oigo el grito de mis glúteos y mis muslos: «¿QUÉ COÑO TE CREES QUE HACES? ¿SE TE HA IDO LA CHAVETA O QUÉ?».

Siento una punzada en el tobillo.

—Ayayay... Algo me ha picado. La puta me ha picado.

—¿El qué? ¿Dónde? —pregunta Nino.

—Aquí, aquí. En el pie.

Se vuelve, corre de nuevo hacia mí y se agacha para echar un vistazo.

—Ay, no, espera. Es una ortiga.

Se levanta.

—¿Una puta planta...?

—Necesito hojas de acedera. Tiene que haber por aquí.

—Te he dicho que no hagas ruido.

Sigo a Nino hacia arriba. No está siendo muy cariñoso conmigo y me siento atacada por todas partes. Me vendría bien algo de empatía.

Me pongo a cantar *Poison* de Rita Ora para pasar el rato.

—¡CHIS! —dice.

—Madre de Dios... ¿Cuánto falta? ¿Cuántos escalones?

—Es aquí arriba. Y luego a la vuelta de la esquina.

En cualquier caso, no puedo cantar más, me falta el aliento. Me conformo con cantar mentalmente mientras seguimos subiendo escalones. Doblamos una esquina: sombras, demonios, tierra, árboles, rocas y más escalones.

—¿Seguro que es aquí adonde vamos? No estamos en ninguna parte.

—Claro, de eso se trata.

Ojalá nos hubiéramos quedado en la fiesta de la playa. Allí no nos habría encontrado nadie. De hecho, ¿qué hacemos aquí? Es un acantilado muy alto. Caída libre. Rocas y olas que rompen a lo lejos. ¿No estará...? ¿Va a tirarme?

Se detiene y da media vuelta. Se acerca a mí. Está oscuro, no le veo la cara. Mierda, ¿ahora qué? ¿Quiere matarme? Lo sabía, es Satán.

Corro hacia él, atacaré yo primero. Más vale prevenir que curar.

—¡YAAAAAAAAAAAAA!

Le doy un rodillazo en las pelotas, mi táctica infalible.

Nino me agarra de la cintura.

—Pero ¿qué haces?

—Nada. Au. Suéltame.

Me retuerce el brazo y me lo sujeta detrás de la espalda.

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé. Creía... creía que...

Miro hacia abajo.

—No voy a empujarte. Si quisiera matarte, ya estarías muerta.

Suspira y me suelta.

Me siento y enciendo otro cigarrillo.

—Estoy cansada. Ya no puedo más. —Me niego a participar en una puta tortura mental—. Quiero saber qué pasa y dónde estamos.

—Ya te lo he dicho, en Ravello —contesta, y me da un puntapié—. Levanta.

—No puedo. Me rindo.

Me van a estallar los pulmones y el corazón me va a cien. Tengo la ropa empapada de agua de mar y de sudor. Me tumbo y miro las estrellas. Anda,

mira, ¿eso es Orion?

—Déjame morir a solas.

—Si alguien te ve, estamos jodidos. Saldremos en todas las noticias: los criminales más buscados de Italia. Se supone que no hay que matar policías.

—Pues tengo las piernas para el arrastre. Esta montaña es demasiado empinada.

—*Minchia*. Que te muevas, coño.

Saca la pistola y me pega el cañón al cuello.

—Tampoco hace falta ponerse así.

—Te he dicho que te levantes.

Me coge del brazo, tira de mí, y yo tropiezo con él.

—O sea, que sí es un secuestro.

—No.

—O sea, que me proteges. Qué galante, qué romántico.

En serio, qué tío. Acabará volviéndome loca. Lo que pasa es que, cuando se enfada, Nino me pone muy cachonda. Y me encanta su pistolón.

—Si te pillan a ti, me encuentran a mí. Eres un problema.

Me clava el cañón en la nuca. El metal está frío.

—Camina, joder, antes de que se haga de día.

Siento su mano en la cintura. Me gusta cuando se enfada.

—Pero ¿adonde vamos?

Más vale que merezca la pena...

—¿Ves el balcón de ahí arriba, el de las estatuas blancas? Pues ahí es adonde vamos.

Villa Cimbrone, Ravello, Italia

Tengo tirones en todos los músculos de las piernas y creo que me ha salido una hernia discal, pero me detengo ante la verja de hierro forjado y miro.

—Ostras, ¿qué es esto?

—Un hotel —contesta Nino.

—Dios mío, es alucinante —digo, y entro.

—Ya lo sé. Intenta no hacerlo saltar por los aires.

Unos faroles de los de antes iluminan el jardín con su luz dorada; las palmeras arrojan sombras increíbles desde las alturas y la fachada está cubierta de hiedra. Hay una torre antiquísima de muros desgastados y unos escalones que conducen hasta una puerta de madera. Sigo el camino que atraviesa un jardín precioso y voy acariciando los pétalos suaves y las hojas de las plantas tropicales con la yema de los dedos. Es como un cuento de

hadas. Es irreal. Hay una fuente con querubines alados. Lirios y rosas y jazmín. El aire huele a dulce, como una tienda de caramelos. Un pájaro canta en un árbol.

—Nino, me encanta... Pero ¿por qué hemos venido aquí?

—Pietro trabaja aquí. Es un viejo amigo y nos alojará sin decir nada.

—¿Habías venido antes?

—Es un buen escondite.

Nino abre con una ganzúa y nos colamos en la zona donde viven los trabajadores. Por un pasillo encontramos un cuarto, entramos y encendemos la luz.

—*Oi, stronzo. Sono io.*

Hay alguien durmiendo en la cama.

—*Che cazzo? Nino? Vaffanculo, mamma mia. Che vuoi?*

Pietro se despierta cegado, medio desnudo.

—*Una camera* —responde Nino.

Pietro se incorpora y se fija en mí antes de mirar a Nino. Se abrazan. Pietro se frota los ojos.

—*Per due persone?*

—*Si, si. E'per la mia luna di miele* —explica Nino.

—*Perché non puoi prenotare una stanza come tutti gli altri?*

Pietro se levanta y se dirige a mí con la mano tendida. Se la estrecho.

—*Ciao. Piacere. Auguri* —me dice antes de darme dos besos.

—Ah, chau, chau, chau.

Se pone una camiseta y unos pantalones y nos lleva a una habitación. Dice que es la más grande y la más bonita. Abre la puerta y entro. Aguanto un grito. Jesús bendito: es mejor de lo que me imaginaba. Amplia y palaciega, asombrosa. Un espléndido techo cóncavo pintado de azul, una chimenea enorme de mármol. El suelo es de baldosas de cerámica pulidas. En la pared del salón cuelga una fotografía en blanco y negro de Greta Garbo.

—Es de ensueño.

Pietro hace una reverencia y sale.

—¿Qué significa *auguri*? —le pregunto a Nino cuando ya estamos solos.

—*Auguri* quiere decir «enhorabuena».

—Ah, vale. Muy bien. —Estudio los cuadros—. ¿Y por qué me ha felicitado?

¿Porque sigo viva, quizá?

—Le he dicho que nos hemos casado —responde Nino—, que estamos de

luna de miel.

—Ohhh, ¡qué bonito! —Me siento en la cama—. ¿Pietro también es de la Cosa Nostra?

—No, él trabaja en el hotel y ya está. Pero es el único que conozco que no quiere matarme.

—Yo tampoco quiero matarte.

Al menos ya no. Ahora que estamos aquí, me siento más segura. Quizá antes estaba paranoica, preocupada sin motivo. Es evidente que le gusto y que esta semana me ha echado mucho de menos. ¿De verdad era sólo una prueba de la mafia? ¿Una iniciación o penitencia? Como las doce pruebas de Hércules, para ver lo chungo que soy. Suelto un suspiro hondo y largo de alivio y me tumbo cual estrella de mar en la cama.

Nino pone las noticias en la televisión.

Me siento y parpadeo.

En la pantalla aparecen imágenes de Domenico esposado y rodeado de agentes de policía italianos. Camina entre una muchedumbre de gacetilleros, cámaras y fogonazos de luz. Hay una comisaría. Una reportera. Nino sube el volumen.

—¿Qué dicen? —pregunto.

Me mira y niega con la cabeza.

—El puto idiota... La poli lo ha pillado con el coche de Ambrogio. Han encontrado la maleta del dinero, nuestros dos millones de euros. Su ADN coincide con muestras encontradas en la tumba de Salvo y en la de tu hermana.

—Entonces ¿qué? ¿Creen que fue él? Genial.

—No tienen ni idea. Han arrestado a Domenico por triple homicidio.

Beth, Salvatore, Ambrogio...

—Fabuloso. Estupendo.

Nino y yo chocamos los cinco.

Dios mío, le daría un beso ahora mismo.

Me detengo y lo miro a los ojos.

—¿Tienes coca? —pregunto—. Deberíamos celebrarlo.

—Si, deberíamos.

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una bolsita transparente. Está llena de polvo blanco como la nieve.

Frunzo el ceño.

—¿Quieres decir que tenías toda esta cocaína mientras yo me moría ahí fuera? ¿He subido un montón de putos escalones y no me has ofrecido nada?

Lo mato. Lástima que la policía me haya robado la pistola.

—No has preguntado —contesta.

Deja la bolsa de farlopa en la mesilla de noche, hace un par de rayas largas con la tarjeta y enrolla un billete de cien.

Dios mío, cuánto lo he echado de menos.

Entonces me acuerdo de lo pequeña que tengo ahora la nariz. Aún no la he puesto a prueba porque sigo convaleciente de la operación. No hace ni una semana. El mañoso rumano me dio un puñetazo en la cara. O sea que, a decir verdad, mi nariz las ha pasado canutas. No sé si podré. ¿Qué pasa si la coca se me queda atascada? ¿Y si tengo el tabique roto?

—Nino, ¿puedes soplarme la coca por el culo, como en la escena esa de *El lobo de Wall Street*?

—¿Cómo? No, ni hablar. Métetela por la nariz como los demás.

—Jo, qué aburrido —me quejo, y suspiro.

—¿Aburrido yo?

—Pues sí. Uy, Alvie, no les tires una bomba a los polis.

Ay, Alvie, no robes un Ferrari. No vayas a la fiesta de la playa, no hagas ruido, no te metas coca por el culo. Bla, bla, bla...

Esnifamos las rayas. Mmmm, genialidad en polvo. Se me enciende el cerebro como una bombilla de megavatios en la cima de un árbol de Navidad.

—¿Crees que soy aburrido? —me pregunta Nino.

—Sí.

—Ven conmigo.

—¿Qué quieres ahora? —pregunto, y me levanto.

Tengo la cara adormecida, como si estuviera en el dentista. Al menos ahora sé que la nariz me funciona.

Me coge de la mano, salimos de la habitación y me lleva al jardín, hasta una piscina de color turquesa que hay en la parte trasera.

—Ostras, es preciosa. Mejor que la de Beth.

Tiene una bonita forma de riñón y está iluminada. Rodeada de jardín y de palmeras y flores. Da a un acantilado con vistas mediterráneas. Es superguay y muy glamurosa: la portada de un disco de Hedkandi.

Nino se arranca la ropa y salta al agua. Espalda bronceada, nalgas blancas. Una polla como una anaconda. Se sumerge hasta el fondo y sale a la superficie.

—¿Esto te parece aburrido?

—Es increíble.

Me gusta más desnudo.

Somos Steve McQueen y Ali MacGraw en el lago de *La huida*.

—Venga, métete —dice.

Me quito la ropa y me acerco a la escalerilla. El metal plateado reluce, centellea como si fuera una joya de platino. Meto un dedo. Está fresca. Bajo los escalones hasta el agua. Doy unas brazadas y la sensación es estupenda. El agua me acaricia el cuerpo como si fuera el roce de una sábana de seda. Siento las pulsaciones que la droga me manda por el torrente sanguíneo. Dibujo una sonrisa cada vez más amplia.

Nino me observa desde el otro lado de la piscina. Siento su mirada. Nado hacia él y ahora lo deseo muchísimo, nunca había deseado tanto a nadie. Siento un cosquilleo en el estómago, como si tuviera trece años. ¿Sabes qué? Me alegro de no haberlo matado. Habría sido una pena.

Nino se zambulle y su silueta oscura cruza la piscina, amenazante y peligrosa, como un tiburón o un pez que come carne humana. Se ven burbujas en la superficie y, de pronto, aparece ante mí. Lo miro a los ojos, los tiene oscuros y luminosos. Me aprieta contra el borde de la piscina y por fin nos besamos. Saboreo su lengua, sus labios salados. Le cojo la cabeza. Él me agarra el pelo. Su boca tiene ansia de mí, me come, y yo le muerdo el labio inferior. Me desliza una mano cálida por la cadera y me toca el clítoris. Gimo. Ha pasado una semana.

De repente se separa.

Da media vuelta y me agarra desde atrás. Me muerde la parte trasera del cuello. Un escalofrío me recorre la espalda. Siento el coño caliente y húmedo. Apoyo la cabeza en su hombro mientras él me sujeta los pechos; tengo los pezones duros, erectos. Gimo mientras él me desliza las manos por el vientre y siento sus dedos ásperos dentro de mí.

—¿Esto te parece aburrido? —pregunta.

Nino me penetra desde atrás.

—Con condón —digo—. Tengo unos estriados con sabor a frambuesa...

—No te puedes quedar embarazada por follar en el agua.

—¿Cómo?

No tengo claro que eso sea cierto.

—Te lo juro por Dios.

Me folla en el borde de la piscina. Da igual, tomo la píldora. Me muevo para que me llegue más al fondo, nuestros cuerpos unidos como con pegamento. Se me clavan las baldosas en el pecho, pero su polla es la pura perfección. Me encanta su tranca. Su olor. Marlboro y cloro y sudor. ¡Sí!

—¿Todavía te aburres? —me susurra al oído.

—Esto es la hostia puta...

Siento su falo en lo más profundo de mí. Su aliento cálido en el cuello. Me agarra la cintura con sus fuertes brazos como si no fuera a soltarme jamás.

—Nena...

—Di mi nombre.

—¿Cuál prefieres?

—Alvie.

—Alvie.

—Nino.

—Alvie.

—Nino. Nino.

Me aferro a las baldosas con las uñas como un gato, me estiro, estoy colocada, eufórica. Me flota la cabeza muy muy lejos. Joder, me encanta la cocaína. Nino me baja del bordillo y me sumerge la cabeza. Me dobla de manera que tengo la cabeza junto a las rodillas y no puedo respirar y... ¿Qué?

¿Qué coño hace? ¿Por qué me sujeta? ¿Va a ahogarme? Voy a morir como

mi hermana, en el fondo de una piscina.

Él sigue embistiéndome.

Dios mío, voy a morir.

Voy a...

Voy a...

Voy a...

Voy a...

Voy a correrme muy fuerte.

Intento sacar la cabeza, pero estoy atrapada. Me mantiene debajo del agua. Mientras forcejeo, siento que el aire desaparece de mis pulmones y el oxígeno se disipa. Él sigue penetrándome y, joder, estoy mareada, la cabeza me da vueltas. Veo borroso. Abro los ojos, pero sólo veo azul. Y siento la polla rozándome el punto G. Voy a desmayarme. No puedo más. Se me cierran los ojos.

No me queda aire.

Me corro.

Un fogonazo de luz cegadora, no veo nada. Me explota el cerebro. Se me enciende.

Nos corremos al mismo tiempo, una y otra vez, una y otra vez. Me tiembla el cuerpo. Estoy rendida, derrengada. El tiempo y el espacio se disuelven, se derrumban. Nos veo flotar, elevarnos como fantasmas o ángeles. Danzamos y volamos y nos elevamos muy arriba. Hay una luz. Y un túnel.

Y después, nada.

Nino se retira. Me tiendo al borde de la piscina dando bocanadas de aire, intentando respirar. Mi mejilla se estrella contra las baldosas, descanso la cara en la cerámica.

—NINO, ¿QUÉ COÑO HACES, JODER?

—¿Te ha gustado?

—Podría haber muerto.

—Estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Reflexiono durante una fracción de segundo.

—Que te folien —le espeto—. Ha sido la hostia.

No me ha llegado el oxígeno al cerebro... Ya tengo suficientes daños cerebrales, no necesito más.

El jardín da vueltas y vueltas, azul, verde, rojo. Suena música clásica. El aire se llena de arias hermosas, un *crescendo* de violines y violoncelos.

—¿De dónde sale la música?

Durante un momento creo estar soñando.

—Es el festival de Ravello —contesta.

Miro a mi alrededor. Aún estamos en la piscina, con los cuerpos enredados. Seguimos vivos. Todo es perfecto. Sus brazos bronceados me rodean los hombros y los miro; parecen los de un dios de músculos definidos. Nadie me provoca orgasmos como éstos. Nino es el hombre de mis sueños.

Apoyados en el borde el uno al lado del otro, contemplamos las vistas indecentemente bellas. La primera luz del día sangra por encima de las montañas negras, el cielo se torna de un rojo amenazador. Vemos juntos el amanecer mientras escuchamos la música. Es mágica, etérea, como si tocasen para nosotros dos. Miro el jardín, es el Edén y todo está bañado de luz dorada. Estamos en el paraíso.

—Vale —concedo—, no siempre eres aburrido.

—*Bene*.

—A veces te esfuerzas.

—*Mortacci tua*.

Ja, ja, se ha enfadado.

Salgo del agua salpicando; Nino también, y me persigue por todo el jardín. Me río, no paro de reírme, porque estoy muy colocada.

Corro por una avenida flanqueada por flores de aroma dulce: pétalos morados, son buganvillas. Jarrones antiguos de terracota. El mármol lechoso de un desnudo. Me meto en un parterre de rosas. Tropiezo y ruedo por la hierba suave. Nino cae encima de mí.

—Oye, ¿qué es eso? Lo que tienes en el culo.

—¿El qué?

—El tatuaje. ¿«Muérete, Nemo»?

—Ah, sí. —Se me había olvidado—. Tengo que ir al programa ese donde te arreglan los tatuajes para que me lo tapen. ¿Lo has visto alguna vez?

—No. ¿Qué significa?

—Significa... La verdad es que no me acuerdo. Me lo hice estando muy borracha, aunque en su momento me pareció importante. ¿No te acuerdas del pez de dibujos animados?

Nos tumbamos desnudos y contemplamos el cielo del amanecer.

—Uy, mira, una estrella fugaz.

Nino se vuelve hacia mí y dice:

—Tienes que pedir un deseo.

Creo que ya sé lo que quiero...

—¿Por qué has dicho eso antes? —le pregunto—. Lo de la luna de miel.

—No sé —contesta Nino, y se estira—, por decir algo. No podía contarle la verdad. No nos habría dejado quedarnos.

—¿No habías dicho que ya habías estado aquí?

—No había matado a un puto agente de policía.

—Vale, tienes razón.

—Bueno, ¿quieres que te cuente mi plan? —pregunta con emoción—. El plan que nos hará la hostia de ricos.

Me coge y me tumba sobre su pecho. Sonríe y sus ojos oscuros brillan.

—¡Claro que sí! Cuéntame.

Apoyo la mejilla en sus pectorales y siento los latidos de su corazón.

—Vamos a trabajar juntos, he estado pensándolo todo. ¿Te acuerdas del inglés del que te hablé? El que mató a mi padre.

—No.

—Es un marchante de arte millonario, vive en Londres. Se llama Ed Forbes y es un hijo de la gran puta.

—¿Y qué pasa?

Le acaricio el pelo del pecho con los dedos. Le doy un beso. Todavía está mojado.

—Me robó. Le robó a mi padre —explica—. Y ha llegado el momento de la venganza. Tú y yo juntos, nena. Acabaremos con él.

Un millonario, qué prometedor.

—Suená bien.

—Sí, me encanta joder a los hijos de puta.

Se levanta y me coge la mano.

—Ven, quiero enseñarte una cosa.

—¿Adonde vamos? A Londres todavía no, ¿verdad?

—Calla, que te gustará.

Caminamos por el jardín de la mano, en pelota picada, igual que Adán y Eva. Un camino largo y recto atraviesa una pagoda y conduce a una terraza que hay junto al acantilado.

—*Guarda che bella vista* —me dice Nino—. La terraza del infinito.

—Madre mía, qué vistas.

Miro el mar. La tierra se inclina hasta el océano. Las montañas están cubiertas de campos de cítricos salpicados de amarillo y de dorado. Los pueblos se aferran a las laderas escarpadas entre el verde oscuro de los

árboles y el azul celeste. Una vez más, el aire se llena de música bonita. Quiero bailar.

—Es increíble —suspiro—. Éste sería un buen lugar para prometerse.

—No puedo pedirte matrimonio, no tengo anillo.

Sonríe con aire travieso. De pronto, todo cobra sentido: tenía que ser así. Nino es mi señor Perfecto. Nadie más sabe cómo tratarme. Él es perfecto. El único.

—Yo sí, tengo dos —digo—. Espera aquí, no te muevas.

Cruzo el jardín a la carrera y resbalo en el rocío que se ha posado en la hierba. Subo la escalera que conduce a nuestra habitación, mi corazón late *molto allegro*. La música suena, es una pieza triunfal. Platillos, un *crescendo*. Busco el bolso y lo encuentro encima de la cama. Lo cojo y vuelvo corriendo hasta Nino.

Ay, Dios, espero que siga allí. ¿Y si se ha ido otra vez?

Está de pie de espaldas a mí, contemplando las vistas. Lo absorbo todo, su culo, que es la mejor vista. Merece la pena todos los esfuerzos.

—Mira, dos anillos, tal como te he dicho.

Revuelvo dentro del bolso. Maldita sea, nunca encuentro nada.

—Ay, mira, tu sombrero. ¿Lo quieres?

Coge el fedora.

Al final encuentro los anillos: la argolla plateada de la granada (la guardé como suvenir) y el anillo vibrador de placer. (¡Podemos usarlo luego!) —¿Qué demonios es eso?

Mira el anillo de placer, ¿es posible que no le gusten los juguetes sexuales?

Me apresuro a clavar una rodilla en el suelo.

—Nino, ¿quieres casarte conmigo?

—Si digo que sí, ¿te callas?

—Sí.

—Pues sí —contesta.

Me levanto de un salto y le pongo el anillo en el dedo. Es rosa y se estira como la gelatina.

—¡Hurra! —grito—. Ahora tú.

Le doy la argolla de la granada.

Nino se arrodilla.

—Alvie, ¿quieres casarte conmigo?

Me la pone en el dedo.

—Sí, quiero —respondo.
«Enhorabuena», me felicita Beth en mi cabeza.
Y nos besamos.

*Nino y Alvie,
juntos para siempre. Soy la
dueña de sus pelotas. ♥*

Regresamos a la piscina, Nino caminando y yo dando saltitos. Recogemos la ropa arrugada y volvemos a la habitación. Estoy a punto de explotar de felicidad. Esnifo una raya detrás de otra hasta que tengo el cerebro como un globo de nieve.

Nino se duerme exhausto en la enorme cama, pero yo no quiero dormir. Estoy demasiado emocionada. Tengo una boda que planear.

—Nino, ¿quieres un poco?

Pero él ya está roncando.

Pues las dos para mí. Que no se diga que aquí desperdiciamos las cosas. Snif, snif, snif. Cuantas más, mejor. Soy demasiado joven para tener un ataque al corazón.

Enciendo el televisor para tener compañía. Quiero ver las noticias, por si dicen algo más sobre lo de Domenico. Me haría mucha gracia. Me meto la otra raya. ¡Ole, olé! No puedo parar de sonreír. Estoy a punto de ponerme a saltar en la cama como una niña. En la tele emiten imágenes de claustros. Es una iglesia o un convento. Una multitud solemne. Entrevistan a una monja italiana. No sé de qué habla, pero seguro que es muy aburrido. Superponen la foto de una monja anciana. Y no es cualquier monja. ES LA MÍA. «*Sorella* Francesca di Marzo, 71, también conocida como Teresa di Gesù.» Mierda, joder, mierda, joder, mierda. El presentador habla deprisa en italiano, con expresión funesta y sincera. La cámara hace una panorámica de una carretera. Manchas rojas. Son de sangre. Claro, es donde la atropellé. ¿Qué quieren decir? ¿Qué significa? ¿Han encontrado el cadáver? Otra escena: los restos calcinados del Cinquecento. Ramas ennegrecidas. Árboles partidos. Escenas de una carnicería silvana. Hierba quemada y hojas chamuscadas. La cámara se acerca al coche. No. No, no. No abráis. No miréis dentro, por favor. Nos ahorran la imagen del cadáver calcinado de la monja, pero su visión me asalta. Demacrada y asquerosa, con la piel derretida. El cabello gris convertido en carbón. La ropa hecha jirones. Cierro los ojos y meneo la cabeza.

—No, no, no.

Otra foto. ¡El hombre! «Lorenzo Mancini, 51.» Lo reconozco al instante. Le robé el coche, el viejo Cinquecento oxidado era suyo. Me acuerdo de su cara enrojecida pegada a la ventanilla, de los gruesos michelines de grasa. Parece desconcertado, perplejo. Está fuera de un palacio de justicia, hay furgones de policía y una muchedumbre agitada. El hombre se refugia bajo el abrigo para esquivar a los reporteros.

—*Signor Mancini*— gritan los gacetilleros—, *signor, é stato lei?*

Lo llevan esposado ante el gentío, y se ve a un grupo de monjas iracundas. Pancartas. Un cura de aspecto solemne. Y no es cualquier cura, es el mío. El que rescaté del bosque y me llevó a Roma. Los engranajes de mi cerebro giran y giran intentando entender, pero estoy tan colocada que no puedo ni pensar. Trato de comprender. Alguien entrevista al cura. No sé qué dicen, pero parece una especie de panegírico. Supongo que habla de la monja, *sorella* Francesca di

Marzo. Seguramente dirá que su muerte es muy triste, que la gente no debería matar monjas... La policía debe de haber arrestado al hombre como presunto asesino de la hermana. ¿Es eso lo que veo? No me lo puedo creer. Dios existe. Contemplo la pantalla un par de minutos más, hasta que hablan de otra cosa.

Corro a la cama, quiero despertar a Nino. Tengo que decírselo. No me puedo creer la suerte que tengo. Pero Nino no lo entenderá, no sabe quién era la monja, no sabe que la maté. Supongo que no es tan urgente, así que lo dejo dormir un poco más. Puedo esperar hasta la mañana. ¿Lo ves? Soy una persona agradable y considerada. Una chica atenta. Seré una esposa maravillosa, Nino tiene suerte. No tiene ni idea de cuánta.

Lo miro mientras duerme. Podría hacerlo durante horas, escuchar su respiración. La habitación está a oscuras; las cortinas están corridas y el claroscuro que provocan las sombras le acentúa los rasgos. Me fijo en su bonita cara. Es el vivo retrato de un dios romano, un supermodelo italiano. Podría ser un ángel de Caravaggio. Podría hacer de Ciro en *Gomorra*.

Enciendo uno de sus cigarrillos y miro por la ventana con una sonrisa radiante. Esto se me da de puta maravilla. Voy a salirme con la mía. No sé cuántos asesinatos llevo, pero ya son un puto trillón de cadáveres. Seremos los mejores asesinos a sueldo que el mundo haya visto, la historia nos recordará como los más locos y malos. Nino es mi rey, y yo seré su reina.

Le sonrío al mar. El sol asoma por encima del agua y ésta centellea. Hoy será un día precioso, no se ve ni una sola nube. Me encantan los días así. El

rosa del amanecer muda a un azul tan pálido y transparente como los ojos de Dinamita. He perdonado a Nino por matarla: hizo lo que tenía que hacer. Yo me he perdonado a mí misma por matar a los policías. Y también por Alessandro. Del atracador ya casi me había olvidado y, si te digo la verdad, mi hermana se lo merecía. Lo de la monja es... lamentable; pero no puedes ser tan pusilánime en este trabajo. En cuanto te atrapan los sentimientos, pierdes. Si vacilas, mueres. Apago el cigarrillo en las baldosas del suelo y lo lanzo al jardín. Doy media vuelta, Nino sigue durmiendo.

Me siento en el borde de la cama y le acaricio el pelo negro azabache. Sus ronquidos son suaves, casi no hacen ruido, tan adorables como los de Ernie. No son ronquidos de ogro como los de Domenico (que será muy popular en la cárcel). Nino se mueve mientras duerme, murmura algo: «Alvie». Te garantizo que está soñando que folla conmigo. Tiene la insinuación de una sonrisa en las comisuras de los labios. Me agacho y le doy un beso. Mi socio. Mi amante. Mi futuro marido. Me cuesta creer que quiera casarse conmigo.

La bolsa de coca está abierta. Un poquito más no me hará daño. Me chupo el dedo, lo meto en el polvo blanco y me froto las encías. Mmm, qué rica. La pistola de Nino está en la mesilla de noche, junto a la lámpara y su anillo de compromiso. Anda, ¿por qué se lo ha quitado? Yo todavía llevo la argolla de la granada, pero él no lleva el anillo de placer en el dedo. Está ahí, en la mesilla. Qué raro. No sé si eso me hace gracia. ¿Qué cojones significa? Se me acelera el pulso. ¿Es por la coca o por otra cosa? No pasa nada, tranquila. Relájate, nena. Me levanto y me estiro. A lo mejor con una manzanilla...

Me miro en el espejo. Está oscuro, pero me veo los ojos y los tengo como un par de platos de sopa fría. Nunca me había visto las pupilas tan grandes. Tengo la mandíbula apretada, rígida. Me froto las mejillas bien fuerte y me doy tres bofetadas. Me rechinan los dientes. Joder, estoy a mil. No me siento la barbilla ni los labios.

Veó que Nino se mueve en la cama, a mi espalda. Estira el brazo en la oscuridad. Me fijo en sus dedos, que se acercan poco a poco a algo que hay en la mesilla de noche.

«La pistola —dice Beth—. Te va a disparar.»

Vuelo. El corazón me late el doble de deprisa. Tengo visión de túnel. Más allá de la pistola todo está negro. Le arrebató la Glock justo a tiempo, los dedos de Nino rozan los míos, y aprieto el gatillo.

¡PAM!

Salpicaduras de sangre y plumas volando por el aire.

Me he quedado sorda. Me tiemblan las manos, me sudan las palmas.
Mierda.
Suelto la pistola.
¿Qué acaba de ocurrir?
¿Qué hostias he hecho?
Beth se ríe en mi cabeza. «He ganado», dice.
Me dejo caer contra la pared y me deslizo despacio hasta el suelo.
—No. ¿Qué coño has hecho?
El algodón se empapa de rojo. Huelo el hedor carnal de la sangre.
«Trataba de alcanzar el interruptor de la lámpara —dice Beth—. Acabas de matar a tu alma gemela.»
—No, no, la pistola... —contesto.
«La lámpara.»
—La pistola.
«La lámpara.»
—La pistola.
«La lámpara.»
—La pistola. La pistola.
Miro a Nino, el agujero de la frente que se llena de una sustancia negra. Todo avanza a cámara lenta. Se me nubla la vista por culpa de las lágrimas. Su hermoso rostro está manchado de sangre. Se me revuelve el estómago, tengo arcadas. Vomito una y otra vez por todas las baldosas azules.
«Te advertí que me vengaría», dice ella.
—No, no, no...
Dios mío, Beth. La mataría de nuevo. Y al puto payaso. Mi hermana iba a por mí desde el principio. Me odia. Me odia. ¿Me odio? Lloro lágrimas calientes. Está muerto. Ya no está. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? Le doy un beso en los labios, aún los tiene calientes. Sabe a hierro caliente. Es la sangre.
Estiro el brazo y, con dedos temblorosos, le busco el pulso en la muñeca. Espero.

- espero.
- espero.

Venga.

Va.

Nino.

Nino.

Por favor.

Le subo un párpado con cuidado. Tiene la pupila grande. Dilatada. Cuando la expongo a la luz no se contrae. Dejo que se le cierre. Confirmado.

«¡Ahora estalla un noble corazón! ¡Feliz noche eterna, amado príncipe, y corros de ángeles arrullen tu sueño!»

Me tumbo a su lado en la cama.

El señor Pompas se ríe en mi cabeza.

Y...

«¡Lo demás es silencio!»

EPÍLOGO

Me suena el móvil Samsung: número desconocido.

—¿Sí? ¿Hola? ¿Dígame?

—Alvina, cariño, ¿eres tú?

—¿Eh?

No me llames cariño, joder. Es Mavis. ¿A qué viene tanta amabilidad? Debe de haber alguien escuchando.

—Sí, soy yo. ¿Qué quieres?

¿Dinero para un geriátrico? ¿Una enfermera en casa?

—Voy a ser breve, angelito.

—Bien. ¿Y eso?

Qué raro...

—Verás, es que sólo me dan un minuto y me cortan. Son muy estrictos con las llamadas personales en estas comisarías o calabozos u oficinas.

—¿Estas qué? ¿Dónde estás? ¿Qué pasa?

Miro el móvil con rabia, pero no es una conversación de FaceTime.

—Por eso llamo, cariño. Estoy en la comisaría de Roma. Resulta que las autoridades del Reino Unido por fin han encontrado a tu padre. ¿Te lo puedes creer? Después de tantos años... Veinticinco, para ser exactos.

—¿De qué demonios hablas?

—Unos agentes de Lower Slaughter han encontrado a tu padre en la caseta del jardín.

—¿Qué hacía mi padre en una caseta?

—Claro, ésa es la cuestión.

—La pregunta del puto millón de dólares. ¿Qué estamos, en un concurso de televisión?

—¿Qué? ¿Nosotras? No. Y no digas palabrotas. Lo que quería decir, cariño, es que me han arrestado. Por presunto asesinato. ¿Se te ocurre algo más absurdo? En cualquier caso, no creo que haya suficientes pruebas como para condenarme, habiendo pasado tanto tiempo, y con tantos gusanos. Si te

digo la verdad, casi me había olvidado de él. Pensaba que habría desaparecido o, bueno, ya sabes, que se habría biodegradado. De hecho, te llamo para que vengas a por Ernesto. Lo he dejado con Riccardo y Giuseppe, lo que no es ideal...

—PERO ¿QUÉ COÑO DICES? ¿MI PADRE ESTÁ MUERTO?

Primero Nino y ahora mi padre.

—¿Puedes venir a hacer de canguro?

—¿Lo mataste tú?

—Alvina, voy a ser muy clara: eso lo decidirá el jurado.

—Lo sabía. Lo sabía. Lo mataste.

Seguro que ese medio millón que había en el banco no era la herencia de mi abuela. Ella nunca tenía dinero, era todo de mi padre. Eso sí que es un motivo...

—Bueno, te doy el número, ¿no? Tengo los datos de Riccardo aquí mismo.

—No lo necesito. No pienso hacer de canguro.

—Se lo habría pedido a Domenico, pero al parecer ha desaparecido. Por cierto, ahora que te tengo, cariño: ¿tienes dinero? Necesito diez mil sólo para la fian...

Se corta la llamada. Han colgado. Me siento en la cama aturdida y en silencio. Me dejo caer y mi cabeza aterriza en la almohada, junto a la de Nino. Suelto el teléfono. Dios, mi madre es una asesina. No sé de qué me sorprende. ¿De dónde me creía que lo había sacado? Ja, es obvio que lo llevo en los genes. Ahora ya no tengo nada especial. Era una de mis características distintivas. Ella ha asesinado. Yo he asesinado. Todo el mundo mata a todo el mundo. La diferencia es que a mí no me pillarán. Soy la generación 2.0, nueva y mejorada. Avanzada.

Miro el cadáver de Nino tendido indefenso en la cama. Me llega el olor a vómito del suelo. El pim, pim, pim del goteo de sangre. Jamás se habría casado conmigo, ¿cómo he podido ser tan ingenua? Ha llevado el anillo menos de una hora. Sin embargo, yo quería creérmelo. Él mismo lo dijo: la semana entera ha sido una prueba. Pues tú no has pasado la mía, gilipollas. Ahora mando yo. Soy la jefa. Y quería verlo muerto, claro que sí; ése era el plan desde el principio. No era la voz de mi hermana lo que oía en mi cabeza, porque ¿acaso estoy loca? ¿Soy esquizofrénica? No, era la voz de mi subconsciente. Mi conciencia; aunque esté jodida, existe. Sabía lo que tenía que hacer. Sabía lo que era necesario.

Si alguien pregunta por la bomba, si alguien encuentra su cadáver, diré que

Nino tiró de la argolla y que me retuvo como rehén. Perfecto. Lo maté en defensa propia, no me quedaba otra opción. ¿A quién crees que harán caso, a una chica o a un puto asesino a sueldo muerto?

Si he sido capaz de matar a un mafioso despiadado, si puedo acabar con el amor de mi vida, soy más dura y fuerte de lo que creía. Puedo con cualquiera.

Sí. Soy Alvina Knightly.

Más le vale a Ed Forbes tener miedo.

Agárrese, que vienen curvas, señor Forbes. Usted es el siguiente.

AGRADECIMIENTOS

Maia ha sido la típica segunda novela difícil, pero escribirla ha sido muy divertido. Mi más profundo agradecimiento es para las siguientes personas, por su increíble apoyo: Paolo Esposito, Lisa Taleb, Richard Skinner, Matilda McDonald, Jessica Leeke y el equipo de Michael Joseph, Maya Ziv y el equipo de Dutton, Simón Trewin, Anna Dixon y el equipo de WME, Tim Bonsor, Claudette Bonsor, Lydia Ruffles, Felicia Yap, Michael Dias, Ilana Lindsey, Helen Alien, Emma Vandor, Issy Mahmoud, María Ghibu, Yasmeen Westwood-Ali, David Westwood, Chris Elvidge, Johnny Pariseau y Mike Deluca y Michael De Lúea Productions, Chloe Yellin de Universal Studios, Senja Andre-jevic-Bullock, Matilda Munro, Victoria Leung, Charlotte Murray, Andrea Vasiliou, Vanya Mavrodieva... Estoy segura de que hay muchas, muchas más personas que me dejó y, por eso, ¡os pido disculpas! No podría estar escribiendo la trilogía sin vosotros, que hacéis que todo sea posible. Con todo mi amor,

Chloé XXX





Chloé Esposito

Nació en Cheltenham y ahora vive en Londres. Tiene un Posgrado en Literatura Inglesa de la Universidad de Oxford, donde su trabajo final se centró en escritoras feministas del siglo XIX. Ha trabajado como consultora y profesora de inglés en dos de las escuelas privadas más importantes de Inglaterra. Tiene treinta y dos años y es graduada de la Faber Academy.

ÍNDICE

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

AYER

Primer día: El traidor

1

2

3

Segundo día: El ladrón

DIEZ AÑOS ANTES

4

5

6

7

Tercer día: El cachorro

DOS SEMANAS ATRÁS

8

9

10

11

12

13

14

Cuarto día: La monja

LA SEMANA PASADA

15

16

17

18

Quinto día: La prostituta

DIECISIETE AÑOS ATRÁS

19

20

21

22

Sexto día: El policía
LA SEMANA PASADA

23

24

25

26

27

28

29

Séptimo día: El único
DIEZ AÑOS ATRÁS

30

31

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Chloé Esposito